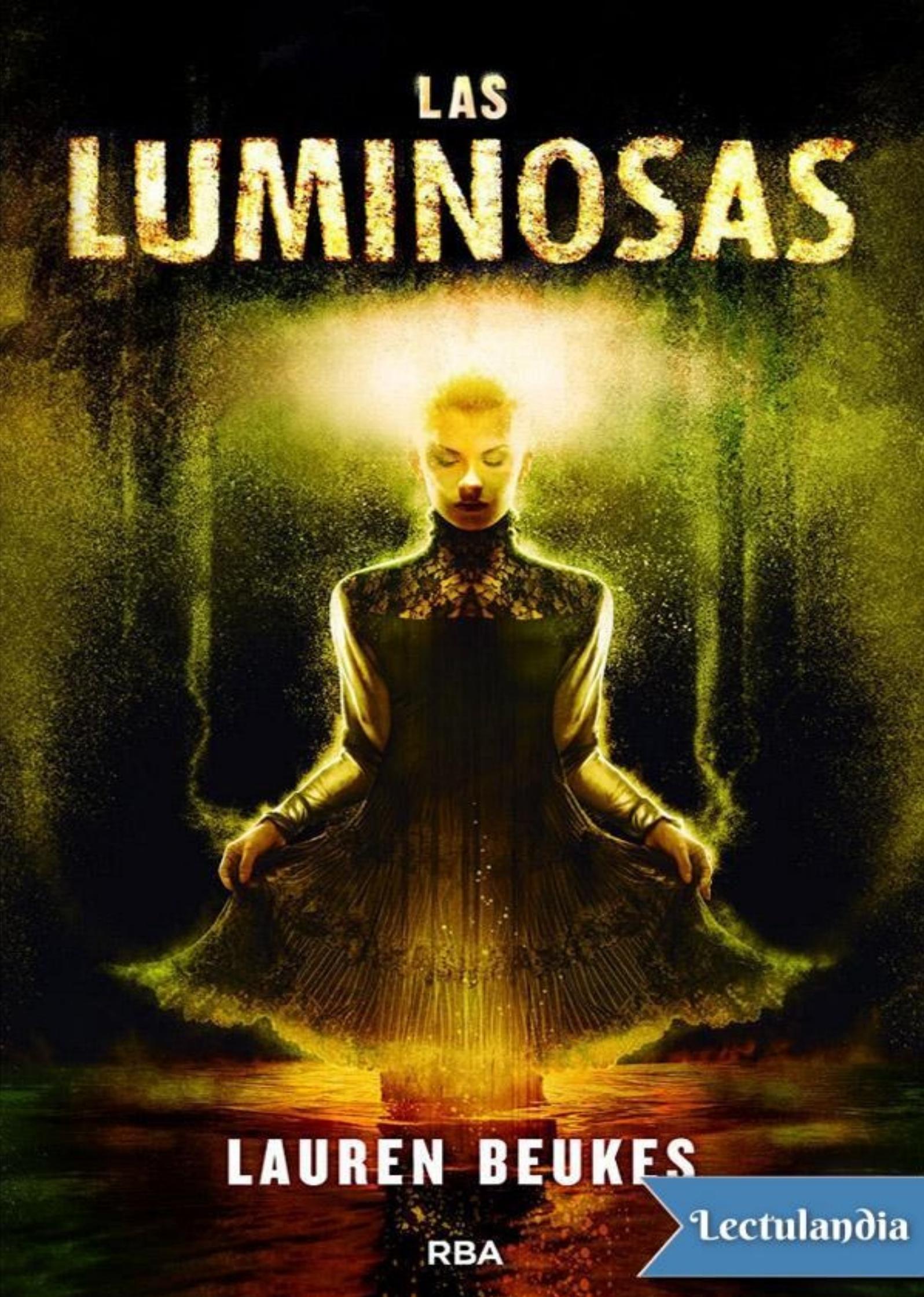


# LAS LUMINOSAS



**LAUREN BEUKES**

RBA

Lectulandia

Es el asesino perfecto. Nadie puede pararlo. Nadie puede encontrarlo. Eso cree él. Chicago, 1931. Harper Curtis, un vagabundo violento, se topa con una casa con un secreto tan sorprendente como su retorcida naturaleza: se abre a otros momentos del tiempo. Lo utilizará para acechar a sus «luminosas», elegidas con mucho cuidado, a través de las décadas, y quitarles su brillo.

«No es culpa mía. Es tuya. No deberías ser luminosa. No deberías obligarme a hacer esto».

Chicago, 1992. Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte. Que se lo digan a Kirby Mazrachi, cuya vida se ha trastocado tras un brutal intento de asesinarla. Mientras lucha por encontrar a su atacante, su único aliado es Dan, un antiguo periodista de homicidios que se ocupó del caso y que trata de protegerla de su obsesión. A medida que Kirby avanza en la investigación descubre a otras chicas, las que no lo lograron. Las pruebas de los crímenes son... imposibles. Pero para una chica que debería estar muerta, imposible no quiere decir que no haya pasado...

Lectulandia

Lauren Beukes

# Las luminosas

ePUB v1.0

Darkinmysoul 05.10.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *The Shining Girls*

Lauren Beukes, 2013.

Traducción: Pilar Ramírez Tello.

Editor original: Darkinmysoul (v1.0)

ePub base v2.1



# HARPER

17 de julio de 1974

Harper aprieta en el puño el poni naranja que guarda en el bolsillo de la americana. Es de plástico y está cubierto de sudor. Aquí es pleno verano, hace demasiado calor para lo que lleva puesto, pero ha aprendido a utilizar un uniforme para lo que va a hacer, vaqueros, en concreto. Da largas zancadas, a pesar del pie renqueante, como un hombre que camina porque va a algún sitio. Harper Curtis no es un parásito, y el tiempo no espera a nadie. Salvo cuando lo hace.

La niña está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, enseñando unas rodillas tan blancas y huesudas como cráneos de pájaro, y manchadas de verde por la hierba. Levanta la vista al oír el crujido de la gravilla bajo las botas de Harper, aunque solo lo suficiente para que él vea que tiene los ojos castaños bajo ese enredo de rizos mugrientos. Después, la niña decide que no merece su interés y vuelve a sus asuntos.

Harper está decepcionado. Se había imaginado, al acercarse, que los ojos podrían ser azules; del color del agua lago adentro, donde desaparece la orilla y da la impresión de que se está en medio del océano. Marrón es el color de la pesca de camarones, cuando se revuelve el lodo de la zona menos profunda y no se distingue una mierda.

—¿Qué haces? —le pregunta, intentando sonar animado.

Se agacha a su lado sobre la hierba raída. En realidad nunca había visto a una criatura con un pelo tan disparatado. Como si se hubiera quedado atrapada en su propio remolino, un remolino que también había dispersado a su alrededor un variopinto surtido de cachivaches: un grupito de latas oxidadas y una rueda rota de bicicleta inclinada a un lado con los radios apuntando hacia fuera. La atención de la niña se centra en una taza de té desportillada, boca abajo, de modo que las flores plateadas del borde desaparecen entre la hierba. El asa está rota, solo quedan dos muñones romos.

—¿Vas a tomar el té con tus amiguitos, cariño? —dice, probando de nuevo.

—No es té —masculla ella dentro del cuello en forma de pétalo de su camisa de cuadros.

«Los niños con pecas no deberían ser tan serios —pensó Harper—. No les pega».

—Bueno, no pasa nada, de todos modos prefiero el café. Por favor, ¿me sirve una taza, señora? Solo y con tres azucarillos, ¿de acuerdo?

Cuando él va a coger la taza de porcelana desportillada, la niña chilla y le aparta la mano. De debajo de la taza invertida surge un intenso zumbido de enfado.

—Jesús. ¿Qué tienes ahí dentro?

—¡No estoy preparando té! ¡Es un circo!

—¿Ah, sí? —responde él, activando una sonrisa, la sonrisa boba que da a entender que no se toma a sí mismo demasiado en serio, por lo que tú tampoco deberías hacerlo. Pero le pica el dorso de la mano, donde ella le ha dado la torta.

La niña lo mira con aire suspicaz, no por lo que pueda ser el desconocido y lo que pueda hacerle a ella, sino porque le molesta que no lo entienda. Harper observa lo que hay alrededor con más detenimiento y reconoce su destartalado circo: la gran pista principal está dibujada con un dedo en la tierra; hay una cuerda floja fabricada con una pajita aplastada y colocada entre dos latas de refresco; la noria es la rueda de bicicleta abollada que descansa, medio apoyada, en un arbusto sobre una roca que la mantiene en su sitio, y hay gente de papel arrancada de las revistas y metida entre los radios.

No se le escapa el detalle de que la roca que la sujeta encaja perfectamente en su puño. Ni tampoco lo fácil que sería introducir uno de esos radios en el ojo de la niña, como si fuera de gelatina. Aprieta con fuerza el poni de plástico dentro del bolsillo. El furioso zumbido que sale de la taza es una vibración que le recorre las vértebras y le tira de la ingle.

La taza da un bote y la niña le pone las manos encima para sujetarla.

—¡Pero bueno! ¿Es que tienes un león ahí dentro? —pregunta Harper dándole un empujoncito con el hombro, lo que arranca una sonrisa a la niña ceñuda, aunque una muy pequeñita—. ¿Eres una domadora de animales? ¿Vas a ponerlo a saltar a través de aros de fuego?

Ella sonrío, y los puntitos de las pecas se le meten en los mofletes de manzana para dejar al descubierto unos dientes relucientes y blancos.

—Qué va, Rachel dice que no puedo jugar con cerillas después de lo de la última vez.

Tiene un colmillo torcido, un poco montado en los incisivos, y la sonrisa compensa de sobra el color marrón estancado de los ojos, porque ahora Harper ve la chispa que ocultaban. Le produce la misma sensación de siempre, como si se estuviera cayendo. Siente haber dudado de la Casa por un momento. Ella es la elegida. Una de las elegidas. Una de sus chicas luminosas.

—Me llamo Harper —se presenta, sin aliento, mientras le tiende la mano. Ella tiene que cambiar la mano con la que sujeta la taza para estrechársela.

—¿Eres un desconocido?

—Ya no, ¿verdad?

—Yo soy Kirby, Kirby Mazrachi, pero me voy a cambiar el nombre por el de Lori Star en cuanto sea lo bastante mayor.

—¿Cuando vayas a Hollywood?

La niña se acerca la taza arrastrándola por el suelo, lo que consigue que el insecto

del interior alcance nuevas cotas de indignación, y Harper se percata de que ha cometido un error al preguntarle eso.

—¿Seguro que no eres un desconocido?

—Quiero decir, al circo, ¿no? ¿Qué va a ser Lori Star? ¿Trapequista? ¿Jinete de elefantes? ¿Payasa? —pregunta, y hace una pausa para ponerse el índice sobre el labio superior—. ¿La mujer bigotuda?

La niña suelta una risita, y él respira, aliviado.

—Nooo —responde ella.

—¡Domadora de leones! ¡Lanzadora de cuchillos! ¡Comedora de fuego!

—Voy a ser funámbula. He estado practicando, ¿quieres verlo? —pregunta, levantándose.

—No, espera —la detiene él, desesperado—. ¿Puedo ver tu león?

—No es un león de verdad.

—Eso es lo que tú dices —la pincha.

—Vale, pero tienes que tener mucho, mucho cuidado. No quiero que se vaya volando.

La niña inclina la taza un milímetro. Harper apoya la cabeza en el suelo y entorna los ojos para mirar. El olor a hierba aplastada y a tierra negra resulta reconfortante. Algo se mueve debajo de la taza: patas peludas, una sombra amarilla y negra. Las antenas se acercan a la salida. Kirby ahoga un grito y baja la taza de golpe.

—Vaya, menudo abejorro que tienes —comenta Harper, poniéndose de nuevo en cuclillas.

—Lo sé —responde ella, muy orgullosa.

—Y está muy enfadado.

—Me parece que no quiere estar en el circo.

—¿Te puedo enseñar una cosa? Tendrás que confiar en mí.

—¿El qué?

—¿Quieres un funámbulo?

—No...

Pero él ya ha levantado la taza y tiene a la nerviosa abeja entre las manos. El sonido que producen las alas al arrancarlas es igual que el que hace una guinda al sacarle el rabito, como las que estuvo recogiendo una temporada en Rapid City. Había recorrido el condenado país de arriba abajo persiguiendo el trabajo como si fuera una perra en celo. Hasta que encontró la Casa.

—¡¿Qué haces?! —grita la niña.

—Ahora solo necesitamos un poco de papel atrapamoscas para apoyarlo encima de dos latas. Seguro que un bichejo tan grande puede soltarse las patas, pero estará pegajoso, así que no se caerá. ¿Tienes papel atrapamoscas?

Harper deja el abejorro en el borde de la taza y el insecto se aferra al canto.

—¿Por qué has hecho eso? —protesta ella dándole en el brazo una serie de confusos golpes con las palmas abiertas.

La reacción lo desconcierta.

—¿No estábamos jugando al circo?

—¡Lo has estropeado! ¡Vete! Vete, vete, vete, vete.

Se convierte en un cántico al ritmo de cada manotazo.

—Espera, espera un momento —se defiende él entre risas, pero ella sigue aporreándolo, así que la agarra de la mano—. Lo digo en serio. Para de una puta vez, señorita.

—¡No se dicen palabrotas! —chilla ella, y se echa a llorar.

Esto no va como Harper había planeado... Todo lo que se pueden planear estos primeros encuentros, claro. Está cansado de lo impredecibles que son los niños, por eso no le gustan las niñas pequeñas, por eso espera a que crezcan. Más adelante será otra historia.

—De acuerdo, lo siento. No llores, ¿vale? Tengo algo para ti, no llores, por favor. Mira.

Desesperado, saca el poni naranja, o lo intenta. La cabeza se le engancha en el bolsillo y tiene que pegar un tirón para sacarlo.

—Toma —dice, empujándolo hacia ella y deseando que lo acepte. Es uno de los objetos que lo conectan todo. Sin duda, por eso lo ha traído, ¿no? Harper solo vacila un instante.

—¿Qué es?

—Un poni, ¿no lo ves? ¿No es mejor un poni que un abejorro tonto?

—No está vivo.

—Ya lo sé. Joder, tú cógelo, ¿vale? Es un regalo.

—No lo quiero —dice ella, sorbiéndose los mocos.

—Vale, no es un regalo, es un depósito. Me lo guardarás. Como en el banco cuando les das tu dinero.

El sol cae a plomo, hace demasiado calor para llevar una americana. Apenas puede concentrarse. Solo quiere terminar ya. El abejorro se cae de la taza y se queda boca arriba sobre la hierba agitando las patas en el aire.

—Supongo.

Ya está más tranquilo, todo es como debe ser.

—Ahora tienes que guardarlo bien, ¿de acuerdo? Es importante de verdad. Volveré a por él. ¿Lo entiendes?

—¿Por qué?

—Porque lo necesito. ¿Cuántos años tienes?

—Seis y tres cuartos. Casi siete.

—Eso es estupendo. Estupendo, sí. Allá vamos, dando vueltas y vueltas como tu

noria. Te veré cuando seas mayor. Estate atenta, ¿eh, cariño? Volveré a por ti.

Se levanta y se limpia las manos en una pierna. Después se da media vuelta y recorre a paso ligero el solar cojeando un poco, sin mirar atrás. Ella lo ve cruzar la carretera y caminar hacia las vías del tren hasta que desaparece detrás de la línea de los árboles. Mira el juguete de plástico, pegajoso por el sudor del desconocido, y chilla:

—¿Ah, sí? ¡Pues no quiero tu tonto caballo!

Lo tira al suelo y el animal rebota antes de aterrizar al lado de la noria de rueda de bicicleta. El ojo pintado se queda mirando sin expresión alguna al abejorro, que se ha enderezado y se arrastra por la tierra.

Pero, más tarde, Kirby vuelve para recogerlo. Por supuesto que lo hace.

# HARPER

20 de noviembre de 1931

La arena cede bajo sus pies porque en realidad no es arena, sino apestoso lodo helado que se le mete en los zapatos y le empapa los calcetines. Harper maldice entre dientes, no quiere que los hombres lo oigan. Se gritan unos a otros en la oscuridad: «¿Lo veis? ¿Lo tenéis?». Si el agua no estuviera tan fría, se arriesgaría a huir a nado, joder. Pero ya nota los estragos del viento del lago, que le da pellizcos y bocados a través de la camisa, puesto que la chaqueta quedó abandonada detrás del tugurio clandestino cubierta de la sangre de aquel desgraciado de mierda.

Sigue chapoteando por la orilla, entre la basura y la madera podrida, con el barro tirando de él a cada paso. Se agacha detrás de una casucha del borde, fabricada con cajas de embalar y cartón asfaltado. La luz de una lámpara se filtra por las grietas y los remiendos de cartón, y es como si toda la barraca brillara. De todos modos, no entiende por qué construyen algo tan cerca del lago, como si creyeran que lo peor ya ha pasado y que no pueden caer más bajo, como si la gente no cagara en la zona menos profunda, como si el nivel del agua no subiera con las lluvias para llevarse todo aquel apestoso barrio de chabolas. Es el sino de los olvidados, la desdicha que les cala hasta los huesos. Nadie los echaría de menos. Como nadie echará de menos al puto Jimmy Grebe.

No esperaba que Grebe se desangrara a borbotones. La cosa no habría llegado a tanto si el muy cabrón hubiese peleado limpio, pero estaba gordo, borracho y desesperado. No acertaba a dar ni un puñetazo, así que fue a por las pelotas de Harper. Este había notado los gordos dedos del muy hijo de puta agarrándole los pantalones. Si el otro tipo pelea sucio, tú más. No es culpa de Harper que el filo dentado del cristal diera con una arteria. En realidad apuntaba a la cara de Grebe.

No habría sucedido nada si aquel tísico asqueroso no le hubiese tosido en las cartas. Grebe había limpiado el escupitajo sanguinolento con la manga, claro, pero todo el mundo sabía que tenía tuberculosis y que esparcía el contagio por su ensangrentado pañuelo cada vez que tosía. Enfermedad, ruina y todos con los nervios a flor de piel. Es el fin de Estados Unidos.

Intenta ir con esas al «alcalde» Klayton y a su panda de mamones patrulleros, todos hinchidos de orgullo como si fuesen los dueños del lugar. Pero aquí no hay ley, igual que no hay dinero ni dignidad. Él ha visto las señales, y no solo las que ponen «Embargado». «Seamos realistas —piensa—. Este país se lo ha ganado».

Una serpentina de luz pálida barre la playa y se detiene en las cicatrices que ha abierto en el barro. Entonces, la linterna se mueve para seguir su caza en otra

dirección y la puerta de la barraca se abre derramando su luz por todas partes. Una mujer delgaducha y con cara de rata sale de la casa. Se la ve demacrada y gris a la luz del queroseno, como a todos los de aquí; como si las tormentas de polvo del campo se llevaran con ellas no solo las cosechas, sino también la personalidad de los habitantes.

La mujer se cubre con una americana oscura, tres tallas más grande de la cuenta. La lleva echada sobre los escuálidos hombros, como si fuera un chal. Es de lana gruesa. Tiene aspecto de abrigar. Harper sabe que esa americana va a ser suya incluso antes de darse cuenta de que ella es ciega. Tiene la mirada ausente. El aliento le huele a col y se le están pudriendo los dientes. La mujer alarga una mano para tocarlo.

—¿Qué es? —dice—. ¿Por qué gritan?

—Un perro rabioso —responde Harper—. Lo están persiguiendo. Debería entrar, señora.

Podría quitarle la americana y largarse, pero se arriesga a que grite, a que forcejee.

—Espere —dice ella—. ¿Es usted? ¿Es usted Bartek? —pregunta, aferrándose a su camisa.

—No, señora, no soy yo.

Harper intenta zafarse de sus dedos. La mujer alza la voz como si fuese algo urgente. Tiene una voz que llama la atención.

—Sí que es usted, seguro. Me dijo que vendría —insiste, al borde de la histeria—. Él me dijo que vendría...

—Shh, no pasa nada —la calma.

No le cuesta nada levantar el antebrazo para ponérselo en el cuello y empujarla contra el cobertizo con todas sus fuerzas. «Solo para que se calle», se dice a sí mismo. Cuesta gritar con la tráquea aplastada. Los labios de la mujer se fruncen y se hinchan. Los ojos se le salen de las órbitas. El gástrico se le mueve, rebelde. La mujer le aprieta la camisa con las manos, como si estuviera estrujando la colada, hasta que sus dedos de huesecillos de pollo caen y su cuerpo se desliza por la pared. Él se inclina con ella y la deja delicadamente en el suelo mientras le quita la americana de los hombros.

Un niño lo está mirando desde el interior de la casucha. Tiene los ojos lo bastante grandes como para tragárselo entero.

—¿Qué miras? —le dice Harper entre dientes.

Mete los brazos por las mangas y se da cuenta de que la americana le queda grande, pero le da igual. Algo tintinea en el bolsillo, puede que monedas, si tiene suerte. Sin embargo, resulta ser mucho más que eso.

—Métete en la casa y tráele agua a tu madre. No se encuentra bien.

El chico se lo queda mirando sin cambiar de expresión, abre la boca y deja

escapar un chillido que atrae las malditas linternas. Los haces de luz atraviesan el umbral y pasan sobre la mujer caída, pero Harper ya está corriendo. Uno de los compinches de Klayton (puede que el autoproclamado alcalde en persona) grita: «¡Ahí!». Los hombres corren hacia la orilla, detrás de él.

Harper se abre paso a toda prisa por el laberinto de casuchas y tiendas montadas sin orden ni concierto, unas encima de otras, sin que medie apenas espacio para meter una carretilla entre ellas. Mientras tuerce hacia Randolph Street, se le ocurre que incluso los insectos muestran más autocontrol.

No tiene en cuenta que las personas pueden actuar como termitas.

Entonces pisa una lona y cae en un pozo del tamaño de una caja de piano, solo que bastante más profundo, que alguien ha abierto en el suelo a modo de hogar, para después taponarlo con una tela clavada en la tierra.

Se da un buen golpe, el talón izquierdo se estrella contra el lateral de un camastro de madera y oye un chasquido, como el de una cuerda de guitarra al romperse. El impacto lo lanza de lado contra el borde de una cocina casera que le da bajo las costillas y lo deja sin aliento. Es como si una bala le hubiera atravesado el tobillo, aunque no ha oído ningún disparo. No puede respirar para gritar y se ahoga bajo la lona, que le ha caído encima.

Allí es donde lo encuentran, pateando la tela y cagándose en el desecho humano que no contaba con los materiales ni con las habilidades necesarias para fabricarse una chabola de verdad. Los hombres se congregan en lo alto del escondite. Son siluetas malévolas detrás del resplandor de sus linternas.

—No puedes venir aquí y hacer lo que te dé la gana —dice Klayton en su mejor imitación de predicador dominicano.

Al fin, Harper logra respirar. Cada inspiración le quema como si le dieran una puñalada en el costado. Se ha roto una costilla, no cabe duda, y algo peor le pasa en el pie.

—Debes respetar a tu vecino y tu vecino debe respetarte a ti —sigue diciendo Klayton.

Harper ya le ha oído la frase antes, en las reuniones de la comunidad, cuando habla de que tienen que aprender a llevarse bien con los negocios locales del otro lado de la calle, con los mismos tipos que enviaron a las autoridades a clavar en todas las tiendas de campaña y en las chabolas unas notas en las que se avisaba de que tenían siete días para desalojar los terrenos.

—Cuesta respetar a alguien cuando estás muerto —responde entre risas, aunque suena más a jadeo y solo sirve para que el estómago se le retuerza de dolor.

Le da la impresión de que llevan escopetas, pero no le parece probable, y cuando una de las linternas deja de deslumbrarle distingue que van armados con tuberías y martillos. Se le revuelven de nuevo las tripas.

—Deberías entregarme a las autoridades —dice, esperanzado.

—Qué va —contesta Klayton—. No tienen nada que hacer aquí —añade, moviendo la linterna—. Sacadlo, chicos, antes de que Eng, el amarillo, vuelva a su agujero y se encuentre dentro a esta basura de mierda.

Y entonces recibe otra señal, clara como el alba que empieza a arrastrarse por el horizonte más allá del puente. Antes de que los matones de Klayton puedan bajar tres metros para llegar hasta él, empiezan a llover del cielo unas gotas cortantes y frías. Y se oyen gritos al otro lado del campamento.

—¡Policía! ¡Es una redada!

Klayton se da media vuelta para consultarlo con sus hombres. Son como monos parlotando y agitando los brazos. Entonces, las llamas atraviesan la lluvia e iluminan el cielo dando fin a la conversación.

—¡Eh, dejad eso...!

Un chillido llega flotando desde Randolph Street, seguido de otro.

—¡Tienen queroseno! —grita alguien.

—¿A qué esperáis? —dice Harper en voz baja, entre el estruendo de la lluvia y el alboroto.

—Quédate donde estás —le ordena Klayton a Harper apuntándolo con una tubería mientras las siluetas se dispersan—. No hemos acabado contigo.

Sin hacer caso del áspero ruido de sus costillas, Harper se apoya en los codos y se sienta. Se echa hacia delante, se agarra a la lona que sigue colgando de los clavos por un extremo y tira de ella temiendo lo inevitable. Sin embargo, la lona aguanta.

De arriba le llega el tono dictatorial del buen alcalde, que grita a unas personas invisibles en medio del tumulto:

—¿Tienen una orden judicial? ¿Creen que pueden venir aquí sin más y quemar las casas de esta gente que ya lo ha perdido todo?

Harper agarra con el puño un buen trozo de tela y, apoyando el pie bueno en la cocina volcada, se impulsa hacia arriba. Se golpea el tobillo contra la pared de tierra, lo que hace que lo ciegue un relámpago de dolor más brillante que el sol. Le dan arcadas, aunque al final solo tose una larga amalgama fibrosa de saliva y flema teñida de rojo. Se aferra a la lona y parpadea hasta que consigue librarse de las flores negras que le oscurecen la visión.

Los gritos se disipan bajo el tamborileo de la lluvia. Se queda sin tiempo. Se tira sobre la grasienta lona mojada sin detenerse. Hace un año no podría haberlo hecho, pero después de doce semanas remachando el Triboro de Nueva York está más fuerte que el sarnoso orangután de aquella feria del condado, el que partió una sandía por la mitad con las manos.

La lona deja escapar siniestros crujidos de protesta y amenaza con devolverlo al maldito agujero, pero al final aguanta, y Harper se asoma al borde, agradecido, sin

darles tan siquiera importancia a los rasguños que los clavos que sujetan la tela le han dejado en el pecho. Más tarde, al examinar las heridas en un lugar seguro, comprobará que las marcas son como arañazos de una puta entusiasta.

Se queda allí tirado, boca abajo sobre el lodo, mientras encima le llueve a cántaros. Los gritos se han alejado, aunque el aire apesta a humo y la luz de media docena de incendios se mezcla con el gris del alba. Un fragmento de música flota por el aire nocturno, puede que salga de un piso, de la ventana desde la que los inquilinos disfrutaban del espectáculo.

Harper se arrastra por el barro. El dolor hace que le estallen luces brillantes dentro del cráneo... o puede que sean reales. Es como un renacer. Pasa de arrastrarse a cojear cuando por fin encuentra un pesado trozo de madera con la altura apropiada para apoyarse en él.

El pie izquierdo está inservible, lo lleva colgando. Sin embargo, sigue adelante a través de la lluvia y la oscuridad para alejarse de las chabolas en llamas.

Todo sucede por algún motivo. Gracias a su expulsión del barrio encuentra la Casa. Gracias a la americana que robó tiene la llave.

# KIRBY

18 de julio de 1974

Es esa hora de la mañana en que la oscuridad pesa; después de que los trenes hayan dejado de pasar y el tráfico se haya ido apagando, pero antes de que los pájaros empiecen a cantar. Hace un calor bochornoso, un calor pegajoso de los que atraen a los bichos. Polillas y hormigas voladoras se estrellan contra la luz del porche en un tamborileo irregular. Un mosquito silba en alguna parte cerca del techo.

Kirby está en la cama, acariciando las crines de nailon del poni y escuchando los ruidos de la casa vacía, que gruñe como un estómago hambriento. Rachel dice que es porque la casa «se asienta», pero Rachel no está y es tarde, o temprano, y Kirby no ha comido nada desde los cereales rancios del lejano desayuno, y hay ruidos que no encajan con el «asentamiento».

Kirby le susurra al poni:

—Es una casa vieja, seguro que solo es el viento.

Salvo que la puerta del porche tiene pestillo y no debería dar portazos. Los tablones del suelo no deberían crujir como si soportaran el peso de un ladrón que avanza de puntillas hacia su dormitorio cargado con un saco negro en el que meterla para secuestrarla. O puede que lo que hace tictac en el suelo sean los pies de plástico de esa muñeca que cobra vida en el programa de miedo de la tele que se supone que no debe ver.

Kirby aparta la sábana.

—Voy a ver, ¿vale? —le dice al poni, porque la idea de esperar a que el monstruo llegue a ella se le antoja insoportable.

Se acerca de puntillas a la puerta, en la que su madre pintó flores exóticas y enredaderas cuando se mudaron hace cuatro meses, lista para cerrársela de golpe en la cara a cualquiera (o a cualquier cosa) que suba la escalera.

Se queda detrás de la puerta como si esta fuera un escudo y se concentra por si oye algo mientras rasca la basta superficie de la pintura. Ya ha descascarillado un lirio atigrado hasta tocar madera. Le cosquillean las puntas de los dedos. El silencio le pita en la cabeza.

—¿Rachel? —susurra Kirby, demasiado bajo para que nadie lo oiga, salvo el poni.

Se oye un porrazo muy cerca, después otro golpe y el ruido de algo al romperse.

—¡Mierda!

—¿Rachel? —repite Kirby, esta vez más alto; el corazón le late con fuerza contra el pecho.

Tras una larga pausa, su madre responde:

—Vuelve a la cama, Kirby. Estoy bien.

Kirby sabe que no es cierto, pero al menos no es Tina Parlanchina, la psicópata muñeca viviente.

Deja de rascar la pintura y sale al pasillo arrastrando los pies, evitando los trozos de cristal que brillan como diamantes entre las rosas muertas de hojas arrugadas y cabezas esponjosas que yacen en un charco de apesosa agua de jarrón. Se había dejado la puerta entreabierta.

Cada nueva casa es más vieja y está más destartada que la anterior, aunque Rachel pinta las puertas y los armarios, y a veces incluso el suelo, para hacerla más suya. Eligen juntas los dibujos del gran libro de arte gris de Rachel: tigres, unicornios, santos o chicas isleñas de piel tostada con flores en el pelo. Kirby usa los dibujos a modo de pistas que le recuerdan dónde están. Esta casa es la de los relojes derretidos en el armario de la cocina, encima de los fogones, lo que significa que el frigorífico está a la izquierda, y el cuarto de baño, bajo la escalera. Sin embargo, a pesar de que la distribución de las casas va cambiando, de modo que a veces tienen un patio, otras hay un armario en el dormitorio de Kirby y otras tiene suerte de contar con una estantería, el dormitorio de Rachel es una constante.

Piensa en él como en la bahía del tesoro de un pirata (su madre la corrige y le dice que suele ser una cueva, pero Kirby se lo imagina como una mágica bahía oculta, una a la que se puede acceder en barco, con suerte, si interpretas bien el mapa).

Hay vestidos y pañuelos tirados por la habitación, como si una princesa pirata gitana hubiese tenido un berrinche. De las florituras doradas de un espejo ovalado cuelga una colección de bisutería. El espejo es lo primero que cuelga Rachel siempre que se mudan a un sitio nuevo y siempre, invariablemente, acaba aplastándose el dedo con el martillo. A veces juegan a disfrazarse, y Rachel le pone todos los collares y pulseras encima a Kirby y la llama «mi arbolito de Navidad», aunque son judías, o medio judías, al menos.

El adorno de cristal de colores colgado de la ventana recoge los rayos del sol de la tarde y proyecta unos arcoíris danzarines por todo el cuarto, sobre la mesa de dibujo inclinada y sobre la ilustración en la que esté trabajando Rachel en esos momentos.

Cuando Kirby era un bebé y todavía vivían en la ciudad, Rachel colocaba la valla del parque de la niña alrededor de su escritorio, de modo que Kirby pudiera gatear por el cuarto sin molestarla. Por aquel entonces dibujaba para revistas femeninas, pero ahora «mi estilo está pasado de moda, nena, ahí fuera son muy volubles». A Kirby le gusta el sonido de la palabra. «Voluble», «vuela», «volatín». Y también le gusta ver el dibujo que hizo su madre de la camarera que guiña un ojo mientras hace equilibrios con la bandeja cargada con dos pilas de tortitas chorreantes de mantequilla cuando pasan por delante de Doris's Pancake House de camino a la tienda de la

esquina.

Pero el adorno de cristal ahora está frío y muerto, y la lámpara que hay junto a la cama tiene un pañuelo amarillo enrollado encima, lo que hace que la habitación tenga un aspecto enfermizo. Rachel está tumbada en la cama con una almohada sobre la cara, todavía vestida, con los zapatos puestos y todo. El pecho se le sacude bajo el vestido de encaje negro, como si tuviera hipo. Kirby se queda en la puerta y usa todo su poder de concentración para que su madre se fije en ella. Nota la cabeza hinchada, llena de palabras que no sabe cómo decir.

—Te has tumbado en la cama con los zapatos puestos —es lo que al final le sale.

Rachel se quita la almohada de la cara y mira a su hija. Tiene los ojos hinchados y el maquillaje ha dejado una mancha negra en la almohada.

—Lo siento, cielo —dice, con su voz más chillona, intentando parecer animada.

La palabra «chillona» le recuerda a Kirby los gritos de Melanie Ottesen cuando se cayó de la cuerda de trepar. O a chillidos que resquebrajan vasos de cristal que ya no son seguros para beber.

—¡Tienes que quitarte los zapatos!

—Lo sé, cielo —responde Rachel, suspirando—. No grites. —Se zafa de los zapatos de tacón de color negro y canela, los del talón descubierto, usando los dedos de los pies, y los deja caer con estrépito en el suelo. Después rueda sobre el estómago—. ¿Me rascas la espalda?

Kirby se sube a la cama y se sienta a su lado con las piernas cruzadas. El pelo de su madre huele a humo. Se pone a recorrer los ensortijados patrones de encaje con las uñas.

—¿Por qué lloras?

—No estoy llorando de verdad.

—Sí que lloras.

—Son esos días del mes —responde su madre, suspirando.

—Es lo que dices siempre —replica Kirby, de mal humor, y después se le ocurre añadir—: Tengo un poni.

—No puedo permitirme comprarte un poni —dice su madre con voz distraída.

—No, ya tengo uno —insiste Kirby, exasperada—. Es naranja. Tiene mariposas dibujadas en el culo, ojos castaños, pelo dorado y, bueno, parece un poco bobo.

Su madre vuelve la cabeza para mirarla, como si la idea la emocionara.

—¡Kirby! ¿Es que has robado algo?

—¡No! Es un regalo, ni siquiera lo quería.

—Entonces no pasa nada —dice su madre mientras se restriega los ojos con el dorso de la mano, lo que le deja un manchurrón de rímel sobre los ojos, como si fuera una ladrona.

—Entonces ¿me lo puedo quedar?

—Claro que sí, puedes hacer casi todo lo que quieras, sobre todo con los regalos. Como si quieres romperlos en un millón de trocitos.

«Como el jarrón de la entrada», piensa Kirby.

—Vale —responde, muy seria—. El pelo te huele raro.

—¡Mira quién habla! —exclama su madre, y su risa es como un arcoíris que recorre bailando la habitación—. ¿Cuándo fue la última vez que te lavaste el tuyo?

# HARPER

22 de noviembre de 1931

El Hospital de la Misericordia no hace honor a su nombre.

—¿Puede pagar? —exige saber la mujer de aspecto cansado de recepción que lo atiende a través del agujero redondo del cristal del mostrador—. Los pacientes de pago se ponen los primeros de la lista.

—¿Cuánto tengo que esperar? —gruñe Harper.

La mujer inclina la cabeza para asomarse a la sala de espera. Es una habitación en la que solo se puede estar de pie, pero hay algunos que están sentados o medio desmayados en el suelo, demasiado cansados o simplemente aburridos para seguir de pie. Unos cuantos levantan la vista con cara de esperanza, indignación o una insostenible mezcla de las dos. Los demás tienen la misma expresión resignada que Harper ha visto en los caballos de tiro que están en las últimas, esos que tienen las costillas tan marcadas como las grietas y los surcos de la tierra muerta que intentan arar. A esos caballos lo mejor es pegarles un tiro.

Se mete la mano en el bolsillo de la americana robada para buscar el billete de cinco dólares que encontró dentro, junto con un imperdible, tres monedas de diez centavos, dos de veinticinco y una llave cuyo desgaste le resulta familiar. O puede que se haya acostumbrado a los objetos deslustrados.

—¿Se puede comprar un poco de misericordia con esto, encanto? —pregunta al meter el billete por el hueco del cristal.

—Sí —responde ella sin apartar la mirada para dejarle claro que no se avergüenza de cobrarle, a pesar de que el mero hecho de intentar justificarse indique lo contrario.

La mujer toca una campanita y una enfermera aparece para recogerlo dando chancletazos en el linóleo con sus prácticos zapatos. En la chapa de identificación pone E. Kappel. Es guapa de un modo vulgar, con mejillas sonrosadas y unos tirabuzones de color castaño rojizo cuidadosamente rizados bajo la cofia blanca. El conjunto es armonioso, salvo por la nariz, que apunta demasiado arriba, como si fuera un hocico. «Como una cerdita», piensa Harper.

—Venga conmigo —dice la enfermera, irritada por el mero hecho de estar allí.

Ya ha catalogado al paciente como otra basura humana. Se vuelve y se aleja dando zancadas, de modo que Harper tiene que seguirla a saltos. Cada paso que da le dispara un calambre de dolor por la cadera, como un cohete chino, pero está decidido a seguirle el ritmo.

Todas las salas por las que pasan están abarrotadas, a veces ve hasta a dos personas en la misma cama, tumbadas cada una en una dirección, derramando toda la

enfermedad que llevan dentro.

«Esto es mejor que los hospitales de campaña», piensa. Hombres mutilados que se apiñan en camillas manchadas de sangre, envueltos en el hedor de las quemaduras, las heridas podridas, la mierda, el vómito y los agrios sudores de la fiebre. Aquellos gemidos incesantes eran como un coro terrible.

Recuerda que había un chico de Missouri al que le habían volado una pierna. No dejaba de gritar y los demás no podían dormir, hasta que Harper se acercó con sigilo, como si fuera a consolarlo. Lo que en realidad hizo fue atravesarle el muslo a aquel idiota con la bayoneta por encima del ensangrentado destrozo, y girarla limpiamente para cortar la arteria. Exactamente como había practicado en los muñecos de paja durante el entrenamiento. Apuñalar y girar. Una herida en las tripas nunca falla. A Harper, eso de acercarse a alguien así le parecía más personal que las balas. Hacía que la guerra le resultara soportable.

Supone que aquí no tendrá esa posibilidad. Sin embargo, hay otras formas de librarse de los pacientes problemáticos.

—Debería sacar la botellita negra —dice Harper solo para irritar a la enfermera regordeta—. Le darían las gracias.

Ella deja escapar una risita de desprecio mientras cruzan las puertas de la zona privada, unas habitaciones individuales muy limpias, casi todas vacías.

—No me tiente. El veinticinco por ciento del hospital hace ahora las veces de lazareto. Fiebre tifoidea, infecciones... El veneno sería una bendición, pero que los cirujanos no le oigan hablar de botellas negras.

A través de una puerta abierta ve a una chica tumbada en una cama rodeada de flores. Parece una estrella de cine, aunque hace más de una década que Charlie Chaplin cambió Chicago por California y se llevó con él a toda la industria cinematográfica. El pelo de la chica forma rubios tirabuzones que se le pegan a la cara por el sudor, y la triste luz del sol de invierno que intenta entrar por las ventanas la hace parecer aún más pálida. Sin embargo, justo cuando él se tambalea junto a su puerta, ella abre los ojos, se medio incorpora y le dedica una radiante sonrisa, como si lo esperase y lo invitase a sentarse con ella para hablar un rato.

La enfermera Kappel no lo piensa permitir. Lo agarra por el codo y se lo lleva.

—Nada de mirar con la boca abierta. Lo último que necesita esa fresca es otro admirador.

—¿Quién es? —pregunta él, volviendo la vista atrás.

—Nadie, una bailarina exótica. La muy idiota se ha envenenado con radio. Forma parte de su espectáculo, se pinta con eso para brillar en la oscuridad. No se preocupe, le darán el alta pronto y podrá verla todo lo que quiera. Y podrá verle todo lo que quiera, por lo que he oído.

Lo mete en la sala del médico, que es de un blanco reluciente y huele a

antiséptico.

—Ahora siéntese aquí y vamos a echar un vistazo a lo que se ha hecho.

Harper se acerca cojeando a la mesa de examen. Ella frunce el rostro, concentrada en cortar los sucios harapos, tan apretados como ha sido capaz de soportar, que lleva a modo de estribo bajo el talón.

—Es usted idiota, ¿lo sabía? —comenta la enfermera, y la sonrisita que le baila en la comisura de los labios deja claro que sabe que puede tratarlo así impunemente—. Por esperar para venir. ¿Creía que se iba a curar solo?

Tiene razón, no ha ayudado haber dormido mal las dos últimas noches, acampado en un portal con una caja de cartón como cama y una americana robada como manta porque no podía regresar a su tienda y arriesgarse a que Klayton y sus secuaces lo estuvieran esperando armados con tuberías y martillos.

Las pulcras hojas de las tijeras plateadas cortan la venda de trapo, que se le ha clavado en el pie hinchado dejando marcas blancas, de modo que parece un jamón bien atado. ¿Quién es el cerdito ahora? «Qué estúpido —piensa con resentimiento—. Haber salido de la guerra sin ningún daño permanente, para acabar tullido por caerme en el escondite de un vagabundo».

El médico entra bramando en la habitación. Es un hombre mayor con la tripa bien acolchada y una mata de pelo gris pegada detrás de las orejas, como la melena de un león.

—Bien, ¿qué tenemos por aquí, caballero? —pregunta, y la sonrisa no ayuda a suavizar el tono paternalista.

—Bueno, no he estado bailando con pintura que brilla en la oscuridad.

—Ni tendrá la oportunidad de hacerlo, por lo que veo —responde el médico sin dejar de sonreír mientras coge el pie hinchado entre las manos y lo flexiona. Se agacha con destreza, casi como un profesional, cuando Harper gruñe de dolor e intenta darle un puñetazo.

»Siga así si quiere recibir un tortazo en la oreja, amigo, de pago o no de pago —lo avisa el médico, aún sonriendo.

Esta vez, cuando le mueve el pie arriba y abajo, arriba y abajo, Harper aprieta los dientes y los puños para no saltar.

—¿Puede mover los dedos de los pies usted solo? —pregunta el médico, observándolo con atención—. Ah, bien, buena señal. Mejor de lo que creía. Excelente. ¿Ve esto? —le dice a la enfermera mientras pellizca el hueco que ahora tiene por encima del talón. Harper gruñe—. Ahí es donde debería estar conectado el tendón.

—Ah, sí —responde ella, pellizcando la piel—. Lo noto.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta Harper.

—Quiere decir que tendrá que pasar unos cuantos meses tumbado en el hospital,

amigo. Pero supongo que eso no es una opción.

—No, a menos que sea gratis.

—O que tenga mecenas preocupados y deseosos de financiar su convalecencia, como nuestra chica del radio —añade el médico guiñándole un ojo—. Podemos ponerle una escayola y enviarlo a casa con una muleta. Sin embargo, un tendón roto no se va a curar solo. Debería pasar al menos seis semanas tumbado. Puedo recomendarle a un zapatero que se especializa en calzado médico para elevar el talón, lo que ayudaría un poco.

—Y ¿cómo se supone que voy a hacer eso? Tengo que trabajar —replica Harper, cabreado consigo mismo por el tono llorica de su voz.

—Todos pasamos por dificultades económicas, señor Harper. Pregunte a los administradores del hospital. Le sugiero que haga lo que pueda. Supongo que no tendrá la sífilis, ¿verdad? —añade esperanzado.

—No.

—Una pena. En Alabama empiezan un estudio que le habría pagado todos los cuidados médicos. Aunque tendría que ser usted negro.

—Tampoco lo soy.

—Una lástima —repite el médico, encogiéndose de hombros.

—¿Podré andar?

—Oh, sí, pero no cuente con hacer una audición para el señor Gershwin.

Harper sale cojeando del hospital con las costillas vendadas, el pie escayolado y la sangre repleta de morfina. Se mete la mano en el bolsillo para comprobar cuánto dinero le queda. Dos dólares y algunas monedas. Entonces roza con los dedos los dientes irregulares de la llave y algo se le abre en la cabeza, como si fuera un receptor. A lo mejor es cosa de las drogas. O puede que siempre haya estado ahí, esperándolo.

Nunca antes se había percatado de que las farolas zumbaran. Esa baja frecuencia se le mete detrás de los ojos. A pesar de que es media tarde y las luces están apagadas, cree verlas brillar al ponerse bajo ellas. El zumbido salta a la siguiente luz, como si lo llamara. «Por aquí». Y juraría que puede oír una música chisporroteante, una voz lejana que lo llama como si saliera de una radio que hace falta sintonizar. Sigue el camino que le indican las farolas lo más deprisa que puede, pero la muleta es difícil de manejar.

Baja por State, que le lleva a través del West Loop hasta los cañones de Madison Street, con sus rascacielos de cuarenta plantas de altura a cada lado. Pasa por Skid Row, donde por dos dólares se podría pagar una cama durante un tiempo, pero el zumbido y las luces lo siguen dirigiendo hacia el Black Belt, donde los destartados antros de jazz y los cafés dan paso a casas baratas que se apilan unas sobre otras,

donde niños harapientos juegan en la calle y ancianos sentados en los escalones con cigarrillos enrollados a mano lo observan ceñudos.

La calle se estrecha, y los edificios se amontonan y proyectan heladas sombras en la acera. Una mujer se ríe en uno de los pisos de arriba. Es un sonido rudo y feo. Harper ve señales por todas partes: ventanas rotas en las casas y notas escritas a mano en los escaparates vacíos de las tiendas de abajo. «Cerrado», «Cerrado hasta nuevo aviso» y, en una ocasión, simplemente «Lo siento».

El viento trae del lago una humedad pegajosa y salobre que atraviesa la tarde inhóspita y se le mete bajo la americana. A medida que se adentra en la zona de almacenes se reduce el flujo de gente hasta que desaparece por completo y, en su ausencia, la música sube de volumen, dulce y quejumbrosa. Y ahora distingue la melodía. Es *Somebody from Somewhere*, y la voz susurra con urgencia: «Sigue adelante. Sigue adelante, Harper Curtis».

La música lo lleva hasta el otro lado de las vías del tren, hacia lo más profundo del West Side, y sube la escalera de una hostería para trabajadores que no se distingue en nada del resto de casas de madera de la acera, todas pegadas, con la pintura descascarada, las ventanas tapadas con tablas y las notas de «Declarado en ruina por el Ayuntamiento de Chicago» clavadas en los tablones que se cruzan formando una equis sobre las puertas de entrada. Marcad aquí la casilla para votar al presidente Hoover, hombres optimistas. La música sale de detrás de la puerta del número 1818. Una invitación.

Mete la mano debajo de los tablones cruzados e intenta abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Harper se queda en el escalón con la terrible sensación de encontrarse ante lo inevitable. La calle está completamente abandonada. Las otras casas están cerradas con tablas o tienen las cortinas bien echadas. Oye el tráfico de la calle de al lado y a un vendedor de cacahuetes ambulante: «¡Calentitos! ¡Lléveselos calentitos!». Sin embargo, el ruido le llega amortiguado, como si se filtrase a través de unas mantas enrolladas en su cabeza; a diferencia de la música, que es como una afilada astilla que se le clava en el cráneo. La llave.

Se mete la mano en el bolsillo de la americana temiendo de repente haberla perdido. Es un alivio comprobar que sigue ahí. Es de bronce y lleva la marca de Yale & Towne, como la cerradura de la puerta. Tembloroso, la mete dentro. Encaja.

La puerta se abre a la oscuridad y, por un terrible y largo momento, las posibilidades lo paralizan. Después se mete por debajo de las tablas, pasa la muleta como puede por el hueco y entra en la Casa.

# KIRBY

9 de septiembre de 1980

Es esa clase de día, fresco y claro, a las puertas del otoño. Los árboles tienen sentimientos encontrados al respecto; las hojas se pintan de verde, de amarillo y de marrón, todo a la vez. Kirby se da cuenta a una manzana de distancia de que Rachel está colocada. No es solo por el olor dulzón que pesa sobre la casa (una prueba clara), sino también porque se pasea nerviosa por el patio, preocupada por algo que está tirado en el descuidado césped. Tokyo da saltitos y ladra a su alrededor, agitado. Se supone que Rachel no debería estar en casa. Se supone que estaba en una de sus *soirées* o «Suárez» como los llamaba Kirby de pequeña. Bueno, vale, el año anterior.

Se pasó unas cuantas semanas preguntándose si aquel tal Suárez sería su padre, y si Rachel estaría arreglándolo todo para que ella se reuniera con él. Hasta que Grace Tucker le dijo en el colegio que si su madre pasaba tanto tiempo fuera es porque era una fulana. Aunque no sabía lo que era una fulana, le hizo sangre en la nariz a Gracie, y Gracie le arrancó un mechón de pelo.

Rachel se desternilló de risa, a pesar de que Kirby llegó con una calva que dejaba ver el cuero cabelludo enrojecido e irritado. En realidad no pretendía reírse, pero «es que es tan divertido...». Después se lo explicó a Kirby igual que se lo aclaraba todo: de un modo que no esclarecía nada en absoluto. «Una fulana es una mujer que utiliza su cuerpo para aprovecharse de la vanidad de los hombres —le dijo—. Y una *soirée* sirve para revitalizar el espíritu». Sin embargo, resultó que ni siquiera eso se acercaba a la verdad, porque una fulana se acostaba con hombres por dinero y una *soirée* era una forma de tomarse vacaciones de la vida real, que era lo último que Rachel necesitaba. «Menos vacaciones y más vida real, mamá».

Silba para llamar a Tokyo. Son cinco notas cortas lo bastante reconocibles para distinguirlas de los tonos que usa todo el mundo para llamar a sus perros en el parque. El suyo se acerca dando saltos, feliz como solo un perro puede serlo. A Rachel le gustaba describirlo como un «chucho de pura raza». Tiene el hocico largo y el pelaje como a retales blancos y tostados, y unos anillos color crema alrededor de los ojos. Se llama Tokyo porque cuando Kirby crezca se mudará a Japón y se convertirá en una famosa traductora de haikus, beberá té verde y coleccionará espadas de samurái. «Bueno, es mejor que Hiroshima», fue lo que comentó su madre. Ya ha empezado a escribir sus propios haikus. Este es uno:

Parte la nave,  
aléjame de aquí,  
a las estrellas.

Y otro:

Desaparece,  
como de origami,  
entre sus sueños.

Rachel aplaude con entusiasmo cada vez que le lee uno nuevo, pero Kirby empieza a pensar que si copiara el texto del lateral de su caja de Choco Krispis, su madre la aclamaría con el mismo entusiasmo, sobre todo si está colocada, que es su estado más frecuente en los últimos tiempos.

Kirby le echa la culpa a Suárez o como se llame. Rachel no se lo quiere decir, como si su hija no oyera el coche llegar a las tres de la mañana, ni las conversaciones entre susurros, ininteligibles, pero tensas, antes de que la puerta se cierre de golpe y su madre intente entrar de puntillas para no despertarla. Como si no se preguntara de dónde sale el dinero del alquiler. Como si aquello no llevara años pasando.

Rachel ha sacado todos y cada uno de sus cuadros, incluso ese grande de la dama de Shalott en su torre (el favorito de Kirby, aunque jamás lo reconocería), que suele estar guardado en la parte de atrás del armario de las escobas, con el resto de lienzos que su madre empieza y nunca consigue terminar.

—¿Es que vamos a montar un mercadillo? —pregunta Kirby, a pesar de saber que la pregunta irritará a Rachel.

—Ay, cielo —responde su madre sonriendo a medias con aire distraído, como hace cuando Kirby la decepciona, lo que se ha convertido en una constante últimamente.

Por lo general, esa sonrisa sesgada aparece cuando dice cosas que Rachel considera poco adecuadas para lo joven que es. «Estás perdiendo la ilusión infantil», le había dicho hacía dos semanas con un tono de voz que daba a entender que se trataba de lo peor que podía ocurrirle en la vida.

Lo más curioso es que, cuando se mete en problemas de verdad, a Rachel no parece importarle. Le dan igual las peleas en el colegio o que prendiera fuego al buzón del señor Partridge para vengarse porque el vecino se quejó de que Tokyo escarbaba en sus guisantes de olor. Rachel la regañó, pero Kirby se daba cuenta de que estaba encantada. Su madre llegó a montar una gran pantomima en la que ambas se gritaron con un volumen suficiente para que «el charlatán mojigato de al lado» las oyera a través de las paredes. Su madre chillaba: «¡¿Es que no te das cuenta de que meterse con el servicio postal de Estados Unidos es un delito federal?!». Al final, las dos acabaron en el suelo tapándose la boca para ahogar las risas.

Rachel señala un cuadro en miniatura que tiene entre sus pies descalzos. Lleva las uñas pintadas de un naranja chillón que no le pega.

—¿Crees que este es demasiado brutal? —pregunta—. ¿Demasiado encarnizado y realista?

Kirby no entiende lo que quiere decir, le cuesta diferenciar unos cuadros de otros. En todas las obras de su madre salen mujeres pálidas con largos cabellos sueltos y ojos tristes demasiado grandes para sus cabezas, y unos paisajes pantanosos de fondo en verdes, azules y grises. Nada de rojo. El arte de Rachel le recuerda a lo que le decía su profesor de gimnasia, harto ya de ver cómo Kirby lo fastidiaba todo al acercarse al potro: «¡Por favor, deja de esforzarte tanto!».

Kirby vacila sin saber qué contestar, por si acaso la lía.

—Yo creo que está bien —responde.

—Pero ¡eso no significa nada! —exclama Rachel mientras la agarra de las manos y la lleva bailando el foxtrot entre los cuadros, dándole vueltas—. «Bien» es la definición por excelencia de la mediocridad. Es lo más educado, lo socialmente aceptable. ¡Nuestras vidas deben brillar, deben ir más allá del simple «bien», cariño!

Kirby se zafa de ella y se queda mirando a todas esas preciosas chicas tristes que extienden las delgaduchas extremidades como mantis religiosas.

—Hum —responde—, ¿quieres que te ayude a meter los cuadros dentro otra vez?

—Ay, cielo —dice su madre con tanta lástima y desdén que Kirby no lo soporta más.

Se mete corriendo en la casa, sube la escalera dando pisotones y se olvida de contarle a su madre lo del hombre de pelo castaño, vaqueros demasiado altos y nariz torcida de boxeador que estaba de pie, a la sombra del sicomoro de al lado de la gasolinera de Mason, bebiéndose una Coca-Cola con una pajita mientras la observaba. Su forma de mirarla le había revuelto el estómago, como esas atracciones de feria que te hacen sentir como si alguien te arrancara las entrañas.

Lo saludó agitando la mano con energía y una alegría algo histérica, como diciendo: «Oiga, caballero, lo he visto mirándome, pervertido». Sin embargo, él levantó la mano para devolverle el saludo y la dejó así, levantada (superespeluznante), hasta que ella dobló la esquina de Ridgeland Street, saltándose su habitual atajo por el callejón, y se alejó de él a toda prisa.

# HARPER

22 de noviembre de 1931

Es como volver a ser aquel niño que se colaba en las granjas vecinas, que se sentaba a la mesa de la cocina en silencio, que se tumbaba entre las frías sábanas de la cama de alguien, que registraba los cajones... Las cosas de la gente revelan sus secretos.

Siempre ha sabido si el dueño de la casa estaba en ella o no, tanto de pequeño como todas las otras veces que ha entrado en viviendas abandonadas para sisar comida o alguna baratija olvidada que pudiera empeñar. Las casas vacías emiten una vibración especial, están preñadas de ausencia.

La expectación de esta Casa es tan grande que se le eriza el vello de los brazos. Hay alguien dentro, allí con él, y no es el cadáver tirado en el vestíbulo.

La lámpara de araña que cuelga sobre la escalera proyecta un brillo tenue en los suelos de madera oscura recién encerados. El papel de las paredes es nuevo; hasta Harper es capaz de alabar el buen gusto del diseño a rombos verde oscuro y crema. A la izquierda hay una cocina moderna y reluciente que parece salida de un catálogo de la tienda Sears, con sus armarios de melamina, un horno de sobremesa nuevecito, una nevera y un hervidor plateado en el hornillo, todo preparado. Esperándolo.

Harper pasa la muleta muy por encima de la sangre que se extiende como una alfombra por el suelo y, cojeando, la rodea para echar un vistazo más de cerca al hombre muerto. En la mano sostiene un pavo medio congelado de un color rosa grisáceo salpicado de sangre. El tipo es rechoncho y lleva una camisa de vestir con tirantes, pantalones grises y zapatos elegantes. No lleva chaqueta. Aunque le han aplastado la cabeza como si fuera un melón, en el revoltijo queda lo suficiente para distinguir unas mejillas rebosantes con barba de varios días, y unos ojos azules inyectados en sangre abiertos como platos.

Sin chaqueta.

Harper se aleja del cadáver cojeando en dirección al origen de la música. Entra en el salón casi seguro de encontrar allí al dueño de la casa sentado en un sillón frente al fuego y sosteniendo en el regazo el atizador con el que ha golpeado al hombre.

El cuarto está vacío, aunque el fuego arde en la chimenea. Y sí que hay un atizador, pero reposa junto a la leñera, que está llena, como si alguien esperase su llegada. La canción brota de un gramófono dorado y burdeos. La etiqueta del disco dice que es Gershwin. Por supuesto.

A través de las cortinas ve el contrachapado barato que está clavado a las ventanas y que no deja entrar la luz del sol. Pero ¿por qué esconder esto detrás de tablas y carteles del ayuntamiento? Para evitar que otras personas lo encuentren.

En la mesita auxiliar, al lado de un único vaso, hay una licorera de cristal llena de un líquido color miel. Todo reposa sobre un tapete de encaje. «Tengo que desembarazarme de eso», piensa Harper, y también tendrá que hacer algo con el cadáver. «Bartek», se dice al recordar el nombre que la mujer ciega pronunció antes de que la estrangulara.

«Bartek nunca encajó aquí», afirma la voz de su cabeza. Pero Harper sí. La Casa lo ha estado esperando. Lo ha llamado por un motivo. La voz interior le susurra que este es su hogar, y así lo siente, más que aquel horrible lugar en el que creció o que la serie de albergues y de chabolas entre los que se ha movido toda su vida de adulto.

Deja apoyada la muleta en el sillón y se sirve un vaso de licor. El hielo tintinea al hacerlo girar, solo está medio derretido. Le da un largo trago, lo saborea en la boca y deja que le queme la garganta. Canadian Club, importación de contrabando de la mejor calidad. Levanta el vaso para brindar en el aire. Hace mucho tiempo que no bebe algo que no le deje el amargo regusto artesanal del formaldehído. Hace mucho tiempo que no se sienta en un sillón acolchado.

Se resiste al sillón, a pesar de que le duele la pierna por la caminata. Desconoce lo que lo ha impulsado a llegar hasta allí, pero todavía lo empuja a seguir. «Hay más. Por aquí, señor —le pide, como un vocero de la feria—. Adelante, no se lo pierda. Le está esperando. No se pare, no se pare, Harper Curtis».

Harper sube los escalones agarrándose a la barandilla, tan encerrada que va dejando huellas en la madera que va tocando, aunque los fantasmales rastros aceitosos se desvanecen de inmediato. Tiene que levantar el pie y girarlo en cada escalón. Lleva la muleta arrastrando detrás y el esfuerzo lo hace jadear entre dientes.

Avanza cojeando por el pasillo, pasa junto a un cuarto de baño cuyo lavabo está surcado de arroyos de sangre, a juego con la toalla mojada que descansa retorcida en el suelo, a sus pies, y que deja manchas rosas en las relucientes baldosas negras y blancas. Harper no le presta atención, ni tampoco a la escalera que lleva al desván, ni al dormitorio de invitados que tiene la cama cuidadosamente hecha, aunque la huella de una cabeza está marcada en la almohada.

La puerta del dormitorio principal está cerrada, y una luz cambiante se filtra por debajo y dibuja rayas de sol en las tablas del suelo. Acerca la mano al pomo, temiendo que esté cerrada con llave, pero se gira con un clic, y Harper empuja la puerta con la punta de la muleta. Se encuentra delante de una habitación inexplicablemente bañada por la deslumbrante luz de una tarde de verano. Hay pocos muebles, un armario de nogal y una cama de hierro.

Entorna los ojos para protegerlos de la repentina claridad del exterior y la ve transformarse a toda prisa en densas nubes que se desplazan por el cielo y en gotas plateadas de lluvia que, a continuación, dan paso a un atardecer veteado de rojo, como si aquello fuera un zoótropo barato. Sin embargo, en vez de un caballo al

galope o una chica quitándose con picardía las medias, lo que se sucede a gran velocidad son las estaciones.

No lo soporta. Se acerca a la ventana para cerrar las cortinas, aunque antes echa un vistazo al retablo de fuera.

Las casas de enfrente están cambiando. La pintura se desconcha, cambia de color y se vuelve a desconchar detrás de la nieve, el sol y la basura, todo mezclado con las hojas que vuelan por la calle. Las ventanas se rompen, se entablan, se adornan con un jarrón lleno de flores que se vuelven marrones y se marchitan. El solar vacío se llena de maleza, después se cubre de cemento. La hierba crece sin control entre las grietas; la basura se coagula, desaparece, vuelve y trae con ella agresivos textos pintados de brillantes colores. Emerge una rayuela que se desvanece con el aguanieve y se mueve a otra parte, serpenteando por el cemento. Un sofá se pudre estación tras estación hasta que le prenden fuego.

Tira de las cortinas para cerrarlas, se vuelve y entonces lo ve: en esa habitación está su destino con todo lujo de detalles.

Han pintarrajeado todas las superficies. Hay cachivaches montados en las paredes, clavados o colgados con alambres. Parecen estremecerse, y nota ese mismo movimiento en la parte de atrás de los dientes. Todos están conectados mediante líneas pintadas una y otra vez con tiza, tinta o la punta de un cuchillo que araña el papel de la pared. «Constelaciones», le dice la voz de su cabeza.

Hay nombres garabateados al lado: Jinsuk, Zora, Willie, Kirby, Margo, Julia, Catherine, Alice, Misha. Nombres extraños de mujeres a las que no conoce. Aunque están escritos con su letra.

Con eso basta. Lo comprende. Es como si se hubiera abierto una puerta dentro de él. La fiebre sube y algo en su interior aúlla, lleno de desprecio, ira y fuego. Ve los rostros de las luminosas y también cómo deben morir. Oye gritos en su cabeza: «¡Mátala, deténla!».

Suelta la muleta y se tapa la cara con las manos. Retrocede dando traspiés y cae como un peso muerto sobre la cama, que gruñe a modo de queja. Tiene la boca seca y la mente llena de sangre. Percibe el zumbido de los objetos. Oye los nombres de las chicas como si fueran el estribillo de un himno. Aumenta la presión dentro de su cráneo hasta que se hace insoportable.

Harper aparta las manos de la cara y se obliga a abrir los ojos. Se pone en pie apoyándose en el poste de la cama para mantener el equilibrio y se acerca cojeando a la pared en la que los objetos palpitan y parpadean, como si estuvieran a la expectativa. Entonces levanta la mano y permite que lo guíen. Por algún motivo, uno de ellos parece más definido, tira de él, igual que una erección, con un propósito incuestionable. Tiene que encontrarlo, y a la chica que va con él.

Es como si hubiese pasado toda la vida envuelto en una niebla etílica y, de

repente, hubiesen apartado el velo. Es un momento de pura claridad, como follar o el instante en el que le rajó el cuello a Jimmy Grebe. Como bailar pintado de radio.

Coge un trozo de tiza que encuentra en la repisa de la chimenea y escribe «Chica que brilla», con su letra torcida e irregular, en el papel de al lado de la ventana, encima del fantasma de las palabras que ya están allí, porque hay un hueco para ello y le da la impresión de que debe hacerlo.

# KIRBY

30 de julio de 1984

Podría estar durmiendo. Podría parecerlo a primera vista, si la miraras con los ojos entrecerrados para protegerte del sol que se filtra entre las hojas. Si pensaras que su camiseta es de un color marrón óxido. Si no te fijaras en las moscas, que zumban sobre ella formando una nube.

Tiene un brazo estirado cómodamente por encima de la cabeza y mira a un lado con aire cautivador, como si escuchara a alguien. Las caderas están giradas hacia el mismo lado, y tiene las piernas juntas y las rodillas dobladas. La horrible herida abierta en el abdomen contradice la aparente serenidad de la pose.

En ese brazo colocado con indiferencia, el que le da un aspecto tan romántico, el que descansa estirado entre las diminutas flores silvestres, azules y amarillas, se ven las marcas de las heridas defensivas. Las incisiones en la articulación media de los dedos, que llegan hasta el hueso, indican que seguramente intentó agarrar el cuchillo de su atacante. El anular y el meñique de la mano derecha están casi cercenados.

Tiene heridas en la frente a causa de los repetidos impactos con un objeto romo, posiblemente un bate de béisbol. Sin embargo, también es posible que se tratara del mango de un hacha o incluso de una rama pesada, aunque ninguno de estos objetos se encontró en la escena del crimen.

Las marcas de rozaduras en las muñecas podrían indicar que le ataron las manos y que después le quitaron las ligaduras. Por el modo en que se le clavó en la piel, es probable que se tratara de alambre. La sangre seca de la cara forma una costra negra, como una bolsa amniótica. La han rajado del esternón a la pelvis formando una cruz invertida, lo que hará que, antes de culpar a los pandilleros, parte de la policía lo interprete como un ritual satánico sobre todo porque le han extraído el estómago. Lo encuentran cerca, diseccionado, con el contenido esparcido sobre la hierba. Han colgado sus tripas de los árboles como si fuera espumillón. Las tripas ya se han secado y se han agrisado cuando los polis por fin acordonan la zona. Eso significa que el asesino se tomó su tiempo y que nadie la oyó gritar pidiendo ayuda. O que nadie respondió.

También se recogen las siguientes pruebas:

Unas zapatillas de deporte blancas con una larga mancha de lodo en el lateral, como si la chica hubiese resbalado al huir y se le hubiese caído. Se encontró a nueve metros del cuerpo. Coincidía con la que llevaba puesta, que estaba salpicada de sangre.

Una camiseta ajustada de tirantes finos, rajada por el centro, originalmente

blanca. Pantalones vaqueros cortos y decolorados, manchados de sangre. Y también orina y heces.

En su mochila se encontró: un libro de texto (*Métodos fundamentales de economía matemática*); tres bolígrafos (dos azules y uno rojo); un marcador fluorescente (amarillo); un brillo de labios (morado); rímel; medio paquete de chicles (Wrigleys de menta verde, con tres chicles); una polvera cuadrada de color dorado (el espejo está roto, seguramente por el ataque); un casete negro en el que han escrito a mano «Janis Joplin, *Pearl*»; las llaves de la puerta principal de Alpha Phi; una agenda con las fechas de entrega de distintos trabajos, una cita en la oficina de planificación familiar, los cumpleaños de sus amigos y varios números de teléfono que la policía repasa uno a uno. Metida entre las hojas de la agenda se encuentra un aviso de la biblioteca porque ya debería haber devuelto un libro.

Los periódicos aseguran que se trata del ataque más brutal de los últimos quince años en esa zona. La policía sigue varias líneas de investigación y anima encarecidamente a los testigos a dar la cara. Están bastante seguros de que identificarán rápidamente al asesino, porque un asesinato tan horrendo debe de tener un precedente.

Kirby no se enteró de nada de lo ocurrido. En aquellos momentos estaba bastante ocupada con Fred Tucker, el hermano de Gracie, un año y medio mayor que ella, que intentaba meterle el pene.

—No cabe —dice el chico entre jadeos.

—Pues empuja más —replica Kirby entre dientes.

—¡No me ayudas!

—¿Qué más quieres que haga? —pregunta ella, exasperada.

Kirby lleva puestos unos tacones de charol negro de Rachel y una combinación transparente de color beis casi dorado que había birlado en Marshall Field tres días antes, después de esconder la percha vacía en el fondo de una repisa. Había arrancado los pétalos de las rosas de la señora Partridge para esparcirlos por las sábanas. Había robado condones de la mesita de noche de su madre para que Fred no tuviera que pasar por la vergüenza de comprarlos. También se había asegurado de que Rachel no volviera a casa esa tarde. Incluso había estado practicando los besos en el dorso de la mano, aunque era tan eficaz como hacerse cosquillas uno mismo. Por eso se necesitaban otros dedos, otras lenguas. Solo los demás te hacen sentir real.

—Creía que ya lo habías hecho antes —dice Fred antes de dejarse caer sobre los codos y apoyar todo su peso sobre ella.

Es un peso agradable, a pesar de las caderas huesudas y de la piel cubierta de sudor.

—Solo lo dije para que no te pusieras nervioso —responde Kirby mientras alarga

el brazo para coger los cigarrillos de Rachel, que están en la mesita.

—No deberías fumar.

—¿Ah, no? Pues tú no deberías estar haciéndolo con una menor.

—Tienes dieciséis.

—El ocho de agosto.

—¡Dios! —exclama él antes de bajársele de encima a toda prisa.

Ella lo observa mientras él da vueltas por el dormitorio, desnudo salvo por los calcetines y el condón (el pene sigue erecto, inasequible al desaliento), y le da una buena calada al cigarrillo. Ni siquiera le gusta fumar, pero para parecer impasible hace falta apoyarse en el atrezo. Ha resuelto la fórmula: dos partes de tomar el control sin que parezca que eso es lo que intentas y tres partes de fingir que, de todos modos, no importa. Y, oye, no pasa nada si hoy pierde o no la virginidad con Fred Tucker (aunque, en realidad, sí que pasa, y mucho).

Admira la huella de lápiz de labios que ha dejado en el filtro del cigarrillo y se aguanta el ataque de tos que lucha por escapar.

—Relájate, Fred. Se supone que esto tiene que ser divertido —lo tranquiliza, poniéndose zalamera, cuando lo que de verdad quiere decirle es: «No importa, creo que te quiero».

—Entonces ¿por qué me da la impresión de que estoy teniendo un infarto? —pregunta él agarrándose el pecho—. A lo mejor deberíamos ser solo amigos, ¿no?

Se siente mal por él, aunque también por ella misma. Parpadea con ganas y aplasta el cigarrillo después de darle tres caladas, como si fuera el humo el causante de que se le salten las lágrimas.

—¿Quieres ver una película? —pregunta ella.

Y eso hacen. Y acaban tonteando en el sofá, besándose durante una hora y media mientras Matthew Broderick salva al mundo con su ordenador. Ni siquiera se dan cuenta de que la cinta de vídeo se ha acabado y la pantalla se ha llenado de estática, porque él le ha metido los dedos dentro y le está recorriendo la piel con su cálido aliento. Ella se le sube encima y le duele, cosa que suponía que iba a pasar, y es agradable, cosa que esperaba, pero no tanto como para volver el mundo del revés. Después se besan mucho, se fuman el resto del cigarrillo, y él tose y dice:

—No es como creía.

Como tampoco lo es que te asesinen.

El nombre de la chica muerta era Julia Madrigal. Tenía veintiún años. Estudiaba tercero de Ciencias Económicas en la Northwestern. Le gustaba el senderismo y también el hockey, porque era de Banff (Canadá), además de salir por los bares de Sheridan Road con sus amigos, porque en Evanston no había donde beber.

Siempre estaba pensando en ofrecerse voluntaria para leer pasajes de los libros de

texto para los casetes de estudio de la asociación de alumnos ciegos, pero nunca terminaba de hacerlo; igual que se había comprado una guitarra, pero solo había aprendido un acorde. Lo que sí había hecho era postularse como presidenta de su hermandad. Solía decir que iba a ser la primera directora ejecutiva de Goldman Sachs. Pensaba tener tres hijos, una casa grande y un marido que hiciera algo interesante e igualmente importante, un cirujano, un corredor de bolsa o algo así. No como Sebastian, que era un chico con el que pasárselo bien, pero que no tenía madera de marido.

Era tan escandalosa como su padre, sobre todo en las fiestas. Su sentido del humor tendía a la vulgaridad. Su risa era tristemente célebre o legendaria, según a quién le preguntaras. Se oía desde la otra punta de Alpha Phi. Podía ser irritante. Podía ser estrecha de miras, como lo son los que tienen todas las respuestas para salvar el mundo. Sin embargo, era la clase de chica a la que no se podía controlar. Salvo que la rajaras y le aplastaras el cráneo.

Su muerte provocará ondas expansivas que afectarán a todas las personas que la conocían y a otras que nunca la habían visto.

Su padre nunca se recuperará. Baja de peso y se convierte en una triste parodia del agente inmobiliario chillón y terco que fuera antes, al que le gustaba pelearse en las barbacoas por los resultados del partido. Pierde todo interés por vender casas. Deja a la mitad los discursos ante sus clientes y se queda mirando los espacios vacíos de la pared, los que quedan entre los retratos de familias perfectas, o aún peor, las juntas de los azulejos de los baños privados. Aprende a fingir, a esconder la tristeza. En casa, empieza a cocinar. Se inicia en la cocina francesa, pero la comida no le sabe a nada.

Su madre se guarda dentro todo el dolor. Es un monstruo que lleva enjaulado en el pecho y que solo el vodka somete. No prueba lo que cocina su marido. Cuando regresan a Canadá y se mudan a una casa más pequeña, ella se instala en el dormitorio de invitados. Al final, su marido deja de esconderle las botellas. Cuando el hígado le falla, veinte años después, él se sienta a su lado en un hospital de Winnipeg, le acaricia la mano y le recita las recetas que ha memorizado, como si fueran fórmulas científicas, porque no tiene nada más que decirle.

Su hermana se muda lo más lejos posible y no deja de moverse. Primero, a la otra punta del estado; después, a la otra punta del país, y más tarde, al extranjero. Se va como *au pair* a Portugal, pero no se le da muy bien, no conecta con los niños. La idea de que les pase algo le resulta demasiado aterradora.

Después de un interrogatorio de tres horas, Sebastian, el chico con el que Julia llevaba saliendo tres semanas, consigue que varios testigos independientes y las manchas de grasa de sus pantalones cortos corroboren su coartada. Estaba liado restaurando la moto Indian 1974 con la puerta del garaje abierta, a plena vista de todo

el que pasaba por la calle. Conmovido por la experiencia, ve la muerte de Julia como una señal de que está malgastando su vida estudiando Empresariales. Se une al movimiento estudiantil antiapartheid y se acuesta con las chicas antiapartheid. Su trágico pasado se pega a él como si fueran feromonas a las que las mujeres no pueden resistirse. Es un pasado que tiene incluso su propia banda sonora: *Get It While You Can*, de Janis Joplin.

La mejor amiga de Julia se pasa las noches despierta sintiéndose culpable, a pesar de la conmoción y la tristeza, porque ha calculado que, estadísticamente, ahora tiene un 88 por ciento menos de posibilidades de que también la asesinen a ella.

En otro lugar de la ciudad, una niña de once años que del caso solo sabe lo que ha leído, que solo ha visto a Julia en la fotografía del anuario del instituto, donde aparece como primera de su promoción, alivia su dolor, y el de la vida en general, con mucha precisión: cortándose con un cúter la tierna piel del interior del brazo, por encima del borde de las mangas de las camisetas, donde las heridas no se ven.

Y, cinco años más tarde, le llegará el turno a Kirby.

# HARPER

24 de noviembre de 1931

Duerme en la habitación de invitados con la puerta bien cerrada para protegerse de los objetos, pero encuentran el modo de metérsele en la cabeza. Son tan insistentes como las picaduras de las pulgas. Tras lo que se le antojan varios días de intermitentes sueños febriles, se levanta de la cama como puede y consigue bajar la escalera cojeando.

Tiene la cabeza tan pesada como el pan empapado en aguarrás. La voz ha desaparecido, tragada por ese momento de claridad desgarradora. Los tótems alargan los brazos para intentar agarrarlo cuando pasa por delante de la Habitación. «Todavía no», piensa. Sabe lo que hay que hacer, pero ahora mismo tiene el estómago contraído alrededor del vacío que contiene.

El elegante Frigidaire está casi vacío. Solo contiene una botella de champán francés y un tomate que se está convirtiendo poco a poco en abono, como el cadáver de la entrada, que se ha puesto verde y empieza a despedir un fuerte olor a podrido. Las extremidades que dos días antes estaban tiasas como madera se han ablandado, lo que facilita la tarea de darle la vuelta al cuerpo para llegar al pavo. Ni siquiera tiene que romperle los dedos para soltarlo de la mano del hombre muerto.

Lava con jabón la costra de sangre del pájaro. Después lo cuece con dos patatas pasadas que encuentra en un cajón de la cocina. Está claro que el señor Bartek no tenía esposa.

El único disco que encuentra es el que ya está en el gramófono, así que le da cuerda y empiezan a sonar las mismas canciones para acompañarlo.

Come con apetito voraz, sentado frente al fuego, renunciando a los cubiertos y arrancando los trozos de carne con las manos. Lo riega con whisky; llena el vaso hasta el borde y no se molesta en añadir hielo. No tiene frío, siente la barriga llena, nota el agradable cosquilleo del licor en la cabeza y la música chillona parece silenciar a los objetos.

Cuando la licorera de cristal se vacía, va a por el champán y se lo bebe directamente de la botella. También se lo acaba. Se sienta en el sillón, borracho y taciturno, con los huesos pelados del pavo tirados en el suelo, a su lado. Obvia el tictac del gramófono, cuya aguja araña inútilmente la superficie sin encontrar ranura en la que aposentarse. Finalmente, la necesidad de mear lo obliga a levantarse a regañadientes.

Se tropieza con el sofá de camino al inodoro, y las patas con forma de garras arañan el suelo y se enganchan en la alfombra dejando al descubierto la esquina de

una maltrecha maleta azul escondida debajo del mueble.

Harper se inclina sobre el brazo del sofá y coge la maleta por el asa para intentar subirla hasta los cojines y echarle un vistazo, pero, entre el alcohol y los dedos grasientos, se le resbala. El cierre barato se abre de golpe y vomita su contenido en el suelo: fajos de billetes, fichas de baquelita amarillas y rojas que se desperdigan por todas partes y también cae un libro de contabilidad repleto de papeles de colores.

Harper suelta una palabrota y cae de rodillas. Su primer impulso es empezar a guardarlo todo dentro de nuevo. Los fajos son tan gruesos como barajas de cartas. Los billetes de cinco, diez, veinte y cien dólares están sujetos con gomas, y hay cinco billetes de cinco mil metidos en el lateral de la maleta, dentro del forro roto. Es más dinero del que ha visto nunca. Con razón le reventaron los sesos a Bartek. Pero, entonces, ¿por qué no se llevaron la maleta? Aunque no puede pensar con claridad por culpa del alcohol, sabe que eso no tiene sentido.

Examina los billetes con más detenimiento. Están ordenados por su valor, aunque separados según distintas variaciones, todas muy sutiles. Al tocarlos, le parece notar cambios en el tamaño. También en el papel y en el color de las letras y observa minúsculas alteraciones en la disposición de las imágenes y de las palabras sobre la moneda de curso legal. Tarda un rato en darse cuenta de lo más peculiar: las fechas de emisión están mal. «Como lo que se ve por la ventana», piensa, y de inmediato intenta olvidarlo. «A lo mejor Bartek era un falsificador —racionaliza—. O fabricaba atrezo para el teatro».

Pasa a los papeles de colores. Son boletos de apuestas con fechas que abarcan desde 1929 hasta 1952. Hipódromo de Arlington, Hawthorne, Lincoln Fields, Washington Park. Todos ganadores. Nada demasiado escandaloso. «Si ganas mucho demasiado a menudo llamas la atención de gente poco deseable —supone Harper—, sobre todo en la ciudad de Capone».

Cada boleto se corresponde con una entrada en el libro negro de contabilidad, en el que alguien ha escrito a mano, con buena caligrafía y en mayúsculas, la cantidad, la fecha y la fuente. Todas las entradas aparecen como ganancias, 50 dólares por aquí, 1.200 por allá. Salvo una. Hay una dirección. El número de la casa, 1818, al lado de una cantidad en rojo: 600 dólares. Rebusca el documento correspondiente en el libro. Es la escritura de la casa. Está registrada a nombre de Bartek Krol, 5 de abril de 1930.

Harper se deja caer sobre los talones mientras acaricia con el pulgar el borde de un fajo de billetes de diez. A lo mejor el loco es él. En cualquier caso, ha encontrado algo extraordinario. Y explica por qué el señor Bartek estaba demasiado ocupado para comprar alimentos de verdad. Una lástima que truncaran su buena racha. Una suerte para Harper. A él también le gusta apostar.

Le echa un vistazo al desastre de la entrada. Tendrá que hacer algo al respecto antes de que se convierta en papilla. Lo hará cuando regrese. Siente el impulso de

salir, de averiguar si está en lo cierto.

Se pone la ropa que encuentra colgada en el armario: unos zapatos negros, vaqueros de obrero y una camisa. Todo es de su talla. Mira de nuevo hacia la pared de los objetos, para asegurarse. El aire que rodea el caballo de plástico parece titilar y temblar. Uno de los nombres de las chicas se lee con más claridad que el resto, casi como si brillara. Ella lo estará esperando ahí fuera.

Baja la escalera y se queda frente a la puerta principal, abriendo y cerrando la mano, presa de los nervios, como un boxeador calentando para dar un puñetazo. Tiene el objeto en mente, ha comprobado tres veces que lleva la llave en el bolsillo, cree que está listo. Cree que sabe cómo funciona. Será como el señor Bartek. Prudente. Astuto. No irá demasiado lejos.

Se lanza a por el pomo. La puerta se abre y deja entrar un relámpago de luz tan potente como el petardo que desgarrar las entrañas de un gato en un sótano oscuro.

Y Harper entra en otro tiempo.

# KIRBY

3 de enero de 1992

—Deberías buscarte otro perro —le dice su madre, sentada en el muro que da al lago Michigan y a la playa helada.

El aliento se le condensa en el aire formando una especie de bocadillo de tebeo. En la previsión del tiempo dijeron que nevaría algo más, pero el cielo no está cumpliendo su parte.

—No —responde Kirby, sin darle importancia—. ¿Para qué me va a servir un perro?

Ha estado recogiendo ramitas y ahora las trocea en partes cada vez más pequeñas, hasta que ya no queda nada que romper. Nada es reducible hasta el infinito. Se puede dividir el átomo, pero no vaporizarlo. Siempre queda algo. Un algo que se te aferra, aunque esté roto. Como Humpty Dumpty. En algún momento tienes que recoger los pedazos. O largarte sin mirar atrás. A la mierda con todo.

—Ay, cielo —dice Rachel, y es el típico suspiro que Kirby no soporta y que la empuja a alejarse un poco más, siempre un poco más allá.

—Peludos, malolientes, siempre saltando para lamerte la cara. ¡Asquerosos! —explica, haciendo una mueca.

Sin poder evitarlo, acaban metidas en el mismo bucle. Despectivamente familiar, aunque también, en cierto modo, resulta reconfortante.

Intentó huir durante un tiempo, después de que le sucedió aquello. Abandonó los estudios (a pesar de que fueron compasivos y le ofrecieron un permiso para que se pudiera ausentar un tiempo), vendió el coche, hizo las maletas y se fue. No llegó muy lejos, por mucho que California le resultara tan extraña y desconocida como Japón. Se sentía como si estuviese en medio de escenas salidas de una serie de la tele, pero con las risas falsas mal sincronizadas. O quizá fuera ella la que no estaba sincronizada; demasiado oscura y jodida para San Diego, y no lo bastante jodida, o jodida de forma incorrecta, para L.A. No debería estar rota, sino exhibiendo una fragilidad trágica. Si quieres expulsar el dolor, los cortes te los tienes que hacer tú. Que te los haga otra persona es trampa.

Tendría que haber seguido viajando. Mudarse a Seattle o a Nueva York. Sin embargo, acabó de vuelta en el punto de partida. A lo mejor fue por haberse cambiado tanto de casa de pequeña. A lo mejor la familia ejerce su propia fuerza de gravedad. A lo mejor se reducía a que necesitaba volver a la escena del crimen.

El ataque provocó un gran revuelo. El personal del hospital no sabía dónde poner todas las flores que recibía Kirby, algunas eran incluso de completos desconocidos.

Aunque la mitad eran ramos de pésame. Nadie esperaba que se recuperara, incluidos muchos periódicos, y se equivocaron.

Las cinco primeras semanas fueron una locura, y la gente estaba desesperada por ayudarla. Sin embargo, las flores se marchitan, igual que la capacidad de atención. La sacaron de cuidados intensivos. Después le dieron el alta. Todos siguieron con sus vidas, y se esperaba que ella hiciera lo mismo, por mucho que fuese incapaz de darse la vuelta en la cama sin que la despertara un abrupto pico de dolor, o que el atroz suplicio la dejara paralizada, aterrada ante la idea de haberse desgarrado algo justo cuando los analgésicos perdían efecto de repente, en el momento en que alargaba el brazo para coger el champú.

La herida se infectó. Tuvieron que ingresarla tres semanas más. Se le hinchó el estómago como si fuese a dar a luz a un alienígena. «Parece que el revientapechos se ha perdido —bromeó con el médico, el último de una serie de especialistas—. Como en esa peli. ¿*Alien?*». Nadie pillaba sus bromas.

Por el camino perdió a sus amigos. Los antiguos no sabían qué decirle. Relaciones enteras se colaron por las fisuras de los silencios incómodos. Si el terrorífico espectáculo de sus heridas no los dejaba mudos, siempre podía hablar de las complicaciones causadas por la materia fecal que se le había filtrado en la cavidad intestinal. No debería haberla sorprendido que las conversaciones acabaran por otros derroteros. La gente cambiaba de tema, disimulaba su curiosidad creyendo que hacía lo correcto, cuando lo que de verdad necesitaba Kirby más que nada en el mundo era hablar. Echarlo todo fuera, nunca mejor dicho.

Los nuevos amigos eran turistas que acudían a mirarla, boquiabiertos. Era negligente con ellos, lo sabía, pero resultaba tan, tan terriblemente sencillo dejar que las relaciones empeorasen... A veces bastaba con no devolver una llamada. A los más insistentes, tenía que plantarlos una y otra vez. Los dejaba perplejos, enfadados, dolidos. Algunos le gritaban en los mensajes del contestador automático o, peor, le dejaban mensajes tristes. Al final acabó por desenchufarlo y tirarlo. Sospecha que también fue un alivio para ellos. Ser sus amigos era como ir a una isla tropical en busca de diversión y sol, y que te secuestrasen unos terroristas (historia real que vio en las noticias). Ha leído mucho sobre el trauma. Historias de supervivientes.

Kirby les hacía un favor a sus amigos. A veces desearía tener esa opción, un plan de huida, pero está atrapada aquí, rehén de su cerebro. ¿Puede una misma provocarse sola el síndrome de Estocolmo?

—¿Qué me dices, mamá?

El hielo del lago emite notas musicales al moverse y crujiir, como un carillón hecho de cristales rotos.

—Ay, cielo.

—Te lo puedo devolver en diez meses, máximo. He preparado un calendario de

pagos.

Coge la mochila para buscar la carpeta. Ha preparado la hoja de cálculo en una copistería, en color y con un tipo de letra elegante y que parece manuscrita. Al fin y al cabo, su madre es diseñadora. Rachel le dedica la atención oportuna, lee con detenimiento las filas como si examinara la muestra de trabajos de un artista en vez de una oferta de presupuesto.

—He terminado de pagar casi todo lo que acumulé en la tarjeta de crédito durante el viaje. Solo me quedan ciento cincuenta al mes, más los mil dólares del préstamo para los estudios. Así que es completamente factible. —La compasión de la universidad no llegó al extremo de concederle permiso para «ausentarse» también de la deuda. Sabe que está farfullando, pero no puede soportar la tensión—. Y la verdad es que no es tanto por un detective privado.

Normalmente cobran 75 dólares a la hora, pero el detective le había dicho que lo haría por 300 al día, 1.200 a la semana. Cuatro de los grandes al mes. Había hecho el presupuesto para tres meses, aunque el detective decía que al cabo de un mes podría decirle si merecía la pena continuar. Era un pequeño precio por saber la verdad, por encontrar al cabrón. Sobre todo después de que los polis dejaron de hablar con ella porque, al parecer, no es sano ni útil preocuparse demasiado por tu propio caso.

—Es muy interesante —comenta Rachel con amabilidad mientras cierra la carpeta e intenta devolvérsela.

Kirby no quiere aceptarla, está demasiado ocupada rompiendo palitos. Crac. Su madre la deja en el muro, entre ellas. La nieve empieza a empapar el cartón de inmediato.

—La humedad de la casa está empeorando —dice Rachel, dando el tema por cerrado.

—Es problema de tu casero, mamá.

—Ya sabes cómo es Buchanan —responde ella, dejando escapar una carcajada irónica—. No aparecería ni con la casa cayéndose a pedazos.

—A lo mejor deberías probar a tirar algunas paredes —sugiere Kirby, que no logra ocultar el tono amargo de su voz. Es su barómetro interno para aguantar la mierda de su madre.

—Y voy a trasladar mi estudio a la cocina. Tiene más luz. Últimamente necesito más luz. ¿Crees que tendré la enfermedad de Robles?

—Te dije que te deshicieras del libro de medicina. No puedes autodiagnosticarte, mamá.

—Parece poco probable. Tampoco es que haya estado en contacto con parásitos de río. Supongo que podría ser distrofia de Fuchs.

—O que te estás haciendo vieja y tienes que enfrentarte a ello —le suelta Kirby, pero su madre pone cara de tristeza, así que cede un poco—. Podría ayudarte con el

traslado. Podríamos ordenar el sótano y buscar cosas para vender. Seguro que algunas valen una fortuna. Solo por ese viejo kit de grabado te sacarías unos dos mil dólares. Ganarías una pasta. Podrías tomarte un par de meses libres y terminar por fin *Pato muerto*.

Su madre estaba trabajando, aunque parezca morboso, en la historia de un patito aventurero que viaja por el mundo preguntando a criaturas muertas cómo fallecieron. Ejemplo real:

—Y ¿cómo murió, señor Coyote?  
—Bueno, me atropelló un camión, Pato.  
No miré a ambos lados al cruzar la calle,  
y ahora los cuervos me roen la carne.  
Qué mal, qué pena más grande,  
aunque soy feliz por lo que viví antes.

Siempre acaba igual. Cada animal muere de una forma distinta y horripilante, pero la respuesta no varía, hasta que Pato muere y, tras reflexionarlo, llega a la conclusión de que él también está triste, aunque también se alegra por lo que ha vivido. Es de esas oscuras tonterías pseudofilosóficas que seguramente funcionarían bien en alguna editorial infantil. Como ese libro de mierda sobre el árbol que se sacrifica y se sacrifica hasta que no es más que maderas podridas y llenas de grafitis en un banco de un parque. Kirby siempre ha odiado esa historia.

El argumento de su libro no tiene nada que ver con lo que le pasó a ella, según Rachel. Va sobre Estados Unidos y sobre cómo todo el mundo piensa que hay que luchar contra la muerte, lo que resulta extraño en un país cristiano que cree en la otra vida.

Ella solo intenta mostrar que es un proceso normal, que el resultado siempre es el mismo, al margen de cómo fallezcas.

Es lo que dice ella, pero lo empezó cuando Kirby todavía estaba en la unidad de cuidados intensivos. Después lo desechó entero, hojas y más hojas de ilustraciones adorablemente truculentas, y empezó de nuevo. No paraba de repetir las historias de los lindos animales muertos, pero no acababa nunca. Y tampoco es que un libro ilustrado para niños tenga que ser muy largo.

—Lo tomaré como un no.

—Es que no creo que sea la mejor forma de invertir tu tiempo, cielo —responde Rachel, dándole palmaditas en la mano—. La vida está para vivirla. Haz algo útil. Vuelve a la universidad.

—Claro, eso sí que es útil.

—Además —añade Rachel, que se pone a mirar el lago con expresión ensoñadora—, no tengo ese dinero.

«A mi madre jamás conseguiré alejarla —piensa Kirby mientras suelta los palitos

desmenuzados sobre la nieve—. Su estado existencial por defecto es “ausente”».

# MAL

29 de abril de 1988

Malcolm descubre al chico blanco a la primera, y no es que la falta de melanina sea rara en esta zona. Normalmente llegan en coche y se detienen lo justo para pillar su dosis. Pero también aparecen algunos a pie, desde los drogatas con la cabeza ida, los ojos amarillos, la piel de gallina y los temblores de los viejos, hasta la señorita abogada con su traje caro, la que llega del centro para esperar pacientemente con los demás todos los martes y, últimamente, también los sábados. En ese sentido, la calle es igualitaria. Sin embargo, esos no suelen quedarse pululando por aquí después.

El hombre está de pie en los escalones de una de esas casas de vecinos abandonadas, mirando a su alrededor como si el antro fuera suyo. A lo mejor lo es. Se rumorea que quieren aburguesar Cabrini, pero hay que ser un hijo de puta muy loco para intentar esa mierda en Englewood, con estas cloacas ruinosas.

Mal no sabe ni por qué se molestan en tapiar la entrada con tablas. Ya les han quitado todas las tuberías, pomos de latón o cualquier tontería que fuese victoriana. Ventanas rotas, suelos podridos y generaciones enteras de familias de ratas viviendo unas encima de otras: abuelitas, abuelitos, mamás, papás y ratitas bebé. Así que solo los yonquis más hechos polvo tientan a la suerte entrando allí para colocarse. Esos sitios son una porquería. Y, en este barrio, eso ya es decir.

El hombre baja al hormigón cuarteado y desdibuja con los pies la rayuela ya medio borrada del suelo; no es un agente inmobiliario, eso casi seguro. Mal ya se ha metido su chute, lo nota en las tripas, que se están transformando en cemento. Eso le sirve para pasar el día, así que tiene todo el tiempo del mundo para observar a un blanco que hace cosas raras.

El tipo recorre el solar, esquiva un sofá hecho polvo y pasa por debajo del poste oxidado del que antes colgaba una canasta (hasta que los niños la arrancaron). Autosabotaje, eso es lo que es. Joder tu propia mierda.

Va mal vestido, así que tampoco es poli. Lleva unos pantalones marrones demasiado grandes y una americana anticuada. El drogata blanco tuvo que meterse algo en vena en un sitio chungo, se cayó o algo, y por eso lleva una muleta bajo el brazo. Debe de haber empeñado el bastón del hospital si ha terminado con esa chatarra vieja. O puede que ni siquiera fuera al hospital porque tenía algo que esconder. El caso es que hay algo raro.

Es interesante, puede que incluso sea un buen objetivo. A lo mejor el tipo se oculta porque es un arrepentido de la mafia. ¡Joder, quizá se esconde de una exmujer! Es un buen lugar para eso. A lo mejor tiene pasta guardada en uno de esos nidos de

ratas. Mal se asoma a las casas de la fila y especula. Podría echar un vistazo mientras el chico blanco va a lo suyo. Podría quitarle de encima el peso de cualquier cosa de valor que le estorbara. No se enteraría. Seguramente le haría un favor.

Sin embargo, al mirar las casas intentando averiguar de cuál había salido, Mal siente algo raro, como si todo brillara un poco, puede que sea por el calor del asfalto. No es la tiritera del mono, pero casi. Debería haber sabido que no era buena idea comprarle mercancía a Toneel Roberts. Ese chico ha estado metiéndose, lo que significa que también ha estado cortando.

A Mal le da un retortijón en el estómago, como si alguien le hubiera metido la mano dentro. Un pequeño recordatorio de que no ha comido nada en catorce horas y una señal de que, oh, sí, la droga estaba cortada.

Mientras tanto, el señor Objetivo baja la calle, sonriente y haciendo señas con la mano a los críos de la esquina para que lo dejen en paz. Decide que es una mala idea. Al menos, por el momento. Es mejor esperar a que el chico blanco vuelva para poder echar un vistazo en condiciones. Ahora mismo lo llama la naturaleza.

Lo alcanza dos manzanas más abajo, suerte pura y dura. Aunque ayuda que el tío esté mirando fijamente la tele del escaparate de la droguería, tan hipnotizado que a Mal le da miedo que le haya dado un ataque o algo. Ni siquiera se da cuenta de que impide el paso de la gente. A lo mejor ha pasado algo importante. La puta Tercera Guerra Mundial. Se acerca con sigilo para mirar, poniendo cara de inocente.

Pero el tío está mirando anuncios. Uno detrás de otro. Salsa para pasta Creamette, crema facial Olay, Michael Jordan comiendo cereales Wheaties. Como si nunca hubiese visto a nadie comer Wheaties.

—¿Estás bien, colega? —le pregunta sin querer volver a perderlo de vista, pero no lo bastante envalentonado como para darle un toque en el hombro.

El tío se vuelve mostrándole una sonrisa tan feroz que Mal está a punto de perder el valor.

—Esto es asombroso —dice el tipo.

—Joder, tío, pues deberías probar los Cheerios. Pero estás bloqueando el paso. Haz sitio para la gente, ¿entiendes?

Lo aparta con delicadeza para esquivar a un chaval en patines que va directo hacia ellos. El tipo se queda mirando al muchacho.

—Un blanco con rastas —comenta Mal, como dándole la razón, o eso cree—. No las saben llevar. ¿Qué me dices de eso? —pregunta, fingiendo darle un codazo, aunque sin tocarlo de verdad, para señalarle a una chica con unas tetas que parecen enviadas directamente desde el cielo y que se bambolean la una contra la otra debajo de su camiseta sin mangas.

Sin embargo, el tío apenas la mira. Mal nota que lo está perdiendo.

—No es tu tipo, ¿eh? No pasa nada, colega. Oye, ¿te sobra un dólar? —añade,

porque el mono ya empieza a roerle las tripas.

El tío parece verlo por primera vez, aunque tampoco le lanza el típico vistazo de blanquito que te pasa por encima, sino que es como si mirase dentro de él.

—Claro —responde, y se mete la mano en el bolsillo de la americana para sacar un fajo de billetes sujetos con una goma.

El hombre saca uno, se lo da a Mal y lo observa con la misma intensidad con la que mira un novato que intenta vender bicarbonato como si fuera mierda de verdad, cosa que pone a Mal en guardia antes incluso de mirar lo que le había dado.

—¿Me tomas el pelo? —pregunta con el ceño fruncido cuando ya ha visto el billete de cinco mil dólares—. Y ¿qué hago yo con esto, joder?

Empieza a tener sus dudas sobre todo el puto asunto. El drogata está pirado.

—¿Mejor este? —pregunta Harper, y repasa los billetes hasta sacar uno de cien pavos para ver cómo reacciona.

Mal está tentado de no darle esa satisfacción, pero, qué coño, a lo mejor le da otro si consigue lo que busca, sea lo que sea.

—Oh, sí, con esto vale.

—¿Todavía están las chabolas de Grant Park?

—No sé ni de qué me hablas, colega, pero dame otro de esos y te llevaré por todo el parque hasta que las encontremos.

—Tú dime cómo llegar.

—Coge la línea verde. Te llevará hasta el centro —responde señalando las vías del El, el metro elevado, que se ven entre los edificios.

—Me has sido de gran ayuda —dice el hombre y, para disgusto de Mal, se guarda el fajo en la americana y se aleja cojeando.

—Eh, oye; espera —lo llama mientras corre un poco para alcanzarlo—. No eres de la ciudad, ¿verdad? Puedo hacerte de guía, enseñarte los mejores sitios, buscarte un buen coñito. Del sabor que prefieras. Puedo cuidar de ti y eso, ¿sabes lo que te digo?

El tío se vuelve para mirarlo.

—Lárgate, amigo, si no quieres que te destripe aquí mismo —responde en tono amistoso, como si le diera el parte del tiempo.

No es una bravuconada, lo dice en serio, y tan tranquilo como quien se ata los zapatos. Mal se para en seco y lo deja marchar. Ya no le importa una mierda. Drogata pirado... Mejor no meterse.

Se queda mirando al señor Objetivo, que se aleja por la calle, y sacude la cabeza al fijarse en el ridículo billete falso. Lo guardará de recuerdo y puede que vuelva a las casas abandonadas para curiosear mientras el tío está fuera. Se le contrae el estómago al pensarlo. Puede que no lo haga, no mientras siga con el ansia. Se dará un lujo. Hongos mágicos. Se acabó la porquería de Toneel. Puede que incluso le compre a su

chico, Raddison, si lo ve. ¿Por qué no? Se siente generoso. Lo alargará para que dure.

# HARPER

29 de abril de 1988

Lo que más le molesta a Harper es el ruido, peor que estar acurrucado en el blando lodo negro de las trincheras, temiendo el agudo zumbido que precipitaba la siguiente descarga de artillería, el golpe seco de las bombas lejanas, el estruendo y el chirrido de los tanques. El futuro no es tan estridente como la guerra, pero despliega su propia furia implacable.

La mera aglomeración lo sorprende. Casas, edificios y personas se apretujan unos contra otros. Y coches. La ciudad se ha reestructurado en torno a ellos. Han construido edificios enteros para aparcarlos capa sobre capa. Pasan junto a él muy deprisa, haciendo demasiado ruido. Las vías del tren que trajeron al mundo entero hasta Chicago guardan silencio, avasalladas por el rugido de la autopista (palabra que aprenderá después). El hirviente río de vehículos no cesa llegado de algún punto inimaginable.

Mientras camina atisba los retazos de la antigua ciudad que asoman bajo la nueva. Carteles pintados ya desvaídos, una casa abandonada que se ha convertido en un bloque de pisos, también abandonados. Un solar lleno de maleza en el que hay un almacén. Deterioro, pero también renovación. Un grupo de escaparates ha brotado donde antes había un solar vacío.

Los escaparates son desconcertantes, y los precios, absurdos. Se mete en una tienda y tiene que salir, lo inquietan los pasillos blancos, las luces fluorescentes y la saturación de comida en latas y cajas con fotografías en color que anuncian su contenido a gritos. Le dan náuseas.

Es todo muy extraño, aunque no inimaginable. Todo se extrapola. Si se puede encerrar un auditorio en un gramófono, se puede meter un Bioscope en una pantalla encendida en el escaparate de una tienda, y es algo tan corriente que ni siquiera congrega a la multitud. Sin embargo, algunas cosas sí que no se las espera y se queda hipnotizado con los giros y los restregones de los cepillos de un túnel de lavado.

Las personas son iguales, putas y cabrones, como el vagabundo de ojos saltones que lo tomó por un blanco fácil. Lo mandó a tomar viento, pero no antes de que le confirmara algunas de sus suposiciones sobre las fechas del dinero o el lugar en el que se encontraba. O el tiempo en el que se encontraba. Toca la llave del bolsillo, su forma de volver. Si quiere.

Sigue el consejo del chico y se sube al El de Ravenswood, que está prácticamente igual que en 1931, solo que va más deprisa y es más temerario. El tren dobla las esquinas sin frenar, de modo que Harper se aferra a la barra y, al final, acaba

sentándose. En general, el resto de pasajeros evita mirarlo a los ojos. A veces se apartan de él. Dos chicas vestidas como fulanas se ríen entre dientes y lo señalan. Se da cuenta de que es por la ropa. Los demás visten colores vivos y telas que son, de algún modo, más brillantes y chabacanas, como esos extraños zapatos con cordones que llevan. Sin embargo, cuando atraviesa el vagón en dirección a las chicas, las sonrisas se desvanecen y ellas se bajan en la siguiente parada sin dejar de cuchichear. De todos modos, a Harper no le interesan.

Sube la escalera para salir a la calle, y la muleta tintinea sobre el metal, lo que le merece la mirada compasiva de una mujer de color uniformada que, aun así, no se ofrece a ayudarlo.

De pie bajo las torres de alta tensión de las vías, ve que los neones del Loop se han multiplicado por diez. «Mira aquí, no, aquí», parecen decir las luces intermitentes. La distracción está a la orden del día.

Solo tarda un minuto en averiguar cómo funcionan las luces de los pasos de peatones. El hombre verde y el hombre rojo, señales para niños. Y esta gente, con sus juguetes, su ruido y sus prisas, ¿no son, precisamente, niños?

Advierte que la ciudad ha cambiado de color, de blancos y cremas sucios a cientos de tonos de marrón. Como el óxido. Como la mierda. Recorre el parque para comprobar por sí mismo que, efectivamente, las chabolas han desaparecido sin dejar rastro.

Desde donde se encuentra, la visión de la nueva ciudad resulta perturbadora. La silueta de los edificios recortados contra el cielo está mal, las relucientes torres son tan altas que se las tragan las nubes. Es como el paisaje del infierno.

Los coches y la muchedumbre le recuerdan a los escarabajos de la madera que se abren camino a bocados por los árboles, que, plagados de esas cicatrices agusanadas, mueren, como lo hará todo este lugar pestilente. Se derrumbará sobre sí mismo cuando se extienda la podredumbre. A lo mejor lo verá caer. No estaría nada mal.

Pero ahora tiene un propósito. El objeto le arde en la cabeza y sabe a dónde ir, como si ya hubiese estado antes.

Se sube a otro tren que desciende a las entrañas de la ciudad. El traqueteo resulta más ruidoso en los túneles. Las luces artificiales siegan las ventanas y dividen las caras de la gente en multitud de momentos fragmentados.

Al final llega a Hyde Park, donde la universidad ha creado una bolsa de sonrosada riqueza entre los paletos de la clase trabajadora, casi todos negros. Está tan emocionado que se pone nervioso.

Compra un café en el restaurante griego de la esquina, solo, tres azucarillos. Después empieza a caminar y deja atrás las residencias de estudiantes, hasta que encuentra un banco en el que sentarse. Ella está aquí, en algún lugar, como debe ser.

Entorna los ojos e inclina la cara como si disfrutara del sol, de modo que no parezca que examina los rostros de todas las chicas que pasan por su lado. Pelo lustroso y ojos brillantes debajo de una buena capa de maquillaje y de peinados ahuecados. Lucen sus privilegios como si se los pusieran cada mañana junto con los calcetines. Harper cree que eso los embota.

Entonces la ve, está saliendo de un coche cuadrado con una abolladura en la puerta que acaba de parar en la entrada de una residencia, apenas a tres metros de distancia del banco en el que está sentado. La conmoción que le produce reconocerla lo estremece hasta el tuétano, como el amor a primera vista.

Es diminuta, china o coreana. Lleva unos vaqueros con manchas azules y blancas, y el pelo negro mullido, como si fuera algodón de azúcar. La chica abre el maletero y empieza a descargar cajas de cartón mientras su madre sale del coche, no sin dificultad, y se acerca para ayudar. Enseguida lo nota, aunque la muchacha no hace más que reírse de exasperación por culpa de una caja que se ha roto por debajo debido al peso de los libros. Es obvio que se trata de una especie distinta, que no tiene nada que ver con los vacíos caparazones femeninos que ha visto hasta ese momento. Está llena de vida, y la vida sale disparada de ella como si fuera un látigo.

Harper nunca ha restringido su apetito a un tipo concreto de mujer. Algunos hombres prefieren chicas con cintura de avispa, melenas pelirrojas o traseros generosos en los que clavar los dedos, pero él se ha conformado siempre con lo que ha encontrado, normalmente pagando. Pero la Casa exigía más, quería potencial, reclamar el fuego de sus ojos y apagarlo. Harper sabía cómo hacerlo. Tenía que comprar una navaja tan afilada como una bayoneta.

Se reclina, y mientras enrolla un cigarrillo finge contemplar las palomas que se enfrentan a las gaviotas por los restos de un bocadillo sacado de una papelera, sálvese quien pueda. No mira a la chica ni a su madre, que están un poco más atrás, a la izquierda, llevando las cajas a la residencia. Sin embargo, lo oye todo, y si se mira los zapatos con aire pensativo mientras prepara el cigarrillo, las ve por el rabillo del ojo.

—Vale, esta es la última —dice la chica, la chica de Harper, sacando una caja medio abierta del maletero del coche. Antes de cerrarlo ve algo dentro, mete la mano y saca una muñeca escandalosamente desnuda—. ¡Mami! —exclama, sosteniéndola por el tobillo.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta su madre.

—Mami, te dije que dejaras esto en el Ejército de Salvación. ¿Qué voy a hacer con toda esta basura?

—Te encanta esa muñeca —la regaña su madre—. Deberías guardarla para mis nietos. Pero todavía no. Primero te buscas un buen chico. Un médico o un abogado, teniendo en cuenta que estás estudiando sociopatía.

—Sociología, mami.

—Y esa es otra. Ir a esos sitios malos... Vas a tener problemas.

—Estás exagerando, ahí es donde vive la gente.

—Claro, la mala gente, con pistolas. ¿Por qué no estudias a los cantantes de ópera? ¿O a los camareros? O a los médicos. Sería una buena forma de encontrar a un médico agradable. ¿No son lo bastante interesantes para tu carrera? En vez de esas viviendas sociales...

—A lo mejor debería estudiar las similitudes entre las madres coreanas y las judías —responde con aire ausente mientras enreda entre los dedos la larga melena rubia de la muñeca.

—¡A lo mejor debería darte una torta por ser una maleducada con la mujer que te crio! Si tu abuela te oyera hablar así...

—Lo siento, mami —dice la chica, avergonzada. Después examina los mechones de pelo de la muñeca que se ha enroscado en los dedos—. ¿Recuerdas cuando intenté teñirle el pelo de negro a mi Barbie?

—¡Con betún! Tuvimos que tirarla.

—¿Eso no te molesta? ¿La homogeneidad de las aspiraciones?

—Los universitarios y vuestras palabras grandilocuentes. Si te preocupa tanto, pues llévalas barbies negras a los niños de las viviendas sociales.

La chica deja la muñeca en la caja, resignada a llevársela.

—No es mala idea, mami.

—Pero ¡no uses betún!

—No lo digas ni en broma —responde la chica, que se inclina sobre la caja que lleva en los brazos para besar a la mujer en la mejilla.

Su madre la aparta a manotazos, avergonzada ante la muestra de afecto en público.

—Sé buena —le dice cuando sube al coche—. Estudia mucho y nada de chicos. A menos que sean médicos.

—O abogados, entendido. Adiós, mami. Gracias por ayudarme.

La chica le dice adiós con la mano mientras la mujer se aleja en el coche camino al parque, pero ve que, de pronto, da una temeraria vuelta de 180 grados para regresar por donde ha venido, así que baja el brazo.

—Casi se me olvida —dice la madre—. Muchas cosas importantes. Recuerda la cena del viernes por la noche. Y bébete tu Hahn-Yahk. Y llama a tu abuela para decirle que ya te has mudado. ¿Te acordarás de todo, Jin-Sook?

—Sí, vale. No te preocupes, mami. En serio. Vete, por favor.

Espera a que el coche se aleje y, cuando dobla la esquina, mira con cara de impotencia la caja que carga en los brazos y la deja junto al cubo de la basura antes de desaparecer dentro de la residencia.

Jin-Sook. Al pensar en su nombre, Harper nota una ola de calor que le sube por todo el cuerpo. Podría acabar con ella ahora, estrangularla en el pasillo. Pero hay testigos y, en el fondo, sabe que debe seguir unas reglas. Este no es el momento.

—Oye, tío —dice un joven de pelo rubio rojizo en un tono no demasiado amistoso, colocándose frente a él con el exceso de confianza habitual en alguien de su tamaño. Viste una camiseta con un número y unos pantalones cortados a la altura de la rodilla y deshilachados—. ¿Piensas quedarte ahí todo el día?

—Me estoy terminando el cigarrillo —responde Harper llevándose la mano al regazo para ocultar el principio de una erección.

—Será mejor que te des prisa. A los encargados de la seguridad del campus no les gusta tener a gente merodeando por aquí.

—Es una ciudad libre —dice Harper, aunque no tiene ni idea de si es cierto o no.

—¿Ah, sí? Bueno, tú procura no estar aquí cuando vuelva.

—Ya me voy —responde, dándole una larga calada al cigarrillo como para demostrarlo, aunque sin moverse ni un centímetro.

Eso basta para aplacar al joven toro, que asiente con la cabeza y se aleja hacia la zona de tiendas. Solo se vuelve para mirar una vez, y Harper aprovecha para tirar la colilla al suelo y alejarse sin ninguna prisa, como si pretendiera marcharse, pero se detiene en el cubo de la basura en el que Jin-Sook dejó la caja. Se agacha y empieza a hurgar en el revoltijo de juguetes. Por eso está aquí, todas las piezas deben encajar. Está siguiendo un mapa.

Encuentra el poni de pelo amarillo justo cuando Jin-Sook (el nombre le canta en la cabeza) sale del edificio y corre hacia la caja con cara de culpabilidad.

—Eh, perdone. Es que... he cambiado de idea —empieza a disculparse.

Después ladea la cabeza, desconcertada. De cerca, Harper ve que lleva un solo pendiente, una lluvia de estrellas azules y amarillas que cuelgan de cadenas de plata. La emoción lo hace estremecerse.

—Son mis cosas —dice la chica en tono acusador.

—Lo sé —responde Harper. Le dedica un saludo burlón y se aleja cojeando con la muleta—. Te traeré algo a cambio.

Lo hace, pero será en 1993, cuando ella por fin se haya convertido en una trabajadora social hecha y derecha contratada por el Departamento de Vivienda Social del Ayuntamiento de Chicago. Será su segunda víctima. La policía no encontrará el regalo que le dejará. Ni se fijará en la tarjeta de béisbol que se llevará.

# DAN

10 de febrero de 1992

El tipo de letra que usa el *Chicago Sun-Times* es fea, igual que el edificio en el que se ubica la redacción del periódico, un adefesio aplastado y rodeado de gigantescas torres en la orilla del río Chicago, a la altura de Wabash. De hecho, es un sitio de mierda. Los escritorios siguen siendo pesados cacharros metálicos de la Segunda Guerra Mundial con huecos para máquinas de escribir en los que han metido ordenadores. Hay tinta condensada en las rejillas de ventilación por culpa de las imprentas que sacuden todo el edificio cuando entran en funcionamiento. Algunos periodistas tienen tinta en las venas, pero el personal del *Sun-Times* tiene tinta en los pulmones. De vez en cuando, alguien se queja a la Administración de Seguridad y Salud en el Trabajo.

Hay orgullo en la fealdad, sobre todo si se compara con la torre del *Tribune*, que está al otro lado de la calle, con sus torrecillas y contrafuertes neogóticos, como si fuera la catedral de las noticias. El *Sun-Times* tiene una enorme oficina abierta en la que todos los escritorios están pegados unos a otros, dispuestos alrededor del responsable de las noticias locales. Los de sociedad y deportes están apartados a un lado. Es caótico y ruidoso. La gente se grita para hacerse oír entre las voces de los demás y los graznidos de la radio de la policía. Hay televisores encendidos y teléfonos sonando, y las máquinas de fax pitan mientras sueltan las noticias que van llegando. El *Tribune* está dividido en cubículos.

El *Sun-Times* es el periódico de la clase obrera, el periódico de los polis, el periódico de los basureros. El *Tribune* es la prensa de los millonarios, de los catedráticos y de los que viven en los barrios de la periferia. Es el Distrito Sur contra el Distrito Norte, y nunca se encuentran... hasta que empieza la temporada de becarios, cuando los niños universitarios, ricos y con buenos contactos descendían sobre ellos.

—¡Que voy! —chilla Matt Harrison en tono cantarín marchando entre los escritorios con los jóvenes de ojos brillantes siguiendo su estela, como patitos detrás de su mamá—. ¡Calentad la fotocopidora! ¡Ordenad el caos de los archivadores! ¡Decidid cómo queréis el café que vais a tomar!

Dan Velasquez gruñe y se hunde aún más detrás de su ordenador sin hacer caso del cuac-cuac de los patitos que apenas pueden contener la emoción por estar en una sala de prensa de verdad. Ni siquiera debería estar ahí, no tiene ninguna razón para estar en la oficina. Nunca.

Sin embargo, su redactor jefe quiere hablar con él en persona sobre los planes que

tiene para cubrir la próxima temporada antes de que se largue a Arizona para los entrenamientos de primavera. Como si eso fuera a cambiar algo. Ser un fan de los Cubs es como ser optimista contra viento y marea, un verdadero creyente. Podría decir eso, librarse con un pequeño editorial. Se pasa todo el tiempo detrás de Harrison para que le permita escribir una columna en vez de crónicas deportivas. Ahí es donde está lo bueno, en los artículos de opinión. Puedes usar el deporte (joder, hasta las películas) como alegoría del estado en el que se encuentra el mundo. Es posible aportar profundidad al discurso cultural. Dan busca en su interior algo de profundidad o, al menos, una opinión, pero descubre que no tiene ninguna de las dos cosas.

—Eh, Velasquez, estoy hablando contigo —dice Harrison—. ¿Sabes ya lo que vas a pedir?

—¿Qué? —pregunta.

Se asoma por encima de las gafas, unas bifocales nuevas que lo desconciertan tanto como el nuevo procesador de textos. ¿Qué tenía de malo Atex? Le gustaba Atex. Coño, le gustaba su máquina Olivetti. Y sus putas gafas viejas.

—Para tu becaria —responde Harrison haciendo un gesto teatral para presentarle a una chica que, sin duda, acaba de salir de la guardería, a juzgar por los demenciales pelos de guardería, que salen de punta por todas partes, la bufanda de colores con mitones a juego, la chaqueta negra con más cremalleras de lo razonable y, lo peor, el pendiente de la nariz. La chica lo irrita por cuestión de principios.

—Oh, no, de eso nada. Yo no tengo becarios.

—Pidió trabajar contigo. Se sabía tu nombre.

—Pues con más razón. Mírala, ni siquiera le gustan los deportes.

—Es un placer conocerte —dice la chica—. Soy Kirby.

—Eso no es relevante para mí porque no voy a volver a hablar contigo. Ni siquiera debería estar aquí. Haz como si no estuviera.

—Buen intento, Velasquez —comenta Harrison, guiñándole un ojo—. Es toda tuya. Procura que no nos demande.

Después se aleja para soltar a los demás estudiantes en prácticas a otros periodistas más cualificados y más dispuestos a quedárselos.

—¡Sádico! —le grita Dan cuando se larga, antes de volverse hacia la chica—. Genial, bienvenida. Supongo que puedes acercar una silla. Imagino que no tendrás una opinión sobre la formación de los Cubs de este año, ¿no?

—Lo siento. La verdad es que no me gustan los deportes. Sin ánimo de ofender.

—Lo sabía.

Velasquez mira con rabia el cursor que parpadea en la pantalla. Se burla de él. Al menos, cuando se usaba papel podías hacer garabatos, escribir notas o arrugarlo y tirárselo a la cabeza al redactor jefe. La pantalla del ordenador es inexpugnable. Lo mismo que la cabeza del redactor jefe.

—Estoy mucho más interesada en los delitos.

El periodista hace girar lentamente la silla para mirar de frente a la chica.

—¿Ah, sí? Bueno, pues tengo malas noticias: yo cubro el béisbol.

—Pero antes estabas en homicidios —insiste la chica.

—Sí, y antes fumaba, bebía y comía beicon, y no tenía un puto estent en el pecho. Eso es lo que he sacado de cubrir la sección de homicidios. Deberías olvidarte del tema. No es un buen sitio para una simpática aspirante a punk *hardcore*.

—No ofrecen becas de prácticas para homicidios.

—Por una buena razón. ¿Te imaginas a todos los críos corriendo por la escena de un crimen? ¡Dios!

—Así que tú eres lo más parecido que voy a encontrar —responde la chica encogiéndose de hombros—. Además, tú cubriste mi asesinato.

La afirmación lo desconcierta, aunque solo por un momento.

—Vale, chica, si de verdad quieres cubrir delitos, lo primero que tienes que hacer es aprender la terminología. Lo tuyo sería un «intento de asesinato», como diciendo que no ha tenido éxito. ¿No?

—No es lo que siento.

—¡Qué cruz! —suelta Velasquez mientras finge tirarse del pelo, y eso que no le queda demasiado—. Recuérdame cuál de las muchas víctimas de homicidios de Chicago se supone que eres.

—Kirby Mazrachi —contesta, y entonces el periodista lo recuerda todo incluso antes de que ella se desenrolle la bufanda para dejar al descubierto la basta cicatriz que le recorre el cuello allí donde el maníaco la rajó y le rasgó la carótida, aunque sin llegar a cortarla del todo.

—Con el perro —dice.

Habló con el testigo, un pescador cubano al que no dejaron de temblarle las manos durante toda la entrevista. Sin embargo, Dan recordaba con cinismo que ya había recuperado bastante la compostura cuando la gente de la tele dio con él.

Le explicó que la había visto salir del bosque dando tumbos y con su perro en brazos. La sangre le salía a borbotones del cuello, y un bucle de intestinos de color rosa grisáceo le sobresalía de los destrozados restos de su camiseta de Black Flag. Todos creían que moriría. De hecho, algunos periódicos hasta informaron de su muerte.

—Vaya —comenta, impresionado—. Entonces ¿quieres resolver el caso? ¿Llevar al asesino ante la justicia? ¿Echarle un vistazo a tu expediente?

—No. Quiero ver los otros.

Él, muy impresionado y algo intrigado, se echa hacia atrás en la silla, que cruje peligrosamente.

—Te diré una cosa, niña. Tú llama a Jim Lefebvre para que te haga un comentario

sobre esos rumores de que van a sacar a Bell de la formación de los Cubs, y yo veré qué puedo hacer con esos «otros».

# HARPER

28 de diciembre de 1931

*Chicago Star*  
*EL ÚLTIMO BAILE DE LA CHICA QUE BRILLA*  
por Edwin Swanson

CHICAGO (IL).— En el momento de escribir estas líneas, la policía peina la ciudad en busca del asesino de la señorita Jeanette Klara, también conocida como «la chica que brilla». La pequeña bailarina francesa se ganó una dudosa reputación en la ciudad por brincar desnuda detrás de abanicos de plumas, velos diáfanos, enormes globos y otras bagatelas. Murió víctima de un truculento asesinato en un callejón detrás de Kansas Joe's, uno de los muchos teatros de variedades que atienden a los clientes de gustos moralmente objetables. Encontraron su cuerpo el domingo, a primera hora de la mañana.

No obstante, puede que su prematuro fallecimiento haya sido una bendición, teniendo en cuenta lo que le esperaba: una muerte lenta y dolorosa. La señorita Klara estaba en observación médica, ya que sus doctores sospechaban que sufría un envenenamiento por radio a causa del polvo con el que se ungía antes de cada espectáculo para así brillar como una luciérnaga.

«Estoy cansad<sup>á</sup> de oír hablar de las chicas del gradío», dijo la semana pasada en una entrevista con la prensa que concedió desde su cama del hospital. En ella aprovechó para, alegremente, quitarle importancia a la historia que le habían relatado cientos de veces, la de las jóvenes envenenadas con sustancias radiactivas por pintar con el luminoso Undark las esferas de los relojes en una fábrica de Nueva Jersey. Cinco jóvenes destrozadas por la radiación que les infectó la sangre y después los huesos demandaron a US Radium por 1.250.000 dólares. Llegaron a un acuerdo por el que cada una recibió 10.000 y una pensión de 600 dólares anuales. Sin embargo, murieron una a una, y no queda constancia alguna de que consideraran su muerte bien pagada.

«*Pog favog* —lloriqueaba la señorita Klara mientras se daba toquecitos en los dientes de un color blanco perla con una de sus uñas pintadas de rojo—. ¿Les pague se que se me caen los *dientés*? No me muegó, ni *siquiega* estoy *enfegma*».

Sí que admitió tener «ampollitas» en los brazos y en las piernas, así como que solicitaba a su doncella que se apresurara en la preparación de su baño después de cada espectáculo porque tenía la sensación de que le ardía la piel.

No obstante, la bailarina no deseaba hablar de «esas cosas» cuando la visité en su habitación privada, que estaba llena de ramos de flores de invierno procedentes, al parecer, de sus muchos admiradores. Pagó por los mejores cuidados médicos posibles (y, según se rumorea en el hospital, también por algunos de los ramos) con las ganancias obtenidas gracias a sus contoneos en el escenario.

En vez de hablar del envenenamiento, me enseñó unas alas de mariposa hechas de gasa y pintadas de radio en las que había cosido lentejuelas y que pensaba añadir a un traje diseñado para un nuevo número en el que estaba trabajando.

Para comprender a la señorita Klara, hay que conocer a los de su especie, a los artistas, cuya única ambición es crear una especialidad, algo que no puedan arrebatarse las legiones de imitadores o, al menos, algo que los convierta en los primeros en su campo. Para la señorita Klara, convertirse en la chica que brilla era su forma de alzarse por encima de la competitiva mediocridad que frustra incluso a las bailarinas más ágiles y armónicas. «Y ahogá segué la *maguiposá* que *bgillá*».

Se quejaba de no tener novio: «*Oyén histoguiás* de la *pintugá* y *piensán* que los voy a *envenenag*. *Pog favog*, *digalés* en su *peguiodicó* que soy *embgiagadogá*, no venenosa».

A pesar de la advertencia de los doctores, que afirmaron que la radiación le había penetrado en la sangre y en los huesos, y que incluso podría perder una pierna, la diminuta provocadora que una vez

actuó en el Folies Bergère de París y (algo más vestida) en el Windmill de Londres antes de arrasar en Estados Unidos, declaró que seguiría bailando hasta el día de su muerte.

Por desgracia, sus palabras resultaron ser proféticas. La chica que brilla hizo sus últimas cabriolas el sábado por la noche en Kansas Joe's y reapareció para un bis. La última vez que se vio con vida a la desgraciada muchacha fue cuando le sopló su acostumbrado beso de despedida a Ben Staples, el gorila del club que vigilaba la puerta de atrás para evitar la entrada de admiradores demasiado entusiastas.

Tammy Hirst, una operaria que volvía a su casa después de trabajar en el turno de noche, encontró el cadáver a primera hora del domingo. Explicó que le había llamado la atención algo que brillaba en el callejón. Al ver el cuerpo mutilado de la pequeña bailarina, todavía con su capa de pintura bajo el abrigo, la señorita Hirst corrió hasta la comisaría más cercana, donde informó entre lágrimas de la ubicación del cadáver.

Muchos testigos lo vieron en el bar aquella noche, pero a Harper no le sorprende la volubilidad de la gente. Los que estaban con él eran, sobre todo, personas de la alta sociedad que se acercaban a los barrios bajos para pasar la noche. Tenían con ellos a un aburrido poli fuera de servicio que se llevaba un pellizco por guardarles las espaldas, enseñarles la zona y ofrecerles una visita al pecado y al libertinaje del barrio de los negros. Es curioso que eso no salga en los periódicos.

No le costó apartarse de aquel grupo, aunque dejó la muleta fuera porque había descubierto que era una buena manera de evitar que le prestaran demasiada atención. Las miradas de la gente le resbalaban por encima cuando la llevaba, lo subestimaban. Sin embargo, dentro del bar habría sido un detalle que pocos olvidarían.

Se quedó de pie en la parte de atrás bebiendo lo que se hacía pasar por ginebra después de la Ley Volstead, aunque se la habían servido en una taza de porcelana para que el bar pudiera declararse inocente en caso de una redada.

El grupo de los ricos estaba alrededor del escenario, encantado de codearse con la plebe siempre que no se les pegara demasiado o, al menos, que no lo hicieran sin permiso expreso. Para eso estaba el poli. Gritaban y vociferaban pidiendo que comenzara el espectáculo, y se pusieron más agresivos todavía cuando, en vez de «la señorita Jeanette Klara, maravilla radiante de la noche, la estrella más brillante del firmamento, la luminosa dama del placer, solo esta semana», apareció una diminuta joven china envuelta en un modesto pijama de seda brocado. La joven se sentó con las piernas cruzadas al borde del escenario, detrás de un instrumento de madera y cuerda y, a pesar de todo, cuando se atenuaron las luces hasta el más borracho y escandaloso de los tipos elegantes se calló, a la espera.

La chica empezó a puntear las cuerdas del instrumento creando una vibrante melodía oriental, siniestra por su rareza. Una sombra vestida de negro de arriba abajo, como un árabe, salió de entre las espirales de tela blanca que habían colocado artísticamente en el escenario. Los ojos de la chica dejaron escapar un breve destello al reflejar la luz del exterior, después de que el portero regordete dejó entrar a regañadientes a un cliente de última hora. A Harper le parecieron fríos y salvajes, como los ojos de un animal iluminado por los faros de un coche, como los que veía

cuando Everett y él conducían hasta Yankton antes del alba para recoger en el Red Baby suministros para la granja.

La mitad de los asistentes ni siquiera se dio cuenta de que había alguien ahí hasta que, siguiendo un cambio indetectable de la música, la chica que brilla se quitó un largo guante y dejó al descubierto un brazo incorpóreo e incandescente. Los espectadores dejaron escapar un grito ahogado, y una mujer que estaba cerca del escenario chilló de puro placer, lo que sobresaltó al poli, que estiró el cuello para ver si había tenido lugar algún acto indebido.

La mano del brazo que estaba extendido empezó a girar y a retorcerse sola en un baile sensual propio. Se dirigió con movimientos insinuantes al ropaje negro y dejó al descubierto durante un breve instante un hombro femenino, la curva del vientre, un relámpago de labios pintados que centelleaban como una luciérnaga. Después tiró del otro guante y se lo lanzó a la multitud. Ahora, ya se veían los dos antebrazos, brillantes y desnudos, que se contoneaban voluptuosamente, llamando por señas a la audiencia: «Acercaos». Los espectadores obedecieron, como niños, y se agruparon alrededor del escenario mientras luchaban por el mejor sitio y lanzaban el guante al aire, pasándolo de mano en mano como el regalito que ofrece un anfitrión a los asistentes a su fiesta. El guante aterrizó a los pies de Harper. Era un trozo de tela arrugada a la que se le veían las manchas alargadas de la pintura de radio, como si fueran entrañas.

—Eh, nada de recuerdos —dijo el enorme portero al quitárselo de las manos—. Trae aquí. Eso es propiedad de la señorita Klara.

En el escenario, las manos se deslizaron hasta la capucha con velo y la abrieron, dejando escapar un enredo de rizos y revelando una carita muy marcada, una boquita de piñón y unos gigantescos ojos azules que miraban desde debajo de un revuelo de pestañas pintadas en los extremos para que también brillaran. Una bonita cabeza decapitada volaba espeluznante por el escenario.

La señorita Klara agitaba las caderas y movía los brazos en espiral por encima de la cabeza, a la espera del suspense aportado por una caída en la melodía y el brusco tintineo de los címbalos que llevaba entre los dedos. Esa era la señal para quitarse otra prenda, como una mariposa que se deshace de los pliegues de un capullo negro. Sin embargo, a él el movimiento le recordaba más a una serpiente desprendiéndose de la piel.

Debajo llevaba unas delicadas alas y un traje cuajado de cuentas para imitar el cuerpo segmentado de un insecto. Agitó los dedos, parpadeó varias veces con sus enormes ojos y se dejó caer entre los rollos de tela en una pose de contorsionista, como una polilla moribunda. Cuando surgió de nuevo, había metido los brazos en las mangas de gasa y la hacía girar a su alrededor. Un proyector cobró vida sobre la barra y empezó a reproducir borrosas siluetas de mariposas en la tela semitransparente.

Jeanette se transformó en una criatura que volaba por los aires en un remolino de insectos imaginarios. A Harper le sugería imágenes de plagas y enfermedades. Tocó la navaja que guardaba en el bolsillo.

—¡Ggaciás, ggaciás! —dijo la bailarina al final del espectáculo con su voz de niña pequeña. Estaba de pie sobre el escenario, vestida tan solo con la pintura y unos tacones altos, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si no hubieran visto ya todo lo que había que ver. Sopló un beso de agradecimiento a su público y, al hacerlo, dejó al descubierto los rosados pezones, lo que arrancó un rugido de aprobación entre la multitud. La chica abrió mucho los ojos y dejó escapar una risita coqueta, después se volvió a tapar rápidamente, fingiendo modestia, y salió del escenario dando saltitos y levantando mucho los talones. Regresó un momento después y dio un par de vueltas por el escenario con los brazos en alto y bien abiertos en señal de triunfo, con la barbilla alzada, los ojos relucientes y exigiendo que la miraran, que se hartaran de mirarla.

A Harper solo le costó un penique en caramelos, y como había llevado la caja en la americana toda la noche, ya estaba algo maltrecha.

El portero estaba distraído, tenía que encargarse de una dama de sociedad que vomitaba copiosamente sobre los escalones principales mientras su marido y sus amigos la vitoreaban.

Ella estaba esperando cuando salió por la puerta de atrás del club tirando de su maleta de atrezo. Estaba encorvada para protegerse del frío bajo un grueso abrigo abrochado hasta arriba sobre su disfraz de lentejuelas. La pintura brillante que solo se había quitado a medias dejaba ver su rostro manchado de sudor. La luz que proyectaba afilaba sus rasgos y le ahuecaba las mejillas. Parecía frágil y exhausta, desprovista del brío que demostraba en el escenario, así que, por un momento, Harper dudó de sí mismo. Pero entonces la chica vio el regalo que le había llevado y su ansia quebradiza la iluminó. Harper pensó que nunca había estado tan expuesta.

—¿Para mí? —preguntó tan encantada que se olvidó de su acento francés, aunque se recuperó rápidamente y dejó a un lado las marcadas vocales de Boston—. Qué encantó. ¿Has visto el espectáculo? ¿Te ha gustado?

—No es mi estilo —contestó solo para ver por un instante la decepción en su cara antes de que la reemplazaran el dolor y la sorpresa.

No le costó gran cosa dominarla, y si gritó no se dio mucha cuenta porque el mundo se había reducido a aquel instante. Era como mirar a través de la lente de un *peepshow*. Nadie acudió a ver lo que sucedía.

Más tarde, cuando se agachó para limpiar la navaja en el abrigo de la chica, todavía con las manos temblorosas por la excitación, se dio cuenta de que la bailarina tenía unas ampollitas diminutas en la suave piel de debajo de los ojos y alrededor de la boca, y también en las muñecas y en los muslos. «Recuérdalo —se dijo, intentando

hacerse oír por encima del zumbido de su cabeza—. Recuerda todos los detalles. Todo».

Dejó allí el dinero, su lamentable ganancia en billetes de uno y de dos dólares, pero se llevó las alas de mariposa envueltas en una camiseta interior antes de alejarse cojeando para recuperar la muleta, que seguía donde la había dejado, oculta detrás de los cubos de la basura.

De vuelta en la Casa, se pasó un buen rato en la ducha del cuarto de baño de arriba lavándose las manos una y otra vez hasta que se quedaron rosas y en carne viva; tenía miedo de haberse contaminado. Dejó la americana sumergida en agua dentro de la bañera y pensó que era una suerte que fuese tan oscura, ya que así no se notaba la sangre.

Después fue a colgar las alas en el poste de la cama. Donde las alas ya estaban colgadas en el poste de la cama.

Señales y símbolos. Como el reluciente hombre verde que te da permiso para cruzar la calle.

No hay más tiempo que el presente.

# KIRBY

2 de marzo de 1992

Los ejes de la corrupción se engrasan con azúcar de donut. Por lo menos eso es lo que le cuesta a Kirby acceder a unos archivos sin tener una buena excusa para ello.

Ya ha acabado con la microficha de la Biblioteca de Chicago obligando al ruidoso obturador de la máquina a repasar los veinte años de periódicos que tienen guardados en carretes catalogados en cajas y ordenados en cajones.

Pero la biblioteca del archivo del *Sun-Times* va más allá y está llena de gente cuyas habilidades para el pensamiento creativo aplicado a la búsqueda de información raya en lo esotérico. Como Marissa, la que lleva las gafas de ojo de gato y unas faldas que hacen frufú y siente un amor secreto por los Grateful Dead; o Donna, que evita mirar a los ojos a toda costa; o Anwar Chetty, también conocido como Chet, que tiene una melena negra grasienta que le cae sobre la cara, un anillo con el cráneo de un pájaro que le cubre media mano, un guardarropa restringido a varios tonos de negro y un cómic siempre a mano.

Son todos unos inadaptados sociales, pero se lleva mejor con Chet porque tiene unas aspiraciones en las que no encaja en absoluto. Es bajo, algo rechoncho, y su tez india nunca será del blanco inmaculado que luce la tribu a la que ha elegido pertenecer dentro de la cultura pop. Es inevitable pensar en lo difícil que debe de ser para él el ambiente gótico gay.

—Esto no es de deportes —dice Chet confirmando lo obvio mientras apoya los codos sobre el mostrador.

—Sí, pero los donuts... —responde Kirby mientras gira la caja para ponerla mirando a Chet—. Y Dan me dio permiso.

—Lo que tú digas. Lo hago porque es un reto —añade cogiendo un bollo de la caja—. No le digas a Marissa que he cogido el de chocolate.

Chet se mete en la parte de atrás y regresa unos minutos después con unos recortes metidos en sobres marrones.

—Tal como solicitó la señora, todas las historias de Dan. Lo de todos los homicidios de mujeres por apuñalamiento de los últimos treinta años me va a llevar un poco más.

—Esperaré —responde Kirby.

—Quiero decir que me va a llevar unos días. Es mucho pedir. Pero he sacado los casos más obvios. Toma.

—Gracias, Chet.

Kirby empuja la caja de donuts hacia él y el chico coge otro. Es el merecido

tributo. Después se lleva los recortes y se mete en una de las salas de reuniones. Como no hay nada programado en la pizarra blanca que está junto a la puerta, imagina que tendrá algo de intimidad para examinar su botín, y así es durante media hora, hasta que entra Harrison y la encuentra sentada a lo indio en el centro de la mesa, rodeada de recortes por todas partes.

—Eh, hola —dice el editor sin inmutarse—. Pies fuera de la mesa, becaria. Odio ser yo quien te lo diga, pero tu hombre, Dan, no está hoy por aquí.

—Lo sé, me pidió que viniera para buscarle una cosa.

—¿Te ha puesto a investigar de verdad? Los becarios no están para eso.

—Se me ocurrió quitarles el moho a estos archivos y usarlos de filtros para la máquina del café. Es imposible que sepa peor que lo que sirven ahora en la cafetería.

—Bienvenida al glamuroso mundo del periodismo escrito. Bueno, ¿qué te ha puesto a buscar ese viejo fantasmón? —pregunta echando un vistazo a los archivos y sobres que se arremolinan alrededor de Kirby—. «Encontrado cadáver de camarera del Denny's», «Una joven es testigo del apuñalamiento de su madre», «Pandilleros relacionados con el asesinato de alumna», «Truculento hallazgo en el puerto»... Un poco morboso, ¿no? —comenta, y frunce el ceño—. No tiene demasiado que ver con lo tuyo, a no ser que el béisbol haya cambiado mucho últimamente.

—Es para un artículo sobre la utilidad del deporte como vía de escape para la juventud en riesgo de acabar metida en las drogas o en las bandas —responde ella sin pestañear.

—Ya. Y veo algunas de las viejas historias de Dan —dice Harrison mientras da golpecitos en «Encubrimiento de tiroteo policial».

El comentario consigue poner un poco nerviosa a Kirby, porque seguramente Dan no esperaría que ella desenterrase los detalles de la historia de cómo acabó a malas con la policía. Resulta que a los polis no les gusta que cuentes que uno de los suyos disparó por accidente a una puta en la cara cuando iba de coca hasta las cejas. Chet le dijo que al poli le habían concedido la prejubilación. A Dan le concedían pinchazos en las ruedas cada vez que aparcaba en la comisaría. Kirby se alegra de saber que no es la única capaz de ponerse en contra a todo el Departamento de Policía de Chicago.

—Eso no fue lo que lo hundió, ¿sabes? —le dice Harrison mientras se sienta en la mesa a su lado, olvidada ya su orden anterior—. Ni siquiera fue por la historia de las torturas.

—Chet no me contó nada de eso.

—Porque nunca llegó a publicarla. En 1988 se pasó tres meses investigándolo. Era un asunto de los gordos: sospechosos de asesinato que ofrecían confesiones perfectas, y curiosamente siempre lo hacían en una sala de interrogatorios concreta de Crímenes Violentos y siempre salían de allí con quemaduras de descargas eléctricas en los genitales. «Presuntamente». La palabra más importante en el vocabulario de un

periodista, por cierto.

—Lo recordaré.

—Existe una larga tradición de meterle un poco de caña a los sospechosos. Los polis están bajo presión, tienen que conseguir resultados, y, de todos modos, estamos hablando de escoria. Esa es la actitud. Debe ser culpable de algo. Parecía que el departamento iba a hacer la vista gorda con todo ese asunto, pero Dan no dejaba de insistir para intentar sacar algo más que ese «presuntamente». Y, oye, quién lo iba a imaginar, hace avances, convence a un buen poli para que hable del tema, y con nombre y apellidos. Entonces empieza a sonarle el teléfono a altas horas de la noche. Primero, silencio. Eso lo entendería casi todo el mundo, pero Dan es cabezota, necesita que se lo digan con todas las letras. Como eso no funciona, pasan a las amenazas de muerte, aunque no a él, sino a su mujer.

—No sabía que estuviera casado.

—Ya no lo está, y no tuvo que ver nada con las llamadas de teléfono. «Presuntamente». Dan no quería dejarlo, pero las amenazas ya no eran solo contra él. Uno de los sospechosos que decía que le habían quemado y golpeado cambia de idea, y de repente dice que estaba colocado. El amigo poli de Dan no solo tenía mujer, sino que también tenía críos, así que no soportaba la idea de que les pudiera pasar algo. Todas las puertas empezaron a cerrársele a Dan en las narices, y nosotros no podemos publicar una historia sin fuentes creíbles. Dan no quería abandonar, pero no tenía alternativa. Igualmente, su mujer se larga, y él sufre ese problema de corazón. Estrés. Decepción. Intenté cambiarlo de sección cuando salió del hospital, pero quería quedarse con los cadáveres. Curiosamente, creo que tú fuiste la gota que colmó el vaso.

—No debería haberse rendido —dice Kirby, y la ferocidad de su voz los sorprende a ambos.

—No se rindió, se quemó. La justicia es un concepto muy elevado. Es una buena teoría, pero el mundo real se basa en lo que es práctico y en lo que no. Cuando ves esto todos los días... —Se encoge de hombros y deja la frase en el aire.

—¿Otra vez contando viejas historias fuera de clase, Harrison?

Victoria, la editora de imágenes, está apoyada en el marco de la puerta y tiene los brazos cruzados. Lleva su uniforme habitual de camisa de hombre y vaqueros con tacones, un poco descuidada, un poco «que te jodan».

El redactor jefe se encorva con aire culpable.

—Ya me conoces, Vicky.

—¿Que matas de aburrimiento a la gente con tus largas historias y profundos pensamientos? Ya lo sé, sí —responde ella, pero el brillo de sus ojos la delata, y Kirby se da cuenta de repente de que si los estores de la habitación están bajados es por algo.

—De todos modos, ya habíamos acabado, ¿verdad, becaria?

—Sí, me quitaré de en medio. Dejad que recoja esto.

Se pone a reunir los papeles y masculla que lo siente, y eso es seguramente lo peor que podría haber dicho, ya que así deja claro que hay algo que sentir.

—No pasa nada —responde Victoria frunciendo el ceño—, la verdad es que tengo que corregir una tonelada de maquetas. Podemos dejarlo para después —añade, y se marcha con elegancia, aunque también con rapidez. Los dos observan cómo se aleja.

—Oye, deberías consultarme antes de invertir tanto tiempo en investigar algo —comenta Harrison tras sorberse la nariz.

—Vale, ¿podemos considerar esto como mi consulta?

—Apárcalo un poco. Cuando tengas algo más de experiencia a tus espaldas, hablamos. Mientras tanto, ¿sabes cuál es la segunda palabra más importante del periodismo? Discreción. Es decir, que no le comentes a Dan nada de lo que te he contado.

«Ni mencione que te estás tirando a la editora de imágenes», piensa ella.

—Tengo que largarme. Sigue así, abejita obrera —añade antes de salir a toda prisa, sin duda con la esperanza de alcanzar a Victoria.

—Por supuesto —susurra Kirby mientras se mete varios expedientes en la mochila.

# HARPER

## En cualquier momento

Lo revive dentro de su cabeza una y otra vez, tumbado sobre el colchón del dormitorio principal, desde donde, con solo levantar la mano, puede recorrer con los dedos las espirales de lentejuelas de las alas mientras se tira de la polla y piensa en aquel instante de decepción que le atisbó en la cara.

Ha bastado para satisfacer a la Casa. De momento. Los objetos guardan silencio y la fuerte presión de la cabeza ha remitido. Tiene tiempo de adaptarse y explorar, y de librarse del cadáver del polaco, que sigue pudriéndose en la entrada.

Prueba con días diferentes, procurando que nadie lo vea entrar o salir, ya que recuerda el encuentro con el joven vagabundo de ojos saltones. La ciudad siempre cambia. Barrios enteros caen y emergen, se maquillan un poco y, al limpiarlos de nuevo, aparece la enfermedad. La ciudad manifiesta síntomas de decrepitud: feas marcas en las paredes, ventanas rotas, basura que se coagula... A veces puede trazar la trayectoria; otras, el paisaje se hace completamente irreconocible y tiene que orientarse por el lago y por algunos puntos de referencia que ha memorizado: la aguja negra, las rizadas torres gemelas o los meandros y las curvas del río.

Cuando pasea sin rumbo, procura caminar como si fuera a algún sitio. Compra algo de comer en tiendas de comida preparada y en restaurantes de comida rápida en los que pueda pasar inadvertido. Evita las charlas para no dejar huella en nadie. Es amable, pero discreto. Observa a la gente con atención y roba los comportamientos más adecuados para después imitarlos. Solo entabla conversación si necesita comer o usar el servicio, y le dedica apenas el tiempo suficiente para obtener lo que desea.

Las fechas son importantes, por eso procura comprobar el dinero que usa. No ha encontrado una manera más sencilla de averiguar qué día es que mirándolo en los periódicos, aunque hay otras pistas que indican la época, si se es perspicaz: el número de coches que abarrotan el asfalto; los carteles con los nombres de las calles, que cambian de amarillo con letras negras a verde; el excedente de productos; la forma en que los desconocidos reaccionan en la calle ante los demás, si son abiertos o están a la defensiva, hasta qué punto son reservados...

En 1964 se pasa dos días enteros en el aeropuerto, durmiendo en los asientos de plástico de la sala cuyos ventanales dan a las pistas, y se dedica a observar los aviones que despegan y aterrizan. Son monstruos metálicos que tragan gente y maletas, y después los escupen.

Un día de 1972 le puede la curiosidad y aprovecha el descanso de uno de los obreros de la construcción que está trabajando en la estructura de la Torre Sears para

darle palique. Vuelve un año más tarde, cuando ya está terminada, para subir en ascensor a lo más alto. La vista lo hace sentirse como un dios.

Decide probar los límites. Solo tiene que pensar en una fecha y la puerta se abre a ella, aunque no siempre está seguro de si se trata de sus pensamientos o si es la Casa quien decide por él.

Volver atrás en el tiempo lo inquieta. Le preocupa quedar atrapado en el pasado. Y, en cualquier caso, no puede retroceder más allá de 1929. En cuanto al futuro, la fecha límite es 1993, año en que el barrio es una ruina absoluta, hay casas abandonadas por todas partes y no hay nadie que lo moleste. Puede que se trate del Apocalipsis, que el mundo se consuma en una bola de fuego y azufre. Le gustaría verlo.

Lo que está claro es que el final de la línea ya ha llegado para el señor Bartek. Harper decide que lo más seguro es abandonar al tipo lo más lejos posible de su propia línea temporal. El proceso resulta laborioso. Primero le ata una cuerda alrededor del cuerpo, bajo las axilas y entre las piernas. Las entrañas en licuefacción empiezan a calarle la ropa, así que, a medida que Harper, apoyado en la muleta, arrastra el cadáver en dirección a la puerta principal, este va dejando un rastro de caracol por el suelo de madera.

Harper se concentra en una época lejana y sale justo antes del alba de un día de verano de 1993. Todavía está oscuro, aún no se han despertado los pájaros, aunque un perro ladra en alguna parte con un ronco guau, guau, guau que rompe el silencio. De todos modos, Harper se queda un largo minuto en el porche para asegurarse de que no haya nadie antes de bajar el cadáver sin muchos miramientos por los escalones.

Le cuesta otros veinte minutos de palabrotas y tirones llevarlo hasta un contenedor que ha encontrado a dos manzanas de allí, en un callejón, y cuando levanta la pesada tapa metálica descubre que ya hay un cadáver dentro. Tiene la cara hinchada y morada por culpa del estrangulamiento, le sale la rosada lengua entre los dientes, tiene los ojos saltones inyectados en sangre, pero la mata de pelo es inconfundible, es el médico del Hospital de la Misericordia. Debería sorprenderse, pero su imaginación tiene límites. El cadáver del hombre está ahí porque se supone que tiene que estar ahí. Con eso le basta.

Suelta a Bartek encima del médico y les echa algo de basura encima. Se harán compañía mientras alimentan a los gusanos.

Siempre regresa a la Casa, que es como una tierra de nadie, pero cuando sale y piensa en su propia época descubre que los días siguen transcurriendo como siempre.

Se pierde el Año Nuevo de 1932 sin querer, aunque sale el día siguiente para disfrutar de un buen filete. De vuelta a casa se cruza con una chica de color, y lo recorre un estremecimiento inconfundible, la conmoción de la inevitabilidad. La

reconoce, es una de ellas.

Está sentada en unos escalones, con un niño pequeño a su lado. Los dos están envueltos en chaquetas y bufandas, y están arrancando hojas de un periódico y convirtiéndolas en pequeños dardos.

—Hola, pequeña —dice Harper con amabilidad—. ¿Qué estás haciendo? Creía que los periódicos eran para leerlos.

—No sé leer bien, señor —dice la chica, lanzándole una descarada mirada. El tipo de mirada que te abofetea. Es mucho mayor de lo que pensó en un principio; casi una mujercita.

—No deberías hablar con hombres blancos, Zee —dice el niño entre dientes.

—No pasa nada. No tenemos que hacer caso de todas esas formalidades —lo tranquiliza Harper—. Además, yo he hablado primero, ¿no? No es una falta de respeto, ¿verdad, hombrecito?

—Estamos haciendo aviones. —La chica levanta la mano para lanzar uno de los dardos, que se desliza por el aire con elegancia durante unos segundos eternos antes de caer en picado y desplomarse sobre el helado pavimento delante de él.

Quiere preguntarle a la chica si puede intentarlo él; cualquier cosa con tal de mantener el intercambio de palabras pero, antes de poder decirlo, una vecina sale de una de las casas de al lado, pelador de patatas en mano, y deja que la puerta de rejilla se cierre detrás de ella con un portazo.

—¡Zora Ellis! ¡James! —grita lanzándole una mirada asesina a Harper—. Adentro, ya.

—Te lo dije —comenta el niño entre satisfecho y resentido.

—Bueno, nos veremos pronto, cariño —se despide Harper.

—No lo creo, señor. A mi papá no le gustaría.

—Y a mí no me gustaría enfadar a tu papá. Dale recuerdos de mi parte, ¿vale?

Se aleja, silbando, con las manos metidas en los bolsillos para que no le tiemblen. No pasa nada, volverá a encontrarla. Tiene todo el tiempo del mundo.

Sin embargo, tiene la cabeza tan llena de ella, Zora-Zora-Zora-Zora, que comete un error y, al abrir la puerta de la Casa, se encuentra con el maldito cadáver de nuevo en la entrada, con la sangre aún húmeda en el suelo y el pavo congelado. Se queda mirándolo, conmocionado. Después se agacha y retrocede hacia el umbral, pasa por debajo de la equis de madera que forman las tablas en la puerta y la cierra.

Le tiemblan las manos cuando intenta meter la llave en la cerradura de nuevo. Concentra toda su atención en la fecha en la que se encuentra, el dos de enero de 1932. Al abrir la puerta de golpe con la muleta comprueba, aliviado, que el señor Bartek ya no está. ¡Ahora lo ves, ahora no lo ves! Un truco de magia de barraca de feria.

Ha sido un paso en falso, como si la aguja del gramófono se saltara un surco del

disco. Es normal que se sienta atraído hacia ese día en el que todo empezó. No estaba concentrado. Tendrá que centrarse más.

En ese momento vuelve a notar el impulso, el deseo, y ahora que ha regresado al día correcto siente el latido de los objetos como si fueran un nido de avispones. Se mete la navaja en el bolsillo. Irá a buscar a Jin-Sook. Cumplirá la promesa que le hizo.

Es la clase de chica que sueña con volar, así que le llevará unas alas.

# DAN

2 de marzo de 1992

Lo que Dan debería estar haciendo es preparar las maletas para irse a Arizona. Los entrenamientos de primavera empiezan al día siguiente y ha reservado un billete para el vuelo de primera hora porque es el más barato, pero, sinceramente, la idea de comenzar a organizar su equipaje de soltero es demasiado deprimente.

Acaba de acomodarse para ver la repetición de las mejores imágenes de las Olimpiadas de Invierno cuando el timbre de la puerta deja escapar ese enfermizo resuello electrónico al que se ha visto reducido. Otra cosa que hay que arreglar, como si no tuviera ya bastante con sacar las pilas del mando a distancia del vídeo para ponérselas al de la tele. Se levanta como puede del sofá y, al abrir la puerta, se encuentra a Kirby al otro lado de la rejilla. Lleva tres botellas de cerveza en la mano.

—Hola, Dan. ¿Puedo entrar?

—¿De verdad puedo elegir?

—¿Por favor? Aquí hace un frío del copón. He traído cerveza.

—No bebo, ¿recuerdas?

—Es sin alcohol. Pero si lo prefieres puedo ir a comprarte unos palitos de zanahoria.

—No, lo que traes está bien —responde, aunque sabe que llamar «cerveza» al brebaje sin alcohol de Miller Sharp es ser muy optimista—. Pero no esperes que me ponga a ordenar la casa —añade mientras abre la puerta de rejilla.

—Jamás se me ocurriría —dice ella antes de meterse bajo su brazo para entrar en el piso—. Eh, bonita casa.

Dan resopla.

—Vale, lo cambio: qué bonito es tener casa.

—¿Vives con tu madre? —pregunta él, que ha hecho los deberes y ha buscado la noticia sobre su historia y sus notas para volver a familiarizarse con los detalles más relevantes del caso.

En la transcripción manuscrita de la entrevista que le había hecho a su madre, Rachel, había escrito: «¡Una mujer preciosa! Distraída (y me distrae a mí). No dejaba de preguntar por el perro. ¿Es su forma de enfrentarse al dolor?».

Su cita favorita de la entrevista era: «Nos lo hacemos a nosotros mismos. La sociedad es una rueda de hámster envenenada». Por supuesto, el secretario de redacción lo eliminó en la primera revisión.

—Tengo un apartamento en Wicker Park —responde Kirby—. Aunque entre las bandas callejeras y los adictos al crack es bastante ruidoso, me gusta. Estoy rodeada

de gente.

—La unión hace la fuerza, claro. Entonces ¿por qué has dicho eso? ¿Lo de que es bonito tener una casa?

—Por entablar conversación, supongo. Y porque hay gente que no la tiene.

—¿Vives sola?

—La verdad es que no se me da bien el rollo social. Y tengo pesadillas.

—Me lo imagino.

—No, no te lo imaginas.

Dan se encoge de hombros, no se lo va a negar.

—Entonces ¿qué les has sacado a nuestros amigos de la biblioteca?

—Un montón de cosas.

Coge una cerveza y le pasa las otras dos a Dan. Después se sienta, se mete la botella bajo la axila para poder quitarse las enormes botas negras y se acurruca en el sofá con los calcetines puestos. A Dan, por algún motivo, le parece que es muy descarada.

La chica empuja hacia un lado el revoltijo de cosas que tiene Dan sobre la mesa de centro: facturas, más facturas, una tarjeta de lotería del *Reader's Digest* con una de esas pegatinas doradas que hay que rascar (¡Ya es un ganador!) y, lo más vergonzoso, la revista *Hustler* que había comprado siguiendo un impulso en un momento en que se sentía solo y cachondo. Entonces le había parecido la elección menos bochornosa, quién lo iba a decir. Sin embargo, Kirby no se da cuenta o es demasiado educada para comentarlo. O siente pena por Dan. Dios.

La chica saca una carpeta de su mochila y empieza a colocar los recortes sobre la mesa. Dan se da cuenta de que son originales y se pregunta cómo coño ha conseguido sacarlos sin que Harrison lo notara. Se pone las gafas para verlos mejor. Son un montón de espantosas muertes por apuñalamiento, los mismos temas deprimentes sobre los que escribía antes. Verlo ahí de nuevo hace que se sienta cansado.

—Bueno, ¿qué piensas? —lo reta Kirby.

—Ay, bendito, niña —responde él mientras selecciona unos cuantos recortes—. Mira el perfil de las víctimas. No hay ninguno. Tienes desde una prostituta negra tirada en un parque infantil hasta un ama de casa apuñalada en la entrada de su casa y que, por cierto, es evidente que fue víctima de un robo de coche con violencia. Y este, ¿1957? ¿En serio? Ni siquiera es el mismo modus operandi. Encontraron su cabeza en un barril. Además, en tu declaración dijiste que ese tío tenía treinta y pocos años. Aquí no hay nada.

—Todavía no —responde ella, y se encoge de hombros sin inmutarse—. Primero se abarca todo y después se va cribando. Los asesinos en serie tienen una pauta, y yo intento averiguar cuál es el patrón de este. A Bundy le gustaban las universitarias: pelo largo, raya en el medio, pantalones...

—Creo que podemos descartar a Bundy —responde Dan sin pensar en lo insensible que puede sonar hasta que ya es demasiado tarde.

—Bzzz —responde Kirby imitando a la perfección el sonido de una silla eléctrica, lo que hace que sea una gracia todavía menos apropiada.

Lo conmueve ver lo fácil que les resulta tratar el tema, e incluso hacer bromas estúpidas. Y eso que los polis y él solían darle al humor negro cuando Dan informaba sobre crímenes igual de horribles semana sí, semana no. Como las ranas en agua hirviendo. Uno se acostumbra a todo. Pero hasta ahora no había sido personal.

—Vale, vale, tronchante. Supongamos que a tu hombre no le van los habituales objetivos fáciles: prostitutas, drogas, chicos que se escapan de casa y vagabundos. ¿Cuál de estas víctimas tiene algo en común contigo?

—Julia Madrigal. Misma edad, veintipocos. Estudiante universitaria. Zona boscosa y apartada.

—Resuelto. Sus asesinos se están pudriendo en la cárcel de Cook County. ¿Otro?

—Venga ya, no me dirás que te tragas eso.

—¿No será que no te lo quieres creer porque los asesinos de Julia son negros y el tipo que te asaltó era blanco? —pregunta Dan.

—¿Qué? No, es porque los polis son unos incompetentes y trabajan bajo presión. Ella pertenecía a una buena familia de clase media. Fue una excusa para cerrar el caso.

—Y ¿el modus operandi? Si era el mismo asesino, por qué no usó tus entrañas para redecorar el bosque, ¿eh? Estos tipos se vuelven cada vez más violentos, ¿no? Como ese caníbal pirado que acaban de pillar en Milwaukee.

—¿Dahmer? Claro, es una progresión. Lo complican cada vez más porque lo necesitan para recuperar el subidón. Hay que seguir aumentando las apuestas. — Kirby se levanta y se pone a dar vueltas por el salón mientras agita la botella, ocho pasos y medio, ida y vuelta—. Y si no lo hubieran interrumpido lo habría hecho también conmigo, Dan. Estoy segura. Es una combinación clásica de desorganización, organización y delirios.

—Has estado leyendo sobre el tema.

—He tenido que hacerlo. No he podido reunir el dinero para contratar a un detective privado. De todos modos, supuse que yo estaría más motivada que cualquier detective. Total: los asesinos desorganizados son impulsivos. «Mata cuando puedas». Y eso quiere decir que se los atrapa antes. Los organizados van preparados, tienen un plan, llevan algo para sujetar a sus víctimas, se libran de los cadáveres con más cuidado... pero les gusta la intriga. Son los que escriben a los periódicos para presumir, como el asesino del zodiaco con sus criptogramas. Después están los pirados raritos que creen estar poseídos o lo que sea, como Dennis Rader, que sigue libre, por cierto. Sus cartas son una locura. Pasa de presumir de sus crímenes a

demostrar un profundo arrepentimiento y echarle la culpa al demonio que se le ha metido en la cabeza y lo obliga a hacerlo.

—De acuerdo, señorita FBI, tengo una pregunta difícil: ¿estás completamente segura de que es un asesino en serie? En fin, el tío que te hizo... —Vacila y agita la cerveza hacia ella imitando de manera inconsciente el movimiento que haría si intentara destriparla, hasta que se da cuenta de lo que hace y se lleva la puta botella a los labios mientras desea que fuese con alcohol, aunque fuera al dos por ciento—. El tío ese era un cabrón demente, está claro. Pero ¿no podría ser violencia al azar? ¿No es la teoría principal? ¿Que estaba hasta arriba de polvo de ángel?

En las notas casi ilegibles de la entrevista con el inspector Diggs aparecen unas declaraciones más crudas: «Seguramente tenga que ver con drogas». «La víctima no debería haber estado sola». Como si eso fuera una invitación a que te apuñalen, por amor de Dios.

—¿Me estás entrevistando, Dan? —pregunta ella. Después levanta la cerveza y le da un buen trago. El periodista se percata de que, a diferencia de la pálida imitación que bebe él, la de Kirby es de verdad—. Porque la otra vez no lo hiciste.

—Eh, estabas en el hospital, casi comatosa. No me dejaban acercarme.

Es cierto solo en parte. Podría haber usado su encanto natural para entrar, igual que lo había hecho cientos de veces antes. No le habría costado convencer a la enfermera Williams, la de recepción, de que hiciera la vista gorda. Solo le hubiese hecho falta un poco de coqueteo, porque la gente necesita sentirse deseada. Sin embargo, estaba harto de todo, quemado de verdad, aunque tardó otro año en tocar fondo.

Era un asunto deprimente. Las insinuaciones del inspector Diggs, la madre que salió de su aturdimiento inicial y empezó a llamarlo en plena noche porque los polis no encontraban al tío y ella creía que él podría tener las respuestas, aunque acabó gritándole cuando se dio cuenta de que no podía ayudarla. Ella creía que para Dan era algo personal, como para ella, pero no era más que otra puta historia de la puta mierda que las personas se hacen las unas a las otras, y él no podía ofrecerle más explicación que esa. Además, no podía decirle que la única razón por la que le había dado su número de teléfono era porque estaba buena.

Así que para cuando Kirby salió de cuidados intensivos, él ya estaba harto del tema y no quiso hacer el seguimiento. Y agradeció mucho que hubiese un perro —gracias, señor Matthew Harrison—, y eso ofrecía un bonito punto de vista porque todo el mundo adora a los perros, sobre todo a los valientes que mueren intentando salvar a su dueña. Eso convirtió aquella historia en una mezcla entre *Lassie* y *La matanza de Texas*. Pero en realidad no había ninguna pista nueva ni más información, y tampoco los putos polis estaban más cerca de encontrar —no hablemos ya de atrapar— al retorcido cabrón que le había hecho aquello a Kirby y que seguía por ahí

fuera esperando hacérselo a otra persona. Así que a la mierda el perro y a la mierda la puta historia.

De modo que Harrison envió a Richie a hacer el seguimiento, pero para entonces la madre había decidido que todos los periodistas eran unos hijos de puta y se negaba a hablar con nadie. Dan tuvo que hacer penitencia cubriendo una serie de tiroteos en el barrio coreano. Una estupidez de típicos matones.

Este año el índice de asesinatos es aún peor, así que se alegra todavía más de no seguir cubriendo homicidios. Los deportes, en teoría, son más estresantes, sobre todo con tanto viaje, pero le dan una excusa para largarse y no tener que pensar que está atrapado en un piso desolado. Hacerle la pelota a los representantes es muy parecido a hacerle la pelota a los polis, y el béisbol no es tan repetitivo y tedioso como los asesinatos.

—Era un chivo expiatorio muy fácil —se queja Kirby, arrastrándolo de vuelta al presente—. Lo de las drogas, digo. No estaba drogado. O no estaba drogado con algo que yo conociera.

—Experta, ¿no?

—¿Has conocido a mi madre? Tú también te habrías drogado. Aunque nunca se me dio demasiado bien.

—Lo que estás haciendo no funciona, lo de evitar el tema con bromas. Solo sirve para dejar patente que hay algo que quieres evitar.

—Sus años en la sección de homicidios lo habían convertido en un perspicaz observador de la humanidad, en un filósofo de la vida —recita ella con voz de narrador de avance cinematográfico, dos octavas más baja que la suya natural.

—Sigues haciéndolo —insiste Dan.

Se nota las mejillas calientes. Kirby consigue irritarlo mucho, como cuando era un chaval recién salido de la universidad y trabajaba en las páginas de sociedad con aquella vieja pájara, Lois, que estaba tan molesta por tenerlo en el departamento que solo se refería a él en tercera persona, como en: «Gemma, dile a ese chico que así no se escriben los anuncios de boda».

—Pasé por una mala época cuando era adolescente. Empecé a ir a la iglesia, a la metodista, lo que volvió loca a mi madre, porque ya puestos debería haber ido a la sinagoga. Llegaba a casa rebotante de misericordia y perdón, así que le tiraba la maría al váter, y después nos pasábamos tres horas gritándonos hasta que ella se largaba hecha una furia y no regresaba hasta el día siguiente. La cosa se puso tan mal que me mudé con el pastor Todd y su mujer, que estaban intentando montar una casa de acogida para jóvenes con problemas.

—Espera, me lo imagino. ¿Intentó meterte mano?

—Jo, tío —responde ella, sacudiendo la cabeza—. No todos los líderes religiosos son pederastas. Eran unas personas muy dulces, pero no de las mías. Eran demasiado

serios. Me parecía bien que intentaran salvar el mundo, pero no quería ser su proyecto estrella. Y ya sabes... mis historias con la figura paterna y eso.

—Claro.

—Que es en lo que se basa la religión, en realidad. En intentar estar a la altura de las expectativas del Gran Papá del Cielo.

—Vaya, ¿quién es la filósofa aficionada ahora?

—Teóloga, por favor. Lo que quiero decir es que no funcionó. Creía que deseaba estabilidad, pero al final resultó ser un aburrimiento absoluto. Así que le di a mi vida un giro de ciento ochenta grados.

—Empezaste a salir con mala gente.

—Yo era la mala gente —responde con una sonrisa.

—Es lo que te hace la música punk —dice Dan mientras brinda con la botella medio vacía.

—Sin duda. He visto a mucha gente colocada, y ese tío no era uno de ellos.

Deja de hablar, pero Dan conoce ese tipo de pausas. Es como un vaso haciendo equilibrios al borde de la mesa, luchando contra la gravedad. Lo que tiene la gravedad es que siempre gana.

—Hay otra cosa. Está en el informe de la policía, pero no en la prensa.

«Bingo», piensa Dan.

—Suelen hacerlo, lo de no informar de detalles importantes para poder distinguir las llamadas de los locos de las pistas reales —contesta él.

Incapaz de mirarla a los ojos, se acaba el último trago de cerveza temiendo lo que va a escuchar. Le revuelve el estómago el sentimiento de culpa por no haber leído los artículos de seguimiento.

—Me tiró algo después de... Un encendedor negro y plateado, tipo *art nouveau*, antiguo. Tenía algo grabado: «WR».

—¿Eso significa algo para ti?

—No. Los polis lo compararon con los posibles sospechosos y también con las víctimas.

—¿Huellas?

—Sí, las de un hombre de noventa años. Seguramente el propietario original.

—O un vejstorio que comercia con objetos robados, si tienen sus huellas en el archivo.

—No pudieron localizarlo. Y antes de que lo preguntes, ya he repasado la guía telefónica. No hay anticuarios ni tiendas de empeños con las iniciales WR en el área metropolitana de Chicago.

—¿Eso es lo único que tienen sobre el mechero?

—Se lo describí a un coleccionista en un mercadillo, y me dijo que debía de tratarse de un Ronson Princess De-Light. No es el encendedor más raro del mundo,

pero puede que valga unos doscientos pavos. Tenía uno parecido y me lo enseñó. Era más o menos de la misma época, años treinta o cuarenta. Se ofreció a vendérmelo por doscientos cincuenta dólares.

—¿Doscientos cincuenta dólares? Me he equivocado de profesión. De todos modos, cosas más raras han dejado los asesinos en la escena de un crimen.

—El estrangulador de Boston ataba a las chicas con medias de nailon y el merodeador nocturno dejaba en la escena del crimen estrellas de cinco puntas invertidas.

—Sabes demasiado de estas cosas y no es bueno que pases tanto tiempo metida en la cabeza de esa gente.

—Es la única manera de sacarlo a él de la mía. Pregúntame lo que quieras. La edad de inicio habitual va de los veinticuatro a los treinta años, aunque siguen matando todo el tiempo que pueden. Suelen ser hombres blancos. Falta de empatía, que se puede manifestar como un comportamiento antisocial o un encanto extremadamente egoísta. Historial de violencia, allanamiento, torturas a animales, infancia jodida, complejos sexuales... Aunque eso no quiere decir que no sean miembros productivos de la sociedad. Algunos eran respetados por la comunidad, incluso estaban casados y tenían hijos.

—Casos en los que los vecinos se confiesan sorprendidos, a pesar de haberle sonreído y saludado por encima de la valla de madera mientras el simpático vecino de al lado excavaba un hoyo para construir su cámara de tortura.

Los que no quieren meterse en los asuntos de los demás se han ganado un puesto de honor en la lista negra de Dan. Es lo que les ocurre a los periodistas que ven demasiados casos de violencia doméstica. Según Dan, un solo caso ya es demasiado.

La chica deja de dar vueltas y se sienta en el sofá, a su lado, lo que hace que los muelles gruñan. Va a por la última cerveza y de pronto recuerda que es sin alcohol, pero la coge de todos modos.

—¿Compartimos? —ofrece.

—No, gracias.

—Dijo que era de recuerdo. No se refería a mí, obviamente. Los muertos no recuerdan una mierda. Se refería a las familias, a los polis o a la sociedad en general. Es su forma de decirle al mundo «que te jodan», porque cree que no lo atraparemos nunca.

Por primera vez percibe una grieta en la coraza de Kirby, así que procura avanzar con especial cuidado. Intenta no pensar en lo raro que le resulta hablar sobre eso mientras los esquidores saltan del extremo de una rampa en la televisión muda.

—Voy a decirlo y ya está, ¿vale? —empieza, porque cree que tiene que hacerlo—. No debes ir por ahí buscando a asesinos, niña.

—¿Se supone que tengo que olvidarme de esto? —Tira del pañuelo de manchas

negras y blancas que lleva atado al cuello y deja al descubierto la cicatriz que lo cruza de un extremo al otro de la garganta—. ¿En serio, Dan?

—No —responde él sin más.

¿Cómo iba a hacerlo? Nadie podría. «Déjalo atrás, sigue adelante», eso dice la gente. Pero ya estaba hasta los putos cojones de aceptar esta puta mierda todos los putos días, y ya era hora de decir que era una puta mentira, joder.

—Vale —dice intentando reconducir la conversación—, entonces esa es una de las cosas que buscas en los recortes: encendedores antiguos.

—En realidad, técnicamente no es antiguo —responde ella disimulando aquel instante de vulnerabilidad pasado—. Tiene menos de cien años, así que es *vintage*.

—No te hagas la listilla —gruñe Dan aliviado al sentirse de nuevo en terreno seguro.

—No me digas que no sería un buen titular.

—¿El Asesino *vintage*? Coño, es perfecto.

—¿A que sí?

—Oh, no. Que te esté ayudando no quiere decir que tenga intención de volver con esos gusanos. Yo cubro los deportes.

—Curioso que hables de gusanos, teniendo en cuenta que se usan de cebo y eso.

—Sí, bueno, no pienso morder el anzuelo. Dentro de nueve horas me voy a Arizona, donde pasaré unas semanas viendo a unos tíos golpear unas pelotas. Pero te diré lo que vas a hacer tú: vas a seguir repasando historias antiguas, vas a pedirles a los bibliotecarios que te busquen detalles más específicos, como objetos raros junto a los cadáveres, cosas que parecen fuera de lugar... Parece un buen plan. ¿Encontraron algo similar en el caso de Madrigal?

—No mencionaron eso en las historias que he leído. Intenté ponerme en contacto con los padres, pero se han mudado y han cambiado de número de teléfono.

—De acuerdo, el caso está cerrado, así que el expediente será de dominio público. Deberías ir al juzgado y echarle un vistazo. Intenta hablar con sus amigos, con los testigos e incluso mira a ver si encuentras al fiscal.

—Vale.

—Y vas a poner un anuncio en el periódico.

—¿«Se busca asesino en serie, blanco y soltero, para pasar un buen rato y disfrutar de la cadena perpetua»? Seguro que responde.

—Estás muy bullanguera.

—¡Mira, la palabra del día! —bromea ella.

—El anuncio es para los seres queridos de las víctimas. Aunque los polis no están prestando atención, seguro que las familias sí.

—Genial, Dan. Gracias.

—Pero no creas que eso te va a librar del trabajo real de becario. Espero que me

envíes por fax a mi habitación del hotel las estadísticas actualizadas de los jugadores. Y espero que te pongas al día con las reglas del béisbol.

—Eso es fácil: pelota, bates, goles.

—Ay...

—Estoy de coña. De todos modos, no puede ser más raro que esto.

Disfrutan del silencio en compañía durante un rato y miran cómo un hombre con casco y un reluciente mono azul sale volando por una pendiente casi vertical, agachado sobre sus tablas de carbono, hasta que se endereza cuando la pendiente se curva hacia arriba y lo lanza por los aires.

—¿A quién se le ocurren estas cosas? —pregunta Kirby.

Dan le da la razón. Lo elegante y absurdo del empeño humano.

# ZORA

28 de enero de 1943

Los barcos se yerguen por encima de las praderas en sus armazones de acero, todos preparados para salir navegando de sus amarraderos y surcar los campos de trigo helados. En realidad, bajan por el río Illinois hacia el Mississippi, dejando atrás Nueva Orleans para llegar al Atlántico y avanzar por el mar hasta las hostiles playas del otro lado del mundo, donde se abrirán las grandes puertas de los muelles de carga de proa, y se bajará la rampa como un puente levadizo para descargar hombres y tanques sobre la espuma helada y la línea de fuego.

En la Chicago Bridge & Iron Company los fabrican bien, con la misma minuciosidad con la que construían las torres de agua antes de la guerra. Aunque producen tantos que ni siquiera se molestan en bautizarlos. Botan siete barcos al mes con capacidad para 39 tanques Stewart Light y 20 Sherman. El astillero funciona las veinticuatro horas del día, y en cuanto salen de fábrica, entre chirridos y chasquidos, ponen en marcha los LST, los buques de desembarco de tanques. Trabajan también por la noche: hombres y mujeres, griegos, polacos e irlandeses, aunque solo hay unos cuantos negros. La segregación de Jim Crow sigue vivita y coleando en Seneca.

Hoy botan uno de los barcos. Una dignataria de la United Service Organizations tocada con un exquisito sombrero revienta una botella de champán contra la proa del LST 217, cuyo mástil está tendido en cubierta. Todos aplauden, silban y patean el suelo mientras 5.500 toneladas se deslizan de lado por la rampa, porque el Illinois es muy estrecho. El LST deja escapar penachos de humo como si fueran cañonazos y toca el agua por el lado de babor produciendo una ola monstruosa que hace que se balancee en el agua antes de enderezarse.

En realidad esta es la segunda botadura del LST 217, ya que la primera vez se encalló en el Mississippi y hubo que remolcarlo para repararlo. Da igual, cualquier excusa es buena para celebrar una fiesta. Si hay bebida y baile después, se sube la moral como si fuera una bandera en el asta.

Zora Ellis Jordan no está entre los obreros que han «abandonado el barco» del turno de noche para salir a celebrarlo. Imposible, teniendo cuatro niños en casa a los que alimentar y un marido que no regresará de la guerra porque un submarino alemán al acecho voló su barco por los aires. La Armada le envió de recuerdo sus papeles, junto con la pensión. No le concedieron una medalla porque era negro, pero sí que incluyeron una carta del Gobierno en la que le daban su más sentido pésame y alababan su valor por haber dado la vida al servicio de su país como electricista del barco.

Ella trabajaba en la lavandería de Channahon antes de aquello, y cuando una mujer llevó para lavar una camisa de hombre con marcas de quemaduras en el cuello, le preguntó cómo se lo había hecho. Cuando más tarde se presentó al puesto, le dieron a elegir entre soldadora y remachadora. Ella preguntó por el mejor pagado.

«Una mercenaria, ¿eh?», repuso el jefe, pero Harry estaba muerto y la carta de pésame no especificaba cómo se suponía que iba a alimentar, vestir y educar a los hijos de Harry ella sola.

El jefe creía que no aguantaría ni una semana. «Ninguno de los otros negros ha aguantado», le dijo. Sin embargo, ella es más dura que los otros. A lo mejor es porque es mujer. Las miradas lascivas y las palabras groseras le resbalaban; no significaban nada si las comparaba con el hueco vacío que había quedado junto a ella en la cama.

La empresa no ofrece alojamiento oficial para los negros, por no hablar de sus familias, y ella tiene que pagar el alquiler de una casita de dos habitaciones con una letrina exterior en una granja a tres kilómetros de distancia, a las afueras de Seneca. La hora que tarda en ir y volver a pie todos los días merece la pena solo por poder ver a sus hijos.

Sabe que la vida sería más sencilla en Chicago. Su hermano, que sufre epilepsia, trabaja para Correos y dice que podría conseguirle un trabajo, y su cuñada la ayudaría con los niños. Pero duele demasiado. La ciudad está plagada de recuerdos de Harry. Al menos ahí, entre el mar de caras blancas, no corre peligro de creer atisbar a su marido muerto, salir corriendo para alcanzarlo, tirarle del brazo y, al volverse hacia ella, descubrir que es un desconocido. Sabe que se está castigando, que no es más que estúpido orgullo. ¿Y qué? Es su lastre, lo único que la mantiene en pie.

Gana un dólar veinte la hora, y cinco céntimos más por las horas extra. Así que cuando se bota el barco y empiezan a arrastrar el siguiente casco hacia el amarradero del 217, Zora ya está de vuelta en la cubierta de otro buque, con el casco puesto y el soplete encendido, y la pequeña Blanche Farrington agachada a su lado para pasarle las varillas con aire sumiso cada vez que se las pide.

Diferentes equipos de trabajo con distintas especialidades construyen los barcos por fases. Cada uno va a lo suyo hasta que la nave pasa al siguiente equipo.

Zora prefiere trabajar en cubierta. Antes sentía claustrofobia en las entrañas del barco, cuando soldaba las planchas de la comba, como un zócalo para el cableado o las válvulas de volante que inundarían de agua los tanques de lastre para equilibrar el buque de fondo plano en su viaje por el océano. Era como agazaparse en el interior del caparazón de un gigantesco insecto helado y metálico. Había pasado el examen de soldadura sobre la cabeza hacía unos meses. El sueldo era mejor y le permitía trabajar al aire libre, aunque lo más importante de todo era que le tocaba soldar las torretas ametralladoras que harían picadillo a los nazis de mierda.

Está nevando, los grandes copos se posan como polvo en los gruesos monos de

hombre y se derriten dejando pequeñas manchas húmedas que, al final, absorbe la tela, igual que las chispas del soplete se introducen en ella y la chamuscan. La máscara le protege la cara, pero tiene el cuello y el pecho picados, llenos de diminutas quemaduras. Al menos ella se puede calentar con su trabajo. Da pena ver cómo tiembla Blanche a pesar de tener encendidos a su alrededor los sopletes de repuesto.

—Eso es peligroso —le suelta Zora. Está enfadada con Leonore, Robert y Anita por haberse ido a bailar dejándolas solas a ellas dos.

—Me da igual —responde Blanche en tono lastimero.

Tiene las mejillas enrojecidas por el frío. Las cosas entre ellas siguen un poco tensas después de que Blanche intentó besarla la noche anterior en la barraca en la que guardan los equipos comunes. Se puso de puntillas y apretó los labios contra los de Zora justo cuando esta se quitó el casco. En realidad no fue mucho más que un casto besito en los labios, pero la intención quedaba clara.

Zora agradece el sentimiento porque Blanche es una chica encantadora, a pesar de ser delgaducha y pálida, de tener la barbilla algo hundida y de que una vez se prendiera fuego en el pelo por presumida. Después de aquello siempre se lo recoge, aunque todavía se pinta para ir a trabajar, de modo que el maquillaje se le corre con el sudor. Sin embargo, y aunque dispusiera de tiempo después de los turnos de nueve horas y de intentar cuidar de sus niños, Zora no está diseñada para eso.

La tentación está ahí, por supuesto. Nadie la ha besado desde que Harry se marchó con la Marina mercante. Pero tener brazos de luchador por dedicarse a fabricar buques no significa que Zora sea lesbiana, ni tampoco que en el país falten hombres.

Blanche no es más que una niña, apenas tiene dieciocho años. Y es blanca. No sabe lo que hace y, además, ¿cómo iba Zora a explicárselo a Harry? Todas las mañanas, durante el largo camino de vuelta a casa, charla con él. Le habla sobre los niños o sobre la agotadora tarea de construir barcos, que, aparte de ser tan útil, le sirve para mantener la mente ocupada y no echarlo tanto de menos. Aunque «tanto» no describe adecuadamente el doloroso vacío que arrastra con ella.

Blanche corre por la cubierta para tirar del grueso cable y acercárselo a Zora. Lo deja caer en el suelo, a sus pies, y le dice:

—Te quiero.

Se lo dice muy deprisa, al oído, y Zora finge no haberse enterado. El grosor del casco lo hace creíble, pero no puede soportarlo.

Trabajan en silencio durante las cinco horas siguientes porque pueden comunicarse mecánicamente: pásame esto, acércame aquello. Blanche le sujeta la almohadilla de anclaje para que Zora le ponga el cordón de soldadura y después utiliza el martillo para quitar la escoria. Hoy golpea con torpeza, a destiempo.

Por fin suena el silbato del final del turno, lo que las libera de su mutuo tormento. Blanche sale corriendo escaleras abajo, y Zora baja tras ella, más despacio porque la ralentizan el casco y las botas de trabajo de hombre. Las lleva desde que vio cómo una caja caía y le rompía todos los huesos del pie a una mujer que calzaba mocasines, aunque ha tenido que rellenarlas de papel de periódico para que encajen en sus pies porque no ha encontrado unas del número cuarenta.

Zora baja de un salto al dique seco y camina entre la gente del cambio de turno. Los altavoces montados en postes junto a los focos escupen música a todo volumen, alegres éxitos radiofónicos para levantar el ánimo. Bing Crosby da paso a los Mills Brothers y Judy Garland. Por los altavoces suena Al Dexter cuando Zora termina de guardar su equipo y se abre paso entre los buques en distintas fases de montaje y las zanjas excavadas para acomodar las grúas móviles sobre orugas. *Pistol-packin' Mama*. Corazones y armas. Depón las armas, nena. Su intención nunca fue confundir a la pequeña Blanche.

Cada vez hay menos gente. Las mujeres se dirigen a sus transportes compartidos o a las baratas casas de los obreros, que están al lado, en las que hay literas de madera tan altas como las que sueldan a los camarotes de los LST.

Se dirige al norte por Main Street, a través de Seneca, que ha pasado de ser un diminuto municipio sin cine ni colegio a un bullicioso campo de trabajo para 11.000 personas. La guerra es buena para los negocios. El alojamiento oficial para las familias de los trabajadores está en el instituto, pero no es para los de su clase.

Las botas hacen crujir la grava bajo sus pies cuando pasa por encima de las gruesas traviesas de la línea de Rock Island, la que ayudó a civilizar el Oeste, la que transporta esperanza en cada uno de los vagones cargados de itinerantes obreros blancos, mexicanos, chinos... pero, sobre todo, negros. Había que salir por piernas del Sur, así que te metías en un tren en dirección a Baltimore y a las ofertas de trabajo que publicaba el *Chicago Defender* o, a veces, como en el caso de su padre, a los trabajos en el *Chicago Defender*, donde trabajó de linotipista durante treinta y seis años. Las vías del tren son las que ahora traen las piezas prefabricadas. Y su padre ya lleva bajo tierra dos largos años.

Cruza la autopista 6, tan silenciosa a estas horas de la noche que pone los pelos de punta, y de camino a la granja sube por la empinada colina que deja atrás el cementerio de Mount Hope. Podría haber avanzado más, pero no mucho más. Está a medio camino de la pendiente cuando el hombre, apoyado en una muleta, sale de entre las sombras de los árboles para acercarse a ella.

—Buenas noches, señora, ¿le importa que la acompañe un rato? —pregunta Harper.

—Oh, no gracias —responde ella rechazando la propuesta de un hombre blanco que no debería estar por ahí a esas horas. Por gajes del oficio, lo primero que piensa

es «saboteador», antes incluso que «violador»—. No, gracias, señor. Ha sido un día muy largo y me voy a casa con mis niños. Además, creo que ya es por la mañana.

Es cierto, acaban de dar las seis, aunque sigue oscuro y hace un frío de mil demonios.

—Vamos, señorita Zora, ¿no me recuerdas? Te dije que nos volveríamos a ver.

Ella se para en seco sin creerse del todo que tenga que vérselas con esa mierda precisamente en ese momento.

—Señor, estoy cansada y dolorida. He hecho un turno de nueve horas, tengo a cuatro niños esperándome en casa y usted me pone los pelos de punta. Le sugiero que se marche con su muleta y me deje en paz de una vez, porque puedo con usted.

—No puedes —responde él—. Eres luminosa. Te necesito —añade sonriendo como un santo o un loco y, por algún perverso y equivocado motivo, eso la tranquiliza.

—No estoy de humor para cumplidos, señor, ni para conversiones religiosas, si es usted uno de esos tipos de Jehová... —dice ella sin hacerle mucho caso.

Ni siquiera a la luz del día habría reconocido al hombre que se quedó en los escalones de su edificio hace doce años. Aunque la regañina que le echó su padre aquella noche sobre tener más cuidado le produjo tal sensación de terror y rebeldía que no la olvidó durante muchos años. De hecho, un tendero blanco le dio una vez una bofetada por haberse quedado mirándolo fijamente. Sin embargo, lleva mucho tiempo sin pensar en eso, está oscuro y el agotamiento la ha llevado hasta el límite de sus fuerzas. Le duelen los músculos y el corazón. No tiene tiempo para esto.

El cansancio se le pasa de golpe cuando, por el rabillo del ojo, ve que el hombre saca una navaja de la americana. Ella se gira, sorprendida, ofreciéndole a Harper la oportunidad perfecta para clavarle la hoja en el estómago. Zora jadea y se dobla. Él saca la navaja, y a ella se le doblan las piernas como si fueran una soldadura chapucera.

—¡No! —chilla, furiosa con el hombre y con su cuerpo por traicionarla.

Se agarra del cinturón de Harper y lo tira al suelo, junto a ella. Él intenta levantar la navaja otra vez, pero Zora le da un puñetazo tan fuerte al lado de la oreja que le disloca la mandíbula, así que él le rompe tres dedos. Los nudillos crujen como palomitas al calor del fuego.

—¡Serás zorra! —grita Harper, aunque con las consonantes embarulladas, puesto que la mandíbula ya se le está hinchando como si fuera una naranja.

Zora le tira del pelo y le estrella la cara contra la gravilla para intentar ponerse encima de él.

Preso del pánico, Harper la apuñala bajo la axila. Es un golpe torpe y no lo bastante profundo como para llegar al corazón, pero ella grita, se aparta por instinto y se agarra el costado. Harper aprovecha la oportunidad para rodar sobre ella y sujetarle

los hombros con las rodillas. Aunque Zora tenga cuerpo de luchador, nunca ha estado en un *ring*.

—Tengo niños —dice ella mientras la herida del costado la hace llorar de dolor. Tiene un pulmón perforado y sangre borboteándole en los labios.

Nunca ha estado tan asustada, ni siquiera cuando tenía cuatro años y toda la ciudad se encontraba en guerra consigo misma por los disturbios raciales, y su padre corría con ella envuelta en su abrigo porque sacaban a los negros de los tranvías para darles palizas mortales en plena calle.

Ni siquiera cuando pensaba que Martin iba a morir, porque nació pequeñito y cinco semanas antes de la fecha prevista, y ella se encerró en el cuarto con él, echó a todo el mundo fuera y lo soportó de la única forma que sabía, minuto a minuto durante nueve semanas, hasta que lo sacó adelante.

—Se estarán despertando ahora —jadea a través del dolor—. Nella preparará el desayuno para los pequeños... Los vestirá para ir al colegio, aunque Martin intentará hacerlo solo y se pondrá los zapatos al revés. —Consigue dejar escapar una mezcla entre tos y sollozo. Está histérica, sabe que farfulla—. Y los gemelos..., esos dos tienen una vida secreta. —No consigue controlar sus pensamientos—. Es demasiada responsabilidad para Nella sola... No lo conseguirá. Solo tengo... veintiocho años... Tengo que verlos crecer. Por favor...

Harper sacude la cabeza sin decir nada y le clava una vez más la navaja.

Le deja la tarjeta de béisbol metida en el bolsillo del mono. Es Jackie Robinson en el jardín de los Brooklyn Dodgers. Se la había arrebatado recientemente a Jin-Sook Au. Estrellas luminosas se unen a través del tiempo. Es una constelación de asesinatos.

La cambia por la letra «z» Cooper Black de una antigua bandeja de imprenta que Zora llevaba siempre consigo, como un talismán, después de que su padre la cogió de su trabajo en el *Defender* para regalársela. «Hay que luchar por lo que es justo», le había dicho a los niños antes de darles una letra a cada uno, todas con el sello, ya obsoleto, de Barnhart Brothers & Spindler en la parte de atrás. «Pero no se puede detener el progreso», había añadido su padre.

La guerra había terminado para Zora. El progreso continuaría sin ella.

## KIRBY

13 de abril de 1992

—Hola, becaria —la saluda Matt Harrison al colocarse junto a su escritorio acompañado de un anciano caballero vestido con traje azul, que a ella le recordó a un pulcro y atildado abuelo.

—Hola, jefe —responde Kirby mientras coloca con disimulo un archivo sobre la carta que ha estado escribiéndole al abogado de los supuestos asesinos adolescentes de Julia Madrigal. Solicitaron defensa conjunta, lo que ya significa algo: que no se volvieron los unos contra los otros para intentar conseguir una condena más corta.

Está de prestado en uno de los escritorios de la sección cultural porque Dan pasa tanto tiempo fuera que ni siquiera tiene un escritorio propio, por no hablar ya de uno que pudiera compartir con ella. Se supone que su trabajo consiste en recopilar toda la información que pueda sobre Sammy Sosa y Greg Maddux después de la victoria de los Cubs.

—¿Quieres probar con una historia de verdad? —le pregunta Matt.

Se nota que está impaciente y de muy buen humor. Kirby sabe que no debería haber llamado su atención. Maldita sea.

—¿Crees que estoy preparada? —pregunta ella en un tono que en realidad quiere decir «depende».

—¿Has oído hablar de la inundación de esta mañana?

—Era difícil no darse cuenta de que estaban evacuando a medio Loop.

—Calculan miles de millones en desperfectos. Incluso se han encontrado peces en el sótano del Merchandise Mart. Lo estamos llamando «la gran inundación de Chicago», como «el gran incendio de Chicago».

—Chistes privados e históricos, me gusta. Perforaron un viejo túnel de carbón por accidente, ¿no?

—Lo que hizo que el río entrara a borbotones, por lo menos es la versión oficial. Pero el señor Brown, aquí presente —añadió, señalando al anciano vestido de punta en blanco—, tiene una perspectiva distinta, así que esperaba que pudieras entrevistarle. Si vas bien de tiempo.

—¿En serio?

—Normalmente no me gusta que la gente se dedique a temas que no sean de su sección, pero es un lío gordo y pringoso, y estamos intentando cubrir todos los flancos.

—Claro, cuenta conmigo —responde Kirby encogiéndose de hombros.

—Esa es mi chica. Señor Brown, siéntese, por favor —le indica al anciano

mientras le acerca una silla. Después se queda allí de pie, de brazos cruzados—. Como si no estuviera. Solo voy a supervisar.

—Un momento, deje que busque un boli —dice Kirby antes de ponerse a hurgar en el cajón del escritorio.

—Espero que no me haga perder el tiempo —comenta el anciano mirando a Matt con el ceño fruncido.

Tiene unas cejas muy finas, casi invisibles, lo que lo hace parecer aún más frágil. Las manos le tiemblan un poco, puede que sea Parkinson, o solo la edad. Debe de rondar los ochenta años. Kirby se pregunta si se ha vestido de bonito para ir al periódico.

—En absoluto —responde la chica mientras pesca un bolígrafo de punta redonda y lo coloca en posición sobre el cuaderno—. Estoy lista. Cuando usted quiera. ¿Empezamos por lo que vio? ¿Estaba presente cuando perforaron el túnel?

—No, no lo vi.

—Vale, pues dígame por qué ha venido. ¿Por la empresa de reparación de puentes? He oído que el alcalde Daley lo sacó a concurso público para dárselo al licitador más barato.

—Sí que prestas atención —comenta Matt.

—No lo digas como si te sorprendiera —le suelta Kirby, aunque con un tono lo bastante juguetón como para no alarmar al dulce señor Brown.

—No sé nada de eso —responde el anciano con voz temblorosa.

—Técnicas para entrevistas, primer curso. A lo mejor deberías dejarlo hablar —le aconseja Matt—. ¿Es que Velasquez no te enseña nada?

—Lo siento. ¿Por qué no me cuenta de qué quería hablarnos? Lo escucho.

El señor Brown mira a Matt en busca de confirmación, y este asiente con la cabeza un segundo para asegurarle que la chica lo hará bien. El anciano se muerde el labio, deja escapar un largo suspiro, se inclina sobre la mesa y susurra:

—Alienígenas.

En el segundo que tarda en asimilarlo, Kirby se da cuenta de que el resto de la sala de prensa ha estado guardando silencio desde el mismísimo principio.

—Yyy... creo que ya puedes seguir tú sola —dice Matt, sonriente, mientras se aleja. La abandona con el anciano loco, que mueve la cabeza arriba y abajo con tanta fuerza que le vibra hasta el cuello.

—Oh, sí. No les gusta que hurguemos en el río. Viven ahí abajo. Su elemento base es el hidrógeno, obviamente.

—Obviamente.

Kirby se lleva la mano a la espalda y les hace una higa a sus compañeros, que intentan no reírse.

—Si no fuera por los alienígenas, nunca habríamos sido capaces de invertir el

flujo del río. Dicen que es ingeniería, pero no te lo creas, niña. Hicimos un trato con ellos. Pero no es bueno provocarlos. Ya han invertido el flujo del río y han inundado la ciudad, ¿de qué más serán capaces? ¿Eh?

—Sí, ¿de qué más? —responde Kirby, suspirando.

—Bueno, escríbelo —dice el señor Brown entre gestos de impaciencia, lo que dispara una nueva ronda de risas apenas reprimidas.

El bar es un antro. Huele a cigarrillos rancios y a frases de ligoteo caducadas

—Ha sido una putada —dice Kirby mientras golpea con fuerza la bola blanca, una táctica que nunca falla cuando no las tienes bien alineadas—. ¡Tenía trabajo de verdad pendiente!

Había sido idea de Matt ir a jugar al billar con parte del grupo después de terminar el turno. Al final se apuntaron Victoria, Matt, Chet y ella, porque Emma se había ido a cubrir la inundación de verdad.

—Un rito de iniciación, becaria —responde Matt.

Está apoyado en la barra bebiendo un vodka con lima y medio atendiendo a la CNN que tienen sintonizada en la tele de la esquina. Se supone que forma pareja con Chet, pero no parece muy interesado en jugar.

—Brown es uno de los fijos —le explica Victoria—. Aparece siempre que hay una historia que tiene que ver con agua. Pero hay más como él. ¿Cuál es el sustantivo para denominar a un grupo de personas dementes?

—¿Una gansada de locos? —propone Kirby.

—Tenemos a una vagabunda que cada octubre nos entrega cuadernos llenos de poesía ininteligible y sujetos con gomas, y a una vidente que llama para ofrecer su ayuda cuando salta una noticia de asesinato o avisamos de que se ha perdido una mascota en los anuncios clasificados. Gracias a Dios, yo solo tengo que encargarme de las fotos falsas de porno infantil.

—También hay mucho cascarrabias en los deportes —dice Matt mientras se aparta de las noticias lo justo para intervenir—. ¿Todavía no has tenido que vértelas con ninguno de ellos? Tu hombre, Dan, se niega a coger el teléfono cuando está en la oficina. Llaman para quejarse de los malos árbitros, de los malos entrenadores, de los malos jugadores, de los malos lanzamientos... Todo es malo, en general.

—Mi favorita es la señora racista que nos trae galletas —lo interrumpe Chet.

—¿Por qué no los detiene nadie?

—Deja que te cuente una historia, becaria —anuncia Matt. En la tele, las noticias han entrado en bucle. Como si quince minutos de titulares resumieran lo que pasa en el mundo.

—Ay, Dios —dice Victoria con cariño, aunque pone los ojos en blanco.

—¿Has estado en el *Tribune*? —pregunta Matt sin hacerle caso.

—He pasado por delante, claro —responde Kirby. Le da a la bola blanca en el lateral, y la bola cruza la mesa y dispersa el grupo que hay junto a la esquina de la izquierda.

—Espera, no haces más que perseguirlas por la mesa —le dice Victoria, y le corrige la posición de la mano—. Ahora, inclínate sobre el taco, alinéalo y, cuando estés lista, suelta el aire despacio mientras le das a la bola.

—Gracias, profesora Billar.

Pero esta vez consigue una elegante trayectoria de la bola blanca que cuele la catorce en la tronera de la esquina. Kirby se endereza, sonriente.

—Buen trabajo —dice Victoria—. Ahora solo tienes que concentrarte en meter las de tu color.

Entonces es cuando se da cuenta.

—Las nuestras son las lisas, joder —murmura, y deja caer la cabeza, avergonzada, antes de pasarle el taco a su compañera.

—¿Me escucha alguien? —se queja Matt.

—¡Sí! —gritan los tres a la vez.

—Bien. En fin, que si vas a la Tribune Tower verás que tienen fragmentos de rocas históricas unidas con cemento a la pared exterior, la de la acera. Tienen un trozo de ladrillo de la Gran Pirámide, otro del Muro de Berlín, del Álamo, de las Cámaras del Parlamento Británico, un trozo de roca antártica, e incluso un pedazo de la Luna. ¿Lo has visto?

—¿Por qué no las han arrancado para llevárselas? —pregunta Kirby mientras se quita de en medio para que Chet no le pegue un golpe con el retroceso del taco al tirar.

—No lo sé. Ese no es el tema.

—El tema es que se trata de un símbolo —dice Chet, que no logra meter ninguna bola—. Representa el alcance y el poder globales de la imprenta. Es un ideal romántico, porque en realidad no es así desde la época de Charles Dickens. O, mejor dicho, desde la televisión.

Kirby se queda mirando el taco e intenta usar su fuerza de voluntad para obligar a la bola a ir en la dirección correcta. No lo consigue. Se endereza, enfadada.

—¿Cómo se hicieron con un trozo de la pirámide? ¿No es eso contrabando ilegal de antigüedades? ¿Por qué no provocaron un escándalo diplomático internacional?

—¡Ese tampoco es el tema! —Matt agita el vaso delante de ellos para enfatizar su discurso, y Kirby se da cuenta de que está bastante borracho—. La cuestión es que el *Tribune* atrae a los turistas y nosotros, a los locos.

—Eso es porque tienen una seguridad de verdad y hay que firmar en recepción. La gente viene a vernos, se meten en el ascensor y llegan directamente a la sala de prensa.

—Somos el periódico de la gente, Anwar. Tenemos que ser accesibles. Es lo esencial.

—Estás borracho, Harrison —dice Victoria mientras dirige al jefe de la redacción de noticias a una mesa—. Vamos, te invito a una Coca-Cola. Deja a los jóvenes en paz.

Chet agita el taco al ver que abandonan la partida.

—¿Quieres seguir jugando?

—Qué va, doy pena. ¿Quieres salir a tomar el aire? El humo me está matando.

Están plantados en el bordillo, incómodos. El barrio del Loop se está vaciando, los últimos grupos de hombres y mujeres de negocios se vuelven a sus casas, aunque tomando sus respectivos desvíos por culpa de la inundación. Chet juguetea con su anillo de cráneo de pájaro. De repente, se ha vuelto tímido.

—Bueno, sí, aprendes a distinguirlos —empieza—. A los locos, me refiero. Hagas lo que hagas, no los mires a los ojos, y si cometes el error de hablar con ellos, suéltalos a otra persona lo antes posible.

—Lo recordaré.

—¿Fumas? —pregunta Chet, esperanzado.

—No, por eso tenía que salir del bar. No puedo volver a fumar, me duele demasiado el estómago cuando toso.

—Ah, sí, lo leí. Vamos, que he leído sobre ti.

—Lo suponía.

—Soy bibliotecario.

—Sí. ¿Has averiguado algo que yo no sepa? —pregunta, aunque intenta hacerlo como si no le importara, procurando que no se note la chispa de esperanza.

—No, creo que no —responde él—. En fin, tú estabas allí —añade entre risas nerviosas.

Ella reconoce el tono de veneración y empieza a sentir esa angustia que le resulta tan familiar.

—Claro que estaba allí —dice alegremente. Sabe que eso no ayuda, pero le fastidia que a Chet le alucine lo que le pasó. Lo que quiere decirle es que, en realidad, no fue en absoluto genial y que mueren chicas asesinadas todos los putos días.

—Estaba pensando una cosa —comenta Chet intentando cerrar el cisma a la desesperada, aunque ya es demasiado tarde para Kirby.

—¿El qué?

—Tengo una novela gráfica que deberías leer —responde él lanzándose de cabeza al tema—. Es sobre una chica a la que le ha pasado algo terrible y que crea un mundo mágico en su cabeza, y después aparece un vagabundo que se convierte en su superhéroe protector, y hay animales fantasmas. Es increíble, de verdad.

—Suenan... genial. —Creía que Chet se mostraría más impasible con todo ese asunto, pero eso es problema de Kirby, no de él. No es culpa de Chet. Debería haberlo visto venir a kilómetros de distancia.

—Supongo que creía que te parecería interesante —comenta el chico. Tiene cara de sentirse fatal—. O útil. Pero al decirlo suena a tontería.

—A lo mejor me lo puedes prestar cuando lo acabes —responde ella, aunque con un tono que en realidad significa: «Por favor, no lo hagas. Por favor, olvídale y no vuelvas a sacar el tema, porque mi vida no es un puto cómic».

Cambia de tema para intentar salvarlos a los dos de sí mismos y del agujero negro de incomodidad que se ha abierto entre ellos.

—Y ¿Victoria y Matt?

—¡Dios mío! —exclama él, más contento—. Llevan años que si sí, que si no. Es el secreto peor guardado del mundo.

Kirby intenta mostrar entusiasmo por los cotilleos de la oficina, pero en realidad no le importan una mierda. Podría preguntarle a Chet por su vida amorosa, pero eso daría pie a que él le preguntara por la de ella, y el último tío que significó algo en su vida fue un compañero de su clase de Filosofía de la ciencia. Era listo, llevaba el pelo de punta y tenía un atractivo interesante. Sin embargo, en la cama resultó ser tan tierno que no lo soportaba. Le besaba las cicatrices como si pudiera hacerlas desaparecer con la ayuda mágica de su lengua. «Eh, que estoy aquí —había tenido que decirle después de aguantar que le besara el estómago y recorriera suavemente cada centímetro de su tejido cicatrizado—. O un poquito más abajo. Tú decides, cielo». Huelga decir que la relación no duró mucho.

—Son muy monos cuando fingen —consigue comentar, pero solo sirve para que el silencio incómodo vuelva a caer sobre ellos.

—Ah, ¿esto es tuyo? —pregunta Chet tras meterse la mano en el bolsillo de los vaqueros y pasarle un recorte de la sección de anuncios clasificados del sábado.

Se busca: Información sobre asesinatos de mujeres en el área metropolitana de Chicago, 1970-1992, con objetos extraños junto al cadáver. Privado y confidencial. Cartas a KM, apartado de correos 786, Wicker Park, 60622.

Obviamente, lo había puesto en el *Sun-Times*, aunque también en todos los otros periódicos y hojas informativas de la comunidad, además de colgarlo en los tablones de anuncios de tiendas de alimentación, centros femeninos y tiendas de cannabis desde Evanston hasta Skokie.

—Sí, fue idea de Dan.

—Guay.

—¿Qué? —dice Kirby, molesta.

—Que tengas cuidado.

—Sí, vale, lo que tú digas. Tengo que irme.

—Sí, y yo —responde Chet. Está claro que es un alivio para los dos—. ¿Nos despedimos de ellos?

—Creo que no hace falta. ¿Hacia dónde vas?

—A la línea roja.

—Yo voy en dirección contraria.

Es mentira, pero no soporta la idea de tener que alargar la charla de camino a la estación. A estas alturas debería saber que no es buena idea intentar conectar con la gente.

# HARPER

4 de enero de 1932

—¿Se ha enterado de lo que le pasó a la chica que brilla? —pregunta la enfermera cerdita.

Esta vez sí le ha dicho su nombre de pila, como si fuera un regalo atado con un lazo. Se llama Etta Kappel. Es asombroso lo que puede conseguir el dinero, por ejemplo que te saquen de las alas en las que la gente está más apretujada que el ganado en los corrales y te lleven a una habitación privada con suelos de linóleo, una cómoda con espejo y vistas al patio. Hay una cosa que saben los ricos, que el dinero habla por ti. Cinco dólares por noche sirven para que te traten como a un emperador en el palacio de los enfermos.

—Ehhh —dice Harper mientras señala con impaciencia el frasco de cristal lleno de morfina que hay en la bandeja junto a la cama, que por cierto han inclinado cuarenta y cinco grados para que pueda sentarse.

—Asesinada por la noche —añade la enfermera en un susurro de emoción antes de meterle el tubo de goma por la garganta, entre los alambres que le han atornillado a la mandíbula y que le sujetan los dientes, de modo que le impedirán afeitarse.

—Ngggk.

—Venga, no se queje, que tiene suerte de que esté tan solo dislocada. En fin, está claro que la bailarina se lo buscó. Era una fresca.

Le da un golpecito con la uña al frasco para disipar las burbujas errantes, corta la boca de cristal con un bisturí y extrae el líquido con una jeringa.

—¿Alguna vez visita ese tipo de espectáculos, caballero? —pregunta la chica, como si nada.

Él sacude la cabeza interesado en el sutil cambio en su tono de voz. Conoce a las de su clase: lo contemplan todo desde su superioridad moral. Harper se vuelve a hundir en la cama cuando la droga entra en acción.

Llegar al hospital le había supuesto dos días de atroces dolores. Se había escondido en granjas, había chupado trozos de carámbanos y se había manchado con la grasa del hollín de los astilleros hasta que fue capaz de saltar a un tren que iba de Seneca a Chicago y viajó entre los vagabundos e indigentes que no comentarían nada sobre su cara morada e hinchada.

Los alambres que le sujetan los dientes limitarán su habilidad para encontrar a las chicas, porque necesita hablar. Además tiene que pasar desapercibido y debe reevaluar la forma en que hace las cosas.

No piensa volver a salir herido, tendrá que encontrar el modo de sujetarlas.

Por suerte ya casi no le duele, está ahogado en la niebla de la morfina, pero la maldita enfermera sigue dando vueltas alrededor de su cama de manera innecesaria, por lo que puede ver. No sabe por qué se queda. Desearía que se fuera. Le hace un gesto cansado.

—¿Qué?

—Solo me aseguraba de que estuviera cómodo. Puede llamarme para cualquier cosa que necesite, ¿vale? Pregunte por Etta.

La enfermera le aprieta el muslo bajo la sábana y se marcha rápidamente.

«Oinc, oinc», piensa Harper mientras las drogas se le echan encima y se lo tragan entero.

Lo dejan tres días en observación. Observación de su bolsillo, sospecha. Estar tumbado en la cama lo mata de impaciencia, así que vuelve a salir en cuanto regresa a la Casa, a pesar de tener la mandíbula repleta de alambres. No volverán a pillarlo desprevenido.

Vuelve para leer sobre el asesinato. La prensa lo cubre en profundidad y deja claro que es un simple asesinato y no un acto de guerra. El único periódico que publica una necrológica de verdad es el *Defender*, que también incluye detalles sobre el funeral, que no se oficia en el cementerio en el que la mató, ya que allí solo entierran a los blancos, sino en el Burr Oak de Chicago. No se resiste al impulso de asistir. Se queda detrás y es el único hombre blanco allí presente. Es inevitable que más de uno le pregunte por qué está allí, y él masculla, con la boca llena de alambres:

—La *cfonocfía*.

—¿Trabajaba con ella? —preguntan los imbéciles, apresurándose a rellenar los vacíos de información—. ¿Ha venido a presentar sus respetos? ¿Desde Seneca? —añaden, sorprendidos.

—Ojalá hubiera más personas como usted, caballero —le dice una señora con sombrero, y lo empujan hacia el frente, hasta que se encuentra junto al ataúd, que está cubierto de lirios a dos metros de profundidad.

No le cuesta localizar a los niños: los gemelos de tres años juegan entre las lápidas sin comprender lo que está pasando, hasta que un pariente les da una torta y los arrastra de vuelta a la tumba mientras ellos berrean; una niña de doce años que lo mira, enfadada, como si lo supiera, y que le da la mano a su hermano pequeño, que está demasiado conmocionado para llorar, aunque deja escapar suspiros entrecortados.

Harper echa un puñado de tierra sobre el ataúd. «He sido yo», piensa, y los alambres que le rodean los dientes le sirven para fingir que su terrible mueca de

alegría es involuntaria.

El placer de haber visto cómo la entierran sin que nadie sospeche de él lo mantiene activo. Revivirlo casi compensa el dolor de la mandíbula. Sin embargo, al final se impacienta, no puede quedarse en la Casa demasiado tiempo. Los objetos empiezan a zumbar de nuevo, lo expulsan. Tiene que encontrar a otra. Y para la búsqueda no necesita emplear su encanto, ¿no?

Deja atrás la guerra, que le cansa con tanto racionamiento y tanto miedo en los rostros de la gente, y va hasta 1950. Se dice que solo está echando un vistazo, aunque sabe que una de sus chicas está aquí. Eso siempre lo sabe.

Nota el mismo pinchazo en el estómago que lo llevó a la Casa, esa lucidez aguda que se apodera de él cuando entra en el sitio en el que se supone que debe entrar... y reconoce uno de los talismanes de la habitación. Es un juego, debe encontrarlas en distintas épocas y lugares. Están jugando con él, preparadas y a la espera del destino que está escribiendo para ellas.

Como la que está sentada en una cafetería de Old Town con su bloc de dibujo, un vaso de vino y un cigarrillo. Lleva puesto un jersey ajustado con un gracioso motivo de caballos encabritados. Esboza una media sonrisa al dibujar y la melena negra le cae sobre la cara mientras captura las fugaces impresiones de los rostros de otros clientes o de la gente que pasa. Son caricaturas que se hacen en segundos, pero son ingeniosas, por lo que ve Harper al asomarse por encima de su hombro.

Aprovecha la oportunidad que ella misma le da cuando frunce el ceño, arranca el boceto, lo aplasta en el puño y lo deja caer. Como llega hasta cerca de la acera, puede hacer como si lo viera al pasar. Se agacha para recogerlo y desdobra la bola arrugada.

—Oh, no lo haga —dice ella, riéndose un poco, avergonzada, como si la hubiera pillado con la falda remetida en los pantis, aunque se calla, sorprendida, cuando ve el metal que le rodea la cara.

La caricatura es buena, divertida. Ha captado la presumida arrogancia de la guapa mujer de chaqueta con brocado que camina a toda prisa por la calle. La ha dibujado con una afilada mandíbula en uve, unos diminutos pechos puntiagudos a juego y un perrito tan anguloso como ella. Harper deja el boceto en la mesa, frente a ella. La chica tiene una mancha de tinta en la nariz y se la ha restregado sin darse cuenta.

—*Fe* le ha *cfaído*.

—Sí, gracias —responde ella, y después se incorpora en la silla y añade—: Espere, ¿puedo dibujarlo? ¿Por favor?

Harper sacude la cabeza, ya ha empezado a alejarse. Ha visto el encendedor *art déco* negro y plateado en la mesa, y no sabe si podrá controlarse. Willie Rose.

Todavía no ha llegado el momento.

# DAN

9 de mayo de 1992

Ya se ha acostumbrado a ella. No es solo porque le tenga preparadas esas molestas investigaciones que, de otro modo, se vería obligado a realizar él durante el viaje, ni tampoco por la posibilidad de delegar llamadas de teléfono para sacar citas jugosas. Es porque la tiene cerca, en general.

La lleva a comer al Billy Goat el sábado para que «se acostumbre a la cultura» antes de meterla en la cabina de prensa durante un partido en directo de verdad. En el local hay teles de pantalla grande y recuerdos deportivos, sillas de vinilo verdes y naranjas, y los habituales de siempre, incluidos los periodistas. La bebida es razonable y la comida es buena, aunque cada vez hay más turistas. Empezó con el *sketch* de John Belushi con la *cheezborger* en el *Saturday Night Live*, que resulta que ella había visto.

—Sí, pero su mala fama viene de lejos —dice Dan—. Esta taberna forma parte de la historia de los Cubs. En 1945, el propietario de esto intentó llevar un macho cabrío de verdad, por lo del nombre del bar, al partido en Wrigley Field. Hasta le compró una entrada al animal, pero lo echaron porque el señor Wrigley decidió que la cabra olía demasiado mal. El propietario de la taberna se mosqueó tanto que allí mismo hizo la solemne promesa de que los Cubs nunca ganarían la Serie Mundial. Y nunca lo han hecho.

—Entonces ¿no es porque juegan de pena?

—¿Ves lo que te decía? Ese tipo de comentarios son los que no puedes soltar en la cabina de prensa.

—Me siento como si fuera la Eliza Doolittle del béisbol.

—¿Quién?

—¿*My Fair Lady*? Me estás transformando para que resulte presentable en público.

—Y tengo tanto trabajo por delante... —A ti tampoco te vendría mal refinarte un poco, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—El *look* este de tío desaliñado casi guapo que te gastas no te queda mal, pero necesitas una ropa mejor.

—Espera, que me lío: ¿me estás insultando o pretendes ligar conmigo? Y mira quién habla, niña. En tu armario solo hay camisetas de grupos de los que nadie ha oído hablar.

—De los que tú no has oído hablar. Un día deberías dejar que te instruya. Te

llevaré a un bolo.

—Jamás.

—Ah, y hablando de instrucción, ¿podrías corregirme estos trabajos antes de que empiece el partido y tenga que prestar atención?

—¿Quieres que te haga los deberes? ¿Aquí?

—Ya están hechos, solo quiero que me los revises. Además, me gustaría verte a ti trabajando de becario, estudiando e intentando localizar a un asesino en serie.

—¿Cómo va eso?

—Espacio. Todavía no ha respondido nadie al anuncio. Pero tengo una reunión con el abogado de la defensa del caso Madrigal.

—Se suponía que tenías que hablar con el fiscal.

—Me colgó el teléfono. Creo que piensa que intento reabrir el caso.

—Bueno, es lo que intentas. Por una teoría a la que le falta un hervor.

—Tú déjala un rato más en la olla y ya verás. Entonces ¿te puedes leer estos ensayos mientras yo voy a por la bebida?

—Te aprovechas de mí —masculla él con poco entusiasmo, pero se pone las gafas de todos modos.

Los trabajos abarcan una variedad de temas demencial, desde el libre albedrío (le decepciona descubrir que, al parecer, no existe) hasta la historia del arte erótico en la cultura popular. Kirby se deja caer de nuevo en el asiento con una Coca-Cola Light para él y una cerveza para ella, y ve que Dan arquea las cejas mientras lee.

—Era eso o «películas bélicas y propagandísticas del siglo xx», y ya he visto *Bugs Bunny contra los nazis*, que es la definitiva obra maestra de la época.

—No tienes que darme explicaciones, pero está claro que el que te enseña estas cosas las usa de excusa para llevarse a las estudiantes a la cama.

—En realidad es una profesora y no, no es lesbiana. Aunque, ahora que lo pienso, mencionó que también lleva un negocio de cáterin para orgías.

A Dan le da mucha rabia que Kirby consiga hacerlo ruborizar con tan poco.

—Vale, cierra el pico. Tenemos que hablar de tu entusiasmo por la coma. No puedes meterla donde te dé la gana.

—Es lo mismo que dijo mi profesor de Estudios de género.

—Voy a hacer como si no lo oyera. Tienes que dominar los misterios de la puntuación y olvidarte del estilo académico y formal. Todo esa mierda de «hay que contextualizar este parámetro dentro de las restricciones del marco teórico posmoderno».

—Bueno, es que el lenguaje académico forma parte del paquete, ya sabes.

—Claro, pero te matará cuando tengas que escribir en el periódico. No lo

compliques. Di lo que quieras decir. Por lo demás, está bien. Algunas ideas son algo rancias, pero ya tendrás tiempo para desarrollar un pensamiento original —concluye, mirándola por encima de los vasos—. Y no es por nada, porque me encanta leer sobre el paso de las películas obscenas de los años veinte a las pornos del *blaxploitation*, pero a lo mejor deberías plantearte hacer esto en un grupo de estudio, con otros universitarios de verdad.

—Ya, pero no. Tengo bastante con ir a clase.

—No seas tonta, seguro que podrías...

—Si vas a decir «hacer amigos si quisieras», no lo digas ni de puta coña, ¿vale? —lo interrumpe ella—. Me siento como si fuera una famosa zorra drogata hecha polvo, aunque sin la limusina ni los trajes caros de diseño. Todos los días todo el mundo se me queda mirando. Todo el mundo lo sabe. Todos hablan de ello.

—Estoy seguro de que no es verdad, niña.

—Verás, tengo un don asombroso que consiste en condensar nubes de silencio a mi alrededor. Es como magia. Paso por delante de una conversación y se para en seco. Y se reanuda en cuanto me largo, aunque en un tono de voz más bajo.

—Se pasará. Son jóvenes y estúpidos, y tú eres una moda pasajera.

—Soy un esperpento, que no es lo mismo. No debería haber sobrevivido. Y si no me quedaba más remedio que sobrevivir, ahora debería ser distinta. Como esas damiselas trágicas que mi puñetera madre no deja de pintar.

—No eres una tímida Ofelia, está claro. —Al ver que ella arquea una ceja, añade—: Eh, que yo también tengo una carrera. Aunque no malgasté la mía bebiendo Coca-Cola Light con periodistuchos deportivos.

—No estoy perdiendo el tiempo. Es una parte muy valiosa de mi trabajo de prácticas, que me sirve para ganar un crédito universitario.

—Se te ha olvidado añadir que no soy un periodistucho.

—Ajá.

—Bueno —dice Dan alegremente—, ya que nuestra tarde ha empezado con tan lamentable pie, ¿quieres ver un partido?

El bar está lleno hasta la bandera y los aficionados visten los colores de sus respectivos equipos.

—Como pandilleros —le susurra Kirby durante el himno—. De los Bloods y los Crips.

—Shh —replica Dan.

Se da cuenta de que disfruta explicándole el juego, no solo el funcionamiento paso a paso, sino también los detalles.

—Gracias, mi comentarista personal —dice ella, poniendo los ojos en blanco.

Todo el bar se levanta de golpe, rugiendo; la mitad de los presentes, encantados, y la otra mitad, decepcionados. Alguien derrama su cerveza y está a punto de salpicar

los zapatos de Kirby.

—Y eso es un *home run* —comenta Dan dándole un codazo y señalando la pantalla—. No un gol.

Ella le da un puñetazo amistoso en el brazo, aunque potente, con los nudillos, y él se venga sin pensárselo, golpeándola con la misma fuerza. Sus hermanas le habían enseñado a devolverla en la misma medida. Ellas sí que daban unos puñetazos de miedo, y sabían retorcerle la muñeca para lanzarlo al suelo y tirarle de los pelos. Violencia cariñosa, para cuando los abrazos no bastan. Toma eslogan para una tarjeta de felicitación.

—¡Eh, burro! Eso duele —se queja ella con los ojos muy abiertos.

—Mierda. Perdona, Kirby —responde Dan, presa del pánico—. No quería... No me he parado a pensarlo.

«Joder, buen trabajo, Velasquez, pegar a una chica que ha sobrevivido al ataque más horrible del que hayas oído hablar. Lo siguiente: darle palizas a las ancianas y patadas a los perritos».

—Sí, vale, no me subestimes —dice ella, riéndose por lo bajo, aunque mira fijamente la pantalla montada sobre el bar, en la que echan un anuncio de MilkBoy que ya han puesto otras dos veces durante el partido.

Dan se da cuenta de que lo que la ha molestado no ha sido la pelea de pega, sino su reacción.

Y es así de fácil. Le da un golpecito suave con los nudillos en la rodilla.

—Una tía dura de roer, ¿eh?

Ella esboza una sonrisa de lado, pura malicia, y dice:

—Tan dura de roer que ni las *girl scouts* consiguen venderme nada.

—Buf, tus chistes son muy flojos —comenta Dan, sonriendo y totalmente relajado.

—No tanto como tus puñetazos.

—¿Casi guapo? —pregunta él mientras sacude la cabeza.

# WILLIE

15 de octubre de 1954

El primer reactor nuclear que alcanzó la criticidad estaba bajo el crecido césped del estadio de fútbol americano de la Universidad de Chicago. Fue en 1942 y ¡era un milagro de la ciencia! Sin embargo, no tardó en convertirse en un milagro de la propaganda.

El miedo ulcera la imaginación. No es culpa del miedo, solo es su forma de ser. Engendra pesadillas y los aliados se convierten en enemigos, se ven subversivos por todas partes, y cuando los rojos tienen la bomba, la paranoia justifica cualquier persecución y la privacidad se convierte en un lujo.

Willie Rose comete el error de pensar que eso es solo una cosa de Hollywood. Walt Disney testifica ante la Alianza Cinematográfica para la Protección de los Ideales Estadounidenses que los dibujantes comunistas quieren convertir a Mickey Mouse en ¡una rata marxista! Qué absurdo. Por supuesto que ha oído hablar de carreras destrozadas y nombres en listas negras por no jurar lealtad a los Estados Unidos de América y todo lo que representa, pero ella no es Arthur Miller; ni Ethel Rosenberg, ya puestos.

Así que cuando entró a trabajar el miércoles en Crake & Mendelson, en la tercera planta del edificio Fisher, no esperaba encontrarse los dos cómics sobre su mesa de dibujo, como si fueran una acusación.

«Fighting American: No te rías, ¡no tienen gracia! POISON IVAN y HOTSKY TROTSKY». Un superhéroe vestido con la bandera de Estados Unidos y su compañero con aspecto de niño bonito se preparan para acabar con los horribles mutantes rojos que salen a rastras de un túnel que está debajo de ellos. En la cubierta del otro cómic, un guapo agente secreto forcejea con una dama de rojo que va armada, mientras un soldado ruso de gran barba se desangra sobre la alfombra. Un cuadro en el que se ve un paisaje nevado con un cielo surcado de rojo cuelga sobre la chimenea, y por la ventana se distinguen las características siluetas de unos minaretes. «Las misiones secretas del almirante Zacharias: ¡Peligro! ¡Intriga! ¡Misterio! ¡Acción!». La mujer se le parece un poco a ella, tiene el cabello del mismo color negro azabache. Qué poco sutil. Risible. Aunque en realidad no lo es.

Se sienta en su silla giratoria, la que tiene una rueda suelta que se inclina a un lado en precario equilibrio, y hojea los cómics con semblante serio. Después da media vuelta en su asiento para reprender al gigante de escaso cabello y camisa azul con cuello blanco que la observa desde el dispensador de agua. Dos metros de altura y un imbécil de pies a cabeza. Es el mismo tipo que le había dicho que solo

contrataban a una mujer, aunque fuese arquitecta, para que atendiera el teléfono. Número de veces que había contestado al teléfono desde que empezó a trabajar allí, hace ocho meses: cero.

—Eh, Stewie, tus cómics no son cómicos.

Después los deja caer en la papelera que tiene a los pies con un gesto teatral, usando las dos manos, como si pesaran una tonelada. La tensión que flota en el aire, de la que no se había percatado, por fin se relaja, y algunos de sus colegas se ríen. La buena de Willie. George finge darle un uno-dos en la mandíbula a Stewart, K.O. El muy imbécil levanta las manos fingiendo haber sido derrotado y todos vuelven al trabajo, más o menos.

¿Se lo parece a ella o la posición de las cosas de su escritorio es algo distinta? Su rapidógrafo de 25 mm está a la derecha de la regla en T y de la regla de cálculo, cuando ella suele dejarlo al otro lado porque es zurda.

Por amor de Dios, no es miembro del Partido Comunista, si ni siquiera es socialista. Sin embargo, es una artista, y en estos días basta con eso. Porque los artistas socializan con todo tipo de personas, como negros, radicales de izquierdas y gente con opiniones propias.

No importa que William Burroughs le parezca incomprensible, al igual que todo el revuelo con el *Chicago Review* por atreverse a publicar su exagerada pornografía. Nunca ha sido una gran lectora. Pero tiene amigos en la colonia de la Calle 57: escritores, artistas y escultores. Ha vendido sus bocetos en el mercado de arte. Desnudos femeninos de amigas que posan para ella. Algunas de forma más íntima que otras. Pero eso no la convierte en roja, joder, aunque hay cosas que preferiría mantener en secreto. De todos modos, la mayoría de la gente no diferencia entre unas cosas y otras. Rojos, subversivos, maricas...

Para que no le tiemblen las manos, se pone a jugar con la maqueta de cartón de los nuevos bungalós de Wood Hill en la que ha estado trabajando. Ha dibujado cincuenta bocetos, pero le resulta más sencillo imaginárselo en tres dimensiones. Ya ha hecho cinco maquetas con las ideas más prometedoras, alejándose en distintos grados del concepto original que le había entregado George. Buscaba su oportunidad, aunque cuesta tener una idea original cuando el director de la empresa te da instrucciones demasiado específicas. No se puede reinventar la rueda, pero sí hacerla girar a tu manera.

Son casas para la clase obrera que forman parte de un plan de viviendas aislado y situado con todo el descaro en Park Forest, el cual incluye un centro urbano autosuficiente y sus propios grandes almacenes Marshall Fields. Le permiten encargarse de todo, incluso de los armarios y de la iluminación, pero no podrá presentar el proyecto, aunque George le ha dicho que sí lo gestionará en el emplazamiento. En realidad se lo han confiado porque el resto del personal está

obsesionado con los edificios de oficinas para el proyecto del Gobierno que pretenden conseguir y que todos tratan en secreto.

Wood Hill no es de su gusto, nunca renunciaría a su piso de Old Town, al bullicio y a la vida de la ciudad, ni a la facilidad con la que puede colar en su casa a una chica guapa si sube la escalera con sigilo. Eso sí, diseñar estos utópicos hogares modelo la satisface. En un mundo ideal, le gustaría que fueran modulares, al estilo de Kecks, de modo que pudieras cambiar los componentes de sitio y darle un aspecto diferente, consiguiendo una comunicación fluida entre los espacios interiores y exteriores. Hace poco había estado leyendo libros sobre Marruecos, y le parece que la idea de un patio central cerrado funcionaría en los brutales inviernos de Chicago.

Adelantándose a los hechos, había pintado una acuarela artística de su diseño favorito. En ella se ve una familia feliz, con mamá y papá (¿es culpa suya que el padre parezca algo sobrenatural con esos pómulos tan altos?), dos niños, un perro y un Cadillac en la puerta. Tiene un aspecto acogedor, sin complicaciones aparentes.

Cuando empezó a trabajar en esta empresa le molestaba tener que hacer modificaciones en aquellos hogares precocinados. Sin embargo, Willie es una mujer que ha hecho las paces con sus ambiciones. Había intentado entrar en la colonia de Frank Lloyd Wright, pero la habían rechazado (se rumoreaba que, de todos modos, el hombre estaba en la bancarrota y no volvería a terminar ningún edificio, así que él se lo perdía). Y jamás sería una Mies van der Rohe, lo que no era necesariamente malo teniendo en cuenta que Chicago tenía un excedente de aspirantes a Van der Rohe. Ratoncitos ciegos detrás del flautista de Mies. La descripción no es de Willie. Ese Wright es un viejo amargado con sentido del humor.

Le habría gustado encargarse del proyecto de algún edificio público, un museo o un hospital, pero tuvo que luchar por conseguir este trabajo tanto como había luchado por ganarse una plaza en el MIT. Crake & Mendelson fue la única empresa que la invitó a una segunda entrevista, y ella la aprovechó bien, se puso su falda de tubo más ajustada y se armó de su humor más descarado y de una muestra de trabajos que demostraba que era algo más que eso, aunque la contrataran por otras razones. Hay que sacarles partido a las ventajas que te ofrecen la madre naturaleza y tus propias tretas.

Los últimos encontronazos han sido culpa suya. No dejaba de profetizar que los barrios de los suburbios transformarían las vidas de las familias de clase obrera. Le gusta que construyan comunidades alrededor de los trabajos, que los obreros puedan tener sueños de administrativos y salir de la ciudad, en la que viven diez familias apretujadas en un piso diseñado para una sola. Ahora se da cuenta de que esos comentarios podrían ser interpretados como un alegato a favor de los trabajadores, de los sindicatos y de los comunistas. Debería haber cerrado la boca.

La ansiedad la envenena, como el exceso de café. Es por el modo en que Stewart

le lanza miraditas dolidas. Entonces se percata de que ha cometido un terrible error, de que él será el primero en ponerla contra la pared, porque eso es lo que hace la gente ahora. Los vecinos se asoman entre las cortinas, los profesores se chivan de los niños de su clase y los colegas delatan a los subversivos de la mesa de al lado.

Todo esto viene desde la primera semana en la que empezó a trabajar allí. Sigue dolido porque se rio de él cuando fueron en grupo a tomar una copa. Él se había achispado un poco y la siguió hasta el baño de señoras. Trató de besarla con esos labios tan finos y secos que tiene, la empujó contra el lavabo de grifos dorados y azulejos negros intentando subir por su falda mientras se llevaba la mano a los pantalones. Los recargados espejos *art nouveau* reflejaban interminables iteraciones de sus torpes movimientos. Willie lo quiso apartar, pero como no cedía metió la mano en el bolso (que descansaba sobre el lavabo porque estaba retocándose el pintalabios cuando entró él) y sacó el encendedor *art déco* plateado y negro que se había comprado para celebrar que había conseguido entrar en el MIT.

Stewart chilló y se apartó para lamerse la ampolla que ya empezaba a salirle en el nudoso hueso de la muñeca. Ella no se lo dijo a los otros, porque aunque fuese un poco bocazas, de vez en cuando sabía cuándo cerrar el pico. En cualquier caso, alguien debió de verlo salir, todavía rojo por la humillación, porque se corrió la voz. Desde entonces estaba empeñado en amargarle la vida.

Trabaja durante la hora de la comida para no tener que encontrárselo al salir, aunque el estómago le ruge como si fuera un tigre. Espera hasta que Stewart va a reunirse con Martin para recoger su bolso y dirigirse a la puerta.

—¿Ahora vas a comer? —pregunta George con aire afable mientras consulta la hora en su reloj.

—No tardaré nada. Estaré de vuelta en el escritorio antes de que me veas marcharme —responde.

—¿Como Flash? —pregunta el otro, y ahí está, es prácticamente una confesión.

—Igualito —dice ella, a pesar de que no ha leído el maldito cómic.

Después le guiña un ojo con coquetería, sale por la puerta bamboleando las caderas y recorre las relucientes baldosas con forma de mosaico que parecen escamas de pez hasta llegar a las recargadas puertas del ascensor.

—¿Está usted bien, señorita Rose? —le pregunta el portero en la recepción cuando sale del ascensor. Tiene la calva tan reluciente como los plafones.

—Como una flor, Lawrence —contesta ella—. ¿Y usted?

—Tengo la gripe, señorita. A lo mejor me paso después por la farmacia. Está usted pálida, espero que no la haya pillado. Es una gripe de las buenas.

En la calle, nada más salir del edificio Fisher, se apoya en el arco del umbral y nota contra la espalda los ángulos del pez dragón esculpido en la fachada. El corazón le palpita en el pecho como si intentara salirsele.

Quiere irse a su casa y acurrucarse en la cama sin hacer (las sábanas todavía huelen al coño de Sasha, que estuvo allí el miércoles por la noche). Sus gatos estarían encantados de tenerla en casa a media tarde, y todavía le queda una botella de Merlot en el frigorífico. Sin embargo, si se fuese en plena jornada laboral, ¿qué pensarían? Sobre todo George.

«Actúa con normalidad, por amor de Dios —piensa—. Recupera la compostura». Ya empiezan a mirarla y, peor, a preguntar por su salud. Se aparta de la arcada antes de que una anciana entrometida con arrugas en el cuello se acerque a preguntarle si se encuentra bien. Sube por la calle con aire decidido en dirección a un bar que está a varias manzanas de distancia, donde es poco probable que se encuentre con uno de sus colegas.

Es uno de esos locales que están en un semisótano, desde cuyas ventanas solo se ven los zapatos de la gente que pasa. El camarero se sorprende al verla. Todavía está preparándose para abrir, bajando las maltrechas sillas de unas mesas igual de maltrechas.

—Aún no hemos abierto...

—Un whisky sour. Solo.

—Lo siento, señorita...

Ella deja un billete de veinte dólares sobre la barra, así que el camarero se encoge de hombros, se vuelve hacia las botellas que hay en los estantes y empieza a mezclar la bebida con más detenimiento del necesario, o por lo menos es lo que le parece a Willie.

—¿Es usted de Chicago? —pregunta el hombre a regañadientes.

Ella le da unos golpecitos al billete.

—Soy de donde hay más billetes si cierra el pico y me prepara la bebida.

En el fino fragmento de espejo de detrás de la barra puede ver el reflejo de las piernas de los viandantes. Zapatos de cuero negros, merceditas color canela, una niña con calcetines tobilleros y zapatos de cordones, un hombre con muleta que arrastra los pies... Eso despierta un recuerdo en su memoria, pero cuando se vuelve para mirar, ya no está. ¿Qué más da? Al menos ya le han servido la bebida.

Willie se la bebe y después pide otra. Cuando va por la tercera ya se siente capaz de volver, así que desliza el billete de veinte por la barra hacia el camarero.

—Eh, ¿qué pasa con el siguiente?

—Buen intento, campeón —responde ella, y regresa a la oficina nadando, como si flotara.

Cuando llega a la puerta del edificio, la sensación se ha convertido en mareo. Se siente como si tuviera un peso encima, como si una tormenta se estuviera formando sobre de su cabeza. Nota que la presión barométrica aumenta con cada paso que da, de modo que necesita toda su fuerza de voluntad para poner buena cara cuando abre

la puerta de la oficina.

Dios, cómo ha podido equivocarse tanto al identificar a sus enemigos. Stewart la mira con preocupación, no con desdén. A lo mejor sabe que aquella noche se pasó de la raya. Willie se da cuenta de que ha sido un auténtico caballero desde entonces. Martin se ha molestado porque no estaba en su puesto cuando ha ido a buscarla. Y George... George sonrío y arquea las cejas, como diciendo: «¿Por qué has tardado tanto? Por cierto, que sepas que te estoy vigilando».

El papel vitela con los planos se desdibuja delante de sus ojos. Se pone a golpear con furia las paredes de la cocina con su polvo secante; están todas mal y tendrá que cambiar la configuración.

—¿Estás bien? —le pregunta George mientras le pone una mano en el hombro con excesiva familiaridad—. Pareces algo indispuesta. A lo mejor deberías irte a casa.

—Estoy perfectamente, gracias.

Ni siquiera se le ocurre una réplica ingeniosa. El querido George, el mimoso, peludo e inofensivo George. Recuerda la noche que ambos se quedaron hasta tarde trabajando en el proyecto de Hart, y que él sacó la botella de whisky escocés que Martin guardaba en su despacho y se quedaron hablando hasta las dos de la mañana. ¿Qué le dijo a George? Se devana los sesos intentando recordarlo. Le habló de arte y de su infancia en Wisconsin y de por qué había querido ser arquitecta, de sus edificios favoritos, de los que desearía haber diseñado... De las altas torres de Adler y Sullivan, y de sus detalles esculpidos. Eso la llevó a hablar de Pullman y de que los trabajadores que vivían en su barrio residencial estaban obligados a seguir esas reglas tan ridículas y paternalistas. Y él apenas pronunció palabra, la dejó divagar. La dejó incriminarse.

Se queda paralizada. Podría esperar a que se le pasara, quedarse en su mesa hasta que se fueran todos y después intentar encontrarle sentido a la situación. Podría volver al bar o irse directamente a su casa para destruir cualquier cosa que pudiera parecer perversa o subversiva.

Llegan las cinco de la tarde y sus colegas empiezan a marcharse uno a uno. Stewart es uno de los primeros y George, uno de los últimos. Remolonea un poco, como si la esperara.

—¿Vas a irte ya o te dejo las llaves? —pregunta, y ella se da cuenta por primera vez de que tiene unos dientes demasiado grandes para su boca. Son grandes losas de esmalte blanco.

—Vete tú. Pienso acabar con esto aunque sea lo último que haga.

—Llevas todo el día trabajando en eso —responde con el ceño fruncido.

—Sé que has sido tú —responde ella, incapaz de seguir conteniéndose.

—¿Cómo?

—Los cómics. Es una estupidez y no es justo.

Furiosa, empieza a notar que los ojos se le humedecen, así que los abre mucho, negándose a parpadear.

—¿Eso? —dice George—. Llevan varios días dando vueltas por la oficina. ¿Por qué te enfadas tanto?

—Ah —responde Willie, y la tremenda inmensidad de su error cae sobre ella y le quita el aliento.

—¿Conciencia culpable? —pregunta él. Después le da un apretón en el hombro y se cuelga el maletín—. No te preocupes, sé que no eres una roja.

—Gracias, George, no...

—Rosa, como mucho —añade él sin sonreír, y le deja las llaves en la mesa que tiene delante—. No quiero que nada se interponga entre la empresa y este proyecto del Gobierno. No me importa lo que hagas en tu vida privada, pero escóndelo todo bien bajo la alfombra, ¿de acuerdo?

Dobla el dedo hacia ella como si fuera el gatillo de una pistola y sale por la puerta.

Willie se queda donde está, pasmada. Se pueden esconder las revistas radicales, hacer trizas los bocetos de depravado contenido sexual y quemar las sábanas, pero ¿cómo se borra la esencia misma de una persona?

Casi se muere del susto cuando alguien llama a la puerta. Ve el perfil de un hombre a través del cristal estriado en el que está escrito a mano el nombre de la empresa. Qué vergüenza que su primera idea sea: «¡FBI!». Sería ridículo. Seguro que es uno de los chicos, se le habrá olvidado algo. Mira a su alrededor y ve la chaqueta de Abe colgada del respaldo de su silla. Es Abe, que seguramente se ha dejado en el bolsillo la cartera con el abono del autobús. Coge la chaqueta y se le ocurre que, de camino, podría irse ya.

Pero cuando abre la puerta descubre que no es Abe, sino un hombre de extremada delgadez que se apoya en una muleta. El desconocido esboza algo que pretende ser una sonrisa, de modo que enseña los alambres que lleva atornillados a la mandíbula, entre los dientes. Ella retrocede, asqueada e intenta cerrarle la puerta en las narices, pero él mete la muleta en el hueco y empuja. La puerta le da a ella en la cara, le rebota en la frente y rompe el cristal. Willie cae de espaldas contra uno de los pesados escritorios Knoll. Choca contra el borde de metal, que le da en la parte baja de la espalda, y cae deslizándose hasta el suelo. Si consigue llegar al escritorio de Stewie le podría atacar con la lámpara grande.

Pero no puede levantarse, a sus piernas les pasa algo. Gime al ver que el hombre se acerca cojeando, haciendo muecas alrededor de los alambres de la boca, y que cierra la puerta sin hacer ruido detrás de él.

# DAN

1 de junio de 1992

Dan y Kirby se aprovechan de los privilegios de los periodistas y se sientan en el banquillo de los jugadores para ver el partido desde el campo, que tiene un color tan verde que parece imposible en contraste con el cálido rojo de la tierra, las líneas blancas recién pintadas que lo atraviesan y la parra virgen que trepa por los ladrillos. Los queridos confines del estadio siguen vacíos, aunque ya haya empezado la fiesta en los tejados que lo rodean.

Los otros periodistas están acomodándose en la cabina de prensa que flota en lo alto, sobre las curvas de asientos de plástico gris que bordean el estadio. Aunque todavía quedan cuarenta minutos largos para que entre la marea de público, los vendedores ya han subido las persianas y el olor a perritos calientes se propaga por el aire. Este es uno de los momentos favoritos de Dan, cuando todo el estadio está lleno de potencial. Pero se sentiría más feliz si no se hubiera enfadado un poco con Kirby.

—No soy tu pase de acceso a la biblioteca del *Sun-Times*. Tienes que trabajar de verdad —le suelta—. Sobre todo si quieres ese crédito para tus clases.

—¡Estaba trabajando! —exclama ella, echando chispas.

Viste una incomprensible camiseta punki sin mangas y de cuello alto que le cubre la cicatriz, como una sotana con las mangas cortadas. Y eso no encaja mucho con la brigada de camisas y jerseys de corte informal que espera encontrarse en la cabina de prensa. Llevarla al estadio lo ponía nervioso y, al parecer, tenía un buen motivo. Procura no distraerse con el delicado vello rubio de sus brazos desnudos.

—Te di una lista con las preguntas aprobadas, solo tenías que leerlas con la entonación adecuada. En vez de eso, Kevin y los chicos vinieron a decirme que, mientras yo me deslomaba para sacarle una buena frase a Lefebvre, tú estabas en el vestuario de los San Diego Padres jugando a las cartas y coqueteando.

—Hice todas tus preguntas y después me puse a jugar al póquer. Es lo que se conoce como preparar el terreno. Un procedimiento periodístico sólido, según me cuentan mis profesores. Ni siquiera fue idea mía, me metió Sandberg. Gané veinte pavos.

—¿Crees que te saldrás con la tuya haciéndote la guapita inocente? ¿Te vas a aprovechar de eso toda la vida?

—Creo que puedo librarme de eso si demuestro interés y despierto interés. Creo que la curiosidad triunfa sobre la ignorancia, y creo que siempre ayuda comparar cicatrices.

—Ya me lo han contado —dice Dan, sonriendo un poquito—. ¿Sammy Sosa te

enseñó el culo? ¿En serio?

—Vaya, así que hablando de noticias sensacionalistas. ¿Quién te ha contado eso? Fue la parte baja de la espalda, justo por encima de la cadera. Además, no sé de qué te sorprendes, si esos se desnudan en las duchas delante de ti. Tenía un moratón enorme porque se había tropezado con uno de esos descomunales cubos metálicos de la basura. No lo vio, estaba despidiéndose de un amigo, se volvió y ¡pam! Dice que a veces es un poco torpe.

—Ya. Si deja escapar alguna pelota, usamos esa cita.

—Hasta te la he escrito. Y saqué otra cosa interesante. Estábamos hablando de viajar, de estar fuera todo el tiempo... Les conté esa historia tan graciosa de cuando estaba durmiendo en el sofá de una chica que conocí en un videoclub de L.A., y que como ella intentó meterme en un trío con su novio, acabé sola en la calle a las cuatro de la mañana y me dediqué a pasear hasta que salió el sol. Fue precioso ver cómo se despertaba la ciudad.

—No he oído esa historia.

—Eso es todo. En fin, que les dije que estaba contenta de haber vuelto a Chicago y le pregunté a Greg Maddux si se sentía a gusto en la ciudad, y él se puso un poco raro.

—¿En qué sentido?

—Lo escribí cuando salí del vestuario —dice Kirby mientras comprueba su cuaderno—. Dijo: «¿Por qué iba a querer irme a otra parte? Aquí la gente es muy agradable. No solo los aficionados, sino también los taxistas, los conserjes de los hoteles, la gente de la calle... En otras ciudades te tratan como si te estuvieran haciendo un favor». Después me guiñó un ojo y empezó a hablarme de sus palabrotas favoritas.

—¿No seguiste insistiendo?

—Me cambió de tema. Quería seguir preguntando porque me pareció que daría para un buen artículo, «El Chicago de un jugador de béisbol». Cinco recomendaciones de restaurantes, parques, clubs, sitios para pasar el rato... lo que sea. Entonces volvió Lefebvre y me echaron para prepararse para el partido, y ahí empecé a pensar que era curioso lo que había dicho sin venir a cuento.

—Ahí tienes razón. Es raro.

—¿Crees que va a fichar por otro equipo?

—Quizá lo está considerando. Mad Dog es un fanático del control. Le gusta presionar todo lo posible y creo que estaba jugando contigo. Lo que significa que no hay que quitarle el ojo de encima.

—Es un poco injusto para los Cubs que se largue ahora.

—No, yo lo entiendo. Tienes que ir adonde te ofrezcan la mejor oportunidad de jugar como quieres. Ahora mismo, ese tío es de lo mejor.

—¿Ah, sí? ¿Así funcionas?

—Ya sabes lo que quiero decir, bullanguera.

—Sí —responde ella, y le da un toque cariñoso con el hombro. Tiene la piel tan caliente por el sol que Dan la nota a través de la camisa, como si lo hubiese quemado.

—¿Te guardas algún otro as en la manga? —pregunta, apartándose de ella e intentando simular que no le pasa nada, pero pensando: «No seas ridículo, Velasquez, ¿es que tienes quince años?».

—Dame una oportunidad y habrá más partidas de póquer.

—Mejor tú que yo, se me dan fatal los faroles. —Fatal de verdad—. Venga, vamos arriba.

—¿No podemos verlo desde ahí? —pregunta Kirby, que señala el marcador verde que se cierne sobre las gradas de la parte central. Él ha pensado lo mismo, es precioso. Es la pura esencia estadounidense, con su limpio frontal blanco y las ventanas que se abren entre las lamas en las que van los números.

—Eso quisierais tú y todo el público. Imposible. Es uno de los últimos marcadores manuales del país. Lo protegen mucho, y nadie entra.

—Pero tú sí.

—Me gané ese derecho.

—Y una mierda. ¿Cómo lo hiciste?

—Publiqué una semblanza del tipo que da la vuelta a los números. Lleva décadas haciéndolo y es una leyenda.

—¿Crees que me dejaría darle la vuelta a uno?

—Creo que tus posibilidades son mínimas. Además, ya sé cómo te funciona la cabeza: solo quieres entrar porque no se lo permiten a nadie.

—Creo que en realidad es un club secreto en el que los hombres y las mujeres más poderosos de Estados Unidos se reúnen para planear el futuro del país entre cócteles y *strippers*, mientras abajo juegan un inocente partido de béisbol.

—Es una habitación vacía con el suelo hecho polvo y hace un calor de la leche.

—Ya. Eso es justo lo que diría alguien que intenta proteger los secretos del club.

—Vale, intentaré que te dejen entrar alguna vez. Pero antes tienes que pasar la iniciación y dominar el apretón de manos secreto.

—¿Prometido?

—Lo prometo por el de arriba, pero a condición de que, cuando subamos a la cabina de prensa y estemos delante de mis colegas, finjas que te he echado una bronca por ser poco profesional y que estás muy arrepentida.

—Estoy taaan arrepentida... —dice ella, sonriendo—. Pero te tomaré la palabra, Dan Velasquez.

—Soy muy consciente de ello.

Al final resultó que el miedo a que no encajara era completamente infundado. Efectivamente, no encaja, pero eso la hace más encantadora.

—Esto es como las Naciones Unidas, pero con mejores vistas —suelta Kirby mientras examina las filas de teléfonos y de personas sentadas detrás de las chapas identificativas de los medios de comunicación a los que representan, casi todos son hombres. Ya habían empezado a tomar notas o a hacer la previa del partido parlotando por los micrófonos.

—Sí, pero esto es mucho más serio —dice Dan. Ella se ríe, y eso es lo único que le importa al periodista.

—Claro, ¿qué importancia puede tener la paz mundial si la comparamos con el béisbol?

—¿Es tu becaria? —pregunta Kevin—. Debería buscarme una, ¿te hace la colada?

—Bueno, no me fiaría mucho, pero sí que sabe conseguir buenas declaraciones.

—¿Me la prestas?

Dan está a punto de saltar a defenderla, pero Kirby ya tiene preparada una réplica ingeniosa.

—Claro, pero tendrás que subirme la paga. ¿Cuánto es el doble de nada?

Eso arranca las risotadas de media sala, ¿por qué no iba a hacerlo? El partido está empezando, se oyen los bates de los Cubs. La tensión en la cabina de prensa se eleva, de repente todos están muy concentrados en la acción que se desarrolla en el diamante de abajo. A lo mejor ganan de verdad. Y Dan se alegra al ver que la chica se ha contagiado del espíritu y de la magia del ambiente.

Más tarde, Dan telefona entre el barullo de voces del resto de periodistas que hacen lo mismo que él y lee las notas que ha escrito en su cuaderno con una letra tan ilegible que Kirby dice que parece de un médico. Los Cubs ganaron en la séptima entrada después de que el partido frenó y se convirtió en un despiadado duelo entre pícheres, sobre todo gracias al nuevo chico de oro, Mad Dog Maddux.

Dan rodea los hombros de Kirby con un brazo.

—Buen trabajo, niña. Incluso puede que valgas para esto.

# HARPER

26 de febrero de 1932

Harper se compra un traje hecho a medida en la Baer Brothers and Prodie Store, donde lo tratan como si fuera una mierda hasta que ven el color de su dinero. Después lleva a cenar fuera a la enfermera Etta y a su compañera de cuarto de la residencia femenina en la que vive. La otra chica, Molly, es una profesora de Bridgeport, un poco tosca en comparación con su espabilada amiga. Molly esboza una sonrisa malvada y afirma que es la carabina, como si él no supiera que lo único que quiere es comer gratis. Lleva zapatos desgastados, y a la lana oscura de su abrigo le han salido bolitas. Parece una oveja. La cerdita y la corderita. Puede que Harper pida chuletas para cenar.

Por encima de todo, se alegra de poder ingerir comida de verdad en vez de pan blanco mojado en leche y puré de patatas. Ha perdido mucho peso por la lesión en la mandíbula. Le quitaron los alambres al cabo de tres semanas, pero no ha sido capaz de masticar hasta hace poco. Las camisas le cuelgan como si fueran sacos y no se había podido contar tan bien las costillas desde que era un niño y su padre le facilitaba la labor dejándole moratones con el cinturón.

Recoge a las chicas en la estación y, paseando por la nieve de La Salle, pasan por delante del nuevo comedor de beneficencia, en el que hay una cola que recorre media manzana. Los hombres se sienten tan avergonzados que no levantan la mirada del suelo. Se dedican a dar pisotones para espantar el frío y avanzan arrastrando los pies. A Harper le parece una pena. Espera que el miserable de Klayton levante la mirada y lo vea con una chica en cada brazo, con un traje nuevo y con un fajo de billetes en el bolsillo, junto a su navaja. Sin embargo, Klayton tiene la vista clavada en el suelo cuando pasan junto a él. Está gris y arrugado sobre sí mismo, como una polla con gonorrea.

Podría volver y matarlo. Podría buscarlo en el portal donde duerma e invitarlo a calentarse en la Casa, sin resentimiento. Le pondría un vaso de whisky en la mano, frente al fuego, y lo mataría a golpes con el martillo, como Klayton quería hacerle a él. Empezaría por romperle los dientes.

—Vaya, cada vez está peor —comenta Etta, chasqueando la lengua.

—¿Crees que esos lo pasan mal? —dice su amiga—. La junta del colegio está pensando en darnos pagarés. ¿Ahora nos van a pagar con cupones en vez de con dinero de verdad?

—Mejor que te paguen en alcohol. Con todo lo que están confiscando... A ellos no les sirve para nada, y así estarías calentita.

Etta aprieta el brazo de Harper y lo saca de la fantasía en la que estaba sumido. Vuelve la vista atrás para echarle una última ojeada a Klayton, y descubre que este lo está mirando con el sombrero entre las manos y la boca abierta.

Harper hace girar a las chicas y les dice:

—Salud a mi amigo.

Molly obedece agitando los dedos con aire coqueto, pero Etta frunce el ceño.

—¿Quién es?

—Alguien que intentó destruirme. Ahora está probando su propia medicina.

—Hablando de medicinas... —comenta Etta dándole un codazo a Molly, que mete la mano en el bolso y saca una botellita con una etiqueta en la que se lee: «Alcohol».

—Sí, he traído un traguito.

Bebe un poco y se lo pasa a Harper, que limpia el borde de la botella en la americana antes de llevársela a los labios.

—No te preocupes, no es alcohol desinfectante. La fábrica que suministra al hospital tiene un negocio alternativo.

El alcohol es potente, y Molly bebe con ansia, así que, cuando llegan al restaurante de Mme. Galli en East Illinois, la corderita ya está prácticamente beoda.

En las paredes del restaurante hay una gran caricatura de un cantante de ópera italiano y fotografías de varios actores de teatro del centro que han plasmado su firma en sus sonrientes caras. Para Harper no significan nada, pero las chicas exclaman con admiración. Por su parte, el camarero no comenta nada sobre el desaliño de sus abrigos cuando se los lleva para colgarlos del perchero que hay tras la puerta.

El establecimiento está medio lleno de abogados, bohemios y actores. En los dos salones reconvertidos en uno hace una temperatura agradable gracias a las dos chimeneas, una en cada lado, y al alboroto de gente que empieza a llenarlos.

El camarero los acompaña hasta una mesa situada junto a la ventana. Harper se sienta a un lado, y las chicas, al otro, de modo que se ven por encima del alegre cuenco con frutas que hace las veces de centro de mesa. Está claro que Mme. Galli tiene a la ley en el bolsillo, ya que el camarero les lleva, sin hacer aspaviento alguno, una botella de Chianti que tiene en una estantería transformada en armario de licores.

Harper pide chuletas de cordero de primero, y Etta lo imita, pero Molly pide el solomillo con actitud desafiante. A él le da igual, no le importa, cobran un dólar con cincuenta por cinco platos, así que la zorra conspiradora puede pedir lo que quiera.

Las chicas se comen los espaguetis con entusiasmo, retorciendo los tenedores como si hubiesen nacido para ello. Sin embargo, a Harper la pasta le resulta una comida resbaladiza, y el sabor a ajo lo abrumba.

Las cortinas están sucias de humo. En la mesa de al lado, la joven que fuma cigarrillos entre plato y plato con la intención de parecer cosmopolita es tan vacua

como sus compañeros, que hablan demasiado alto. Todos los mamones del restaurante están actuando, se disfrazan con ropajes y modales.

Se da cuenta de que ha pasado demasiado tiempo, que hace casi un mes que no mata a nadie. Desde Willie. El mundo pierde color en las pausas. La Casa tira de él como si tuviera una cuerda atada a cada vértebra. Intenta evitar la habitación principal y duerme abajo, en el sofá, pero últimamente sube la escalera como en sueños, se queda en la puerta y contempla los objetos. Dentro de poco no le quedará más remedio que salir de nuevo.

Mientras tanto, el ganado de su mesa bate las pestañas y compite por lograr la sonrisa más afectada.

Etta se disculpa para ir a «retocarse el pintalabios» y la chica irlandesa se desliza hasta el otro lado de la mesa para sentarse a su lado y juntar la rodilla con la de él.

—Es usted todo un descubrimiento, señor Curtis. Quiero saberlo todo sobre usted.

—¿Qué quiere saber?

—Dónde se crio, cómo es su familia, si ha estado casado o si se ha prometido, cómo consiguió el dinero... Lo normal.

No puede negar que este interrogatorio tan directo lo intriga.

—Tengo una Casa.

Se siente temerario, y ella está tan bebida que tendrá suerte si recuerda su propio nombre al día siguiente, por no hablar de cualquier declaración extraña que le haga.

—Un propietario —gorjea ella.

—Se abre a otras épocas.

—¿El qué? —pregunta ella, desconcertada.

—La Casa, querida. Quiero decir que conozco el futuro.

—Fascinante —ronronea la chica sin creérselo en absoluto, pero haciéndole saber que está dispuesta a seguirle el juego. Y no solo con la historia, si es que él está interesado—. Vale, cuénteme algo asombroso.

—Habrá otra gran guerra.

—¿En serio? ¿Debería preocuparme? ¿Puede leerme el futuro?

—Solo si la abro.

Como él había supuesto, ella lo entiende de otro modo, se ruboriza un poco, aunque también se excita, y comienza a acariciarse con el dedo el labio inferior y la media sonrisa que forma.

—Bueno, señor Curtis, puede que esté dispuesta. ¿Puedo llamarlo Harper?

—¿Qué estás haciendo? —los interrumpe Etta, roja de rabia.

—Solo estamos hablando, cielo —responde Molly, esbozando una sonrisa de suficiencia—. De la guerra.

—Serás fresca... —dice Etta, y vuelca el cuenco de espaguetis sobre la cabeza de la profesora.

La salsa y la ternera picada le bajan por los ojos, mientras los trozos de tomate, el ajo y los espagueti húmedos se le coagulan en el pelo. Harper se ríe, sorprendido.

El camarero corre hacia ellos con servilletas y ayuda a Molly a limpiarse.

—¡Cáspita! ¿Va todo bien?

Molly está temblando de rabia y de humillación.

—¿Vas a dejar que me haga esto?

—Me parece que ya está hecho —responde Harper, y le lanza la servilleta de lino—. Ve a limpiarte, que estás hecha un desastre.

Después le pone en la mano un billete de cinco dólares al camarero antes de que él les pida que se marchen.

—Ahí también va una propina para usted —explica, y le ofrece el brazo a Etta. A la chica se le ilumina la cara, mientras que Molly se echa a llorar.

Harper y Etta salen alegremente del restaurante. Las farolas forman grasientos charcos de luz por la calle, y pasear hasta el lago parece lo más natural, a pesar del frío. Las aceras están rebosantes de nieve y las ramas peladas de los árboles son como encaje sobre el cielo. Los bajos edificios se apiñan a lo largo de la orilla para protegerse del agua. Los distintos niveles de la fuente de Buckingham están cubiertos por una capa blanca, y los enormes caballitos de mar de bronce luchan contra el hielo sin llegar a ninguna parte.

—Es como un glaseado —dice Etta—. Como una tarta de boda.

—Lo que pasa es que estás molesta por haberte perdido el postre —contesta Harper, apostando por bromear.

—Se lo ha ganado —responde ella, y se le ensombrece el rostro al recordar a Molly.

—Claro que sí. Podría matarla por ti —añade, probándola.

—Me gustaría poder matarla yo misma. Fresca...

Etta se frota los brazos desnudos y se echa el aliento en los dedos cuarteados. Después lo coge de la mano. Harper se sobresalta, pero ella solo lo usa para apoyarse y subirse a la fuente.

—Ven conmigo —le pide, y, tras un momento de vacilación, Harper sube detrás de ella.

La chica se abre paso entre la nieve, patinando sobre el hielo, hasta llegar a uno de los caballitos de mar, sobre el que se reclina posando.

—¿Quieres cabalgar un rato? —pregunta en tono infantil, y él se da cuenta de que es aún más taimada que su amiga.

Sin embargo, la enfermera lo intriga. Hay algo maravilloso en su codicia. Es una mujer de apetitos egoístas que, merecida o inmerecidamente, considera que está por encima del resto de la humanidad.

Entonces la besa, sorprendiéndola. La lengua de Etta se le mete en la boca, veloz

y resbaladiza, como un cálido anfibio diminuto. Él la empuja contra el caballito y le mete una mano bajo la falda.

—No podemos volver a mi apartamento —dice ella, retirándose—. Hay reglas. Y está Molly.

—¿Aquí? —sugiere él mientras intenta darle la vuelta y abrirse la bragueta a la vez.

—¡No! Hace mucho frío. Llévame a tu casa.

De repente se le baja la erección y la suelta con aire brusco.

—Imposible.

—¿Qué te pasa? —le grita ella, dolida, cuando Harper se baja de un salto de la fuente y se aleja a paso ligero hacia Michigan—. ¿Qué he hecho? ¡Eh! ¡No me dejes así! ¡No soy una puta! ¡Que te jodan, amigo!

Él no responde, ni siquiera cuando la chica se quita un zapato y se lo tira a la espalda, aunque, por desgracia, se queda muy corta. Tendrá que ir dando saltitos por la nieve para recuperarlo. Harper piensa en su humillación y sonrío.

—¡Que te jodan! —grita ella de nuevo.

# KIRBY

23 de marzo de 1989

Las nubes, como barcos esponjosos, se deslizan rápidamente sobre el lago con la luz gris de la mañana. Apenas son las siete, y Kirby no estaría despierta tan temprano ni loca, si no fuera por el Maldito Perro.

Antes de que pare el motor del coche, Tokyo trepa por el asiento delantero de su Datsun de cuarta mano y le aplasta el brazo con sus torpes patatas cuando ella va a tirar del freno de mano.

—Ay, bruto —le dice Kirby mientras lo empuja hacia el asiento, un servicio que él le paga dejando escapar una ventosidad en su cara.

Eso sí, tiene la decencia de poner ojitos de culpa durante nada más y nada menos que un segundo, y después empieza a golpear la puerta con las patas y a gimotear para que lo deje salir, dándole coletazos a la funda de piel de oveja que oculta lo cuarteado que está el asiento.

Kirby pasa el brazo por encima del perro y consigue abrir el pestillo. Tokyo abre la puerta con la cabeza y sale al aparcamiento. Le da la vuelta al coche corriendo para llegar al lado de Kirby, salta para colocar ambas patas sobre la ventana, saca la lengua y empaña la ventana con su aliento mientras ella intenta salir del coche.

—No tienes remedio, ¿lo sabías? —gruñe Kirby, empujando la puerta con dificultad por culpa del peso del perro.

Tokyo ladra de placer. Galopa hasta donde empieza la hierba y vuelve corriendo para meterle prisa, como si la playa fuese a desaparecer. Como si ella fuese a dejarlo tirado.

Ese pensamiento hace que se sienta un poco mal, porque ha estado ahorrando para irse de casa de Rachel, y las residencias para estudiantes que ha encontrado son más estrictas que la Gestapo en lo que respecta a los compañeros de cuarto peludos. Se dice a sí misma que solo estará a dos pasos del El, que podrá sacarlo de paseo los fines de semana y que ha convencido al chico de enfrente para que le dé una vuelta a la manzana una vez al día por un dólar, aunque eso sea cinco pavos a la semana, veinte al mes. Mucha comida china.

Kirby sigue a Tokyo por el sendero que lleva a la playa a través del susurrante pasillo de hierbas altas. Debería haber aparcado más cerca de la orilla, pero está acostumbrada a ir los fines de semana a mediodía, y a esas horas no se encuentra un sitio vacío por nada del mundo. Sin el barullo, parece un lugar completamente distinto, casi siniestro, con esa niebla y el viento frío que sale del lago y corta la piel. La temperatura habrá espantado a todos los corredores, salvo a los más entusiastas.

Se saca la mugrienta pelota de tenis del bolsillo. Está agrietada, pelada en algunas zonas y blanducha de tanto mordisco. La lanza formando una alta parábola por encima del horizonte del lago, apuntando a la Torre Sears, como si pudiera derribarla.

Tokyo estaba esperándolo, tiene las orejas de punta y la boca cerrada, está concentrado. Se da media vuelta y sale a toda velocidad detrás de la pelota, anticipándose a su trayectoria con precisión matemática y atrapándola en el aire cuando baja.

Y eso es lo que la vuelve loca, cuando se pone en plan escurridizo con la pelota. Salta hacia delante como si fuera a soltarla en la mano de Kirby, pero se aparta a un lado cuando ella intenta cogerla y se pone a gruñir de felicidad.

—¡Perro! Te lo advierto...

Tokyo dobla las patas delanteras y levanta el culo mientras agita el rabo de un lado a otro como loco.

—Grrr —dice de nuevo el animal.

—Que me des la pelota si no quieres que... te convierta en alfombra.

Kirby hace un amago de lanzarse a por él, y el perro recula dos pasos, lo justo para ponerse fuera de su alcance, y adopta otra vez su posición. El rabo es como un helicóptero demente.

—Está muy de moda, ¿sabes? —dice ella mientras camina sin prisa por la playa con los pulgares metidos en los bolsillos de los vaqueros, como si no fuera con ella, para dejar claro que no va a perseguirlo—. Las de osos polares y de tigres están *demodé*, pero ¿las alfombras de piel de perro, sobre todo las de los perros molestos? Son de categoría, chaval.

Se lanza a por él, pero Tokyo estaba prevenido desde el principio, así que da un ladridito de alegría, aunque el sonido lo amortigua la pelota que lleva entre los dientes, y sale pitando por la playa. Kirby aterriza apoyando una rodilla sobre la arena húmeda mientras que él se mete en la helada espuma con una sonrisa canina tan grande que su dueña la ve desde donde está.

—¡No! ¡Perro malo! ¡Tokyo Meteoro Mazrachi! ¡Vuelve ahora mismo!

Él no la escucha, nunca lo hace. Perro mojado en el coche, una de sus situaciones favoritas.

—Venga, chico —insiste, y silba cinco notas cortas.

Él obedece, más o menos; sale del agua al fin y suelta la pelota en la arena blanqueada antes de sacudirse como un aspersor perruno. Ladra una vez, contento; todavía está jugando.

—Ay, por amor de Dios —dice Kirby mientras se le hunden las zapatillas de deporte moradas en el lodo—. Cuando te pille...

De repente, Tokyo vuelve la cabeza en la otra dirección, ladra una vez y sale disparado por la hierba que hay cerca del muelle.

Un hombre con un impermeable amarillo de pescador está al borde del agua, junto a un carro con un cubo y un extintor. Se da cuenta de que debe de ser una extraña técnica de pesca, ya que mete la plomada en un tubo de metal y usa la presión del extintor para enviarla hacia el centro del lago, más lejos de lo que podría lanzarlo con el brazo.

—¡Eh! ¡Nada de perros! —exclama el hombre en tono amable, y señala el cartel descolorido que hay en la hierba. Como si lo que él estuviera haciendo con el extintor fuese legal.

—¡No! ¿En serio? Bueno, le alegrará saber que en realidad no es un perro, ¡sino un proyecto de alfombra!

Su madre dice que eso es su campo de fuerza sarcástico, con lo que mantiene a raya a los chicos desde 1984. Si ella supiera... Kirby recoge la magullada pelota de tenis y se la mete en el bolsillo. Animal del demonio...

Enfadada, piensa que será un alivio mudarse a la residencia. El vecino puede quedarse con el perro. Ella se encargará los fines de semana si tiene tiempo y ganas. Pero ¿quién sabe? Puede que deba quedarse en la biblioteca, o que tenga resaca, o incluso es posible que tenga que entretener a un tío bueno en ese momento dulce e incómodo del desayuno del día después, ahora que Fred se ha ido a la uni de Nueva York a estudiar cine, como si, en realidad, no le hubiese robado a Kirby el sueño de toda su vida para salir corriendo porque, encima, él si podía costárselo. Aunque la hubieran aceptado (y la habrían aceptado, joder, tenía más talento en su oreja izquierda que él en todo su sistema nervioso central), no habría podido pagarlo de ninguna manera. Así que estudia Historia e Inglés en DePaul, dos años y una vida entera de deudas por delante, suponiendo que encuentre trabajo después de graduarse. Por supuesto, Rachel no ha hecho más que animarla. Kirby estuvo a punto de meterse en Contabilidad o en Empresariales para fastidiarla.

—¡Tokyo!!! —le chilla Kirby a la maleza, y silba otra vez—. Deja de hacer el tonto.

El viento se le cuele por debajo de la ropa y le eriza el vello desde las manos hasta la nuca. Debería haberse puesto una chaqueta de verdad. Como era de esperar, el perro se ha metido en la reserva de pájaros, y pueden ponerle una multa de las buenas por no llevarlo con la correa. Cincuenta dólares, o dos meses y medio de pagos al vecino que lo paseará. Veinticinco paquetes de fideos chinos.

—¡Un adorno, perro! —le chilla Kirby a la playa vacía—. ¡Eso vas a ser cuando acabe contigo!

Se sienta a la entrada del santuario, en un banco en el que alguien ha escrito unos nombres (Jenna + Christo 4ever), y se pone otra vez las zapatillas. La arena se le clava en los dedos, se le ha metido entre ellos, dentro de los calcetines. Entre los arbustos se oye cantar a un papamoscas. A Rachel siempre le han gustado los pájaros.

Le decía cómo se llamaban todos. Kirby tardó años en darse cuenta de que se lo inventaba, de que no existían nombres como «el pájaro carpintero caperucito» o «la malaquita arcoíris de cristal». Solo eran palabras que a ella le gustaba emparejar.

Entra hecha una furia en la reserva. Los pájaros han dejado de cantar, silenciados, qué duda cabe, por la presencia de un perro mojado y molesto que anda armando escándalo por alguna parte. Hasta el viento ha cesado, y las olas son un ruido ahogado de fondo, como el tráfico.

—Venga, maldito perro.

Silba otra vez, cinco notas ascendentes.

Alguien le devuelve el silbido.

—Vaya, muy gracioso —dice Kirby.

El silbido regresa, burlándose de ella.

—¿Hola? ¿Atontao? —Suele aumentar el sarcasmo en función de lo nerviosa que esté—. ¿Has visto a un perro? —Vacila un segundo antes de salirse del sendero y meterse entre los densos matorrales para acercarse al origen del silbido—. Ya sabes, animal peludo, dientes que pueden arrancarte el cuello...

No hay respuesta, salvo un carraspeo, una tos. Parece un gato intentando vomitar una bola de pelo.

Solo tiene tiempo de soltar un gritito de sorpresa cuando un hombre sale de entre los matorrales, la coge por el brazo y con una fuerza sorprendente la tira al suelo con un movimiento rápido. Ella se tuerce la muñeca cuando la extiende automáticamente para frenar la caída. Se da un golpe tan fuerte en la rodilla contra una roca que, por un instante, lo ve todo blanco. Cuando se le aclara la visión, ve a Tokyo tumbado de lado en los arbustos. Alguien le ha enrollado una percha de alambre al cuello de tal modo que se le ha clavado en la carne y le ha dejado el pelo empapado de sangre. Está agitando la cabeza, sacudiendo los hombros, intentando soltarse, porque el alambre está enganchado de una rama que sobresale de un árbol caído. Pero cada vez que se mueve, se le clava más. La tos que oía era él intentando ladrar con las cuerdas vocales cortadas. Le ladra a algo que hay detrás de ella.

Ella se obliga a incorporarse sobre los codos, y lo consigue justo a tiempo de ver al hombre que le golpea la cara con una muleta. El impacto le destroza el pómulo y desencadena un estallido de dolor que le recorre el cráneo. Cae sobre la tierra húmeda hecha un ovillo. Y él se le pone encima, apretándole la espalda con una rodilla. Ella se retuerce y da patadas mientras él le pone los brazos a la espalda y gruñe mientras le ata las muñecas con alambre.

—Suéltame, cabrón —escupe ella al mantillo de tierra y hojas; sabe a cosas podridas y mojadas, lo nota suave y arenoso entre los dientes.

Él le da la vuelta sin miramientos, jadeando, y le mete la pelota de tenis en la boca antes de que pueda gritar, de modo que le parte el labio y le astilla un diente. Se

comprime al entrar y después se expande y la obliga a mantener la mandíbula abierta. Ella se ahoga con el sabor de la goma y del perro, con la saliva y con la sangre. Intenta empujarla con la lengua, pero solo le sirve para encontrar el fragmento de esmalte de un diente roto. Le dan arcadas al notar en la boca ese trocito de su dentadura. Lo ve todo borroso y morado con el ojo izquierdo. Es el pómulo, que le empuja la órbita. Pero no importa, todo se está contrayendo.

Le cuesta respirar con la pelota en la boca. El hombre le ha apretado tanto el alambre de las muñecas, atadas a su espalda, que se le han quedado las manos entumecidas. Los bordes se le clavan en la columna. Entre sollozos, agita los hombros para intentar arrastrarse y escabullirse de debajo de él. No tiene un destino concreto en mente, solo quiere salir, salir, Dios mío. Pero él está sentado en los muslos de Kirby y la sujeta con su peso.

—Tengo un regalo para ti. Dos —dice el hombre.

La punta de la lengua le asoma entre los dientes, y deja escapar una especie de resuello agudo cuando se mete la mano en el bolsillo.

—¿Cuál quieres primero? —pregunta mientras extiende las manos para enseñarle los regalos a Kirby. Por un lado, una cajita reluciente blanca y plateada; por el otro, una navaja con empuñadura de madera.

—¿No consigues decidirte? —pregunta el hombre. Enciende el mechero y la llama salta como una caja con sorpresa; después vuelve a cerrarlo—. Esto es de recuerdo. —A continuación saca la hoja de la navaja—. Y esto es lo que tengo que hacer.

Ella intenta apartarlo de una patada, desequilibrarlo, mientras grita con furia con la pelota en la boca. Él se lo permite y la observa. Se divierte. Después le coloca el encendedor en la cuenca del ojo y le aprieta el borde duro contra el pómulo roto. Unos puntos negros estallan en la cabeza de Kirby y el dolor le recorre la mandíbula hasta bajarle por las vértebras.

El hombre le levanta la camiseta, le deja la pálida piel de invierno al descubierto. Le recorre el estómago con las manos y le clava las puntas de los dedos en la piel, aferrándose a ella, codicioso. Le deja moratones. Después le clava la navaja en la cavidad abdominal, la retuerce y le hace un irregular corte de un lado a otro, siguiendo la trayectoria de su mano. Ella se arquea contra él y grita detrás de la pelota.

Él se ríe.

—Tranquila, tranquila.

Ella solloza incoherencias. Las palabras no tienen sentido dentro de su cabeza, así que menos aún en su boca: «Noporfavornononiseteocurracoñononoporfavorno».

Los dos respiran al compás, él con resuellos de excitación y ella con aliento de conejo asustado. La sangre está más caliente de lo que ella se imaginaba, como si se

hubiera meado encima. También es más espesa. A lo mejor ya ha terminado, a lo mejor ha terminado. Quizá solo quería hacerle un poco de daño, demostrarle quién manda antes de... Se le queda la mente en blanco ante las posibilidades. No se atreve a mirarlo, le dan demasiado miedo las intenciones que pueda leerle en la cara. Así que se queda donde está, contemplando el pálido sol de la mañana que asoma a través de las hojas, y escucha sus respiraciones acompasadas, entrecortadas y veloces.

Pero él no ha terminado. Kirby gruñe y se retuerce para intentar liberarse antes de que la punta de la hoja le toque la piel. Él le da una palmadita en el hombro y esboza una sonrisa salvaje; el esfuerzo le ha dejado el pelo pegado de sudor.

—Grita más fuerte, cariño —dice con voz ronca el hombre; le huele el aliento a caramelo—. A lo mejor te oye alguien.

Vuelve a introducir la navaja y corta hacia el otro lado. Ella grita lo más fuerte que puede, pero la pelota amortigua el sonido y, al instante, se desprecia a sí misma por haber obedecido. Después se siente agradecida porque le haya permitido gritar. Y eso la avergüenza aún más. No puede evitarlo, su cuerpo es un animal independiente, se ha separado de su mente, que es una cosa bochornosa y suplicante, dispuesta a hacer lo que sea para que pare la tortura. Lo que sea con tal de vivir. Por favor, Dios. Cierra los ojos para no tener que ver su cara de concentración ni la forma en que se tira de los pantalones.

El hombre sube y baja el arma siguiendo un patrón que parece predeterminado. Igual que está segura de que estar atrapada debajo de él también lo es. Se siente como si nunca hubiera estado en otra parte. Bajo el ardor punzante de las heridas nota que la hoja se frena en el tejido adiposo. Como si el desconocido estuviera cortando un solomillo, joder. Huele a matadero, a sangre y mierda. Porfavorporfavorporfavor.

Se oye un ruido terrible, peor aún que el aliento del hombre o que el sonido de la navaja al rasgar la carne. Kirby abre los ojos y, al volver la cabeza, ve a Tokyo temblando y retorciendo la cabeza, como si sufriera un ataque. Ladra y gruñe como puede, a pesar de la garganta destrozada. Está enseñando los dientes, que están manchados de espuma roja. El tronco entero tiembla con el movimiento. El alambre corta la rama en la que estaba enrollado, y trocitos de corteza y líquen salen volando. Unas relucientes burbujas de sangre le perlan el pelaje como si fueran un collar obsceno.

—No —consigue decir ella, aunque apenas se oye la ene.

El hombre cree que habla con él.

—No es culpa mía, cariño —le dice—. Es tuya. No deberías ser luminosa. No deberías obligarme a hacer esto.

Entonces le acerca la navaja al cuello. No ve a Tokyo liberarse del tronco hasta que lo tiene encima. El perro se lanza sobre él y le clava los dientes en el brazo atravesando la americana. La navaja se deja llevar por un movimiento brusco y le

corta el cuello a Kirby, y aunque es un corte poco profundo, le hace una pequeña incisión en la carótida antes de que el hombre la deje caer.

El desconocido ruga de furia e intenta sacudirse al animal, pero las mandíbulas de Tokyo no se inmutan. El peso del perro lo tira al suelo. Busca a tientas la navaja con la otra mano y Kirby intenta rodar para tapparla con su cuerpo, pero es demasiado lenta y no puede coordinar los movimientos. Él consigue coger el arma, y entonces Tokyo deja escapar un largo suspiro rasposo, y el hombre se arranca al perro del brazo y empieza a tirar de la navaja que le ha clavado a Tokyo en el cuello. Kirby pierde las pocas fuerzas que le quedan. Cierra los ojos e intenta hacerse la muerta, aunque la traicionan las lágrimas que le caen por las mejillas.

El hombre se arrastra hacia ella sujetándose el brazo.

—No me engañas —dice, y le toca con afán diagnóstico la herida del cuello, lo que la hace gritar otra vez mientras mana la sangre.

—Da igual, te desangrarás en un momento.

Le mete la mano en la boca y le saca la pelota de tenis, que aplasta entre sus dedos. Ella le muerde con todas sus fuerzas, le clava los dientes en el pulgar. Más sangre en la boca, aunque esta vez es de él. El hombre le da un puñetazo en la cara y ella pierde el conocimiento durante un instante.

Despertar la deja conmocionada. El dolor la aplasta en cuanto abre los ojos, como si tuviera el yunque del Coyote sobre la cabeza. Empieza a llorar. El hijo de puta se aleja cojeando con la muleta en la mano, como si fuera de atrezo. Se detiene, de espaldas a ella, y busca algo en el bolsillo.

—Casi se me olvida —le dice a Kirby antes de lanzarle el encendedor, que aterriza al lado de su cabeza, sobre la hierba.

Ella se queda tumbada, esperando la muerte, esperando que pare el dolor. Pero no muere y el dolor no cesa, y entonces Tokyo deja escapar un diminuto gruñido, como si tampoco estuviera muerto, así que ella empieza a cabrearse en serio. A la mierda el puto tío de la navaja.

Apoya todo el peso en la cadera e intenta girar la muñeca, lo que hace que se le despierten las terminaciones nerviosas, que envían un chillido en código morse al cerebro. El tipo ha sido descuidado. Los alambres eran una medida a corto plazo para retenerla, no sirven para mantenerla atada, especialmente después de haberse librado de su peso. Tiene los dedos demasiado entumecidos para que le funcionen bien, pero la sangre le facilita la tarea: aceite lubricante para *bondage*, piensa, y, para su sorpresa, se le escapa una risa amarga.

A la mierda.

Se suelta una mano con mucho trabajo y se desmaya al intentar sentarse. Tarda cuatro minutos en ponerse de rodillas. Lo sabe porque cuenta los segundos, es la única forma de no perder la conciencia. Se enrolla la chaqueta en la cintura para

intentar contener la sangre, pero no consigue atarla. Le tiemblan demasiado las manos, sus habilidades motoras están inservibles, así que se la remete como puede en la parte de atrás de los vaqueros.

Se arrodilla al lado de Tokyo, que pone los ojos en blanco al verla e intenta mover el rabo. Ella lo levanta, lo coge en brazos y se lo lleva al pecho. Casi se le cae.

Tambaleándose, se dirige al sendero, al sonido de las olas, con su perro en brazos. El animal mueve el rabo débilmente contra su muslo.

—No pasa nada, chico. Ya casi estamos —le dice.

Cuando habla, de la garganta le emerge un borboteo horrible. La sangre le cae por el cuello, le empapa la camiseta. La gravedad es un suplicio, parece que se ha multiplicado por un millón. No es el peso del perro, que tiene el pelo cubierto de sangre, sino el peso del mundo. Nota que algo se le suelta por la cintura, algo caliente y resbaladizo. Mejor no pensar en ello.

—Ya casi estamos. Casi estamos.

Los árboles dejan paso a un camino de cemento que conduce al muelle. El pescador sigue allí.

—Ayuda —dice con voz ronca, pero demasiado bajito para que la oiga—. ¡Ayúdeme! —grita, y el pescador se vuelve, abre mucho la boca y yerra el tiro de la plomada de la tubería, de modo que la bola roja rebota en el cemento, entre los sábalos que ha desechado.

—Pero ¿qué...? —El hombre suelta su barra, saca un bastón de madera del carro y corre hacia ella mientras lo agita sobre la cabeza—. ¿Quién te ha hecho eso? ¿Dónde está? ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! ¡Ambulancia! ¡Policía!

Kirby esconde la cara en el pelaje de Tokyo. Se da cuenta de que el perro no agita el rabo, de que, en realidad, no lo ha hecho en ningún momento.

Era pura física, el movimiento de cada paso que daba. Una reacción igual y opuesta.

La navaja sigue asomando del cuello de Tokyo. Está tan metida entre sus vértebras que el veterinario tendrá que extraerla quirúrgicamente, lo que la dejará casi inservible para los forenses. Por eso el hombre no pudo sacarla y terminar el trabajo que había comenzado con ella.

«No, por favor», piensa, pero está llorando demasiado para poder hablar.

# DAN

24 de julio de 1992

Hace un calor absurdo dentro del Dreamerz. Y hay mucho ruido. Dan odia la música incluso antes de que empiece a tocar la banda. ¿Qué clase de nombre es Naked Raygun? Y ¿cuándo se puso de moda parecer sucio a posta? Una interminable serie de chicos hechos unos fantoches, con extraño vello facial y camisetas negras, se arremolinan alrededor del escenario antes de que salga la banda de verdad, que, irónicamente, va mejor vestida, y se ponga a toquetear guitarras, enchufes y pedales. También eso se le hace interminable.

Los zapatos se le pegan al suelo, que es de esos que están cubiertos de bebidas derramadas y colillas. Aunque lo prefiera al balcón de arriba, que está pavimentado con lápidas de verdad, aunque no sabe si lo prefiera al cuarto de baño, empapelado con folletos fotocopiados. El más raro es el de una obra de teatro, *Delusis*, en el que se ve a una mujer con máscara antigás y tacones. Comparados con eso, los chicos del escenario hasta resultan convencionales.

No tiene ni idea de qué está haciendo allí. Solo ha ido porque se lo pidió Kirby, porque a ella le pareció que sería incómodo encontrarse con Fred. Claro que lo es. Su primer amor, según le contó Kirby. Y eso hizo que Dan tuviese menos ganas aún de conocerlo.

Fred es muy, muy joven. Y estúpido. Los novios de la infancia no deberían regresar nunca, y menos si son novios que estudian cine. Y aún menos si eso es de lo único de lo que hablan. Películas de las que Dan no ha oído ni mencionar. Y eso que él no es un garrulo inculto, piense lo que piense su exmujer. Sin embargo, los chavales han pasado de hablar de películas de autor a hablar sobre una mierda experimental que no conoce ni Dios. No ayuda que Fred esté todo el rato intentando meterlo en la conversación, como buen chico que es, aunque eso, que quede claro, no lo hace merecedor de Kirby.

—¿Conoces el trabajo de Rémy Belvaux, Dan? —le pregunta Fred.

El chico lleva el pelo tan corto que no se le ve más que una pelusilla oscura sobre el cráneo. Completa el *look* con una perilla y uno de esos irritantes *piercings* bajo el labio, esos que parecen un gigantesco grano de metal. Dan tiene que contenerse para no arrancárselo.

—De bajo presupuesto. No sale de Bélgica, pero su obra es tan consciente de lo que la rodea, tan real... Se nota que la vive.

Dan piensa en vivir su trabajo golpeando la cara de alguien con un bate de béisbol, solo a modo de ejemplo.

Da gracias al cielo cuando la banda empieza a tocar y acaba con la conversación y, de paso, con el instinto homicida de Dan. El señor Primer Amor se pone a gritar con un entusiasmo demencial y le pasa su cerveza a Dan antes de meterse entre la gente a empujones para llegar hasta el escenario.

Kirby se inclina sobre el periodista y le grita algo al oído. Dan solo escucha algo que acaba en «anza».

—¿Qué?! —le responde. Sostiene la limonada como si fuera un crucifijo. Por supuesto, el bar no vende cerveza sin alcohol.

Kirby tira con el pulgar del pequeño bultito de cartílago que está por encima del canal auditivo de Dan y vuelve a gritar:

—¡Considéralo una venganza por todos los partidos a los que me has arrastrado!

—¡Eso es trabajo!

—Y esto también —responde ella, esbozando una sonrisa de felicidad porque, de algún modo, ha logrado convencer a Jim, el de la sección de ocio del *Sun-Times*, para que la deje redactar la reseña de un espectáculo. Dan echa chispas por los ojos. Debería alegrarse por ella, porque tenga la posibilidad de escribir sobre algo que le interesa de verdad. Sin embargo, lo cierto es que está celoso. No de un modo romántico, eso sería ridículo; pero se ha acostumbrado a tenerla cerca. Si la chica empieza a trabajar para la sección de ocio no estará al otro lado del teléfono cuando Dan esté viajando por la otra punta del país para cubrir un partido en campo contrario, y no podrá contarle los últimos rumores sobre una lesión o un récord de bateo, por no hablar de que tampoco se acomodaría en el sofá de Dan sentada sobre sus pies para ver viejas cintas de partidos clásicos soltando términos de baloncesto o de hockey sobre hielo para fastidiarle.

Su compañero, Kevin, bromeaba con él sobre ella hacía unos días. «¿Te gusta la chica?», le preguntó. «No, hombre, me da pena. Es más como un instinto protector. Paternal», respondió Dan. «Ah, quieres rescatarla». Dan resopló en su vaso y dijo: «No dirías eso si la conocieras».

Sin embargo, eso no explica por qué se le pasa su cara por la cabeza cuando descarga sus frustraciones en su solitaria cama de matrimonio mientras se imagina a un ejército de mujeres desnudas. En esos momentos se siente tan culpable y desconcertado que tiene que parar. Después reanuda la actividad con un espíritu furtivo horrible, aunque imaginándose cómo debe de ser besarla, abrazarla sobre el pecho y notar los de ella apretados contra su piel y meter la lengua en... Dios.

«Lo mejor sería que te la follaras y te olvidaras del tema», le dijo Kevin con actitud filosófica.

«No es eso», contestó Dan.

De todos modos, sí que es una salida de trabajo. Ella tiene un encargo, lo que

significa que NO es una cita con Fred. Solo da la casualidad de que ese capullín engreído está en la ciudad y esta es la noche que mejor le viene a ella verlo. El periodista se consuela con eso. Y espera sobrevivir al ataque auditivo de la banda.

Dan divisa a una adorable camarera pelirroja con tatuajes en ambos brazos y un montón de *piercings* que lleva una bandeja de nachos a una mesa.

—Yo no lo haría —dice Kirby, repitiendo el truco de la oreja. De repente lo recuerda, como la pista de un crucigrama: «trago», así se llama ese trocito de cartílago—. No son famosos por su comida.

—¿Cómo sabes que no estaba echándole el ojo a la camarera? —le grita Dan.

—Lo sé. Tiene más *piercings* que una convención de grapadoras.

—¡Tienes razón, eso no me pone!

Dan se da cuenta de que lleva... —hace el cálculo— catorce meses sin mantener relaciones sexuales. Desde una cita a ciegas con una gerente de restaurante llamada Abby que salió bien. O al menos, eso creía él, aunque ella nunca le devolvió las llamadas. Ha analizado la cita y la experiencia mil veces para intentar averiguar lo que hizo mal. Ha repasado cada palabra, porque el sexo sí que fue bueno. Puede que hablara mucho de Beatriz. A lo mejor no había transcurrido el tiempo suficiente después del divorcio. Fue demasiado optimista volver al mercado tan pronto. Cabría pensar que los viajes le darían oportunidades de sobra, pero resulta que a las mujeres les gusta que las ronden, y ser soltero es más difícil de lo que recordaba.

De vez en cuando, todavía pasa con el coche por delante de la casa de Bea. Está en la guía telefónica y no es un delito haberla buscado, aunque ni sabe la de veces que ha marcado su número en el teléfono inalámbrico sin atreverse a hacer la llamada.

Lo ha estado intentando, de verdad. Y a lo mejor ella estaría orgullosa de él si lo viera por ahí, en un club, escuchando a una banda, bebiendo limonada con una víctima de intento de asesinato de veintitrés años y su novio de la infancia.

Sería un buen tema de conversación, y bien sabe Dios que se quedaron sin temas de los que hablar. Para él era un exorcismo contarle de manera compulsiva las cosas que Harrison no le dejaba publicar: los detalles más macabros y, peor aún, los más tristes. Los casos perdidos, los que nunca se resolvían o los que no iban a ninguna parte; los chavales con madres solteras drogadictas que intentaban seguir estudiando, pero acababan en las esquinas porque, sinceramente, ¿adónde iban a ir si no? Pero ¿cuántos crímenes horribles puede soportar una persona? Ahora se da cuenta de que fue un error, un terrible cliché. Esas cosas no se cuentan, y peor todavía es meter a tus seres queridos en el asunto. Jamás debería haberle contado a su mujer que algunas de las amenazas iban dirigidas a ella, ni que se había comprado una pistola, por si acaso. Eso es lo que de verdad la asustó.

Debería haber buscado una terapia en condiciones (sí, claro). Y, por una vez,

debería haber intentado escucharla; a lo mejor así habría prestado más atención a lo que le contaba sobre Roger, el carpintero que les estaba haciendo un mueble nuevo para la tele. «Qué exagerada, ni que fuera Jesucristo en persona», le decía a su mujer todo el tiempo. Bueno, el hombre obraba milagros, eso hay que reconocerlo: consiguió hacerla desaparecer de la vida de Dan y la dejó embarazada a los cuarenta y seis. Lo que significa que el problema había sido de Dan desde el principio. Sus soldaditos no tenían redaños. Sin embargo, él creía que su mujer había renunciado a la idea de ser madre hacía ya tiempo.

A lo mejor si hubieran salido más habrían cambiado las cosas. Podría haberla llevado al club Dreamerz (Dios, esa zeta lo sacaba de sus casillas). O puede que no al Dreamerz, pero sí a algún sitio agradable. A escuchar blues en el Green Mill, o a dar paseos junto al lago, de picnic al parque... joder, incluso podrían haber recorrido Rusia en el Orient Express. Les faltó algo romántico y atrevido, en vez de la rutina de todos los días.

—¿Qué te parece? —le chilla Kirby al oído.

Está dando botes sin moverse del sitio, como un conejo demente en un saltador, al ritmo de la música, suponiendo que el ruido que emana del escenario sea música.

—¡Sí! —le grita a su vez. Delante de ellos, unos chicos chocan los unos contra los otros como si fueran un *pinball*, literalmente.

—¿Eso es un sí malo o un sí bueno?

—¡Te lo diré cuando descifre la letra! —responde, aunque duda de que vaya a conseguirlo en un futuro próximo.

Ella levanta el pulgar y se lanza contra la gente para unirse al baile. De vez en cuando, Dan ve asomar su loco corte de pelo o la pelusilla de Fred por encima de la multitud.

Se queda mirando mientras se bebe la limonada, que se la han servido con demasiado hielo y se ha convertido en agua diluida sin gas y con un tenue sabor a limón.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos de concierto más el bis, los dos jóvenes salen del mogollón, sudorosos y sonrientes. A Dan se le cae el alma a los pies al ver que van de la mano.

—¿Todavía quieres comer? —pregunta Kirby mientras se bebe lo que queda en el vaso de Dan (básicamente, hielo derretido).

Acaban en El Taco Chino con los rezagados de los otros clubs y bares. Es de las mejores comidas mexicanas que ha probado en plato de plástico.

—Eh, Kirbs, se me ocurre una cosa —dice Fred como si la idea hubiese surgido de repente—, deberías hacer un documental. Sobre lo que te pasó. Y de tu madre y de ti. Podría ayudarte. Puedo prestarte equipo de la uni y mudarme aquí un par de meses.

Sería divertido.

—Bueno, no sé... —responde Kirby.

—Es una idea de mierda —interviene Dan.

—Perdona, ¿me recuerdas cuáles son tus conocimientos de cine? —le dice Fred.

—Tengo conocimientos de justicia penal. El caso de Kirby sigue abierto, y si alguna vez pillan a ese tío, la película podría perjudicarla en el juicio.

—Vale, entonces tendría que hacer una peli sobre béisbol y explicar por qué es tan importantísimo. A lo mejor me lo podrías aclarar tú, Dan.

Como está cansado y molesto, y no le interesa ser el macho alfa, Dan recurre a la respuesta fácil.

—Tarta de manzana. Fuegos artificiales el 4 de julio. Jugar al pilla pilla con tu viejo. Forma parte de la esencia de este país.

—Nostalgia, el gran pasatiempo americano —se burla Fred—. ¿Qué me dices del capitalismo, de la codicia y de los escuadrones asesinos de la CIA?

—Esa es la otra parte —coincide Dan, que se niega a dejar que este chico de pelo facial ridículo lo cabree. Dios mío, ¿cómo ha podido Kirby acostarse con él?

Pero Fred todavía está buscando pelea, intentando demostrar algo.

—Los deportes son como la religión, opio para las masas.

—Salvo que no tienes que fingir que eres bueno para ser aficionado a los deportes, y por eso son más poderosos. Es un club al que puede unirse cualquiera, es algo que conecta a todo el mundo, y el único infierno al que te enfrentas es que pierda tu equipo.

Fred apenas lo escucha.

—Y es tan predecible... ¿No te aburres de escribir lo mismo una y otra vez? Un hombre golpea la pelota, otro corre, a otro lo sacan.

—Sí, pero lo mismo ocurre con las películas o con los libros —dice Kirby—. Hay un número finito de tramas. Lo interesante es cómo se desarrollan.

—Exacto —responde Dan, que siente una alegría irracional al ver que ella se pone de su parte—. En un partido puede pasar cualquier cosa. Tienes héroes y villanos. Vives a través de los protagonistas y odias al enemigo. La gente introduce esas historias en sus vidas, vive y muere por su equipo; amigos y desconocidos juntos, con ellos, a escala masiva. ¿Alguna vez has visto a un hombre emocionarse en público por culpa de un deporte?

—Es lamentable.

—Son hombres adultos divirtiéndose, atrapados por algo. Es como si volvieran a ser niños.

—Es un triste ejemplo para la masculinidad —dice Fred.

Como se supone que él es el adulto responsable, consigue contenerse para no decirle que su cara sí que es un triste ejemplo para la masculinidad.

—Vale. ¿Y si te digo que es porque tiene su ciencia y su propia música? La zona de bateo cambia en cada partido, así que debes usar toda tu intuición y experiencia para predecir lo que te va a llegar. Pero ¿lo que de verdad me gusta? Que el fallo va implícito. Ni siquiera el mejor bateador del mundo tiene un porcentaje de éxito mayor de, no sé... ¿el treinta y cinco por ciento?

—Un rollo macabeo —se queja Fred—. ¿Y ya está? ¿Que los mejores bateadores de todos los tiempos si ni siquiera son capaces de darle a la pelota?

—Yo sí lo valoro —interviene Kirby—. Quiere decir que no pasa nada si la cagas.

—Siempre que te diviertas —añade Dan, que brinda con ella con un tenedor lleno de alubias refritas. A lo mejor todavía tiene una oportunidad. A lo mejor significa que lo menos que puede hacer es intentarlo.

## KIRBY

24 de julio de 1992

Sienta muy bien notar el cálido aliento de otra persona en el cuello, las manos de otra persona bajo la camiseta. La dulce torpeza de la adolescencia, los morreos en el coche, la seguridad de lo familiar... «Nostalgia, el pasatiempo nacional».

—Has mejorado mucho, Fred Tucker —susurra Kirby mientras arquea la espalda para que a él le resulte más sencillo desabrocharle el sujetador.

—¡Eh! Eso no es justo —responde él, y se aparta al recordar su desastroso primer encuentro sexual adolescente.

A Kirby se le ocurre que debe de ser bonito eso de que todavía te duelan tanto las pequeñas humillaciones, aunque de inmediato se regaña por ser tan poco generosa.

—Chiste tonto, lo siento. Sigue.

Kirby acerca los labios de Fred a los suyos. Se da cuenta de que él se ha enfadado un poco, pero al bulto que le sobresale de los vaqueros le importa una mierda su orgullo herido de antaño. Fred se echa sobre el freno de mano para besarla de nuevo y mete la mano bajo las copas de su sujetador, ya sueltas, para rozarle el pezón con el pulgar. Ella jadea contra su boca. Fred desliza la otra mano por el estómago de Kirby, explorándola, en dirección a los vaqueros, y ella nota que se queda paralizado al dar con la telaraña de cicatrices.

—¿Se te había olvidado? —pregunta Kirby. Ahora le toca a ella apartarse. Siempre va a pasar lo mismo. Durante el resto de su vida va a tener que hablar con el otro para hacérselo más fácil.

—No, pero supongo que no esperaba que fuera tan... espectacular.

—¿Quieres verlo?

Kirby se levanta la camiseta para enseñárselo y se echa hacia atrás para que la luz de las farolas le ilumine la piel y la red de costuras de color rosa chillón que le recorre el estómago. Él las recorre con los dedos.

—Es precioso. Tú eres preciosa, quiero decir.

La besa de nuevo y siguen enrollándose durante un buen rato. Kirby se siente de puta madre porque todo es muy sencillo.

—¿Quieres subir? —le pregunta—. Venga, vamos a hacerlo.

Él vacila cuando ella va a coger la manilla de la puerta del coche. Es el de su madre, él lo usa cuando está en la ciudad.

—Solo si quieres —añade ella con más prudencia.

—Quiero.

—Veo venir un «pero» —dice Kirby, ya a la defensiva—. No te preocupes, no

busco una relación, Fred. Eso de robarle la virginidad a una chica y que te ame para siempre es una chorrada. Ni siquiera te conozco, pero te conocía. Y esto hace que me sienta bien, es lo único que me interesa.

—A mí también me gustaría.

—Sigo oyendo un «pero» —insiste ella, y una chispa de impaciencia asoma por debajo de lo que, hasta el momento, solo había sido una lujuria estupenda y arrolladora.

—Tengo que sacar una cosa del maletero.

—Tengo condones. Los compré antes, por si acaso.

Él se ríe un poco.

—La última vez también los compraste tú, Kirby. No es eso, es mi cámara.

—Nadie te la va a robar. Mi barrio no es tan malo. A no ser que la dejes a la vista en el asiento de atrás.

—Es que quiero grabarte. Para el documental —responde él tras besarla de nuevo.

—Podemos hablar de eso después.

—No, quiero decir mientras...

—Que te den —dice Kirby, apartándolo de un empujón.

—Pero ¡no de ese modo! Ni siquiera te darás cuenta.

—Ah, perdona, a lo mejor no lo he entendido bien. Creía que estabas diciendo que querías grabarme mientras lo hacíamos.

—Sí, para poder mostrar lo preciosa que eres. Segura de ti misma, sexy y fuerte. La intención es reivindicar lo que te pasó. ¿Qué es más poderoso y vulnerable a la vez que presentarte desnuda?

—¿Estás oyendo lo que dices?

—No es explotación, tendrás pleno control. De eso se trata. La película sería tan tuya como mía.

—Qué considerado.

—Obviamente, tendrás que conseguir las partes con tu madre; por lo menos al principio, hasta que me la gane, pero te ayudaré. Volveré dentro de unos meses para la grabación.

—Y ¿no es poco ético acostarte con la protagonista de tu documental?

—No si forma parte de la película. En cualquier caso, los cineastas suelen ser cómplices de lo que filman. La objetividad no existe.

—Dios mío, qué capullo eres. Tenías esto planeado desde el principio.

—No, solo quería proponerte la idea. Sería fantástico.

—Y, por casualidad, llevabas la cámara en el coche.

—En el mexicano pareció gustarte la idea.

—Ni siquiera habíamos empezado a discutirla. Y estoy bastante segura de que no

mencionaste lo de hacer porno casero.

—¿Es por el tío ese de los deportes? —gimotea Fred, dándole la vuelta al asunto.

—¿Dan? No. Es porque eres un pedazo de imbécil insensible que ya no va a pillar cacho, lo que es una tragedia, porque pensé que por una vez podría disfrutar de una noche de sexo sin complicaciones con alguien que me gustaba un poco.

—Todavía podemos hacerlo.

—Sí, si todavía me gustaras un poco —responde ella. Cierra la puerta del coche de golpe y se dirige hacia la entrada de su casa pero, cuando está a medio camino, regresa y se asoma a la ventanilla—. Un consejo importante, semental: la próxima vez, acuéstate con la chica antes de cabrearla con una estúpida idea sobre una película.

# MAL

16 de julio de 1991

Limpiarse es fácil. Solo tienes que largarte unos meses a alguna parte en la que todavía no hayas jodido a nadie, donde te admitan, cuiden de ti y te alimenten un poco, puede que incluso te pongan a trabajar. Mal tiene una prima segunda —o es la hermana de su padrastro, no está seguro—, en Greensboro, en Carolina del Norte. Lo malo es que tratar con la familia es complicado, aunque no sea tan lejana. Pero la familia es la familia.

Sin embargo, la tía Patty, le toque lo que le toque, le da un respiro. «Solo lo hago por tu pobre madre», procura recordarle periódicamente. La misma pobre madre que lo introdujo en el consumo de hierba y que estiró la pata a la avanzada edad de treinta y cuatro años por un mal chute. Sin embargo, Mal es demasiado listo para sacar el tema. Además, a lo mejor por eso lo está ayudando; la culpa es una gran motivación humana.

Las primeras semanas son como una muerte recurrente. Le dan los sudores, los temblores y le suplica a la tía Patty que lo lleve al hospital a por metadona. En vez de eso, ella lo lleva a la iglesia, y él se queda sentado en un banco, entre tiritones, dejando que ella le haga levantarse cada vez que hay que cantar un himno. A pesar de todo, tener a un montón de gente rezando alrededor hace que se sienta mejor de lo que se imaginaba. Es gente que se interesa de verdad por tu futuro y que llama a Dios en tu nombre para que te cure de la enfermedad. Alabado sea.

A lo mejor es la intervención divina o quizá sea todavía lo bastante joven como para librarse de la mierda mala, o puede que estuviera tan cortada que, en realidad, no fuera tan mala. El caso es que supera el mono y se recupera.

Consigue un trabajo llenando bolsas en un súper de Piggly Wiggly. Es listo, agradable y cae bien a los clientes. Eso le sorprende. Ascende a cajero. Incluso empieza a salir con una buena chica, una compañera de trabajo, Diyana, que ya tiene un bebé de otro hombre, y trabaja mucho y estudia a tiempo parcial para poder llegar a gerente, o puede que incluso a directora de oficina. Quiere una vida mejor para su hijo.

A Mal no le molesta. «Siempre que no hagamos uno propio», le dice, y se asegura de tener siempre protección porque ya no quiere cometer más errores estúpidos.

«Todavía no», responde ella, sonriendo con satisfacción, como si supiera que lo tiene pillado. Y a él tampoco le molesta eso, porque a lo mejor es verdad, y no sería esa una mala vida. Ella, él y una familia, todos trabajando para mejorar. Podrían abrir su propia franquicia.

¿Mantenerse limpio? Eso es otra cosa. Ni siquiera tienes que ir a buscarlo, los problemas saben dónde encontrarte. La esquina te encuentra, incluso en Greensboro.

Un tirito por los viejos tiempos.

Engaña con el cambio al viejo señor Hansen, que está medio ciego y, de todos modos, no distingue los números. «Estaba convencido de que era un billete de cincuenta, Malcolm», le dice con voz temblorosa.

«No, señor —responde Mal procurando parecer amable y preocupado—. De veinte, se lo aseguro. ¿Quiere que abra la caja y se lo enseñe?».

Es demasiado fácil. Los viejos hábitos se mezclan con los nuevos y, antes de que te des cuenta, estás en el siguiente autobús de vuelta a Chicago con un billete de cinco mil dólares quemándote en el bolsillo. Atrás solo dejas un montón de malos sentimientos.

Dos años antes había llevado el billete a una tienda de empeños, por curiosidad, y el hombre de detrás del mostrador le dijo que no valía nada, que era dinero del Monopoly, pero se ofreció a comprárselo por veinte dólares (como «regalo singular»), por lo que Mal supo que, en realidad, valía mucho más.

Ahora mismo, mientras camina de vuelta por Englewood sin un centavo en el bolsillo y oye a los chicos vender Red Spiders y Yellow Caps, veinte dólares le suenan a gloria. A gloria. Pero solo hay algo peor que no colocarse: que te timen. Mal no se va a dejar liar por el tipo de una casa de empeños.

Tarda un par de semanas en instalarse y ponerse en marcha. Le da un sablazo a su colega Raddisson, que todavía le debe, y empieza a preguntar por el señor Objetivo.

De vez en cuando le llegan noticias de los yonkis que saben que lo busca, y le piden a cambio de la información un dólar o un tirito. Y Mal apoquina sin problemas si ellos demuestran que no se lo están inventando. Quiere detalles: cómo cojea el tío, qué pinta tiene la muleta y en qué lado la lleva. En cuanto describen metal, sabe que mienten, pero es lo bastante astuto como para no decirles en qué se han equivocado. No se puede timar a un timador.

Sobre todo se dedica a vigilar la casa, cree saber cuál es y sabe que hay algo dentro, a pesar de que ha merodeado una y otra vez por la calle, ha mirado por las ventanas de las casas en ruinas y ha comprobado que las han dejado hechas mierda. Sin embargo, supone que el tío es listo, que habrá escondido su alijo de drogas o dinero. A lo mejor está debajo de una tabla del suelo o dentro de las paredes. Algo así.

Pero ¿cuál es la otra gran motivación humana? Ah, sí, la codicia. Se instala en una de las casas de la acera de enfrente, arrastra al interior un viejo colchón e intenta

asegurarse de irse a dormir lo bastante colocado como para que los mordiscos de las ratas no lo molesten.

Y un día lluvioso lo ve salir. Sí, eso es. El señor Objetivo sale cojeando, esta vez sin muleta, aunque con ropa rara. Lo ve comprobar el terreno, mira a la izquierda y a la derecha, y a la izquierda otra vez, como si fuera a cruzar la calle. Cree que nadie lo observa, pero ahí está Mal. Lleva meses esperándolo. «No te olvides de la casa —se recuerda—. Que no se te vaya de la cabeza».

En cuanto su víctima dobla la esquina, Mal sale con una mochila vacía de su escondrijo plagado de ratas, cruza a toda velocidad la calle y sube la escalera de la entrada de la vieja casa de madera podrida. Intenta abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Las tablas clavadas delante están de adorno. La rodea y trepa por el alambre de espino que han puesto en la escalera para, en teoría, espantar a la gente como él. Después se mete en la casa por una ventana rota.

Por dentro es como una de esas mierdas de David Copperfield, digna de Las Vegas. Seguramente con espejos y eso, porque lo que parecía una ruina saqueada por fuera se convierte en una chabola de lujo al entrar. Es algo anticuada, eso sí, como salida de un museo, aunque le da igual con tal de que tenga algo de valor. A Mal se le pasa por la cabeza la posibilidad de que sea vudú de verdad, pero lo descarta al instante.

Y puede que el billete de cinco mil dólares que lleva en el bolsillo sea un billete de ida.

Empieza a introducir en la mochila todo lo que encuentra: candeleros, cubertería, un puñado de billetes que localiza en la encimera de la cocina... Hace un rápido cálculo mental al metérselo en la mochila: billetes de cincuenta en un fajo tan gordo como una baraja de cartas; como mínimo, dos mil pavos.

Tendrá que planificar el traslado de los objetos más grandes. Es mierda decrepita, pero está seguro de que algunas cosas son caras de verdad, como el gramófono o el sofá con patas de animal. Preguntará a anticuarios auténticos y después ideará la forma de sacarlos. Está todo a punto de caramelo.

Cuando va a subir a la planta de arriba, oye pisadas en el porche delantero y se lo piensa dos veces. Ya ha disfrutado suficiente por un día y, a decir verdad, la casa le pone los pelos de punta.

Hay alguien en la puerta principal. Mal se dirige a la ventana, pero el corazón le late a mil por hora, como si se hubiese metido un chute chungo porque ¿y si no consigue salir? El diablo conoce a los de su calaña. «Jesús bendito, llévame a casa», piensa irracionalmente, ya que ni siquiera se cree esa mierda religiosa.

Pero sale al verano de 1991, y lo encuentra todo tal y como lo dejó. Están cayendo chuzos de punta, así que corre por la calle en busca de refugio. Vuelve la vista atrás, hacia la casa, que es de nuevo una construcción en ruinas, y se le ocurre

que, si no fuera por la bolsa llena de mercancía que ha pillado, pensaría que todo ha sido una alucinación.

—Joder —dice entre dientes al mirar atrás—. Trucos y efectos especiales. Mierda de Hollywood. Qué estupidez asustarse por eso.

Pero no volverá por nada del mundo, se dice a sí mismo. Aunque es evidente que lo hará, y él lo sabe.

Se colará de nuevo en cuanto le falte la pasta. Cuando sienta el mono. La droga no tiene compasión por el amor ni por la familia, ni, por descontento, por el miedo. Si enfrentas en un ring a la droga y al demonio, la droga gana. Siempre.

## KIRBY

22 de noviembre de 1931

No sabe qué está viendo. Es una especie de monumento, un santuario que ocupa toda la habitación. Hay recuerdos clavados en la pared formando configuraciones incomprensibles, y también hay otros alineados en la repisa de la chimenea, en la cómoda, sobre la que hay un espejo agrietado; en el alféizar y sobre la estructura metálica de la cama —el colchón está en el suelo y se ve una mancha oscura a través de la sábana—. Alrededor de algunos objetos han dibujado un círculo con tiza o con un boli negro, alrededor de otros han grabado un círculo en el papel de la pared con la punta de un cuchillo. Hay nombres escritos junto a ellos. Algunos los reconoce, pero otros le resultan desconocidos. Se pregunta quiénes serán y si consiguieron defenderse. Debe intentar recordarlos. Si las palabras se estuvieran quietas lo suficiente para leerlas... Si tuviera una puta cámara... Le cuesta concentrarse, todo parece envuelto en una bruma extraña, se enfoca y se desenfoca como un estroboscopio.

Kirby acaricia el aire porque es incapaz de tocar el disfraz de alas de mariposa que cuelga de la columna de la cama, ni la identificación de plástico blanco con un código de barras de Milkwood Pharmaceuticals.

«Es lógico que el poni esté aquí», piensa. Lo que significa que también estará el encendedor. Se aferra a la fría racionalidad e intenta fijarse en los detalles. «Limítese a los hechos, señora». Pero la pelota de tenis lo fastidia todo y hace que se derrumbe en caída libre, como un ascensor al que le han cortado los cables. Se ha quedado colgada de un clavo por una de las costuras reventadas. Su nombre está escrito con tiza al lado de la pelota, sobre el papel pintado. Distingue la forma de las letras. Lo ha escrito mal: Kirby Mazrackey.

Se siente entumecida, pero se obliga a pensar que lo peor ya ha pasado. ¿No es esto lo que buscaba? ¿Acaso esta casa no lo demuestra todo? Sin embargo, le tiemblan tanto las manos que tiene que apretárselas contra el estómago. Bajo la camiseta, las viejas cicatrices vuelven a dolerle, como si fuera un reflejo. Entonces, unas llaves tintinean en la cerradura de abajo.

Putra mierda. Kirby mira a su alrededor. No hay otra salida, no ve nada que pueda utilizar para defenderse. Intenta abrir la ventana de guillotina para escapar por la escalera de incendios que baja por la parte de atrás de la casa, pero está atrancada.

Podría salir corriendo, intentar pasar junto a él cuando entre. Si consigue bajar, podría golpearle con el hervidor. O podría esconderse.

La llave deja de moverse. Kirby elige la salida del cobarde, aparta las camisetas

colgadas y los vaqueros, todos idénticos, y se mete en el armario, se encarama a los zapatos y se sienta sobre las piernas. El mueble es estrecho pero, al menos, está hecho de madera de nogal maciza. Puede abrir las puertas de una patada para darle en la cara si él intenta abrirlo.

Eso es lo que les recomendó la monitora de defensa personal que la instruyó después de que su psiquiatra insistió en que fuese para recuperar el control. «El único objetivo es ganar tiempo para poder huir. Derribadlo y corred». Siempre hablaba de un hombre, ellos eran los que ejercían aquella terrible violencia contra las mujeres, como si las mujeres no fuesen capaces de causar dolor. La monitora les enseñó varios métodos, como arañarles los ojos, golpearles debajo de la nariz o en la garganta con la palma de la mano, pisar el empeine con el tacón, arrancarle la oreja —el cartílago se rasga fácilmente— y tirársela a los pies. Nunca debía irse a por los huevos, es el único ataque que los hombres se esperan, así que se protegen contra él. Practicaban cómo tirar al otro al suelo, cómo golpear y cómo sujetarlo. Sin embargo, en la clase todas la trataban como si temieran que se rompiera. Kirby era demasiado real para ellas.

De abajo le llega la voz de un hombre que forcejea con la puerta.

—*Co za wkurwiaja, ce gównu!*

Quizá sea polaco. Parece borracho.

«No es él», piensa, y no está segura de si lo que siente es alivio o decepción. El hombre entra dando tumbos y va hacia la cocina, a juzgar por el sonido que le llega de hielo cayendo en un vaso. Después entra con estrépito en el salón y va de un lado a otro. Un momento después empieza a sonar la música, chirriante y dulce.

Kirby oye de nuevo la puerta, que, esta vez, se abre de forma furtiva. Sin embargo, y a pesar de estar borracho, el polaco también la ha oído.

El armario huele a bolas de alcanfor y puede que un poco al sudor del asesino. Esa posibilidad le produce arcadas. Empieza a tirar de la pintura descascarillada de la puerta. Regresan todos sus tics nerviosos. Después de que ocurrió, se pasó un tiempo tirándose de los pellejos de las uñas hasta que le sangraban. Pero ya ha sangrado demasiado por él, lo suficiente por lo que le queda de vida. Por otro lado, la puerta puede soportarlo, sobre todo si así evita hacer algo imprudente, como salir corriendo, porque la oscuridad del armario la comprime como si estuviera en lo más profundo de una piscina.

—*Hej!* —grita el polaco a la persona que entra en la casa— *Cos´ ty za jeden?*

Se acerca a grandes zancadas al vestíbulo. Kirby oye fragmentos de una conversación, aunque no distingue las palabras. Parecen intentos de engatusar a alguien. Le llegan respuestas abruptas. ¿Es la voz del asesino? No está segura. Se oye un golpe carnoso, como cuando le dan en la cabeza a una vaca. Chillidos agudos y poco dignos. Oye otro golpe de matadero. Y otro. Kirby no lo aguanta más, se le

escapa un sonido animal grave y se aprieta la mandíbula con ambas manos para no abrir la boca.

Mientras tanto, abajo, los chillidos paran de repente. Ella se esfuerza por oír algo y se muerde la palma de la mano para no gritar. Le llega el sonido de un golpe amortiguado, un forcejeo en el que solo participa una persona que intenta trasladar un peso mientras blasfema, y, después, el ruido de alguien que sube la escalera ayudado por una muleta que sigue el ritmo a cada paso, toc, toc.

# HARPER

22 de noviembre de 1931

La puerta se abre al pasado, y Harper entra en el vestíbulo cojeando y con una pelota de tenis en la mano, aunque ya no lleva su navaja, y se da prácticamente de bruces con un hombre del tamaño de un oso. Está borracho y lleva en la mano un pavo helado agarrado por una pata rosácea. La última vez que Harper lo vio, ese hombre estaba muerto.

El desconocido se abalanza sobre él entre voces y agita el pavo como si fuera una porra.

—*Hej! Cos' ty za jeden? Co ty tu kurwa robisz? My'lisz, z.e moz.esz tak sobie wejs'c' do mojego domu?*

—Hola —contesta Harper, que ya conoce el final de la historia—. Si fuera de los que juegan, apostarí a que usted es el señor Bartek.

El hombre se pone suspicaz y cambia de idioma.

—¿Lo ha enviado Louis? Ya lo he explicado, ¡no hago trampas, amigo mío! Soy ingeniero. La suerte tiene sus mecanismos, como todo. Se puede calcular. Incluso los caballos y las partidas de faro.

—Me lo creo.

—Puedo ayudarlo, si quiere. Haga una apuesta. Mi método es a prueba de fallos, amigo mío. Garantizado —asegura, esperanzado, mirando a Harper—. ¿Bebe usted? ¡Tome un trago conmigo! Tengo whisky. ¡Y champán! Y estaba a punto de asar este pavo. Hay más que de sobra para los dos. Podemos llevarnos todos bien, no hace falta que nadie salga herido. ¿No?

—Me temo que no. Quítese la americana, por favor.

El hombre se queda indeciso hasta que se da cuenta de que Harper lleva la misma americana, o una variación futura de la misma. Su fanfarronada se desinfla y se arruga como el estómago de una vaca cuando le clavas un cuchillo.

—No viene de parte de Louis Cowen, ¿verdad?

—No —responde Harper, que reconoce el nombre del gánster aunque nunca haya tenido nada que ver con él—. Pero me siento agradecido por todo esto.

Harper hace un gesto con la muleta para señalar el vestíbulo, y Bartek, sin pretenderlo, sigue su movimiento con la vista, momento que Harper aprovecha para golpearlo con la muleta en la nuca. El polaco cae entre chillidos, y Harper se apoya en la pared para mantener el equilibrio y descarga de nuevo la muleta sobre su cabeza. Una y otra vez, con una facilidad fruto de la práctica.

Tarda bastante en quitarle la americana. Harper se limpia la cara con el dorso de

la mano y se la mancha de sangre. Tendrá que darse una ducha antes de salir a hacer lo que debe hacer, poner en marcha el engranaje de algo que ya ha sucedido.

## HARPER

20 de noviembre de 1931

Es la primera vez que regresa a las chabolas desde que se fue, aunque vuelve antes de haberse ido. Todo parece menguar ante su experiencia, la gente es más mezquina y despreciable. No son más que sacos de piel gris manejados por un titiritero.

Se recuerda que nadie lo busca, todavía no, pero evita los lugares que frecuentaba y toma una ruta distinta para atravesar el parque, manteniéndose al borde del agua. No tarda en encontrar la casa de la mujer, que está recogiendo la colada; los dedos ciegos palpan el cable para bajar la combinación manchada y la manta plagada de piojos que se resisten a ahogarse en el agua fría. Dobla con habilidad cada prenda y se la pasa al chico que tiene al lado.

—Mami, alguien; hay alguien.

La mujer vuelve el rostro hacia Harper, inquieta. Él supone que siempre ha sido ciega, que no conoce la necesidad de modificar la posición de los músculos para facilitar el engaño. Eso hace que la tarea que Harper tiene por delante le resulte aún más tediosa. No hay desafío, no le interesa esta mujer apagada que ya está muerta.

—Perdone usted, señora, por molestarla en esta bella tarde.

—No tengo dinero —dice la mujer—, por si quiere robarme. No es el primero que viene a eso, ¿sabe?

—Todo lo contrario, señora. Vengo a pedirle un favor. No es gran cosa, pero puedo pagar por ello.

—¿Cuánto?

Harper se ríe ante lo obvio de su necesidad.

—¿Directa al regateo? Ni siquiera espera a saber lo que quiero que haga.

—Querrá lo mismo que los otros. Tranquilo, enviaré al chico a pedir a la estación. Si quiere conejito, no hay problema.

Harper le pone los billetes en la palma de la mano, sobresaltándola.

—Un amigo mío pasará por aquí dentro de una hora, más o menos. Quiero que le dé un mensaje y esta americana —le pide mientras se la coloca sobre los hombros—. Tiene que llevarla puesta, así la reconocerá. Su nombre es Bartek. ¿Lo recordará?

—Bartek —repite ella—. ¿Cuál es el mensaje?

—Creo que con eso bastará. Se producirá un alboroto, ya lo oiré. Solo tiene que decir su nombre. Y no se le ocurra sacar nada de los bolsillos; sé lo que hay dentro y si desaparece algo volveré para matarla.

—No diga esas cosas delante del chico.

—Él será mi testigo —responde Harper, satisfecho por lo verídico de sus

palabras.

# KIRBY

2 de agosto de 1992

Dan y Kirby suben por el camino que pasa junto al impoluto césped, en el que han puesto un cartel de «Vote a Clinton». Rachel solía poner carteles de todos los partidos políticos solo por incordiar. También le decía a los que hacían campaña que pensaba votar por el más extremista. Sin embargo, cuando pilló a Kirby haciendo llamadas telefónicas de broma a una anciana para convencerla de que envolviera los electrodomésticos en papel de aluminio para que la radiación de los satélites no le entrara en la casa, Rachel le dijo que no fuera tan cría.

Dentro de la casa se oyen gritos de niños. A la vivienda no le vendría mal una mano de pintura, pero el conjunto mejora porque en el porche hay macetas de geranios naranjas. La viuda del inspector Michael Williams abre la puerta, sonriendo, aunque agobiada.

—Hola, lo siento. Los chicos...

—¡Mamááá! —grita alguien en el interior—. ¡Está usando agua caliente!

—Disculpen un segundo —dice la mujer antes de entrar de nuevo en la casa.

Cuando vuelve, lleva a un niño de cada mano, y ambos van armados con pistolas de agua. Deben de tener unos seis o siete años, a Kirby no se le da bien calcular la edad de los críos.

—Saludad, chicos.

—Hola —mascullan los dos, mirándose los pies, aunque el más pequeño les dedica una mirada a través de unas pestañas larguísimas, y Kirby se alegra de haberse puesto un pañuelo alrededor del cuello.

—Vale. Venga, fuera, por favor. Gracias. Y usad el grifo del jardín.

Su madre los lanza al patio, y ellos cogen impulso, como si fueran misiles, entre voces y gritos.

—Entren, acabo de preparar té helado. Kirby, ¿verdad? Yo soy Charmaine Williams —se presenta, y se estrechan la mano.

—Gracias por recibirnos —empieza Kirby mientras Charmaine los conduce al interior de una casa que está tan bien cuidada como el jardín.

Kirby piensa que mantenerla así es un gesto de desafío, porque eso es lo que pasa con la muerte, ya sea asesinato, ataque al corazón o accidente de coche: la vida sigue.

—Bueno, no sé si les servirá de algo, pero todo esto está ocupando sitio y los chicos de la comisaría no lo quieren. En realidad, me hace un favor, en serio. Los niños se alegrarán de poder tener una habitación cada uno.

Abre la puerta de un pequeño estudio con una ventana que da al callejón de detrás

de la casa. La habitación está invadida por cajas de cartón que se desparraman por el suelo y cubren las paredes. Frente a la ventana hay un tablón de anuncios de fieltro con fotos familiares, un banderín de los Bulls, un lazo azul del Campeonato de la Liga de Bolos del Departamento de Policía de Chicago de 1988 y una colección de viejos boletos de lotería alrededor del marco; una frontera para la mala suerte.

—¿Apostaba por el número que llevaba en la placa? —pregunta Dan mientras examina el tablón.

No comenta nada sobre la fotografía del hombre muerto y tirado sobre un macizo de flores con los brazos extendidos, como Cristo, ni sobre la polaroid de una bolsa con las herramientas necesarias para entrar a la fuerza en las casas, ni sobre el artículo del *Tribune*, «Encontrado cadáver de prostituta», todo ello clavado entre los recuerdos familiares felices, lo que resulta inquietante.

—Ya sabe —responde Charmaine, que mira el escritorio con el ceño fruncido, un mueble de bricolaje del K-Mart apenas visible bajo una montaña de papeles. Pero, sobre todo, mira la taza de café que tiene una fina pelusilla de moho en el fondo—. Iré a por el té —añade antes de recoger la taza.

—Esto es muy raro —comenta Kirby mientras mira a su alrededor y examina la dolorosa exposición de los restos de investigaciones pasadas—. Parece una habitación encantada. —Recoge un pisapapeles de cristal con el holograma de un águila en vuelo y vuelve a dejarlo—. Supongo que lo está.

—Dijiste que querías acceso a la información. Esto es tu acceso. Mike investigó muchos de los homicidios a mujeres y guardó todas sus notas sobre los casos.

—¿No guardan eso con las pruebas?

—Solo lo esencial para la investigación: el cuchillo ensangrentado, el testimonio de los que vieron algo... Es como las matemáticas, tienes que enseñar cómo has llegado a la solución, pero hay muchos borrones antes de llegar a ella: entrevistas que no parecen llevar a ninguna parte o pruebas que, en ese momento, parecen irrelevantes.

—Estás acabando con la poca fe que me quedaba en el sistema legal, Dan.

—Mike fue uno de los polis que intentaron cambiar el sistema, quería obligar a los inspectores a archivarlo absolutamente todo. Opinaba que había que renovar muchas cosas en el Departamento de Policía.

—Harrison me contó lo de tu investigación sobre las torturas.

—Qué bocazas. Sí, este tío, Mike, fue mi informante hasta que empezaron a amenazar a Charmaine y a los niños. No lo culpo por echarse atrás. Aceptó un traslado a Niles y dejó el camino libre. Pero, a la vez, guardó todos los papeles que pasaban por su mesa sobre cada caso de asesinato en el que trabajaba, además de cualquier otro al que pudiera echar mano. En uno de los distritos había un problema de humedad, así que rescató gran parte de los archivos y los trajo aquí. Es imposible

identificar una buena parte de ellos. Creo que pensaba repasarlo todo y dedicarse a resolver casos cerrados cuando se jubilase. Quizá quería escribir un libro. Y entonces pasó lo del accidente de coche.

—¿Fue un accidente de verdad?

—Un conductor borracho. Le dio de lleno y se mataron los dos casi al instante. Es una putada, pero a veces las cosas suceden porque sí. Volviendo al tema, como Mike coleccionaba información sobre homicidios, aquí habrá cosas que no encontrarás en los archivos del *Sun-Times* ni en la biblioteca. Seguramente no te servirán de nada pero, ya sabes, como dijiste, hay que ampliar la búsqueda.

—Puedes llamarme Pandora —comenta Kirby, intentando no dejarse amedrentar por la ingente cantidad de cajas, todas llenas de tristeza. Este sería un buen momento para rendirse.

Y una mierda.

## DAN

2 de agosto de 1992

Acaban teniendo que hacer diez viajes para transportar las veintiocho cajas de casos antiguos por los tres tramos de escaleras del piso de Kirby, que está encima de una panadería alemana.

—Tenías que vivir en un piso sin ascensor, ¿no? —se queja Dan mientras abre la puerta con el pie y deja una caja sobre una puerta vieja colocada sobre caballetes que intenta, sin mucho éxito, parecer un escritorio.

El piso de Kirby parece un vertedero. Los suelos de parqué están descoloridos y arañados, y hay ropa tirada por toda la habitación, y no lencería sexy, precisamente, sino camisetas del revés, vaqueros, sudaderas y una enorme bota negra que asoma tirada por debajo del sofá en medio de un enredo de cordones. No hay rastro de su compañera. Dan reconoce los deprimentes síntomas de la vida de un soltero a quien no le importa nada una mierda. Esperaba obtener alguna pista para averiguar si se había acostado o no con el idiota de Fred la semana anterior o si había empezado a salir con él de nuevo, pero el caos era tal que no permitía hacer deducciones sobre posibles encuentros sexuales, por no hablar ya de las ocultas rutinas de su corazón.

Los muebles desaparejados dejan patente un ingenio demencial para el bricolaje. Son cosas que Kirby ha ido recogiendo de la calle para reutilizarlas, y no se trata solo de las típicas estanterías para libros hechas con cajas de leche que montaban los estudiantes. Por ejemplo, la mesita auxiliar, que ocupa un diminuto espacio delante del sofá que hace las veces de salón, es una vieja jaula de jerbo con una tapa redonda de cristal encima.

Dan se quita la chaqueta y la tira sobre el sofá, donde al instante se funde con un jersey naranja y unos pantalones vaqueros cortados, y se inclina para ver el diorama que Kirby ha montado en el interior de la jaula con dinosaurios de juguete y flores falsas.

—Bah, ni lo mires, estaba aburrida —comenta ella, avergonzada.

—Es... interesante.

También ha pintado a mano flores tropicales en el taburete de madera que hay junto a la encimera de la cocina y que se inclina en un ángulo alarmante. Ve peces de colores de plástico pegados a la puerta del cuarto de baño y parpadeantes luces de Navidad colgadas de las cortinas de la cocina.

—No hay ascensor, lo siento. Con este precio, ni de coña. Y prefiero mil veces el olor a pan recién hecho, además me hacen descuento en los donuts del día anterior.

—Me preguntaba de dónde sacabas el dinero para ir repartiéndolos con tanta

alegría.

—Sí, pero ¡el michelín es solo mío! —exclama mientras se levanta la camiseta para pellizcarse la barriga.

—Seguro que lo quemas subiendo escaleras —responde Dan, que no se fija, por supuesto que no se fija, en la curva de su estómago por encima de la dura protuberancia de sus caderas, que asoman por encima de los vaqueros.

—El peso de la justicia. Vamos a necesitar más cajas, ¿tienes más amigos polis muertos? —pregunta, pero se percata de la cara que ha puesto Dan—. Lo siento, supongo que ese humor es demasiado negro incluso para mí. ¿Quieres quedarte un rato? Así me ayudas a ordenar esto.

—¿Qué mejor forma de pasar la tarde?

Kirby abre la primera caja y empieza a colocar las cosas sobre la mesa. Michael Williams era cualquier cosa menos sistemático. Lo que encuentra parecen ser tres décadas de porquería variada: fotografías de coches, claramente de los setenta a juzgar por los colores dorados y beis, y las formas cuadradas y pesadas; fotos policiales de las fichas de distintos gusanos, todos con su número de caso y una fecha; de frente, de lado, izquierda y derecha; un tío con gafas enormes de guay, el guapo con el pelo peinado hacia atrás con gomina, un hombre con unos carrillos tan profundos que se podrían esconder drogas dentro.

—¿Cuántos años tenía este poli tuyo? —pregunta Kirby arqueando una ceja.

—¿Cuarenta y ocho? ¿Cincuenta? Llevaba en el cuerpo desde siempre. Era un policía de la vieja escuela. Charmaine es su segunda esposa. La tasa de divorcios entre los polis supera la media nacional. Pero a ellos les iba bien. Creo que, de no ser por el accidente, su relación podría haber durado.

Le da una patada con la bota a las cajas del suelo y añade:

—Estoy pensando que deberíamos separar los casos más antiguos. Todo lo anterior a... ¿1970? Lo archivamos en la pila de cosas poco útiles.

—Chachi piruli —responde ella mientras abre una de las cajas marcadas como 1987-1988.

Dan empieza a apartar las cajas con fechas demasiado antiguas.

—¿Qué es esto? —pregunta Kirby enseñando una polaroid de una fila de hombres con barbas tupidas y diminutos pantalones cortos de color rojo—. ¿Una bolera?

Dan le echa un vistazo a la foto.

—Es el campo de tiro de la poli. Así es como hacían antes las ruedas de sospechosos, enfocaban a los tíos a los ojos para que no vieran a la persona que los identificaba. Un método un poco incómodo, supongo. Lo del espejo espía es más bien cosa de pelis y de departamentos de policía con un presupuesto serio.

—Vaya —dice Kirby, examinando las peludas piernas de los hombres de la foto

—. Hay modas que no envejecen bien.

—¿Esperas encontrar a nuestro hombre?

—Estaría bien, ¿verdad?

La mezcla de esperanza y amargura en su voz deja a Dan destrozado. La ha animado a iniciar una búsqueda imposible, pero cuesta mantenerla ocupada, porque lo cierto es que no tiene ninguna posibilidad de atrapar al psicópata, y menos rebuscando en cajas. Sin embargo, eso la hace feliz, y él se sentía mal por Charmaine y le pareció que podían ayudarse mutuamente y quitarle a ella todo aquello de encima.

El veneno compartido es menos veneno. O puede que envenene a todo el mundo por igual.

—Oye —dice Dan, sin apenas pensarlo—, creo que no deberías hacer esto. Ha sido una idea estúpida. No te gustará ver toda esta mierda, no nos va a llevar a ninguna parte y... ¡joder!

Está a punto de besarla. Sería una forma de cerrar la puta boca, y ella está tan cerca... tan ahí, mirándolo con esa hambrienta curiosidad brillante que irradia.

Se detiene justo a tiempo, relativamente. Por lo menos a tiempo de evitar quedar como un idiota iluso, de evitar que lo rechace como a una bola de *pinball*, con el mismo rebote elástico; a tiempo de que ella no lo note. Dios, ¿en qué estaba pensando? Ya se ha levantado y va camino de la puerta, con tanta prisa por salir de allí que se le olvida la chaqueta.

—Mierda. Lo siento, es tarde y mañana tengo que levantarme temprano. Tengo que entregar un original. Nos vemos... pronto.

—Dan —dice ella mientras se ríe un poco, entre sorprendida y perpleja.

Pero Dan ya ha cerrado la puerta —con demasiada fuerza— al salir.

Y la foto en la que pone «Curtis Harper 13 CHGO Dep. Pol. n.º de caso 136230 16 octubre 1954» se queda donde está, enterrada en una de las cajas que han desechado.

# HARPER

16 de octubre de 1954

Harper ha vuelto demasiado pronto, por eso tiene problemas. Es el día después de la muerte de Willie Rose. Obviamente, para él no ha sido el día anterior, para él han pasado semanas.

Ha cometido otros dos asesinatos desde entonces: Bartek en el vestíbulo (una obligación con la que no disfrutó) y el de la chica judía con el corte de pelo estrafalario. Pero está inquieto, porque esperaba que la chica llevase encima el poni que le dio de niña cuando la atrajo hasta la reserva de pájaros, para así completar el círculo. Igual que completaba el círculo al matar a Bartek y devolverle la americana a la mujer de las chabolas. El juguete es un cabo suelto que podría engancharse a algo, y eso no le gusta.

Se restriega el brazo vendado, el de la herida del mordisco del puñetero perro. «De tal dueña, tal chuchó». Otra lección. Se estaba volviendo descuidado. Tendrá que regresar para verificar la muerte de la chica, y tendrá que comprar una navaja nueva.

Hay otra cosa que lo altera. Juraría que faltan algunas de las baratijas de la Casa. Un par de candeleros que había en la repisa de la chimenea, cucharas del cajón... Es inquietante.

Recuperar la confianza, eso es lo único que necesita. Matar a la arquitecta fue perfecto. Quiere revivirlo, como un acto de fe. La expectación lo excita. Está seguro de que nadie lo reconocerá; ya se le ha curado la mandíbula y se ha dejado crecer la barba para esconder las cicatrices del alambre, además se deja la muleta en la Casa. Pero eso no basta.

Harper se lleva la mano al sombrero para saludar al portero negro y sube por la escalera hasta la tercera planta. Le encanta comprobar que no han logrado limpiar toda la sangre de las lisas baldosas del pasillo al que da el estudio de arquitectura. Eso le provoca una erección tan fuerte que le duele, así que se agarra a través de los pantalones y ahoga un gemido de placer. Se apoya en la pared y se tapa bien con la americana para ocultar los inconfundibles movimientos de la mano mientras se esfuerza en recordar lo que vestía la chica o lo rojo que era su pintalabios. Más brillante que la sangre.

La puerta de Crake & Mendelson se abre de golpe, y un hombre que más que hombre parece oso, de pelo abundante y ojos rojos, lo mira.

—¿Qué coño hace?

—Perdone —disimula Harper, leyendo uno de los nombres de la puerta de enfrente—. Estoy buscando la Sociedad Odontológica de Chicago.

Pero el portero lo ha seguido por la escalera y lo señala con el dedo.

—¡Es él! ¡Este es el cabrón que vi salir del edificio, cubierto de sangre!

Harper pasa siete horas en una sala de interrogatorios de la comisaría, interpelado por un poli peso mosca y patilargo que da unos puñetazos que no se corresponden con su categoría, y por un detective rechoncho y medio calvo que no hace más que fumar. Se alternan para hablar y golpear. A Harper no le ayuda no tener cita en la Sociedad Odontológica de Chicago ni que el Stevens Hotel, lugar en el que afirma estar alojado, haga años que no se llama así.

—No soy de la ciudad, amigos —intenta convencerlos, sonriendo, antes de que un puño se le estrelle en la sien y le deje un pitido en los oídos y un dolor agudo en los dientes. La mandíbula está a punto de salirse otra vez—. Ya se lo he dicho, soy un viajante. —Otro puñetazo, esta vez por debajo del esternón, que lo deja sin resuello—. Productos de higiene dental. —El siguiente golpe lo tira al suelo—. Me dejé la maleta de muestras en el metro. Amigos, ¿qué les parece si me permiten presentar una denuncia de equipaje perdido...?

El agente medio calvo y barrigón le suelta una patada en los riñones y el golpe le da de refilón. Harper, todavía sonriente, piensa que el calvo debería dejarle los métodos violentos a su amigo, que está más cualificado.

—¿Esto le hace gracia? ¿Qué gracia tiene, cabrón de mierda?

El poli delgado se inclina sobre él y le echa el humo del cigarrillo en la cara. ¿Cómo les va a explicar que sabe que esto no es más que algo por lo que debe pasar? Sabe que regresará a la Casa porque sigue habiendo nombres de chicas en la pared cuyos destinos no se han consumado. Sin embargo, ha cometido un error y debe pagar por ello.

—Se han equivocado de hombre —dice entre dientes, resoplando.

Le toman las huellas dactilares y lo ponen contra la pared con un número en la mano para hacerle una foto para la ficha.

—Ni se te ocurra sonreír si no quieres que te arranque la sonrisa de la cara. Ha muerto una chica y sabemos que fuiste tú.

Sin embargo, no tienen pruebas suficientes para mantenerlo encerrado, porque aunque el portero no es el único testigo que lo vio salir del edificio, todos juran que el día anterior iba bien afeitado y llevaba unos alambres en la mandíbula; y ahora tiene una barba de dos semanas de la que han tirado con sus gordos dedos de polis para asegurarse de que no fuese postiza. A ello hay que añadir que no tiene ni una mancha de sangre encima ni hay rastro del arma homicida —que normalmente lleva en el bolsillo— porque la dejó clavada en el cuello de un perro muerto treinta y cinco años

más tarde.

Ha convertido la herida por el mordisco del perro en parte de su coartada. Asegura que lo atacó un chucho cuando corría detrás del tren para recuperar su maleta de muestras, justo cuando alguien asesinaba a la pobre arquitecta.

No cabe duda, los detectives coinciden en que es un perverso degenerado, pero no tienen pruebas suficientes de que sea un peligro para la sociedad o un sospechoso real de la muerte de la señorita W. Rose. Lo acusan de exhibicionismo, archivan la ficha y lo sueltan.

—No vaya muy lejos —le advierte el inspector.

—No saldré de la ciudad —promete Harper, cojeando más de lo normal por culpa de la paliza.

Es una promesa que cumple, más o menos, aunque nunca vuelve a 1954 y se afeita la barba.

Después de eso solo visita las escenas de sus crímenes cuando ya han pasado varios años o antes de que ocurran, dando saltos de varias décadas, para masturbarse sobre el lugar donde murió una chica. Le gusta la yuxtaposición de recuerdo y cambio, intensifica la experiencia.

Hay al menos otras dos fotografías suyas en los archivos policiales de los últimos sesenta años, aunque da un nombre distinto cada vez. Una es por exhibicionismo, en 1960, cuando lo descubrieron tocándose de forma obscena en lo que se convertiría en un solar en construcción, y otra en 1983 por romperle la nariz a un taxista cuando se negó a llevarlo a Englewood.

El único placer al que no está dispuesto a renunciar es a leer la prensa, que le permite revivir los asesinatos desde otras perspectivas. Eso debe hacerlo los días inmediatamente posteriores al asesinato. Así es como descubre lo de Kirby.

## KIRBY

11 de agosto de 1992

Está sentada en la sala de espera de Delgado, Richmond & Associates, un bufete que solo impresiona por el nombre, ojeando una revista *Time* de hace tres años cuyo sensacionalista titular de portada reza: «Muerte a tiros». Se siente obligada a cogerlo, ya que las otras opciones son «La nueva Unión Soviética» y «Arsenio Hall», a pesar de que su área de interés es, en realidad, la «Muerte a navajazos» y las armas de fuego no le sirven de mucho.

Las revistas no son lo único que se ha quedado desfasado. El sofá de cuero ha conocido mejores décadas, el árbol del caucho de plástico tiene una fina capa de polvo en las hojas y le han apagado más de un cigarrillo en la base, y hasta la recepcionista lleva un peinado ochentero pasado de moda. Kirby desearía haberse arreglado un poco más para la ocasión, porque se ha puesto una camiseta de Fugazi bajo una camisa de cuadros y una chupa marrón forrada de borrego que había comprado barata en Maxwell Street. Un conjunto que rozaba los límites incluso de una desaliñada sala de prensa.

La abogada Elaine Richmond sale para recibirla personalmente. Es una mujer de mediana edad y voz suave vestida con un traje negro de pantalón; tiene una mirada incisiva y una melena corta con extensiones.

—¿*Sun-Times*? —pregunta, sonriente, y estrecha la mano de Kirby con demasiado entusiasmo, como si fuera una solitaria tía solterona que se pega a los visitantes ajenos en una residencia de ancianos—. Muchas gracias por venir.

Kirby la sigue por el pasillo hasta una sala de juntas abarrotada de cajas de cartón que apartan a codazos a los libros legales de los estantes y también hacen incursiones por el suelo. La abogada deja caer varias carpetas azules y rosas llenas de papeles, pero no llega a abrirlas.

—Bueno —dice—, llega un poco tarde a la fiesta, ¿sabe?

—¿Qué? —consigue responder Kirby.

—¿Dónde estaba hace un año, cuando Jamel intentó suicidarse? No nos habría venido nada mal un poco de publicidad por aquel entonces —explica mientras se ríe con pesar.

—Lo siento —responde Kirby, preguntándose si se habrá equivocado de bufete.

—Dígaselo a la familia.

—Solo soy una becaria. He pensado que esto serviría para una buena historia, sobre... —improvisa—... los errores de la justicia y sus terribles consecuencias. Un artículo de interés humano. Pero la verdad es que estoy un poco desinformada sobre

las últimas novedades.

—No hay ninguna. Por lo que respecta al fiscal del distrito, ¡el caso está cerrado! Pero mire esto, ¿a usted le parecen asesinos estos chicos?

Entonces abre la carpeta y saca las hojas para enseñarle las fotos de las fichas policiales de cuatro jóvenes que miran a la cámara con rostros hoscos y miradas vacías. Kirby piensa en que es sorprendente lo mucho que un «adolescente apático» puede confundirse con un «asesino a sangre fría».

—Marcus Davies, tenía quince años cuando lo detuvieron; Deshawn Ingram, diecinueve; Eddie Pierce, veintidós, y Jamel Pelletier, diecisiete años. A los cuatro los acusaron por el asesinato de Julia Madrigal, y fueron declarados culpables el 30 de junio de 1987. La condena fue pena de muerte, salvo para Marcus, al que enviaron al correccional. Jamel intentó suicidarse el... —mira la fecha— 8 de septiembre del año pasado al oír que la última apelación había fracasado. Ya era un chico inestable de por sí, pero aquello le rompió el alma. En cuanto regresó a la prisión, después de volver del tribunal, retorció los pantalones para hacer un nudo e intentó colgarse en su celda.

—No lo sabía.

—Salió muy poco en la prensa, y cuando salía normalmente era enterrado en la página tres; con suerte. La mayoría de los periódicos ni siquiera lo publicaron. Creo que casi todo el mundo cree que son más culpables que el demonio.

—Pero usted no.

—Mis clientes no eran unos jóvenes demasiado agradables —responde Elaine encogiéndose de hombros—. Vendían drogas y robaban coches. Deshawn tenía una acusación por asalto por darle una paliza al borracho de su padre cuando el chico solo tenía trece años. Eddie salió libre de varios cargos, de todo, desde violación a robo con allanamiento. Estaban de juerga en Wilmette con un coche robado, lo que significa que eran estúpidos, porque un puñado de chicos negros en un coche bonito por los immaculados barrios residenciales de las afueras llama la atención más de lo necesario. Pero ellos no mataron a la chica.

Kirby nota una corriente helada por la espalda al oírsele decir.

—Yo pienso lo mismo.

—Hubo mucha presión con el caso. Una dulce universitaria blanca con notas excelentes es víctima de un horrible asesinato. Rápidamente se convierte en un asunto importante para la comunidad y todo el distrito electoral se levanta en armas. Los padres de los estudiantes se preocupan, hablan sobre la seguridad del campus, instalan teléfonos de emergencia conectados con la policía o, directamente, sacan a sus hijas de la facultad.

—¿Alguna idea sobre quién lo hizo?

—No fueron satanistas. Era una idea demencial de la policía, pero tardaron tres

semanas en abandonar esa búsqueda inútil.

—¿Un asesino en serie?

—Seguro, aunque no logramos reunir ninguna prueba que corroborase esa teoría ante el tribunal. ¿Me explica en qué está pensando? Si tiene una pista sobre algo que pueda ayudar a estos chicos, tiene que contármelo ahora mismo.

Kirby se retuerce en la silla, no está preparada para explicárselo.

—Pero ha dicho que no eran buena gente, ¿no?

—Y lo diría del ochenta por ciento de los clientes a los que represento, pero eso no significa que no se deba hacer lo correcto por ellos.

—¿Podría ponerme en contacto con ellos?

—Solo si quieren hablar con usted, y puede que yo les aconseje que no lo hagan. Depende de lo que vaya a hacer con la información.

—Todavía no lo sé.

# HARPER

24 de marzo de 1989

Todavía tiene frescos los moratones de la paliza de los entregados policías cuando regresa a un quiosco de 1989 para comprar una colección completa de periódicos con los que alegrarse el día. Se sienta junto a la ventana del restaurante griego de la calle 53, es barato y está abarrotado, sirve comida en la barra y tiene una cola que a veces da la vuelta a la esquina. Forma parte de su ritual. Es lo más parecido a una rutina que tiene Harper.

Procura establecer contacto visual con el chef, un hombre con un tupido bigote que cambia del negro al negro con canas grises, según le toque encontrarse al padre, al hijo o al abuelo. Si el hombre lo reconoce, no lo demuestra.

El asesinato le ha cedido la portada de los diarios a un barco que ha encallado y está derramando crudo en una bahía de algún lugar de la remota Alaska. Exxon Valdez, el nombre del petrolero, aparece con enormes letras mayúsculas en todas las primeras planas. Encuentra dos columnas en la sección local que le interesan más: «Ataque brutal», lee; «Salvada por su perro». «Pocas posibilidades de salvarse», dice otro. «No se espera que llegue viva al final de la semana».

Las palabras no tienen sentido, las lee otra vez, intentando hacerlas temblar y cambiar, como las de la pared, por pura fuerza de voluntad. Que cuenten la verdad. Muerta, asesinada, se acabó.

Se ha convertido en un experto en adaptarse a las maravillas del mundo. La guía telefónica, por ejemplo. Busca el hospital en el que está la chica, ya sea en cuidados intensivos o en el depósito, según el periódico que se lea, y llama desde la cabina de la parte de atrás del restaurante, cerca de los servicios. Los médicos están ocupados y la mujer que habla con él no puede «dar información personal sobre los pacientes, señor».

Controla su inquietud durante varias horas, hasta que se convence de que no tiene alternativa, que debe verlo por sí mismo y, si es necesario, solucionarlo.

Compra flores en la tienda de regalos de la planta baja, y como aún siente que le falta algo en las manos —le enfurece haber perdido la navaja—, también se hace con un oso de peluche morado que sujeta un globo en el que se lee: «¡Ponte fuerte como un oso!».

—¿Es para un nene? —le pregunta la dependienta, una mujer grandota y agradable con aire de permanente tristeza—. Siempre les gustan los juguetes.

—Es para la chica asesinada —responde, pero se corrige—. Quiero decir, la del ataque.

—Ah, ha sido algo terrible, simplemente terrible. Mucha gente le ha enviado flores. Gente que no la conocía de nada. Es por el perro, fue tan valiente... Es una historia asombrosa. He rezado por ella.

—¿Cómo está, lo sabe?

La mujer aprieta los labios y sacude la cabeza.

—Lo siento, señor —le dice después la enfermera de recepción—. Las horas de visita ya han terminado, y la familia ha pedido que no la moleste nadie.

—Soy pariente —responde Harper—. Su tío, el hermano de su madre. He venido en cuanto he podido.

Una franja de sol recorre el suelo como si fuera pintura amarilla, y sobre ella se ve la sombra de la mujer que observa el aparcamiento desde la ventana. Hay flores por todas partes, como en otra habitación de hospital de su época, recuerda Harper. Pero esta cama está vacía.

—Perdone —dice, y la mujer de la ventana vuelve la cabeza para mirarlo con aire culpable mientras hace aspavientos para echar fuera el humo del cigarrillo.

Harper reconoce en la mandíbula prominente y los ojos grandes el parecido con la hija, a pesar de que tiene el pelo más oscuro y liso; lo lleva recogido con un pañuelo naranja, a modo de diadema. Viste vaqueros oscuros y un jersey de cuello alto color chocolate, adornado con un collar de botones dispares que hacen ruidito cuando juguetea con ellos. Las lágrimas le dan brillo a los ojos. La mujer deja escapar una nube de humo y agita una mano, irritada.

—¿Quién coño eres?

—Busco a Kirby Mazrachi —responde Harper, enseñándole las flores y el oso—. Me han dicho que esta es su habitación.

—¿Otro? —pregunta ella mientras se ríe con amargura—. ¿Qué mentira de mierda les has contado para que te dejen entrar? Putas enfermeras inútiles —añade, y apaga el cigarrillo aplastándolo contra el alféizar con más fuerza de la necesaria.

—Quería saber si estaba bien.

—Pues no lo está —dice la mujer.

Él espera mientras ella lo mira con rabia.

—¿Me he equivocado de habitación? ¿Está en otra parte?

Ella cruza la habitación volando, furiosa, y le pincha en el pecho con el dedo.

—Te has equivocado en todo. ¡Vete a la mierda, tío!

Él retrocede ante su rabia y levanta sus ofrendas a modo de inocente protesta. Choca con el talón contra uno de los cubos de flores, y el agua salpica el suelo.

—Está molesta —comenta.

—¡Claro que estoy molesta! —grita la madre de Kirby—. Está muerta, ¿vale? Así que vete de una puta vez y déjanos en paz. Aquí no hay ninguna historia, buitre. Está muerta, ¿contento?

—Siento su pérdida, señora —responde él, aunque es mentira. El alivio lo abruma.

—Y díselo a los otros, sobre todo a ese capullo de Dan que no se digna a devolverme las llamadas. Diles a todos que se vayan a la mierda.

# ALICE

4 de julio de 1940

—¿Por qué no aposentas el trasero de una vez? —dice Luella como puede, ya que está sujetando una horquilla entre los dientes.

Pero Alice está demasiado emocionada para quedarse quieta y cada dos minutos se levanta de su silla junto al espejo para asomarse por la puerta de la caravana y echar un vistazo a los palurdos que entran en manada a la feria, sonrientes y felices, ya pertrechados con palomitas y cerveza barata en vasos de cartón.

La multitud se divide en grupos según sus intereses; se colocan para ver el lanzamiento de aros, el espectáculo de tractores o, asombrados, el gallo que juega al tres en raya. Alice perdió dos partidas de las tres que jugó con él por la mañana, pero ya sabe cómo lo hace, se va a enterar.

Las mujeres se dirigen hacia los vendedores que cantan las virtudes de sus utensilios domésticos, los que transformarían sus cocinas y sus vidas. Los hombres ricos, tocados con sombreros vaqueros y calzados con botas caras que jamás han pisado una pradera, pasean en dirección a la subasta para pujar por los bueyes. Una joven madre pasa a su bebé por encima de la valla para que vea la enorme cerda del premio, Black Rosie, que tiene un hocico chato y blanco, una tripa moteada que le cuelga casi hasta el suelo y unos pezones que parecen dedos rosas.

Un par de adolescentes, un chico y una chica, están admirando la vaca de mantequilla, la que, en teoría, han tardado tres días en esculpir. La figura ya empieza a resentirse por el sol, y Alice detecta un olorcillo a leche rancia entre el del remolino de balas de heno, serrín, humo de tractor, algodón de azúcar, sudor y estiércol de animales.

El chico hace una broma sobre la vaca de mantequilla, algo que seguramente habrá dicho ya todo el mundo, supone Alice, sobre la cantidad de tortitas que se podrían hacer con ella, y la chica suelta una risita y responde con otro cliché similar, que él solo quiere la mantequilla para dorarle la píldora, o algo así. Y el chico se toma el comentario como una invitación y corre a besarla, pero ella, juguetona, le aparta la cara con una mano, aunque a continuación se lo piensa mejor y vuelve para darle un besito en los labios. Después lo suelta y va hacia la noria, riéndose y volviendo la cabeza para mirarlo. Y es una escena tan encantadora que Alice se muere de gusto.

Luella baja el cepillo y la regaña, irritada.

—¿Es que quieres peinarte tú solita?

—¡Lo siento, lo siento! —responde Alice, y corre a sentarse de nuevo en la silla para que Luella pueda seguir con la poco agradecida tarea de intentar planchar y

recoger su apagado cabello rubio, que lleva demasiado corto y es demasiado indomable para hacer lo que se le dice.

«Muy moderno», fue lo que comentó Joey en la audición.

—Deberías probar con una peluca —dice Vivian antes de juntar los labios para extender el carmín uniformemente.

Alice ha practicado la misma maniobra frente el espejo, intentando conseguir un descarado besito de despedida. La vivaracha Viv, la atracción principal. Su retrato es el que está pintado en las ilustraciones de la recargada fachada esculpida; ella, con su reluciente melena azabache y esos enormes ojos azules que consiguen parecer a la vez lascivos e ingenuos. Ese es justo el aspecto que mejor se adecúa a la nueva actuación con la que han impresionado a pastores y maestros por igual en seis ciudades distintas. Un espectáculo de chicas sin parangón, gracias al cual habían recibido una invitación especial para asistir a la feria.

—¡A escena, señoritas! Cinco minutos para salir a escena —dice Joey el Griego al abrir la puerta de la abarrotada caravana. Es un hombre con cuerpo de abejorro que va enfundado en un chaleco de lentejuelas verde jade y unos pantalones negros brillantes que empiezan a desgastarse por las costuras. Alice deja escapar un grito de sorpresa y se lleva la mano al pecho.

—Qué asustadiza. Parece una potrilla, señorita Templeton —dice Joey mientras le pellizca la mejilla—. O una colegiala. Sigue así.

—O un potro al que están a punto de castrar —suelta Vivian.

—¿A qué viene eso, Vivi? —pregunta él, frunciendo el ceño.

—Solo que con Alice te ha tocado más de lo que esperabas —responde Vivian, y se tira de uno de los tirabuzones para ver si rebota bien; como no queda satisfecha, lo vuelve a someter a la plancha.

—¿Porque yo sí soy capaz de recordar los pasos de baile? —comenta Alice, odiándola de corazón.

—Chicas, chicas —las interrumpe Joey dando una palmada—, no quiero peleas de gatas en mi espectáculo, a no ser que esté en el programa y cobremos un extra por ello.

Alice sabe que ha habido otros extras en el pasado. Luella antes hacía un número con linternas en el que los hombres se asomaban para mirarle entre las piernas como si fuera un examen ginecológico. Pero últimamente se respira la mojigatería en el ambiente, así que Joey ha sido lo bastante astuto como para adaptar el espectáculo a los nuevos tiempos.

Estas chicas del espectáculo son como su familia. Se meten todos en sus vagones para ir de una feria a la siguiente. A un millón de kilómetros de Cairo (en Illinois, no en Egipto, a pesar de que Joey afirme que tiene «pómulos de Nefertiti») y de todas las personas que la conocían. De haberse quedado allí, habría perecido de puro

aburrimiento o asesinada de verdad a manos del tío Steve. Cuando evacuaron a la gente en la inundación de 1937, Alice aprovechó para evacuarse de Cairo y de su antigua vida. «Que Dios bendiga al río Ohio», piensa.

Joey le agarra el culo a Eva por encima del disfraz y se lo agita con cariño cuando ella se sube a los tacones. Después, guiña un ojo a Alice.

—¡Curvas, princesa! Es lo que les gusta a los hombres. ¡Tienes que ganar más dólares para poder comprarte más tarta, de modo que te salgan más curvas y puedas ganar más dólares!

—Sí, señor Malamatos —responde Alice con una reverencia nerviosa, ya vestida con su falda verde y blanca de animadora.

Joey la examina apoyado en su bastón, que acaba en una esmeralda del tamaño de un puño —y que él jura que es auténtica—, mientras sube y baja las cejas, las sube y las baja en una lasciva mirada de vodevil. «Como orugas con joroba», las describió una vez.

Después alarga la mano hacia la entrepierna de Alice y, por un desgarrador instante, ella se queda helada pensando que va a toquetearla, pero lo que hace es tirarle de la falda de tablas.

—Mucho mejor —comenta—. Recuerda, princesa, este espectáculo es un respetable divertimento familiar.

Se agacha para salir hacia la parte delantera y, ya metido en su discurso, sube con pesadez la escalera que da al escenario, enmarcado por la marquesina tallada en la que están los sugerentes retratos de Vivian, cuya misión consiste en encender la imaginación de los clientes.

—Acérquense, damas y caballeros, acérquense y permitan que les hable de nuestra representación del día. Pero, en primer lugar, se lo advierto: ¡esto no es un espectáculo indecente! ¡No tenemos ni chicas en bañador, ni chicas con hula-hop, ni prohibidas bailarinas orientales!

—Entonces ¿qué tienen? —lo interrumpe alguien de entre la multitud.

—Bueno, señor, ¡me alegra que lo pregunte! —exclama Joey mientras se vuelve hacia él, sonriente—. Para usted, señor, tengo algo mucho más valioso. Para usted, señor, ¡tengo educación!

Se oyen algunos abucheos y burlas, pero Joey ya los tiene enganchados antes de que las chicas hayan puesto un pie en los escalones del escenario.

—Mire aquí, caballero. Acérquese. No sea tímido, señor. ¿Me permite presentarle a este encantador ejemplo de pura inocencia, la señorita Alice?

La cortina se mueve para que Alice pueda salir, y ella parpadea ante la luz del sol. Lleva un traje de animadora: falda de lana con tablas y franjas verdes en el interior de los pliegues, un jersey blanco con un megáfono verde y una uve colegial bordados —«Uve de virgen», bromeó Joey cuando se lo entregó—, calcetines cortos y zapatos.

—¿Por qué no te acercas a saludar, cielo?

Ella saluda con entusiasmo al variopinto grupo de personas allí reunidas, atraídas como niños a una barraca de tiro al blanco, y sube la escalera dando saltitos. Al llegar arriba, hace una voltereta lateral que la lleva justo al lado de Joey.

—¡Caramba! —exclama él, impresionado—. Un aplauso para ella, amigos. ¿A que es encantadora? La auténtica chica americana. Dieciséis dulces años, nunca la han besado. Hasta..., bueno.

—¿Bueno qué? —pregunta alguien.

Los escépticos son los más fáciles de engatusar. Si te los ganas, ya tienes enganchada a la multitud. Alice sabe que los vendedores de los puestos tendrán localizado al bocazas para trabajárselo en cuanto entre en la carpa.

Joey recorre el escenario.

—¿Bueno? Bueno, bueno, bueno —dice, y toma la mano de Alice como si fueran a bailar un vals, le da la vuelta y la pone mirando hacia la multitud.

Ella baja la vista con falsa modestia y se pone una mano en la mejilla, pero observa a los espectadores entre las pestañas para medir su reacción. Ve a la joven pareja de antes al final del grupo; la chica sonrío y el chico parece receloso.

Joey baja la voz con aire de conspirador para que la audiencia tenga que acercarse más si desea escucharlo. Da vueltas alrededor de Alice en el escenario.

—Ya saben que existe cierta clase de hombres que disfruta destruyendo la inocencia, ¿verdad? Arrancándola como quien arranca una cereza madura del árbol.

Joey levanta un brazo como si se llevara una fruta imaginaria a la boca y finge darle un sensual bocado. Se recrea en el momento, lo alarga y, de repente, se vuelve y apunta con su bastón al pie de la escalera.

—Y ¿qué me dicen de la joven esposa atormentada por incontrollables deseos antinaturales?

Eva está detrás de la cortina vestida con una bata con cinturón y una máscara con cuentas bordadas que le cubre los ojos, y sube la escalera con la mano sobre el pecho. Joey sacude la cabeza, al parecer sin darse cuenta de que la mano de Eva ha empezado a moverse sobre la ropa, restregándose los senos.

—Esta pobre joven, disfrazada para proteger lo que queda de su dignidad, es la más lamentable de las criaturas, ya que vive a merced de sus depravadas fantasías. ¡Una ninfómana, damas y caballeros!

Llegados a este punto, Eva deja caer la bata para revelar el picardías de encaje que lleva debajo, y Joey, horrorizado ante la impudicia, corre a taparla.

—Estimadas señoras, amables señores, este no es uno de esos denigrantes espectáculos carnales pensados para excitar y enardecer. ¡Esto es una advertencia sobre los peligros de la decadencia y el deseo, y sobre lo sencillo que es descarriar al sexo débil! O que el sexo débil te descarríe... Pre-sen-ta-mos... —empieza, y Vivian

abre la cortina de golpe y sale contoneándose, vestida con una falda de tubo, con los labios pintados de rojo y el pelo recogido en un moño—. ¡A la meretriz! ¡La libertina! ¡La ramera! ¡La malvada seductora! La joven secretaria ambiciosa que le ha echado el ojo al jefe, la que está dispuesta a inmiscuirse entre esposo y esposa. Mujeres, aprendan a identificarla. Hombres, aprendan a resistirse a ella. ¡Esta lasciva depredadora de labios rojos es un peligro para la sociedad!

Vivian se queda mirando a la multitud con una mano en la cadera y se lleva la otra al moño para quitarse la horquilla, de modo que la melena le caiga sobre los hombros. A diferencia de Eva, la atribulada ninfómana, Vivian luce su deseo como otras mujeres lucirían un abrigo de visón.

Joey redobla sus esfuerzos.

—¡Todo esto y más, lo encontrarán dentro! ¡Instrucciones para evitar la inmoralidad! Vengan a ver por sí mismos lo bajo que puede caer fácilmente una buena mujer. ¡Prostitutas y drogadictas! ¡Mujeres víctimas de sus propios deseos incontrolables! ¡Insaciables viudas negras y dulces jóvenes que pierden la inocencia!

Todo aquello resulta ser demasiado para la pareja de adolescentes, así que el chico tira de la chica para buscar otro entretenimiento, alguno más limpio, a juzgar por la mirada de desprecio que les echa. Sus compañeras ya son inmunes al desdén, pero Alice todavía se avergüenza, es como tener un hierro al rojo en la garganta. Se ruboriza y baja la mirada, esta vez sin necesidad de fingir, y, al levantarla de nuevo, lo ve.

Es un hombre delgado y elegante, va bien vestido y sería guapo si no tuviera la nariz torcida. Está de pie en la parte de atrás, mirándola, y no como suelen mirarla los hombres, con cara de hambre lupina y guasona bravuconería. Está fascinado. La mira como si la conociera, como si viera su interior, su yo secreto. Alice se queda tan sorprendida por el puro fervor de su atención que le devuelve la mirada sin oír apenas el discurso final de Joey. El hombre misterioso esboza una sonrisa que hace que Alice sienta calor y mareo a la vez, como si flotara en una nube. No logra apartar la mirada.

—Damas y caballeros, ¡este espectáculo los dejará hipnotizados! —exclama Joey mientras señala con el bastón a una joven del público, que sonrío avergonzada—. ¡La hipnotizará! —asegura Joey antes de señalar al bocazas de antes—. ¡Lo paralizará! —Después levanta el bastón, tieso y tembloroso, pero solo un instante; enseguida mueve tanto el bastón como su rechoncho cuerpo hacia la tienda de abajo—. ¡Pero solo si compran una entrada! Únicamente tres representaciones, damas y caballeros. ¡Entren, entren y permítannos instruirlos!

Joey empuja a las chicas hacia la otra escalera mientras la multitud se dirige a la taquilla, preparada para comprar.

—¿No la baja dando volteretas? —bromea Joey con Alice, pero ella está demasiado ocupada volviendo la vista atrás para buscar al desconocido.

Aliviada, comprueba que sigue allí, que va detrás de los demás para comprar una entrada. Alice se queda pegada a los talones de Eva, y está a punto de tropezarse y tirarlos a todos rodando por la escalera, como las botellas de leche del puesto de tiro con bola cuando el feriante pone la botella más pesada sobre la pirámide para demostrar que no hay truco alguno, amigos.

—Lo siento, lo siento —susurra.

Solo consigue ruborizarse más cuando se asoma por la cortina y ve que él sigue allí, inmóvil como una roca, entre la marea de clientes que intentan quedarse con los mejores sitios. Los vendedores de caramelos ya están con su timo.

—¡Compre caramelos y llévese un premio!

Bobby está camelándose a una pareja mayor, pero Micky localiza al hombre que está sentado solo y se acerca para entrarle.

—Hola, amigo, ¿quiere ganarse algo? Tenemos un caramelo nuevo, Anna Belle Lee, es de una marca nueva en el mercado. Le diré una cosa: estamos tan seguros de que le va a encantar que ofrecemos regalos sorpresa en algunos paquetes para endulzar más la compra. ¡Tenemos relojes de señora y caballero, encendedores, juegos de plumas y carteras de cinco dólares! Pruebe suerte, a lo mejor le toca. ¡Solo por cincuenta centavos! Es una oportunidad. ¿Qué me dice?

El tipo lo aparta sin tan siquiera mirarlo mientras levanta la cabeza para observar el escenario. Está esperándola. Alice lo sabe con absoluta certeza.

Se ha puesto tan nerviosa que está a punto de arruinar su historia. El foco la ciega, de modo que no ve al público, pero nota la mirada del desconocido. No entra en escena cuando debe hacerlo, calcula mal las volteretas y está a punto de caerse del escenario. Por suerte, encaja bien en su actuación, la animadora a la que Micky, con su traje ancho, atiborra de drogas y promesas de tal manera que, en la escena final, Alice está apoyada en una farola subida a unos tacones y apenas vestida, después de haber perdido su inocencia y de haber sucumbido, tal como explica Joey sin aliento, «a la corrupción definitiva». La luz del foco baja para aportar dramatismo, ella sale del escenario para dejar paso a la siguiente escena, y la ninfómana de incógnito ocupa su lugar, tumbada con aire decadente en un sofá que portan dos jóvenes y corpulentos tramoyistas.

—Alguien tiene un admirador —se burla Vivian—. ¿Sabrá él que el premio de la caja de caramelos está defectuoso?

Y, sin más, Alice se le echa encima, le araña la cara y tira de sus rizos perfectos mientras le arranca las gafas. Vivian se pega tal golpe que el ruido llega hasta donde está el público, lo que obliga a Joey a hablar más alto.

—¿Quién habría imaginado que el momento más íntimo y cariñoso entre marido y mujer durante su noche de bodas desataría un hambre oscura e insaciable en su interior?

Luella y Micky las separan. Vivian se pone de pie y se toca los arañazos, sonriente.

—¿No sabes hacerlo mejor, Alice? ¿Es que nadie te ha enseñado a pelear como una señorita?

Mientras ella solloza, sin fuerzas, y Luella y Micky la sujetan, Vivian le da una bofetada. Los anillos le dejan varios cortes en la cara.

—¡Por Dios, Viv! —dice Micky entre dientes.

Pero Vivian ya va de camino a su posición, y llega justo a tiempo, cuando Eva deja caer el picardías en el escenario y las luces se apagan, de modo que los palurdos solo tienen un segundo para comérsela con los ojos, aunque eso basta para arrancar gritos ahogados de horror e indignación de los bienintencionados, y silbidos y vítores en el gallinero. Vivian sale pavoneándose mientras Eva se aleja, desnuda y sonriente.

—Demonios, parece que nunca han visto a una señorita desnuda durante dos segundos seguidos... ¡Por Dios, Alice! ¿Estás bien?

Luella y Eva se la llevan al camerino para limpiarle la sangre y ponerle uno de los ungüentos de la colección de Luella. Es casi una farmacéutica con tantas lociones y aceites. Sin embargo, Alice se da cuenta de que es grave porque ninguna de las dos comenta nada al respecto.

Lo peor aún está por llegar.

Joey le pide que vaya a verlo a la caravana justo después del espectáculo. Tiene puesta su cara seria, ni rastro del meneo de cejas.

—Quítate la ropa —le dice, más frío de lo que nunca lo ha visto.

Ella todavía lleva el traje de la «mujer caída en desgracia», los tacones rojos y el vestido revelador.

—Creía que no era uno de esos espectáculos —protesta Alice con una risita que no la convence ni a ella.

—Ahora, Alice.

—No puedo.

—Ya sabes por qué te lo pido.

—Por favor, Joey.

—¿Crees que no lo sé? ¿Que no sé por qué te vistes tú sola en el baño? ¿Por qué siempre llevas gomas encima allá donde vas?

Alice sacude un poco la cabeza.

—Deja que te vea —le pide Joey, esta vez con más amabilidad.

Alice se quita el vestido, temblorosa; deja que caiga al suelo para desvelar su pecho plano y la elaborada venda de cinta y elástico que le rodea los genitales. Joey frunce el ceño.

La chica ha luchado contra eso toda su vida, contra Lucas Ziegenfeus, el que vive

dentro de ella, o quizá sea ella la que vive dentro de él. Odia su cuerpo físico y esa cosa horrenda y despreciable que le cuelga entre las piernas y que se ata, aunque no se atreva a cortársela.

—Sí, vale —le dice Joey, haciéndole un gesto para que se vista—. Aquí estás desaprovechada, ¿sabes? Podrías ir a Chicago. En Bronzeville tienen espectáculos más especializados. O podrías unirme a un carnaval. Algunos todavía hacen lo del hombre-mujer. O ser la mujer barbuda. ¿Te sale barba?

—No soy un monstruo.

—Pero estás en este mundo, princesa.

—Deja que me quede. Hasta ahora no lo sabías y nadie más tiene por qué enterarse. Puedo conseguirlo, sé que puedo, Joey. Por favor.

—¿Qué crees que nos pasará si alguien te ve? ¿O si la señorita urraca se va de la lengua? La has irritado tanto que está dispuesta a hacerlo.

—Salimos pitando al siguiente pueblo. Igual que cuando Micky se tiró a la hija del tesorero de Burton.

—Esto es distinto, princesa. La gente solo tolera que le tomen el pelo hasta cierto punto. Nos echarían del pueblo, seguramente nos lincharían. Basta con que un paleta te vea vendándote, con que un cliente te meta la mano bajo el vestido antes de que pueda intervenir Bobby para proteger tu modestia.

—Pues dejaré de actuar. Puedo encargarme de los caramelos. Podría limpiar, hacer la comida, ayudar a las chicas con los cambios de vestuario, con el maquillaje...

—Lo siento, Alice. Este es un espectáculo familiar.

No lo soporta más, sale de la caravana como lo hace una paloma de la manga de un mago y, entre sollozos, cae directa en sus brazos.

—Eh, cielo, ten cuidado. ¿Estás bien?

No puede creerse que sea él. Ha estado esperándola. Alice intenta hablar, pero solo es capaz de dejar escapar sollozos entrecortados. Se tapa la cara con las manos, y él la abraza con fuerza contra su pecho. Es la primera vez que siente que está en el sitio correcto. Levanta la mirada para verle la cara. Los ojos del desconocido están húmedos, como si él también estuviera a punto de echarse a llorar.

—No —le contesta, rebosante de desesperada compasión, tocándole la mejilla con sus largos y esbeltos dedos. «Manos de chica», le decía siempre su tío.

Desea que ocurra con toda su alma. Podría ahogarse en el interior de aquel hombre.

Ver que él está igual de abrumado la emociona. Lo intercepta con sus labios. La boca del desconocido está caliente, le llega un aliento a caramelo antes de que él se retire, entre asombrado y conmocionado.

—Eres una chica asombrosa —dice el hombre, que parece luchar contra un conflicto interno, a juzgar por su rostro.

«Vamos —piensa Alice—. Bésame otra vez. Soy tuya».

A lo mejor el desconocido tiene un don psíquico, como el que Luella afirma tener, porque parece oírla y decidirse.

—Ven conmigo, Alice. No tenemos que hacer esto.

Sí, la palabra está en sus labios, pero Joey lo arruina todo. Es como una aletargada silueta de escarabajo en lo alto de la escalera de la caravana.

—¡Eh! ¿Qué coño cree que está haciendo?

El desconocido la suelta, y Joey baja con pesadez la escalera agitando su absurdo bastón con la gema en el mango.

—No es esa clase de espectáculo, amigo, así que manos quietas, por favor.

—Esto no tiene nada que ver con usted, caballero.

—Bueno, perdone, ¿es que no he sido claro? Las manos quietas, ya.

—Vuelve dentro, Joey —le pide Alice, colmada de una serenidad tan pura que la cabeza le da vueltas.

—Lo siento, princesa, no puedo dejarlo pasar. Como nos descuidemos, todos los paletos van a querer probar.

—No pasa nada —interviene su amante mientras se endereza como si nada el sombrero, desafiando la bravuconada de Joey.

Sin embargo, Alice se da cuenta de que se marcha, así que lo agarra por el brazo, aterrada.

—¡No! No me dejes.

—Volveré a por ti, Alice —responde él tras darle un golpecito bajo la barbilla—. Lo prometo.

# KIRBY

27 de agosto de 1992

Kirby ha estado publicando el anuncio el primer sábado de cada mes, y cada martes mira el correo. A veces solo hay una o dos cartas. El mes que más sacó fue uno en el que había dieciséis y media, contando la postal con obscenidades garabateadas.

Si Dan está en la ciudad, va a su casa para repasarlo todo los dos juntos. Hoy está preparando pez gato con puré de patatas para ella, y va como loco por su cocina de soltero mientras ella repasa el botín.

La primera misión de cualquier día de correo es clasificar las respuestas por categorías: triste, pero poco útil; posiblemente interesante, y pirados.

Muchos de los mensajes te rompen el corazón, como el de un hombre cuya hermana había muerto de un disparo. Ocho folios por las dos caras escritos a mano en los que detallaba cómo le dio una bala perdida desde un coche en movimiento. El único objeto raro de la escena no estaba lo que se dice fuera de lugar, eran casquillos de bala.

Algunos estaban trastornados, por ejemplo la mujer que aseguraba que el espíritu de su madre se le había aparecido después de su muerte en un robo que salió mal para pedirle que no se olvidara de darle de comer al gato; o el novio que se culpaba porque si hubiera permitido a los ladrones que se llevaran el reloj no se habría disparado la pistola y ella aún seguiría viva. Ahora ve el mismo reloj por todas partes: en las revistas, en los escaparates, en las vallas publicitarias y en las muñecas de los demás. «¿Cree que es un castigo divino?», le preguntaba.

Kirby responde a estos y a los demás casos sin solución con una carta breve y sincera en la que da las gracias por escribir y les ofrece la información sobre terapia gratuita y grupos locales de apoyo a las víctimas que Chet le ha buscado.

En todos estos meses, solo dos cartas parecían merecer la pena. La primera era sobre una chica apuñalada en un club nocturno, a la que encontraron con una antigua cruz rusa al cuello. Sin embargo, la carta era de su novio, miembro de la mafia rusa, que pretendía que Kirby negociara con la policía de su parte para recuperar la cruz, ya que era de su madre y, claro, él no podía dirigirse a ellos directamente, dado que sus negocios eran lo que había conducido a la muerte de la chica.

La otra era acerca de un chico adolescente —«Hay que ampliar la búsqueda», se recordó— al que habían encontrado en un túnel en el que se reunían los *skaters*. Le habían dado una paliza y le habían metido un soldadito de plomo en la boca. Kirby se había entrevistado con los padres. Estaban destrozados, sentados en su salón con las manos unidas como si se les hubieran fundido los dedos, en un sofá sobre el que

habían echado una manta peruana, y le preguntaron a ella si tenía alguna respuesta para ellos. Por favor, era lo único que querían. ¿Por qué? ¿Qué había hecho su hijo para merecer aquello? Era una idea insoportable.

—¿Alguna foto de Jota? —pregunta Dan mirando por encima del hombro de Kirby.

Jota es un habitual que les envía fotografías de escenas de asesinatos muy bien elaboradas. La víctima siempre es una chica con mucho lápiz de ojos y el pelo rojo. Podría ser la misma Jota, suponiendo que fuera una mujer, o la novia de Jota. La han visto ahogada en un estanque vestida con un vaporoso vestido blanco y el pelo flotando a su alrededor, o muerta con un vestido de encaje negro y guantes hasta los codos, con una rosa blanca en la mano, en medio de un charco de sangre con sospechoso aspecto de pintura roja. La foto que había esta vez en el sobre negro era de Jota sentada en un sillón de cuero con las piernas estiradas, enfundadas en medias con liga y botas militares, la cabeza echada hacia atrás y una salpicadura roja en la pared del fondo; de los dedos sin vida (y con una manicura perfecta) le cuelga un revólver.

—Te apuesto lo que quieras a que es una estudiante de Bellas Artes —se queja Kirby. A Jota nunca le contestan, pero ella sigue enviando fotos fetichistas.

—Son mejores que los de cine —comenta Dan como si nada mientras filetea el pescado.

—Sigues muerto de curiosidad, ¿verdad? —pregunta ella, sonriendo.

—¿Por qué?

—Por saber si me acosté con él.

—Claro que lo hiciste. Fue tu primer amor. Menuda sorpresa, niña.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No es asunto mío —responde él, encogiéndose de hombros como si no fuera nada, cosa que la molesta, y debe admitir que bastante.

—Vale, pues no te lo cuento.

—Sigo pensando que no deberías hacer un documental.

—¿Estás de coña? Ya he rechazado a Oprah.

—¡Ay, mierda! —exclama él, que se ha quemado con el vapor al escurrir las patatas—. ¿En serio? No lo sabía.

—Fue mi madre la que la rechazó. Yo aún estaba en el hospital y ella se puso frenética con los periodistas, decía que o eran unos cretinos, o intentaban entrar en mi habitación del hospital para conseguir una entrevista o no le devolvían las llamadas.

—Ah —dice Dan, sintiéndose culpable.

—Muchos programas querían entrevistarme, pero era todo demasiado *voyeur*, ¿sabes? En parte fue por eso por lo que me largué. Para alejarme de esa historia.

—Lo entiendo.

—Así que no te preocupes, le dije a Fred por dónde podía meterse el documental.  
—Kirby se lleva un sobre de color melocotón a la nariz y añade—: Este hasta huele bien. Seguro que es una mala señal, ¿verdad?

—Espero que no digas lo mismo de mi receta.

Kirby suelta una risita y abre el sobre. Saca dos hojas de papel de cartas anticuado. Las hojas están escritas por ambas caras.

—Bueno, venga, léelo —le pide Dan mientras aplasta las patatas. Para él es un orgullo dejar el puré sin un solo grumo.

Querido señor KM:

La carta que me dispongo a escribir es tan peculiar que confieso haber vacilado antes de decidirme a hacerlo, pero su (algo obtuso) anuncio en el periódico exige respuesta, ya que está vinculado con un misterio familiar con el que llevo mucho tiempo obsesionada, a pesar de que no entra dentro de las fechas que usted especificaba.

Es algo alarmante compartir esta información con usted sin tener ni idea de cuáles son sus intenciones. ¿Cuál es el propósito de su anuncio? ¿Estudio académico o curiosidad malsana? ¿Es un inspector de la policía de Chicago o un timador que se aprovecha del dolor de la gente para obtener algún tipo de satisfacción?

Le ahorraré el resto de mis especulaciones porque, supongo, esto no es más que una oportunidad y, como todas las oportunidades, conlleva sus riesgos. Sin embargo, confío en que cuando lea esto me conteste, aunque solo sea para aclarar su interés por el asunto.

Me llamo Nella Owusu, de soltera Jordan. Mi padre y mi madre murieron durante la Segunda Guerra Mundial, él en el extranjero, de servicio, y ella en Seneca, durante el invierno de 1943, víctima de un horrible asesinato sin resolver.

Mis hermanos y yo pasamos por varios orfanatos y hogares de acogida, pero de mayores logramos recuperar el contacto, y ellos creen que mi obsesión es poco apropiada, pero yo era la mayor y soy la que mejor lo recuerda.

Su anuncio especificaba que, en concreto, le interesaban los «objetos fuera de lugar».

Bueno, cuando enterramos el cuerpo de mi madre para su eterno descanso y nos entregaron las posesiones que llevaba encima en el momento de su muerte, entre los «objetos» había una tarjeta de béisbol. Lo menciono porque mi madre no sentía interés alguno por ese deporte. No se me ocurre ninguna razón por la que llevara una tarjeta encima al morir.

Confío en que responda a mi misiva y no me deje elucubrando posibles motivos.

Saludos cordiales,

N. Owusu

Unidad 82, Complejo Residencial para Jubilados Floradale.

—A la pila de los pirados —sentencia Dan mientras deja el plato delante de ella, en la mesa de centro.

—No sé, a lo mejor merece la pena comprobarlo. Parece una señora muy interesante.

—Si te aburres seguro que te encuentro algo que hacer. Necesito información sobre el próximo partido del Saint Louis.

—La verdad es que pensaba intentar escribir algo sobre todo esto. Crónicas de asesinatos.

—El *Sun-Times* nunca los publicaría.

—No, pero a lo mejor sí me los publica algún fanzine. *The Lumpen Times* o *Steve*

*Albini Thinks We Suck.*

—A veces es como si hablaras en otro idioma —comenta Dan con la boca llena.

—Ponte al día, tío —dice ella imitando a la perfección a Bart Simpson mientras se encoge de hombros.

—¿Habla... usted... mi... idioma?! —le grita Dan, como hacen los turistas cuando viajan al extranjero.

—Son revistas alternativas y de poca tirada.

—Ah, eso me recuerda una cosa. Hablando de publicaciones no tan pequeñas ni alternativas, Chet me pidió que te pasara esto. Me dijo que sabe que no apuñalaron a nadie, pero que tú eres la única persona en la sala de prensa, salvo él, capaz de apreciar lo raro que es.

Tras decir aquello, saca de su maltrecho maletín de cuero un recorte.

#### LA POLICÍA DESCUBRE BILLETE ANTIGUO EN REDADA ANTIDROGA

Englewood. Una redada policial en un antro de drogadictos dejó al descubierto algo más que frascos de crack y dosis de heroína. En el piso de Toneel Roberts, un conocido traficante, se encontraron varias pistolas y 600 dólares en moneda caducada de 1950, antes conocida como «certificados de plata». Estos billetes se identifican fácilmente gracias al sello azul de la parte delantera. La policía especula que el dinero procede de un alijo antiguo y han advertido a los propietarios de los negocios locales que la moneda no es de curso legal.

—Qué amable por su parte —comenta Kirby, y lo dice en serio.

—Supongo que sabrás que, cuando te saques el título, a lo mejor puedo conseguirte un trabajo de verdad en el periódico —dice Dan—. Incluso puede que en la sección de ocio, si es lo que quieres.

—Y eso es muy amable por tu parte, Dan Velasquez.

Él se ruboriza y mira el tenedor fijamente.

—Suponiendo que no quieras ir al *Tribune* o a uno de esos fanzines clandestinos o como se llamen.

—La verdad es que no he pensado mucho en ello.

—Sí, bueno, mejor que empieces a hacerlo. Vas a resolver el caso y después ¿qué?

Sin embargo, por la forma en que lo dice, Kirby es consciente de que Dan no cree que consiga resolverlo.

—El pescado está muy bueno —comenta.

# HARPER

10 de abril de 1932

Por primera vez casi es reacio a salir a matar a alguien, y es por la manera en que la chica lo besó, llena de amor, esperanza y deseo. ¿Tan malo es querer eso? Sabe que está posponiéndolo, retrasando lo inevitable. Debería estar dando caza a la versión futura de la chica, no paseando por State Street como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Y entonces se encuentra, precisamente, con su enfermera cerdita, que está mirando escaparates bien agarrada al brazo de otro hombre. Está más regordeta, y lleva un abrigo mejor. A Harper le parece que el relleno la favorece, y se da cuenta de que lo piensa con codicia. El caballero que la acompaña es el médico del hospital, el de la melena y la elegante bufanda de cachemira. Según recuerda Harper, la última vez que lo vio estaba boca arriba, mirándolo sin ver desde el fondo de un contenedor de basura en 1993.

—Hola, Etta —dice Harper, acercándose demasiado, casi pisándolos. Le llega su perfume, un olor cítrico demasiado dulce. Huele a puta. Le pega.

—Oh —dice Etta, y por su rostro pasan las estaciones: primero reconocimiento, después consternación y, al final, puro regocijo.

—¿Lo conoces? —pregunta el médico, que esboza media sonrisa vacilante.

—Usted me curó la pierna —explica Harper—. Siento que no me recuerde, doctor.

—Ah, sí —se jacta el hombre, como si supiera perfectamente quién es Harper—. ¿Cómo está su pierna, campeón?

—Mucho mejor, apenas necesito ya la muleta. Aunque a veces resulta útil.

Etta se pega más al médico con la evidente intención de fastidiar a Harper.

—Nosotros íbamos a ver un espectáculo.

—Hoy lleva puestos los dos zapatos —comenta Harper.

—Y pienso ir a bailar con ellos —responde ella con aire desdeñoso.

—Bueno, no sé si lo conseguiremos a este ritmo —interviene el médico, desconcertado por la conversación—. Pero, si te apetece, qué narices, ¿por qué no?

El médico mira a Etta para ver qué responde. Harper conoce a los de su clase, comen de la palma de la mano de sus mujeres como si fueran perritos. Cree que él tiene el control, lo que le permite hacer cosas en deferencia a ella porque intenta impresionarla. Cree que está a salvo en el mundo, pero no sabe ni la mitad.

—Por favor, no permitan que los interrumpa. Señorita Etta, doctor.

Harper los saluda respetuosamente con la cabeza y se marcha antes de que el

doctor se recupere lo suficiente como para ofenderse.

—Un placer volver a verlo, señor Curtis —responde ella mientras se aleja. Protegiendo su inversión. O provocándolo.

Al día siguiente, Harper sigue al buen doctor hasta su casa desde el hospital, cuando acaba su turno. Le dice que quiere invitarlo a cenar para agradecerle la cura de la pierna. Cuando el hombre intenta declinar su invitación educadamente, se ve obligado a sacar la navaja, una nueva, para convencerlo de que regrese con él a la Casa.

—Solo una visita rápida —le asegura, empujándole la cabeza para que entre por debajo de los tablones que tapan la puerta.

Entran, cierra la puerta y la abre sesenta años después, cuando el destino del médico ya lo está esperando. El hombre ni siquiera forcejea, o no mucho. Harper lo lleva hasta el contenedor y lo estrangula con su propia bufanda. Lo más difícil es meterlo después dentro.

—No te preocupes —le dice al cadáver de rostro amoratado—, pronto tendrás compañía.

# DAN

11 de septiembre de 1992

Esto sí que da perspectiva. En un avión el mundo se transforma en una motita diminuta bajo tus pies y estás muy lejos de una chica concreta, tan irreal como los pecios de nubes arrojados al azul del cielo.

Este es un universo completamente distinto, con reglas muy explícitas sobre cómo funcionan las cosas. Como las sensatas instrucciones que te indican qué hacer en caso de siniestro: infle el chaleco salvavidas, póngase la mascarilla en la cara, adopte la posición de impacto. Como si todo eso fuese a servir de algo si el avión se estrellara convertido en una bola de fuego. Si todo en la vida tuviera un placebo tan sencillo...

Mantenga el cinturón abrochado, vuelva a colocar la bandeja en posición vertical, no intente ligar con las azafatas, a no ser que el tiempo esté de su parte; siga teniendo la cabeza llena de pelo y, a ser posible, un asiento en primera clase y unos relucientes mocasines de los que debe haberse descalzado previamente para colocarlos uno al lado del otro en el espacioso hueco para las piernas, de modo que pueda lucir mejor sus calcetines de diseño, querido.

Es la última vez que elige un asiento de la parte delantera de clase turista, desde donde está puede oír a las azafatas ofrecer champán a los viajeros del otro lado de la cortina, además del tintineo metálico de los cubiertos de verdad —y no de plástico—, sobre todo en los vuelos nocturnos.

—Nos lo están restregando —farfulla dirigiéndose a Kevin.

Pero Kevin no lo oye porque está enchufado a su Discman, y mientras hojea en la revista del avión historias de viajes en hoteles inalcanzables, de los auriculares se escapan fragmentos cuajados de bajo que parecen aun más feos y distorsionados que la música real. Dan se queda solo en su cabeza y, sinceramente, es el sitio en el que menos desea estar. Porque allí también está ella.

La distracción es temporal. Oh, sí, puede escribir notas, perderse en las estadísticas de los jugadores —quien diga que el deporte es estúpido nunca ha tenido que enfrentarse al álgebra de los porcentajes de bateo y de las carreras impulsadas—, pero sus pensamientos siempre vuelven a lo mismo, como un perro mordisqueándose la llaga de su costado. Lo peor es que se encuentra en un estado tan lamentable que las canciones pop han cobrado sentido.

Pero en realidad sabe que tiene tantas posibilidades con ella como Kevin de pasar las vacaciones en el hotel de cinco estrellas de una estación de esquí de los Alpes franceses con un grupo de guapas estrellas de Hollywood. Estaban volviendo algunas

de las emociones de su divorcio. Lo más difícil de la ruptura no fue la desesperación, la traición ni las cosas horribles que se dijeron el uno al otro, sino aquella irracional chispa de esperanza.

Es completamente inapropiado. Él está demasiado hastiado, ella es demasiado joven, los dos están demasiado jodidos, él confunde compasión con encaprichamiento. Si espera lo suficiente, se entumecerá y desaparecerá, solo debe ser paciente y evitar comportarse como un idiota imprudente. El tiempo lo cura todo, los enamoramientos se enfrían, las chispas se apagan, aunque eso no quiera decir que no dejen incómodos puntitos de luz cuando cierras los ojos.

Hay un mensaje telefónico esperándolo cuando llega al hotel de St. Louis. Se ha instalado en otra cómoda habitación anónima con cuadros tan inofensivos que ofenden y vistas a un aparcamiento. La única diferencia entre esta habitación y cualquier otra en la que ha estado es la luz roja intermitente del teléfono. Su corazón le dice que es ella y él le responde que cierre el pico. Pero lo es. Habla sin aliento, emocionada: «Eh, Dan, soy yo. Llámame en cuanto oigas esto, por favor».

«Marque uno para volver a oír el mensaje. Marque tres para devolver la llamada. Marque siete para borrarlo. Marque cuatro para guardarlo».

—Hola —lo saluda ella, y parece bien despierta y fresca a las dos de la mañana—. ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Yo? Tú eres la que no contestaba al teléfono.

No le dice que ha estado intentando hablar con ella, que primero la ha llamado desde fuera de la sala de prensa, durante la soporífera novena entrada; y luego desde una cabina en la puerta del bar al que los chicos habían ido a tomar algo después de la conferencia de prensa, donde se había tomado una Coca-Cola Light mientras intentaba demostrar entusiasmo por la conversación sobre la jugada con la que Ozzie Smith había robado otra base o sobre la demencial entrada de Olivares. «¿Os fijasteis en cómo le dio a la de Arias en la segunda?», había comentado Kevin, encantado. Ni que había escuchado su mensaje seis veces entre una llamada y la otra. Uno-cuatro-uno-uno-uno-uno. Lo normal habría sido estar más emocionado con la victoria de su equipo.

—Lo siento —responde ella—. Fui a tomar algo.

—¿Con Fred?

—No, melón. Déjalo ya. Con una de las editoras de la revista *Screamin'*. Está interesada en la historia de las crónicas de asesinatos.

—¿Crees que es buena idea? ¿Además de todo lo que tienes encima?

¿Existen grados de neutralidad? Dan intenta subir una marcha. Ha visto cómo lo hacen los periodistas televisivos: educadamente distantes, pero con una ceja arqueada.

—Es un tema a largo plazo. Puedo enviarlo cuando esté listo, si está listo y si tengo ganas de hacerlo.

—Vale. ¿Cómo fue con la señora de la tarjeta de béisbol.

—La verdad es que fue muy triste. En realidad no vive en un complejo residencial, sino más bien en una residencia para ancianos. Su marido fue a recibirme. Es de Ghana. Tiene un restaurante en Belmont. Dice que su mujer tiene Alzheimer prematuro, aunque no pasa de los sesenta. Es genético. La mente le va y le viene. Algunos días está perfectamente y otros es como si no estuviera.

—¿Y cuando la viste?

—No estaba demasiado bien. Nos tomamos un té y no dejaba de llamarme María, que era una chica que estaba en uno de los grupos de alfabetización para adultos en los que daba clases.

—Ay.

—Pero su marido fue genial, después de verla nos pasamos una hora hablando. Es como decía en la carta, mataron a su madre en 1943, un caso realmente horrible, y cuando los polis por fin le devolvieron sus posesiones a la familia, había una tarjeta de béisbol con el resto de las cosas que le encontraron encima. Ella pasó bastante tiempo viviendo con su tía y su tío y, cuando murieron, encontró la tarjeta.

—Y ¿qué tarjeta era?

—Espera, convencí a la mujer de recepción para que me hiciera una fotocopia — responde Kirby, y de fondo se oye el ruido de papeles saliendo de un bolso—. Aquí está, es Jackie Robinson. Brooklyn Dodgers.

—Imposible —dice él automáticamente.

—Es lo que pone —responde ella a la defensiva.

—La mujer murió en 1943, ¿no?

—Sí, también tengo una copia de su certificado de defunción. Sé lo que me vas a decir, sé lo poco probable que es, pero escúchame un momento. Conocemos a otros asesinos que trabajan juntos, ¿no? Los Estranguladores de Hillside eran unos primos que violaron y estrangularon juntos a varias mujeres en Los Ángeles.

—Si tú lo dices.

—Confía en mí, creo que esto es algo parecido. Podría ser un equipo de padre e hijo, un psicópata mayor que instruye a un psicópata más joven. Supongo que no tienen que ser necesariamente parientes. Él podría tener noventa años o estar ya muerto, lo que explica las huellas que encontró el poli en el encendedor, ¿no? Pero su compañero sigue con la tradición de dejar algo en el cadáver. Asesinos *vintage*, en plural, Dan. Es el más joven el que nos atacó a Julia Madrigal, a mí y a Dios sabe quién más. Voy a volver a esas primeras cajas que apartamos, esto podría remontarse a muchos años atrás.

—Lo siento, Kirby, pero te equivocas —le dice él con toda la amabilidad posible.

—¿De qué hablas?

—¿Sabes lo que es un jugador fantasma? —pregunta Dan tras suspirar.

—Supongo que no será lo más obvio. Vamos, que no es un *dugout* encantado, como en las pelis. El jugador de campo con cara de calavera, el demonio que lanza la pelota en llamas del infierno...

—Correcto —la corta él.

—Creo que no quiero oír lo que vas a decir.

—Seguramente no, y lo siento mucho. El más famoso es un tal Lou Proctor. Era un operador de telégrafo de Cleveland que metió su nombre en las estadísticas de los Indians en 1912.

—Pero no existía.

—Era una persona real, pero no un jugador de béisbol. Era un camelo. Lo descubrieron en 1987 y lo sacaron de los registros. Sus quince minutos de gloria duraron setenta y cinco años. También ha habido otros casos que no fueron premeditados: registros chapuceros, alguien entiende mal un nombre, un error tipográfico...

—Esto no es una simple errata, Dan.

—Es un error, se equivoca. Lo dijiste tú misma, la pobre mujer tiene Alzheimer, por amor de Dios. Mira, Jackie Robinson no empezó a jugar en las ligas mayores hasta 1947, fue el primer jugador negro que lo hizo y lo pasó de puta pena. Su propio equipo intentó sabotearlo, los adversarios procuraban meterle patadas en las piernas cuando se tiraban hacia la base... Lo miraré, pero te prometo que nadie había oído hablar de él en 1943. Ni siquiera existía todavía como jugador de béisbol.

—Estás muy seguro de tus estadísticas, ¿no?

—Es béisbol.

—Puede que la confundiera con otra tarjeta.

—Es lo que te estoy diciendo, que quizá lo hicieran los polis. A lo mejor se pasó en el desván de alguien durante años. ¿No dijo ella que se crio en casas de acogida? Seguramente acabó mezclada con los otros cachivaches que tenían por allí.

—Me estás diciendo que no había tarjeta.

—No lo sé, ¿estaba en el informe de la policía?

—En 1943 no se les daba demasiado bien llevar registros.

—Entonces diría que tienes tus esperanzas puestas en algo que no existe.

—Mierda —dice ella, como si nada.

—Lo siento.

—Da igual, no pasa nada. De vuelta al punto de partida. Silba cuando llegues a casa. Veré si se me ocurre otra idea lunática con la que entretenerte.

—Kirby...

—¿Crees que no me doy cuenta de que lo único que haces es seguirme la

corriente?

—Alguien tiene que hacerlo, joder —responde él perdiendo la paciencia, igual que ella—. Al menos no intento explotarte para un proyecto de cine de tercera.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Sí, pero ¿quién iba a querer escuchar tus teorías disparatadas?

—A los bibliotecarios les encantan las teorías disparatadas —responde ella, y Dan nota la sonrisa en su voz, lo que hace que sonría él también.

—¡Les encantan los donuts, que no es lo mismo! Y no hay suficientes bollos rancios en el mundo para aguantar tus chorradas, te lo aseguro.

—¿Ni siquiera con los glaseados?

—¡Ni llevando relleno de crema o doble baño de chocolate con fideos de colores!  
—le grita él al teléfono agitando los brazos, como si ella pudiera vérselos.

—Siento ser tan capulla.

—No puedes evitarlo, tienes veintitantos años, va con la edad.

—Muy bonito, escachifollarme por ser joven.

—Ni siquiera sé qué significa eso —gruñe Dan.

—¿Crees que habrá otra tarjeta de béisbol?

—Creo que deberías considerarlo algo interesante, pero inútil. Búscate una caja comodín para guardar tus teorías disparatadas y no dejes que se interpongan en el camino de lo real —le dice, y piensa que él mismo se podría aplicar el cuento.

—Vale, tienes razón. Gracias, te debo un donut.

—O una docena.

—Buenas noches, Dan.

—Buenas noches, mocosa.

# HARPER

## Fuera del tiempo

En la granja había un gallito bantam al que le daban ataques. Se los podías provocar si le apuntabas a los ojos con una luz. Harper se tumbaba boca abajo sobre la alta hierba que le hacía estallar la cabeza en verano y usaba un trozo de espejo roto para aturdir al gallo, el mismo fragmento de espejo que usó para cortarle las patas a uno de los pollitos, apretando la parte de atrás del cristal plateado con la mano envuelta en una camiseta vieja.

El gallo se ponía a arañar la tierra y a agitar la cabeza al estúpido estilo de los pollos, hasta que de repente se quedaba sin expresión, paralizado y con los ojos vidriosos; se quedaba vacío. Un segundo después regresaba, completamente ajeno a lo sucedido, como si el cerebro le hubiese tartamudeado.

Eso es lo que siente en la Habitación: un tartamudeo.

Se puede quedar varias horas seguidas sentado en el borde de la cama observando la galería de arte que ha reunido. Los objetos siempre están ahí, incluso cuando se los ha llevado.

Los nombres de las chicas han sido repasados una y otra vez, y las letras han empezado a deformarse. Recuerda haberlo hecho. No recuerda haberlo hecho. Una de las dos opciones debe ser cierta. Siente que algo le oprime el pecho, como si se le hubiera dado demasiada cuerda al engranaje de un reloj.

Se frota las puntas de los dedos y nota el tacto sedoso del polvo de tiza. Ya nada está claro. Se siente como si estuviera condenado. Se siente desafiante, con ganas de hacer algo solo para ver qué pasa. Como con Everett y el camión.

Su hermano lo descubrió con el pollito. Harper estaba en cuclillas mirando cómo el animal agitaba las alas regordetas y se arrastraba por el suelo sin dejar de piar. Los muñones dejaban gruesos regueros de sangre en el polvo, como babas de caracol. Oyó llegar a Everett, el chancleteo de sus zapatos heredados con el talón medio pelado. Harper levantó la cabeza y vio al chico mayor, que lo observaba desde arriba sin decir nada, con el sol de la mañana detrás de la cabeza, de modo que el pequeño no distinguía su expresión. El pollito chillaba y aleteaba siguiendo su entrecortado camino por el patio. Everett desapareció, regresó con una pala y redujo al ave a pulpa.

Lanzó el amasijo de plumas y entrañas viscosas por los aires en dirección a la alta hierba de detrás del corral. Después le dio una bofetada tan fuerte a su hermano que

lo tiró de culo.

—¿Es que no sabes de dónde salen los huevos? Estúpido —añadió, y se inclinó para ayudarlo a levantarse y sacudirle el polvo de la ropa. A su hermano nunca le duraba mucho el enfado con él—. No se lo digas a Pa —dijo Everett.

A Harper ni se le había pasado por la cabeza. Igual que no se le había pasado por la cabeza tirar del freno de mano el día del accidente.

Harper y Everett Curtis fueron al pueblo a por pienso. Parece el inicio de una canción infantil. Everett lo dejó conducir, pero Harper, que tendría unos once años, se cerró demasiado al tomar la curva de la esquina con el Red Baby y se metió un poco en la cuneta. Su hermano agarró el volante y tiró del camión para devolverlo a la carretera, pero por el pastoso batir de goma y la poca tensión del volante, hasta Harper se dio cuenta de que había pinchado.

—¡Frena! —chilló Everett—. ¡Más fuerte!

El hermano mayor se aferró al volante, y Harper pisó el pedal con todas sus fuerzas, provocando que la cabeza de Everett rebotara en la ventanilla y resquebrajara el cristal. El camión se torció hacia un lado y los árboles se pusieron a dar vueltas y se convirtieron en un borrón, hasta que el camión se detuvo, tembloroso, en el centro de la carretera. Harper apagó el motor, que dejó escapar clics y chasquidos.

—No es culpa tuya —le dijo Everett mientras se sujetaba la sien, donde ya le empezaba a salir un chichón—, es mía. No debería haberte dejado conducir. —Entonces abrió la puerta y salió a la bruma matinal, ya húmeda—. Quédate aquí.

Harper se giró dentro de la cabina para ver a Everett buscar la rueda de repuesto en la parte de atrás. Una brisa agitaba los maizales, demasiado suave para hacer otra cosa que no fuera mover un poco el calor.

Su hermano rodeó el camión y se puso delante con la llave para cambiar las ruedas y el gato. Gruñía mientras lo metía bajo el camión y lo subía. La primera tuerca salió fácilmente, pero la segunda estaba atrancada. Everett tenía los enclenques hombros tensos por el esfuerzo.

—Tú quédate ahí. Puedo hacerlo —le gritó a Harper, que no había pensado moverse.

Everett se puso a darle patadas al mango de la llave, y ahí fue cuando el camión se inclinó, dejó de apoyarse en el gato y empezó a rodar despacio de vuelta a la cuneta.

—¡Harper! —chilló Everett, irritado; después, con un tono más agudo, presa del pánico al ver que el camión se le echaba encima—. ¡Tira del freno de mano, Harper!

No lo hizo. Se quedó sentado mientras Everett intentaba frenar el camión con las manos sobre el capó. El peso del vehículo lo derribó antes de atropellarlo. Su pelvis crujió con una piña en una chimenea. Costaba oír algo que no fueran los gritos de Everett. Al final, Harper salió a mirar.

Su hermano tenía el color de la carne pasada, la cara de un gris amoratado y el blanco de los ojos inyectado en sangre. Un fragmento de hueso le sobresalía del muslo; le sorprendió lo blanco que era. Había un espeso charco de grasa alrededor del neumático, en el punto en que tocaba la cadera de su hermano. Hasta que Harper se dio cuenta de que no era grasa. Todo tiene el mismo aspecto cuando lo pones del revés.

—Corre —graznó Everett—. Ve a por ayuda. ¡Corre de una vez!

Harper se quedó mirando y empezó a caminar, volviéndose de vez en cuando para mirar. Fascinado.

—¡Corre!

Tardó dos horas en ir en busca de alguien a la granja Crombie, que estaba un poco más allá, en la misma carretera. Fue demasiado para que Everett pudiera volver a caminar. Su padre le dio una zorra que lo dejó en carne viva y, de no haber quedado lisiado, también se la habría dado a Everett. El accidente los obligaba a contratar mano de obra y Harper tenía más obligaciones que antes, cosa que no le gustaba nada.

Everett se negaba a reconocer su presencia. Se agrió, como el puré de patatas cuando se guarda demasiado tiempo. Se quedaba tumbado en la cama mirando por la ventana. El año siguiente tuvieron que vender el camión. Tres años después, la granja. Que nadie se crea el cuento de que los problemas de los granjeros empezaron con la Gran Depresión.

Clavaron tablas en las ventanas y en las puertas. Le pidieron prestado un camión a un vecino, cargaron sus cosas y se fueron a vender todo lo que pudieron. Everett era como una maleta más.

Harper saltó del camión en el primer pueblo por el que pasaron. Se fue a la guerra, pero nunca regresó al lugar en el que se había criado.

Piensa que esa misma posibilidad también la tiene ahora, podría abandonar la Casa y no regresar nunca, llevarse el dinero y huir, sentar la cabeza con una buena chica, no volver a asesinar, no volver a sentir el movimiento de la navaja y la seda caliente de las entrañas de una chica al derramarse mientras observa el fuego morir en sus ojos...

Contempla la pared y el tartamudeo de los objetos. El casete salta sobre él, urgente, exigente. Quedan cinco nombres. No sabe qué sucederá después de eso, pero sí sabe que ya no le basta con perseguirlas a través del tiempo.

Piensa que le gustaría animar un poco las cosas y jugar con los bucles que ya ha descubierto, cortesía del señor Bartek y del buen doctor.

Le gustaría probar a matarlas primero y después volver a buscarlas al pasado, cuando aún no saben nada del destino que las aguarda. Así podrá conversar educadamente con ellas, más jóvenes e inocentes, y prepararlas para lo que ya les ha

hecho, mientras revive en su cabeza las imágenes de los asesinatos. Una caza a la inversa, para hacer las cosas más interesantes.

Y la Casa parece bien dispuesta. El objeto que ahora brilla con más fuerza, deseando que lo coja, es una chapa roja, blanca y azul con un cerdo volador.

# MARGOT

5 de diciembre de 1972

Bingo, Margot ha descubierto que un tipo las está siguiendo. Va detrás de ellas desde la estación de la calle 103, a cinco manzanas de allí. Una calle de más para ser coincidencia, en su opinión. Y, vale, a lo mejor se pasa de precavida porque hoy va de Jane, o a lo mejor es que caminar por Roseland a estas horas de la noche la pone más tensa que las cuerdas de un banjo. De todos modos, de ninguna manera piensa dejar que Jemmie vuelva a su casa sola en ese estado. Intentan ponérselo fácil a las mujeres, pero duele, da miedo y no deja de ser ilegal.

Piensa que es posible y completamente razonable que el tío solo esté dando un paseo por la misma ruta, a la misma hora de la noche, bajo la lluvia, como en una canción, lalala.

«Gánster, pervertido, poli encubierto; gánster, pervertido, poli encubierto»... canturrea en su cabeza, repasando todas las opciones al ritmo de los pasos de Jemmie. La chica arrastra los pies como una anciana y apoya todo su peso en el brazo de Margot mientras se aprieta el estómago. «Lleva una americana larga, podría ser un poli, o un pervertido. Pero ha estado en una pelea, lo que significa pervertido o gánster. La mafia parece haber entendido al fin que lo que hace el Colectivo Jane no da beneficios. No es como los médicos “respetables”, que cobran 500 dólares o más por que alguien te recoja en una esquina, te vende los ojos para que no lo identifiques, te raspe el útero y al final te deje tirada en el mismo sitio en el que te recogió sin un “buenas noches tenga usted”. O puede que solo sea un tío normal. Un viva la vida sin más».

—¿Cómo has dicho? —pregunta Jemmie con la voz entrecortada por el dolor.

—Ay, perdona; estaba pensando en voz alta. No me hagas ni caso, Jemmie. Eh, oye, mira, ya estamos llegando a casa.

—No lo era, ¿sabes?

—¿Que no era qué? —pregunta Margot, que la escucha a medias.

El hombre ha acelerado el ritmo, corre a contraluz, dando saltitos por la calle para no perderlas. Se mete hasta el tobillo en un charco, suelta un taco y sacude los zapatos; después le dedica a Margot una sonrisa tontorróna que, sin duda, está pensada para resultar encantadora.

—Un viva la vida, como insinuabas —responde Jemmie, enfadada con ella—. Estamos prometidos y nos casaremos cuando vuelva, en cuanto yo cumpla los dieciséis.

—Fantástico —asegura Margot.

No está en su mejor forma. Normalmente habría regañado a Jemmie por decir aquello, por defender a un hombre adulto que se lía con una menor y le promete el mundo entero antes de embarcar rumbo a Vietnam cuando ni siquiera es capaz de ponerse una goma. Catorce años. Solo un poquito mayor que los chicos de la profe a la que sustituye en el instituto Thurgood Marshall. Le duele el corazón cuando lo piensa, en serio. Pero está demasiado distraída para soltarle el sermón completo porque no deja de darle vueltas a la incómoda idea de que el tío que las sigue le resulta familiar. Y eso la devuelve a la letanía de gánster, pervertido, poli encubierto. O quizá peor. El estómago le da un vuelco. La pareja contrariada. Ya las han tenido antes. El marido de Isabel Sterritt, que le reventó la cara y le rompió el brazo a su mujer cuando se enteró de lo que había hecho. Y precisamente por eso ella no quería tener otro hijo con él.

Por favor, por favor, que no fuese la pareja lunática de alguna mujer.

—¿Podemos... parar un momento?

Jemmie tiene el mismo color que el chocolate rancio que se te derrite en el bolso. La frente, llena de acné, le brilla de sudor y lluvia. Coche roto, sin paraguas... ¿Qué más podía salir mal?

—Ya casi estamos, ¿vale? Lo estás haciendo muy bien. Sigue adelante, solo una manzana más. ¿Puedes hacerlo?

Jemmie deja que la arrastre, aunque a regañadientes.

—¿Vas a entrar conmigo? —le pregunta a Margot.

—¿No le parecerá raro a tu madre que una chica blanca te acompañe a casa con retortijones en el estómago?

Margot es una mujer de las que no se olvidan, y es por su altura. Mide metro ochenta y se peina el pelo rubio rojizo con la raya en el medio. Jugaba al baloncesto en el instituto, pero era demasiado despreocupada como para tomárselo en serio.

—Pero ¿puedes entrar de todos modos?

—Si quieres, lo haré —responde, intentando reunir entusiasmo. Explicárselo a la familia no siempre sale bien—. A ver cómo nos va, ¿vale?

Ojalá Jemmie los hubiera encontrado antes. El servicio aparece en la guía telefónica con el nombre de «Jane How», pero ¿cómo saberlo si no lo sabes? Les pasa lo mismo con los anuncios en los periódicos alternativos o los que dejan pegados en los tabloneros de las lavanderías. Una chica como Jemmie no tenía manera de encontrarlos, salvo por una recomendación personal, y para eso necesitó tres meses y medio y una trabajadora social sustituta que simpatizaba con la causa. A veces le da la impresión de que son los sustitutos los que marcan la diferencia. Profesores, trabajadores sociales y médicos sustitutos. Miradas frescas que veían la imagen en su conjunto y daban un paso adelante. Aunque solo fuera algo temporal. A veces con eso basta.

Las quince semanas son el límite, no se puede correr el riesgo de pasar de ahí. Veinte mujeres al día y no han perdido ni una. A no ser que cuenten a la chica a la que rechazaron porque tenía una infección terrible. Le dijeron que fuera al médico y que volviera cuando estuviera curada. Después descubrieron que había muerto en el hospital. Si la hubieran visto antes... Como a Jemmie.

Jemmie había sido uno de los últimos casos elegidos. Los fáciles se cogían enseguida. Todos los voluntarios se sentaban en la cómoda salita de Big Jane en Hyde Park, con las fotografías de sus niños en la estantería y *Me and Bobby McGee* sonando en el tocadiscos, mientras bebían té y regateaban entre ellos sobre los pacientes que iban a elegir, como en una compraventa de caballos.

¿Alumna de universidad mixta, veinte años, cinco semanas de embarazo, de la zona de Lake Bluff? Esa ficha vuela en la primera ronda. Pero ¿la madre de cuarenta y ocho años cargada con siete hijos que no se ve capaz de volver a pasar por eso? ¿La granjera cuyo feto de veintidós semanas está tan deformado que el médico dice que no vivirá más de una hora tras su nacimiento, pero insiste en que lleve el embarazo a término? ¿La chica de catorce años del West Side que aparece con un tarro lleno de peniques porque es lo único que tiene y te suplica que no se lo digas a su mamá? Esas fichas aparecen una y otra vez hasta que Big Jane gruñe, exasperada: «Bueno, pues alguien tendrá que hacerlo». Y, mientras tanto, los mensajes siguen llenando el contestador automático, se siguen transcribiendo en fichas nuevas que se repartirán mañana y pasado mañana. «Deje su nombre y un teléfono en el que localizarla. Podemos ayudar. La llamaremos».

¿Cuántas veces ha ayudado ya Margot? ¿Sesenta? ¿Cien? Ella no hace los legrados en sí, es torpe, en el mejor de los casos. Es por culpa de su tamaño. El mundo no estaba diseñado para adaptarse a ella, y ella no se fía de sí misma con una delicada legra. Pero se le da muy bien dar la mano y explicar lo que sucede. El conocimiento ayuda, saber lo que te están haciendo y por qué. «Vamos a ponerle nota», bromea ella. Da a las mujeres una escala de referencia. «¿Es mejor o peor que golpearte el dedo del pie? Y ¿comparado con averiguar que no le gustas al chico que te gusta? ¿Con un corte hecho con un papel? ¿Con romper con tu mejor amiga? Y ¿qué me dices de averiguar que te estás convirtiendo en tu madre?». Las mujeres se ríen de verdad. Sin embargo, también la mayoría llora después. A veces porque se arrepienten, porque se sienten culpables o porque están asustadas. Hasta las más seguras tienen dudas. Sería inhumano no tenerlas. Aunque, sobre todo, lloran de puro alivio. Porque es difícil y terrible, pero cuando ha terminado pueden seguir con sus vidas.

Cada vez cuesta más, y no es solo por los matones de la mafia ni por los polis que aparecen desde que la mojigata hermana de Yvette Coulis se indignara tanto porque se hubiesen atrevido a practicarle un aborto a su hermana que escribió cartas al

ayuntamiento para quejarse y, en general, para fastidiar así a todo el mundo. Todavía empeoró más cuando la hermana empezó a pasarse por el Frente para molestar a los amigos, maridos, novios, madres o, a veces, padres que iban con las mujeres para prestarles su apoyo. Tuvieron que trasladar el Frente a otro piso para librarse de ella. Los polis empezaron a husmear después de aquello. Eran los hombres más altos que había visto, como si fuera un requisito indispensable para entrar en el Departamento de Homicidios; todos con gabardinas a juego y todos ponían la misma mala cara que daba a entender que aquel seguimiento era una pérdida de tiempo.

Sin embargo, ni siquiera ese es su principal problema. Lo peor es que ahora lo han legalizado en Nueva York. Eso debería ser bueno, puede que Illinois sea el siguiente, ¿no? Pero significa que las chicas con dinero se suben a un tren, a un autobús o a un avión, y las que recurren a Jane son las que están realmente desesperadas: las pobres, las jóvenes, las viejas y las de embarazos avanzados.

Esas últimas son las que más le cuestan. Son difíciles incluso para las Jane más duras. Sin duda. Prueba a envolver tu primer feto en una camiseta vieja a modo de mortaja y tíralo a un contenedor a cinco kilómetros del lugar, a ver si te gusta. Nadie dijo nunca que fuera bonito arrancarle la desesperación a una mujer.

Entonces, el hombre la agarra por el brazo.

—Perdone, señora, creo que se le ha caído esto —dice, y le da algo que tiene en la mano.

Margot no tiene ni idea de cómo las ha alcanzado tan súbitamente, pero está segura de que conoce esa sonrisa torcida.

—¿Margot? —pregunta su compañera, asustada.

—Vete a casa, Jemmie —le dice Margot con su mejor y más autoritaria voz de maestra de escuela, aunque, teniendo en cuenta que solo tiene veinticinco años, tampoco se le da demasiado bien—. Te alcanzo en un minuto.

Ahora no deberían presentarse complicaciones, pero si tiene que ir al hospital, los médicos no le pondrán problemas. Las Jane han empezado a usar pasta de Leunbach: sin dolor, sin sangre, sin problemas, sin forma de probar que el aborto ha sido inducido. No le pasará nada.

Tras asegurarse de que Jemmie se ha alejado, se vuelve hacia él, echa los hombros hacia atrás y se endereza para mirarlo directamente a los ojos.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor?

—Te he estado buscando por todas partes. Quería devolverte esto.

Al final mira el objeto que le está poniendo delante de la cara. Es una chapa de protesta hecha a mano. Lo sabe porque la dibujó ella: es un cerdo con alas. «Pigasus, presidente», había escrito con sus letras mayúsculas, torcidas de manera irregular hacia la derecha. El candidato oficial de los yippies en el 68, porque un cerdo no podía ser mucho peor que los políticos de verdad.

—¿Lo reconoces? ¿Me puedes decir cuándo lo viste por última vez? ¿Me recuerdas? Tienes que recordarme —le pregunta con una intensidad terrible.

—Sí —responde ella con voz ahogada—, la convención demócrata.

Lo recuerda todo de golpe, como una bofetada. La escena sucede en el exterior del Hilton, ya que su líder, Tom Hayden, les ha pedido que salgan del parque porque la policía ha empezado a cargar contra la gente y a bajarlos de las estatuas a las que se habían subido.

Si arremetían contra ellos con gas lacrimógeno, toda la ciudad acabaría gaseada, gritaba Hayden. Si derramaban sangre en Grant Park, ¡la derramarían por todo Chicago! Siete mil personas salieron corriendo por las calles mientras la policía intentaba contenerlos. Todavía enfadados por lo de Martin Luther King, todo el West Side ardía. Revivió la sensación del ladrillo de hormigón que salió volando de su mano como si tirasen de él con una cuerda. Era consciente del poli que cargaba contra ella, de la porra que le rozó el costado, pero no sintió dolor alguno hasta después, en la ducha, cuando vio el moratón.

Recordó también las cámaras de las noticias y los focos en los escalones del hotel, y cómo cantaba a pleno pulmón con el resto de la multitud: «¡El mundo os observa!». Hasta que los polis rociaron a todo el mundo con gas lacrimógeno, ya fueran yippies, transeúntes o periodistas. A todos. Le pareció oír a Rob graznar: «Los cerdos son zorras». Pero no lo encontraba entre la gente que lloraba y empujaba a los de al lado mientras los focos se reflejaban en los cascos azules de la policía, que estaba por todas partes, dejando caer las porras de manera mecánica.

Margot estaba apoyada en el capó de un coche en Balboa, con la cabeza gacha, escupiendo saliva y restregándose los ojos con el borde de la camiseta, lo que solo servía para aumentar el lagrimeo. Algo hizo que levantara la mirada, y lo vio acercarse cojeando. Era un hombre alto con actitud feroz. Como un ladrillo agarrado a una cuerda.

Se detuvo frente a ella y esbozó una sonrisa torcida, inofensiva, incluso encantadora. Estaba tan fuera de lugar en aquel caos que Margot gimió e intentó apartarlo de un empujón, aterrada de repente, igual que se había sentido aterrada por los polis, por la multitud y por el ardor que casi le provoca un ataque cardíaco.

La cogió por las muñecas y le dijo: «Nos hemos visto antes, pero no te acordarás».

Era un comentario tan extraño que se le quedó grabado.

«Venga —añadió, agarrándola por la solapa, como si pretendiera ayudarla a levantarse, aunque lo que hizo fue arrancarle la chapa—. Ya está».

La soltó de una forma tan abrupta que se cayó sobre el coche entre sollozos de indignación y pasmo.

Volvió a casa cojeando, deseando darse una ducha de una hora antes de dejarse

caer en el sofá y fumarse un porro para calmarse. Sin embargo, cuando abrió el cerrojo y apartó la cortina de cuentas, se encontró a Rob follando a una chica en la cama que compartían.

«Ah, hola, nena. Esta es Glenda —dijo sin dejar de metérsela—. ¿Te apuntas?».

Ella usó su pintalabios para escribir la palabra «gilipollas» en el espejo, apretándolo tanto que lo rompió por la mitad.

Se pasaron cinco horas y media peleando después de que Glenda por fin lo pilló y se largó. Hicieron las paces. Se acostaron para hacer las paces, pero no salió demasiado bien (resulta que Glenda tenía ladillas). Rompieron una semana después. Rob huyó a Toronto para que no lo reclutaran y ella terminó la carrera y se metió en la enseñanza porque no habían conseguido cambiar el mundo y estaba desilusionada. Hasta que encontró al Colectivo Jane.

Y lo del espeluznante tío cojo al que le había gustado tanto su chapa que se la robó en medio de una revuelta se convirtió en una anécdota graciosa que podía mencionar en las fiestas o en las reuniones; pero después le sucedieron historias mejores, historias que de verdad iban a alguna parte. No había pensado en todo aquello desde hacía siglos. Hasta ahora.

Él aprovecha su desconcierto para rodearla con un brazo, atraerla hacia él y clavarle la navaja en el estómago. Justo allí, en medio de la calle, bajo la lluvia. Margot no se lo puede creer. Abre la boca para gritar, pero solo consigue dejar escapar un hilo de voz porque él le retuerce la navaja. Un taxi pasa junto a ellos con la luz encendida y les salpica, mojan los pantalones rojos de Margot mientras la sangre empieza a empaparle la pretina, metiéndose por los surcos de la pana, desprendiendo un calor obscuro. Busca a Jemie con la mirada, pero ella ya ha doblado la esquina. Está a salvo.

—Dime el futuro —le susurra él, calentándole la oreja con su aliento—. No me obligues a leerlo en tus entrañas.

—Que te den —consigue decir ella, aunque con menos estridencia de lo que se había imaginado en su cabeza.

Intenta apartarlo de un empujón, pero ha perdido toda la fuerza de los brazos y él ha aprendido de otras veces. Peor aún, ahora sabe que es invencible.

—Como tú quieras —responde, encogiéndose de hombros, sin dejar de sonreír.

Le retuerce el dedo hacia atrás causándole un dolor insoportable, y lo usa para llevarla hasta un solar en construcción.

La tira sobre el lodo del pozo de cimentación, la ata con un cable, la amordaza y se toma su tiempo para matarla. Cuando termina, lanza la pelota de tenis al hoyo, con ella.

No es su intención que no la encuentren, pero a la mañana siguiente el hombre que conduce la excavadora que empuja los escombros hacia el pozo solo ve un atisbo

de pelo rojizo y se convence de que no es más que un gato muerto, aunque a veces se desvela por las noches pensando que no lo es.

Harper se lleva el objeto que necesita y después tira el bolso de Margot en un solar vacío. Algunos mezquinos aprovechados lo dejan vacío, pero un buen ciudadano lo lleva a la comisaría. Para entonces, todo lo que pudiera resultar útil ya ha desaparecido. Los polis no son capaces de identificar a nadie por lo que ha grabado en un casete. Son copias de la música que suena en el reproductor de Big Jane, en el piso de Hyde Park, distorsionada y en baja fidelidad por la penosa conexión entre la pletina y el tocadiscos. The Mamas & The Papas, Dusty Springfield, The Lovin' Spoonful, Peter, Paul & Mary, Janis Joplin...

Jemie se va a la cama temprano la noche de su aborto ilegal y se queja de que ha comido algo en mal estado. Sus padres no le hacen preguntas y nunca llegan a descubrir la verdad. Su hombre no vuelve de Vietnam, o a lo mejor sí; en todo caso no vuelve con ella. Saca buenas notas en el instituto, empieza a estudiar una carrera universitaria de dos años, pero lo deja para casarse a los veintiuno. Tiene tres hijos sin complicaciones. Se matricula otra vez en la universidad a los treinta y cuatro, y acaba trabajando para los parques de la ciudad.

Las mujeres de Jane se mueren de preocupación por Margot, pero no hay nada que demuestre que no se ha cansado y se ha largado, a lo mejor para reunirse con aquel exnovio suyo que está en Canadá. Y, además, ya tienen sus propios problemas. Un año después, hacen una redada en el Colectivo y detienen a ocho mujeres. Su abogada consigue retrasar el caso durante muchos meses, a la espera del resultado de un gran juicio que, según ella, cambiará para siempre el derecho de la mujer a ser dueña de su cuerpo.

## KIRBY

19 de noviembre de 1992

El Módulo 1 es la parte más antigua del centro penitenciario de Cook County, que en esos momentos está en proceso de ampliarse a dos edificios más para alojar el exceso de prisioneros. Al Capone disfrutó de una estancia allí con todos los gastos pagados cuando tenía acceso directo desde la calle. Ahora, «máxima seguridad» significa que está protegido tras tres capas de alambradas, que hay que pasar por las puertas de una en una, y que encima de todas las vallas hay alambre de espino doble enrollado. La hierba que crece entre las alambradas está medio rala y amarilla. La fachada, con sus letras góticas, sus cabezas de león y sus estrechas filas de ventanas, está sucia y descolorida.

Este edificio histórico no ha recibido el mismo cuidado y atención que el Field Museum o el Art Institute, aunque todos tienen unas reglas muy similares para sus visitantes: nada de comer y nada de tocar.

Kirby no contaba con tener que quitarse las botas para pasar por la máquina de rayos X. Tarda cinco minutos en desatar y volver a atar los cordones de cada una.

Está más nerviosa de lo que quiere admitir. Es el choque cultural, porque es como en las películas, solo que el ambiente está más tenso y es más apestoso. El aire está viciado, cargado de sudor y de rabia, y del ruido sordo que provoca el exceso de personas enjauladas y que se esparce por las gruesas paredes. La pintura de la puerta de seguridad está rayada y arañada, sobre todo alrededor de la cerradura, y no es precisamente silenciosa cuando el guardia la abre para dejarla entrar.

Jamel Pelletier ya la espera en una de las mesas de la sala de visitas. Tiene peor aspecto que en las fotografías del *Sun-Times* que le había buscado Chet. Se ha quitado las trenzas africanas y ahora lleva el pelo corto y ordenado, pero tiene la piel grasienta. Un reguero de pequeñas espinillas le cubre la frente sobre los grandes ojos de gruesas pestañas y cejas desordenadas, lo que lo hace parecer tan joven que duele, a pesar de que ya tendrá veintitantos; es mayor que ella. El uniforme marrón claro de la prisión le cuelga sobre los hombros como un saco; lleva su número impreso en negrita en el pecho. Por civismo automático, se acerca a estrecharle la mano, pero él arruga el rostro en una mueca y sacude la cabeza. Le parece gracioso.

—Mierda. Acabo de llegar y ya estoy rompiendo las normas —dice Kirby—. Gracias por reunirte conmigo.

—Eres distinta a como te imaginaba. ¿Me has traído chocolate?

Su voz es ronca y profunda. Kirby supone que es lo que te pasa después de colgarte de los barrotes con un cinturón que te aplasta la laringe. La idea de pasar

otros ocho años allí dentro hacía que lo de colgarse fuese una opción digna de consideración.

—Lo siento, debería haber caído.

—¿Me vas a ayudar?

—Lo voy a intentar.

—Mi abogada me dijo que no hablara contigo. Está muy cabreada.

—¿Porque le mentí?

—Sí. Esa gente son mentirosos profesionales. No intentes mentir a un mentiroso, tía.

—Me pareció la mejor forma de averiguar algo sobre el caso. Lo siento.

—¿Lo arreglaste con ella?

—Le he dejado algunos mensajes —responde Kirby, suspirando.

—Bueno, si ella no quiere, yo tampoco —responde él, y se levanta para marcharse. Mueve la cabeza en dirección al guardia, que tiene cara de mosqueo, y este empieza a acercarse a él mientras se lleva las manos a las esposas que le cuelgan del cinturón.

—Espera, ¿no quieres escuchar lo que quiero decirte?

—Tu carta lo dejaba bien claro. Crees que el culpable es un asesino psicópata que te hizo lo mismo a ti —responde, pero vacila.

—Pelletier —le ladra el guardia—. ¿Te vas o te quedas?

—Me quedo un poco. Perdón, Mo, ya sabes cómo son estas zorras —responde, lanzando una petulante mirada lasciva a Kirby.

—No mola —responde ella sin alzar la voz.

—Me importa una puta mierda —gruñe él, pero deja caer por un instante su fachada.

«Joven y muerto de miedo, todavía», piensa Kirby. Ella tiene una camiseta con ese mensaje.

—¿Fuiste tú?

—¿Va en serio? ¿Crees que aquí dentro alguien te va a decir que sí si se lo preguntas? Mira, tú averigua lo que vas a hacer por mí y yo te ayudo.

—Escribiré tu historia.

Él se la queda mirando y esboza una sonrisa tan ancha que se la podría tragar.

—Mierda, pero ¿tú eres de verdad? Ese cuento ya lo has probado.

—¿Juegas a algún deporte? Lo cubriré. En realidad, sería un artículo estupendo: baloncesto en la cárcel. Puede que Harrison lo acepte.

—Qué va, levanto pesas.

—Vale, una entrevista; tu versión de la historia. Puede que lo publique en una revista.

En realidad no sabe qué le parecerá a *Screamin'*, pero está desesperada.

—Bueno... —dice él sin terminar de tragárselo. Pero Kirby sabe que todo el mundo quiere que lo escuchen—. ¿Qué quieres saber?

—¿Dónde estabas a la hora del asesinato?

—Con Shante. Metiéndosela por el culo contra una pared —responde, y abre y cierra la mano para que los dedos golpeen la palma con un sonido sexual. Es increíble lo mucho que se asemeja al de verdad—. Ya sabes, nena.

—Podría irme y punto.

—Oooh, ¿te he ofendido?

—Lo que me ofende es que los psicópatas se dediquen a rajar chicas y no los pillen, gilipollas. Intento encontrar al asesino. ¿Me ayudas o no?

—Relájate, chica; solo quería tomarte el pelo. Estaba con Shante, pero ella no quiso testificar porque está con la condicional y salir conmigo es una violación por mis antecedentes, ¿vale? Mejor voy yo a la cárcel que enjaular a la madre de mi hijo. De todos modos, creíamos que no saldría adelante, los cargos eran una chorrada de mierda.

—Lo sé.

—Coche robado, claro que sí. ¿Lo demás? Qué va.

—Pero estabais dando vueltas por allí el mismo día que mataron a Julia. ¿Viste a alguien?

—Vas a tener que ser más explícita, porque vimos a un montón de gente; y un montón de gente nos vio, ese fue el problema. Deberíamos habernos quedado cerca del lago, a nadie le habría parecido raro ni nada. Pero tuvimos que ir al norte por Sheridan. —Se lo piensa un momento—. Paramos a mear cerca del bosque. Seguramente por la zona. Vimos a un tío que hacía cosas raras.

—¿Cojeaba? —pregunta Kirby, y nota que el estómago le da un vuelco.

—Sí, sí —responde Jamel mientras se frota la piel agrietada de los labios—. Sí, lo recuerdo. Cojeaba. El tío era un cojo hijoputa. Y estaba nervioso. No dejaba de mirar a su alrededor.

—¿Estabas muy cerca? —pregunta ella. Nota una tensión en el pecho. Por fin. Joder, por fin.

—Bastante, al otro lado de la carretera. Supongo que entonces no le dimos mucha importancia, pero cojeaba. Eso sí lo vi.

—¿Qué llevaba puesto? —pregunta ella, más cautelosa. Si deseas demasiado una cosa...

—Una de esas chaquetas negras hinchadas y vaqueros. Lo recuerdo porque hacía calor y me pareció extraño. Supongo que la llevaría para esconder la sangre, ¿no?

—¿Un tipo negro? ¿De piel muy oscura? —preguntó. Es la típica forma de dirigir al testigo.

—Negro como la noche.

—Serás gilipollas —salta ella, furiosa. Está furiosa con él y, supone, también consigo misma por ponérselo tan fácil—. Te lo estás inventando.

—Y a ti te gusta. ¿Crees que si hubiese visto a un cabrón sospechoso no se lo habría contado ya a los polis?

—A lo mejor no te habrían creído. Ya tenían cerrado el caso contigo.

—Tú eres la que lo cerrará. Oye, a lo mejor sí que puedes escribir sobre mí.

—Has perdido la oportunidad.

—Mierda. Le dices a una zorra lo que quiere escuchar y ella se te pone toda chula. ¿Sabes lo que quiero de verdad? —pregunta, y se inclina sobre la mesa, haciéndole un gesto para que se acerque y no los oigan. Tras un segundo de vacilación, Kirby lo hace, a pesar de que sabe que le va a salir con alguna proposición asquerosa. Jamel le pega la boca a la oreja—. Cuida de mi niña. Lily. Tiene ocho años, va a cumplir nueve. Tiene diabetes. Consíguele medicinas y asegúrate de que su madre no las venda para conseguir crack.

—Eso... —empieza Kirby mientras se aparta.

—¿Te ha gustado? —pregunta Jamel, echándose a reír—. ¿Tenemos un buen drama o no? Puedes hacer unas fotos guapas de mi enana metiendo los dedos por la alambrada. A lo mejor con una lagrimita en la mejilla y coletas en el pelo. Ya sabes, con esas gomas de colores. Lanzar una petición. Manifestantes en la puerta de la cárcel con carteles y todo eso. Me conseguirías una apelación en un segundo, ¿no?

—Lo siento —responde Kirby. No está preparada para el resentimiento de Jamel ni para la puta miseria de ese sitio.

—Que lo sientes —repite él sin más.

Ella se aleja de la mesa y pilla al guardia desprevenido.

—Todavía le quedan ocho minutos —le dice el guardia.

—He terminado. Lo siento, tengo que irme.

Se echa el bolso al hombro, el guardia abre el cerrojo de la puerta y gira el pomo para dejarla salir.

—¡Que lo sientas no significa una mierda! —le grita Jamel—. Tráeme chocolate la próxima vez. ¡Chocolatinas Reese's Peanut Butter Cups! ¡Y un indulto! ¿Me oyes?

## HARPER

16 de agosto de 1932

Pesadas frondas de helechos arborescentes caen, ondulándose, a ambos lados del escaparate de la floristería del Congress Hotel, como si fueran las cortinas de un escenario, y convierten la compra en una actuación para la gente que pasa por el vestíbulo. Se siente expuesto. Hace demasiado calor, y el olor de las flores, demasiado dulzón, se le mete por detrás de los ojos, denso y sofocante. El conjunto hace que desee salir de allí lo antes posible.

Sin embargo, el marica gordo del delantal insiste en enseñarle todas las posibilidades de ramos, clasificadas por color y variedad. Claveles para expresar gratitud, rosas para amor, margaritas para amistad o amor fiel. El hombre lleva las mangas subidas, de modo que muestra los pelos oscuros, rizados como vello púbico, que le cubren la piel desde las muñecas hasta casi los nudillos.

Está siguiendo un impulso; está corriendo un riesgo a pesar de haber sido tan cuidadoso con todo lo demás. Ha esperado meses para no despertar sospechas ni parecer demasiado ansioso.

En ella no hay luz, no es como sus chicas; sin embargo, está por encima de las lelas de clase baja que arrastran los pies de un lado a otro, todas intercambiables entre sí, salvo por la ropa, da igual en qué Chicago te encuentres. Le gusta la crueldad infantil de esta, le gusta sentir que está desafiando algo.

Sin prestar atención a la variedad de amarillos pálidos y rosas, toca el pétalo de un lirio abierto en actitud obscena. Al tocarlo, el estambre derrama oro en polvo sobre las baldosas negras y blancas.

—¿Es para expresar sus condolencias? —pregunta el florista.

—No, es una invitación.

Pellizca la cabeza de la flor para cerrarla y algo que hay dentro le pica. Agita la mano, aplastando la flor y tirando del cubo algunos de los largos tallos. El aguijón le tiembla en el dedo. El saco de veneno de la punta está desinflado y vacío. Del destrozo de flores del suelo surge una abeja que avanza a rastras, con las alas arrancadas y las patas inservibles.

El florista la aplasta de un pisotón.

—¡Maldito insecto! Lo siento mucho, señor, debe de haber venido de la calle. ¿Quiere un poco de hielo?

—Solo las flores —responde Harper, sacudiendo la mano para quitarse el aguijón. Nota una quemazón feroz, pero le sirve para aclararse la mente.

«Enfermera Etta —dice la tarjeta, porque no recuerda su apellido—. Elizabethan

Room, Congress Hotel. 8 p.m. Saludos, Un admirador».

Sale, con la mano todavía palpitándole por culpa del veneno, y vacila en la puerta de la joyería antes de comprar la pulsera de plata con dijes del escaparate. Una recompensa, por si aparece. Se dice que el que coincida con la que ya está clavada en su pared es una casualidad.

Ella ya está sentada a la mesa cuando llega, con las manos en el regazo sujetando con fuerza el bolso y examinando la sala por si ve a su admirador. Se ha puesto un vestido beis que resalta su figura, a pesar de que le aprieta un poco los brazos, por lo que Harper supone que lo ha pedido prestado. Se ha cortado la melena castaño-rojiza y se ha peinado con ondas al agua. Cuando ve que es él, parece hacerle gracia. Un pianista toca una melodía dulce y hueca mientras la banda se prepara.

—Sabía que eras tú —dice ella mientras tuerce la boca en una sonrisa irónica.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Se me ocurrió arriesgarme —responde él, y añade sin poder resistirse—. ¿Cómo está aquel caballero amigo tuyo?

—¿El doctor? Desapareció. ¿No lo sabías? —pregunta ella. Los ojos le brillan a la luz amarilla de las lámparas de araña.

—¿Crees que habría esperado tanto si lo supiera?

—Se rumorea que dejó preñada a alguna chica y que huyó con ella. O que se metió en problemas de apuestas.

—A veces pasa.

—Cabrón. Ojalá estuviera muerto.

El camarero les sirve limonada, lleva una rodaja de limón por la que Harper ha pagado un extra, pero está demasiado ácida y tiene que contenerse para no escupirla sobre el mantel.

—Te he traído una cosa —le dice a la enfermera mientras se saca del bolsillo la cajita de terciopelo de la joyería y la empuja hacia ella por encima de la mesa.

—Soy una chica con suerte —responde ella, sin moverse para cogerla.

—Ábrela.

—De acuerdo. —Saca la pulsera y la sostiene a la luz de la vela—. ¿A qué viene el regalo?

—Me pareces interesante.

—Solo me quieres tener porque no pudiste tenerme antes.

—Puede. O puede que matara a ese doctor.

—¿Ah, sí?

Tras colocarse la pulsera alrededor de la muñeca, la extiende para que él cierre el enganche, echando la mano hacia atrás de tal modo que el tendón destaca entre la fina

red de venas bajo su piel. Esta mujer hace que se sienta inseguro. Su carisma no funciona con ella como con las demás.

—Gracias. ¿Quieres bailar? —le pregunta Etta.

—No.

Las mesas que los rodean se están llenando. Las mujeres son mejores y llevan vestidos más peligrosos, con lentejuelas y tirantes finos. Los hombres lucen sus trajes con una confianza obscena. Esto ha sido un error.

—Pues vamos a tu casa.

Harper se da cuenta de que es una prueba, tanto para ella como para él.

—¿Estás segura? —pregunta mientras le palpita la mano, que todavía recuerda el dolor de la picadura de la abeja.

La lleva dando un rodeo, porque a pesar de que por ahí el camino es más largo, las calles están más vacías. Etta se queja de los tacones y, al final, se los quita, junto con las medias, y camina descalza. Harper le tapa los ojos para que recorra a ciegas las últimas manzanas. Un anciano los mira con el ceño fruncido, pero Harper besa a Etta en la cabeza. «¿Ve? —parece decir—. No es más que un juego de amantes». Lo es, en cierto modo.

No le destapa los ojos mientras abre la puerta y la guía bajo los tablones que la cruzan.

—¿Qué está pasando? —pregunta ella entre risitas.

Por los suaves jadeos, Harper se da cuenta de que está emocionada.

—Ya lo verás.

Cierra la puerta con llave antes de permitir que mire y la conduce al salón, más allá de la mancha oscura de la madera picada y abollada del pasillo.

—Qué elegante —comenta ella mientras examina los muebles. Divisa la licorera de whisky, que él ha rellenado—. ¿Tomamos un trago?

—No —responde él, agarrándole los pechos.

—Vamos al dormitorio —susurra ella cuando la empuja hacia el sofá.

—Aquí —dice él mientras la tumba sobre el estómago e intenta subirle el vestido.

—Es una cremallera —le explica Etta, sacando una mano para buscar el tirador.

Se retuerce y consigue subirse el vestido hasta las caderas. La erección de Harper empieza a perder fuerza, así que le sujeta las manos detrás de la espalda.

—No te muevas —le ordena entre dientes.

Entonces cierra los ojos y rememora las imágenes de las chicas abriéndose bajo él, con las entrañas derramándose, su forma de llorar y de retorcerse...

Acaba demasiado pronto. Harper gruñe al apartarse, con los pantalones por los tobillos. Quiere pegarle, es culpa suya. Zorra.

Pero ella se vuelve para besarlo con esa lengua astuta y veloz.

—Ha estado bien.

Baja la lengua hasta el regazo de Harper y, aunque no consigue que se le ponga dura, al final resulta ser más satisfactorio.

—¿Quieres ver una cosa? —pregunta Harper mientras se restriega con aire ausente la mancha de pintalabios de los testículos.

Ella se lía un cigarrillo sentada en el suelo, a sus pies, con el vestido colgándole de los hombros.

—Ya la he visto —responde con una sonrisa lasciva.

—Vístete —ordena tras guardársela en los pantalones.

—Vale.

La pulsera le tintinea en la muñeca cuando le da una larga calada al cigarrillo. Deja escapar una nube de humo entre el perfecto arco de sus labios.

—Es un secreto —le dice Harper.

Contárselo lo emociona, a pesar de que es consciente de que es una violación del acuerdo, pero necesita compartir con alguien su terrible gran misterio. Joder, es como ser el hombre más rico del mundo y no tener nada en que gastar el dinero.

—Vale —repite ella, y se le forma una arruguita cómplice en la comisura de los labios.

—No puedes mirar —la avisa.

No la llevará demasiado lejos, primero tiene que comprobar sus límites.

Esta vez utiliza el sombrero para taparle la cara antes de cruzar con ella el umbral que da a la calle, pero, aun así, Etta ahoga un grito al notar la luz. Salen a una cálida tarde de insistente brisa y llovizna de primavera. Ella lo entiende muy deprisa, como Harper había supuesto.

—¿Qué es esto? —pregunta mientras le clava los dedos en los brazos y contempla la calle.

Tiene los labios entreabiertos, lo suficiente para que Harper le vea la lengua pasar veloz sobre los dientes, adelante y atrás, adelante y atrás.

—Todavía no has visto nada —responde.

La lleva al centro, que no está muy cambiado, y comienzan a seguir a la muchedumbre hasta el parque Northerly Island, donde tiene lugar la Exposición Universal. Primavera de 1934. Ya ha pasado por aquí en sus excursiones.

«El siglo del progreso», rezan las pancartas. «La ciudad arcoíris». Atraviesan un pasillo de banderas entre el gentío emocionado y contento. Ella lo mira con ojos como platos y contempla las luces rojas que suben por el lateral de la estrecha torre construida para parecer un termómetro.

—Esto no está aquí —comenta, maravillada.

—Ayer, no.

—¿Cómo lo has hecho?

—No te lo puedo decir.

Harper no tarda en cansarse de las maravillas, que le parecen pintorescas. Los edificios son raros y, como bien sabe, temporales. Etta chilla y se aferra a su brazo al ver los dinosaurios que mueven la cola y la cabeza de un lado a otro, aunque a él no le impresionan los toscos mecanismos.

Hay una réplica de un fuerte con pieles rojas y un edificio japonés que parece un paraguas roto, todo lleno de pinchos. La Casa del Futuro en realidad no lo es, y la exposición de General Motors es risible. Un niño gigantesco con rostro deformado de muñeco está sentado a horcajadas en una carretilla roja extragrande, camino a ninguna parte.

No debería haberla llevado allí, es lamentable. Esos son los límites de la imaginación, el futuro pintado en colores chillones, como una puta barata, cuando él ha visto la realidad que los espera, rápida, densa y fea.

Ella nota su humor e intenta cambiarlo.

—Mira eso —exclama, señalando las góndolas con forma de cohete del Sky Ride, que corren entre dos enormes postes a ambos lados de la laguna—. ¿Quieres subir? Seguro que la vista es impresionante.

Harper compra las entradas a regañadientes, y el ascensor los lleva hasta arriba a una velocidad de vértigo. Y puede que arriba el aire sea más puro o quizá sea que amplía sus perspectivas. Tiene toda la ciudad ante él, la exposición al completo, extraña y nueva desde esa altura.

Etta lo toma por el brazo y se aprieta contra él, de modo que Harper nota su calor y la presión de sus senos a través del vestido. A la enfermera le brillan los ojos.

—¿Te das cuenta de lo que tienes?

—Sí —responde él.

Una compañera. Alguien que lo comprenderá. Ya sabía que Etta es cruel.

## KIRBY

14 de enero de 1993

—Hola, Kirsty. Lo siento mucho, se me había olvidado por completo. Perdí la noción del tiempo —le dice sin respirar Sebastian («llámame Seb») Wilson al abrirle la puerta.

—Es Kirby —lo corrige ella.

Ha tenido que esperar media hora en el vestíbulo de abajo hasta que ha conseguido que la recepcionista llamara a su habitación.

—Sí, claro, perdona. No sé dónde tengo la cabeza. Bueno, la verdad es que sí lo sé: está en medio de un trato importante. Entra, ¿quieres? Perdona el desorden.

Su habitación debía de ser una de las más pijas del hotel; en la planta más alta, con vistas al río y un salón incorporado, de esos con mesita de cristal en la que seguramente se veían los característicos arañazos de cuchilla y un muy leve rastro de polvos de cocaína.

En esos momentos, la mesita está enterrada debajo de un revoltijo de hojas de cálculo y formularios de datos. La cama está sin hacer y hay una colección de botellitas de licor vacías alrededor de la llamativa lámpara tamaño gigante de la mesita auxiliar. Sebastian aparta el maletín del sofá de cuero blanco para hacerle sitio.

—¿Te puede ofrecer algo? ¿Una copa? Si queda algo...

Echa un vistazo, avergonzado, a las botellas vacías, mientras se pasa los dedos por el pelo, calculadamente despeinado, aunque al hacerlo revela unas prematuras entradas en las sienes. «Peter Pan crecido y convertido en empresario —piensa Kirby—, aunque siga intentando sacarle provecho a su personaje de chico malo del instituto».

Debajo del traje caro, Kirby se percata de que los músculos, antes largos y esbeltos, se han ablandado, sobre todo en la zona de la cintura. Se pregunta cuándo fue la última vez que arregló una moto. O si se dice a sí mismo que volverá a hacerlo en cuanto gane su primer millón y se retire a los treinta y cinco.

—Gracias por dedicarme un poco de tu tiempo.

—Claro, no hay problema. Cualquier cosa para ayudar a Julia. Es una tragedia. Todavía no lo he, ya sabes... superado —dice, sacudiendo la cabeza—. Ese día.

—Me ha costado encontrarte.

—Lo sé, lo sé. La gran fusión. Normalmente, la empresa no está interesada en la zona interior, somos más de la costa, pero los granjeros necesitan hipotecas, igual que todo el mundo. Supongo que ni siquiera sabrás de qué te hablo. ¿Qué me dijiste que estudiabas?

—Periodismo. Pero la verdad es que lo acabo de dejar.

No era consciente de que había tomado esa decisión hasta que lo ha dicho en voz alta, hasta que se lo ha confesado a un completo desconocido. Pero a decir verdad, lleva más de un mes sin ir a clase y no ha entregado ningún trabajo desde hace dos meses. Con suerte, la pondrán en período de prueba.

—Sí, lo entiendo. Yo también acabé metido en todas esas manifestaciones políticas y tal. Creía que era una forma útil de usar mi rabia.

—Eres muy sincero.

—Estoy hablando con alguien que lo entiende, ¿verdad? No es lo normal.

—Ya te digo.

—Vamos, que tú has pasado por eso.

La puerta se abre, y por ella se asoma una doncella filipina.

—Oh, perdón —dice, y se retira rápidamente.

—Una hora, ¿vale? —le grita Sebastian bien fuerte—. ¡Vuelve para arreglar la habitación dentro de una hora! —Después esboza una sonrisa distraída—. ¿De qué estaba hablando?

—Julia. Política. Enfado.

—Sí, eso es. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Dejarlo todo? Jules habría querido que siguiera adelante, que hiciera algo por mi futuro. Y mírame ahora. Creo que estaría orgullosa, ¿no?

—Seguro —responde Kirby, suspirando.

A lo mejor la muerte lo concentra todo y hace que te conviertas en un capullo miembro de una fraternidad masculina aún más egoísta, a pesar de que en el fondo sufras y te sientas solo.

—Entonces ¿vas por ahí hablando con las familias de las víctimas? Debe de ser deprimente.

—No tanto como saber que el asesino se libra. Sé que hace mucho tiempo, pero ¿recuerdas si hubo algo que te extrañara cuando la policía encontró el cadáver?

—¿Estás de coña? Que tardaron dos días en encontrarla. Eso ya es una injusticia. Cuando pienso en ella allí tirada, en el bosque, sola...

Las palabras están tan manidas que irritan a Kirby. El tío las ha repetido tantas veces que ya no significan nada. —Estaba muerta, a ella le habría dado igual.

—Eres muy fría, señorita.

—Es la verdad. Por eso se dice que lo difícil es vivir con ello.

—Tranquila. Joder, creía que había una conexión entre nosotros.

—¿Había algo inusual? ¿Algo que encontraran en el cadáver que pareciera fuera de lugar, que no perteneciera a Julia? Un encendedor, joyas... Algo antiguo.

—No le iban las joyas.

—Vale, gracias —responde Kirby, cansada. ¿Cuántas entrevistas como esta ha

hecho ya?—. Has sido de mucha ayuda, te agradezco las molestias.

—¿Te conté lo de la canción? —suelta él.

—Lo recordaría.

—Para mí significa mucho. *Get It While You Can*, de Janis Joplin.

—No me pareces el típico fan de Joplin.

—Ni tampoco lo era Julia. Ni siquiera era su letra.

—¿El qué no era su letra? —pregunta Kirby, aferrándose a una chispa de esperanza. «Nada, no es nada, como lo de Jamel».

—La del casete que llevaba en el bolso. Supongo que se la daría alguien. Ya sabes cómo son las chicas en las residencias.

—Sí, todo el día intercambiando casetes y montando peleas de almohadas en ropa interior —se burla Kirby para ocultar su interés—. ¿Se lo contaste a los polis?

—¿El qué?

—Que no era su letra.

—¿Crees que uno de esos hijos de puta que la mataron era un fan de Joplin? Creo que más bien eran... —Hace como si sacara una pistola de los pantalones y la pusiera de lado—. ¡Pum, pum! ¡Que se joda la poli, tío! —Se ríe de su mala parodia y después se le arruga la cara, de pena—. Oye, ¿seguro que no quieres quedarte un rato y tomarte algo?

Ella sabe lo que quiere decir.

—No te serviría de nada —le dice.

# HARPER

1 de mayo de 1993

Le sorprende ver lo cerca que se quedan, a pesar de los coches, de los trenes y de la actividad frenética del Aeropuerto O'Hare. Ha descubierto que es fácil localizarlas ya que, sobre todo, se sienten atraídas por la ciudad, que no deja de expandirse cada vez más hacia el campo, como si fuera moho reclamando un trozo de pan.

La guía telefónica suele ser su punto de partida, pero Catherine Galloway-Peck no aparece en la lista de nombres, así que llama a sus padres.

—Hola —responde un hombre al otro lado de la línea con la misma claridad que si lo tuviera enfrente.

—Estoy buscando a Catherine, ¿me puede decir dónde encontrarla?

—Les he dicho mil veces que no vive aquí y que no tenemos absolutamente nada, repito, nada que ver con sus deudas.

Se oye un fuerte clic seguido de un zumbido monótono. Se da cuenta de que el hombre ha cortado la llamada, así que introduce otro cuarto de dólar en la ranurita y vuelve a pasar por todo el proceso, pulsando con decisión las teclas de números plateados mugrientas y desgastadas por otros dedos. El auricular suena durante un buen rato.

—¿Sí? —pregunta con precaución el señor Peck.

—¿Sabe dónde está? Necesito encontrarla.

—Santo cielo —responde el hombre—. A ver si entiende el mensaje: déjenos en paz. —Espera en vano una respuesta, lo bastante como para empezar a sentir miedo—. ¿Hola?

—Hola.

—Ah, no estaba seguro de si seguía ahí —dice, vacilante—. ¿Está bien mi hija? ¿Le ha pasado algo? Dios mío, ¿es que ha hecho algo?

—¿Por qué iba a hacer algo Catherine?

—No lo sé, no sé por qué hace nada. Pagamos para que fuera a ese sitio, intentamos comprenderlo. Nos dijeron que no era culpa de ella, pero...

—¿Qué sitio?

—El Centro de Recuperación New Hope.

Harper cuelga con delicadeza el aparato.

No la encuentra allí, pero va a una de las reuniones asociadas a la casa tutelada de New Hope, se sienta en silencio y —tal como sugiere el nombre— escucha desde el anonimato las lacrimógenas historias de los demás hasta que consigue que una anciana exyonqui muy amable llamada Abigail le dé su nueva dirección. La anciana

está encantada de que el «tío» de Catherine quiera ponerse en contacto con ella.

# CATHERINE

9 de junio de 1993

Catherine Galloway-Peck se pasea delante del lienzo en blanco. Mañana se lo llevará a Huxley y lo venderá por veinte pavos, aunque eso solo cubre el gasto de estirar el lienzo; pero a Huxley le dará pena y añadirá un chute de regalo, y aunque puede que tenga que compensárselo con una mamada, eso no la convierte en puta, porque es un favor, y los amigos se ayudan entre ellos. Puedes ayudar a un amigo a sentirse bien.

Además, se supone que lo que alimenta el arte es la depresión y la drogadicción. Mira Kerouac, o Mapplethorpe, ¡Haring!, ¡Bacon!, ¡Basquiat! Entonces ¿por qué cuando mira el lienzo en blanco sus fibras entretejidas le pitan en el cerebro como un piano desafinado atascado en una nota?

El problema ni siquiera es empezar, ha empezado veinte veces. Sin miedo, magnífica, con una idea muy clara de lo que pretende. Puede ver la imagen completa desplegándose en su cabeza, los colores que se solapan como ladrillos que la llevarán hasta el final; pero, de repente, se vuelve resbaladizo, se le escurre entre los dedos, no consigue sujetarlo y los colores se enturbian. Acaba con *collages* medio terminados de páginas arrancadas de viejas novelas malas que compró por un dólar la caja; después los pinta una y otra vez para borrar las palabras. La idea era hacer una caja de luz con agujeritos que escribieran frases nuevas que solo ella conocería.

Es un alivio abrir la puerta y encontrárselo allí. Creía que a lo mejor era Huxley, anticipándose a su necesidad; o Joanna, que a veces le lleva café y un sándwich, aunque cada vez la visita menos y cada vez la mira con una expresión más dura.

—¿Puedo entrar? —pregunta el hombre.

—Sí —responde ella, y abre la puerta a pesar de que él lleva una navaja y un pasador de pelo con un conejito rosa de hace unos ocho años, si no se equivoca, pero que parece comprado ayer mismo. Se da cuenta de que ha estado esperándolo desde que tenía doce años, desde que se sentó junto a ella en la hierba durante los fuegos artificiales. Su padre no estaba en ese momento porque los perritos con chile nunca le han sentado bien y había tenido que ir a los retretes portátiles. Le dijo al hombre que no se le permitía hablar con desconocidos y que llamaría a la policía, aunque, en realidad, se sentía halagada de que se interesara por ella.

Él le explicó que ella brillaba más que los estallidos que iluminaban el cielo por encima de los edificios y se reflejaban en el cristal, que había visto su luz de lejos y que eso significaba que tendría que matarla. No ahora, más adelante, cuando creciera. Ella tenía que estar pendiente por si lo veía.

Después alargó una mano y Catherine dio un respingo para alejarse, pero él no la

tocó, o más bien solo lo hizo para quitarle el pasador del pelo. Y fue eso, más que la terrible e inexplicable noticia que le había dado, lo que la hizo llorar desconsolada ante la consternación de su padre, cuando por fin regresó, pálido, sudoroso y agarrándose el estómago.

Y ¿no fue precisamente eso, el hombre del parque que le había dicho que la mataría, lo que la lanzó a la espiral de autodestrucción?

«Eso es algo demasiado terrible para decírselo a un niño», piensa ella, pero lo que dice es:

—¿Quieres beber algo?

Interpreta el papel de la anfitriona educada, como si tuviera algo más que ofrecer que agua en un vaso manchado de pintura.

Vendió su cama hace dos semanas, pero encontró un sofá roto en la acera y engatusó a Huxley para que la ayudase a subirlo por la escalera y después a bautizarlo, porque, «Venga, Cat, no iba a hacerlo gratis».

—Me dijiste que brillaba. Como los fuegos artificiales. Fue en el Taste of Chicago. ¿Te acuerdas? —pregunta.

Después hace una pirueta en el centro de la habitación y está a punto de caerse. ¿Cuándo comió por última vez? ¿El martes?

—Pero no es cierto.

—No —responde ella, y se deja caer en el sofá.

Los cojines están en el suelo, ha empezado a arrancar las costuras en busca de restos. De un poquito de farlopa que se le hubiera pasado. Antes tenía un Dustbuster con el que aspiraba las rendijas que quedan entre las tablas del suelo, y cuando estaba muy desesperada rebuscaba en la bolsa, pero no recuerda lo que le pasó al cacharro. Se queda mirando, aturdida, las novelas con la mitad de las historias arrancadas y desperdigadas por el suelo. Arrancar las páginas ha sido catártico, aunque no las pinte. La destrucción es un instinto natural.

—Ya no tienes luz —dice él, devolviéndole el pasador—. Pero tendré que volver de todos modos —añade, enfadado con ella—. Debo cerrar el círculo.

Ella recoge el pasador, atontada. El conejito rosa tiene los ojos cerrados, lo simbolizan dos pequeñas equis donde tendrían que estar los ojos, y aun hay otra más para la boca. Catherine piensa en comérselo. La hostia de la comunión de una sociedad consumista. En realidad, sería una buena idea para una obra.

—Lo sé, y lo siento. Creo que es por las drogas. —Sin embargo, sabe que no es verdad, que es la razón por la que se droga. Como la visión de su arte que se le escurre entre los dedos, ella tampoco es capaz de aferrarse al mundo. Es demasiado para ella—. ¿Me vas a matar de todos modos?

—Para qué voy a perder el tiempo —responde, y ni siquiera es una pregunta.

—Has venido, ¿no? Vamos, que estás aquí, no me lo estoy imaginando.

Catherine rodea la hoja de la navaja con la mano, pero él la retira. El ardor de la palma hace que se sienta más viva de lo que se ha sentido en mucho tiempo. Es un dolor feroz y claro. No como el pinchazo de la aguja en la piel de entre los dedos, el crack mezclado con vinagre blanco para poder inyectarlo.

—Me lo prometiste —añade.

Ella le coge la mano, y él se burla, pero un pánico momentáneo, mezclado con asco, se le refleja en la cara. Catherine conoce esa mirada, la ha visto en los rostros de la gente cuando les cuenta su bulo de que necesita cambio para el autobús porque le han robado y tiene que volver a casa. ¿No es esto lo que esperaba? Estaba haciendo tiempo porque necesita llegar al lugar donde las imágenes de su cabeza cobrarán sentido. Necesita que él la lleve hasta allí. «Sangre salpicando el lienzo. Chúpate esa, Jackson Pollock».

# JIN-SOOK

23 de marzo de 1993

*Chicago Sun-Times*

EL BRUTAL ASESINATO DE UNA APASIONADA TRABAJADORA SOCIAL CONMOCIONA A LA CIUDAD

por Richard Gere

CABRINI GREEN—. El cadáver apuñalado de una joven trabajadora social fue hallado ayer a las cinco de la mañana bajo la línea del El, en la esquina de West Schiller con North Orleans.

Jin-Sook Au (24 años) era trabajadora social en el Departamento de Vivienda Social del Ayuntamiento de Chicago, en una de las zonas de viviendas sociales más peligrosas de la ciudad. Pero la policía prefiere no especular sobre la posible relación del asesinato con las bandas.

«No vamos a hacer público ningún detalle en estos momentos, todas las líneas de investigación están abiertas —ha declarado el inspector Larry Amato—. Pedimos a cualquier persona con información que se ponga en contacto con nosotros urgentemente».

El cadáver fue descubierto a dos manzanas de la moderna zona de restaurantes y clubes de comedia de Old Town. Todavía no ha aparecido ningún testigo.

El asesinato ha conmocionado al personal del Departamento de Vivienda y a los residentes de Cabrini Green. En palabras de la portavoz del Departamento, Andrea Bishop: «Jin-Sook era una joven brillante, con una pasión y una perspicacia que dejaban huella. Estamos horrorizados y lamentamos profundamente su pérdida».

Tonya Gardener, una residente de Cabrini, aseguró que la comunidad echaría mucho en falta a la señorita Au. «Era de las que lo explicaban todo bien. Te sentías como si supieras qué estaba pasando, aunque ella no pudiera echarle una mano. Se le daban bien los críos y siempre les traía regalitos, libros y eso, aunque ellos pedían caramelos. Eran cosas para inspirarlos, ya sabe, la biografía de Martin Luther King o los CD de Aretha Franklin. Negros fuertes que les sirvieran de ejemplo, ¿sabe?».

Los padres de la señorita Au no han querido hacer declaraciones. La comunidad coreana se ha concentrado para prestar su apoyo a la familia y el jueves celebrará un homenaje con velas en la iglesia presbiteriana de Betania. Se dará la bienvenida a todo el que desee asistir.

En la fotografía que acompaña a la noticia se ve un cadáver tapado con una manta en un descampado, entre un aparcamiento y una casa en ruinas, bajo los puntales que soportan las vías del El. La zona está vallada, pero eso no ha impedido que la gente la use como basurero improvisado. Una bolsa de basura que no llegó a la esquina para que la recogieran está acurrucada al lado de una lavadora muerta y tumbada de lado.

Un joven poli de barrio enfadado agita la mano hacia la cámara, esperando oscurecer la foto o disuadir al fotógrafo.

Si la cámara del periodista se hubiera movido un par de centímetros a la izquierda, habría captado unas alas que el viento había aplastado contra la valla, tan desgarradas que resultan irreconocibles. Se han quedado medio ocultas bajo una bolsa de plástico de Walgreen enredada en el elástico, pero todavía se puede apreciar una fina capa de pintura de radio.

Sin embargo, en aquel momento, la línea roja del El pasa traqueteando por

encima, y la corriente que levanta a su paso se las lleva hasta que acaban uniéndose al resto de los desechos de la ciudad.

No parece un robo. Han vaciado su bandolera en el suelo, junto a ella, pero no han tocado la cartera, que sigue cerrada y en la que hay sesenta y tres dólares más algunas monedas. También han encontrado un cepillo con varios cabellos negros largos que se identificarán como suyos, un paquete de pañuelos de papel, un cacao de labios, los expedientes de los casos del Departamento de Vivienda sobre las familias con las que trabajaba, un libro de la biblioteca (*Parable of the Sower*, de Octavia Butler) y una cinta de vídeo, *En vivo desde el All Jokes Aside*, un club de comedia local en el que solo actuaban negros. Los típicos artículos que siempre llevaba a los críos. Los polis no se dieron cuenta de que faltaba una tarjeta de béisbol... de un famoso jugador afroamericano.

## KIRBY

23 de marzo de 1993

—Dame todo lo que tengas —le dice directamente Kirby a Chet.

—Tía, tranqui, que ni siquiera es tu historia —responde el bibliotecario.

—Venga, Chet, alguien tiene que haber escrito una historia de interés humano sobre ella. ¿Chica coreano-americana que trabaja en uno de los barrios más duros de la ciudad? Demasiado bueno para que se resistan.

—No.

—¿Por qué?

—Porque Dan me ha llamado esta mañana y me ha dicho que me colgaría junto a mis pelotas después de cortármelas con unas tijeras escolares de punta redonda. No quiere que te metas.

—Es muy amable por su parte, aunque no sea asunto suyo.

—Eres su becaria.

—Chet, ya sabes que yo doy más miedo que Dan.

—¡Vale! —exclama él levantando las manos con un movimiento entorpecido por el peso de sus joyas—. Espera aquí y no se lo digas a Velasquez.

Ella sabía que no sería capaz de resistirse a la tentación de practicar sus artes arcanas en las pilas de papeles.

Regresa diez minutos después con varios recortes sobre Cabrini y la incompetencia del Departamento de Vivienda social en general.

—También te he sacado información sobre la zona de Robert Taylor Homes. ¿Sabías que los primeros residentes de Cabrini eran en su mayoría italianos?

—No.

—Ahora ya lo sabes. Te he buscado un artículo sobre eso y sobre la huida de los blancos hacia los barrios residenciales en general.

—No te andas con chiquitas.

También saca un sobre de papel manila como si fuera un mago.

—¡Tachán! Día de Corea de 1986, tu chica quedó segunda en el concurso de ensayos.

—¿Cómo lo has hecho?

—Si te lo dijera, tendría que matarte —responde mientras esconde su cabeza de pelo revuelto a posta detrás de *La cosa del pantano*—. Lo digo en serio —añade sin levantar la mirada.

Empieza con el inspector Amato.

—¿Sí?

—Le llamo por el asesinato de Jin-Sook Au.

—¿Sí?

—Necesito más información sobre cómo la mataron...

—Búsquese su dosis de morbo en otra parte, señora —responde él, y cuelga.

Ella vuelve a llamar y le explica al agente de servicio que le coge el teléfono que se le ha cortado la llamada por accidente. La pasan de nuevo al escritorio del inspector. Él responde de inmediato.

—Amato.

—Por favor, no cuelgue.

—Tiene veinte segundos para convencerme.

—Creo que están tratando con un asesino en serie. Si habla con el inspector Diggs de Oak Park, él confirmará mi caso.

—¿Y usted es?

—Kirby Mazrachi. Me atacaron en 1989 y estoy segura de que es el mismo tío. ¿Dejó algo al lado del cadáver?

—No se ofenda, señorita, pero tenemos nuestros procedimientos. No puedo darle esa clase de información, pero hablaré con el inspector Diggs. ¿Tiene un número al que pueda llamarla?

Ella le da su número y el número del *Sun-Times*, por si acaso. Espera que eso los obligue a tomarla en serio.

—Gracias, la llamaré.

Kirby repasa los artículos que Chet le ha conseguido. No le dicen nada sobre Jin-Sook Au, aunque averigua más de lo que habría deseado saber sobre las prácticas inmobiliarias poco éticas y sobre los altibajos en la historia del Departamento de Vivienda. Hay que ser muy cabezota e idealista para intentar trabajar en esa organización.

Está inquieta, siente la tentación de visitar la escena del crimen pero, en vez de hacerlo, busca más información en la guía telefónica. Hay cuatro Au en el listín y no le cuesta dar con el número correcto, es el que siempre está comunicando porque lo han descolgado.

Al final coge un taxi para ir a Lakeview, al hogar de Don y Julie Au. No responden ni al teléfono ni al timbre. Se queda fuera y espera en la parte de atrás de la casa sin que le importe que haga un frío mortal ni que, a pesar de intentar calentarse las puntas de los dedos bajo las axilas, se las sienta entumecidas. Y, noventa y ocho

minutos después, cuando la señora Au sale sigilosamente por la puerta de atrás con su bata y su gorro de ganchillo color crema (adornado con una rosa en la parte delantera), ella está allí esperándola. La mujer tarda una eternidad en llegar al supermercado, como si cada paso que diera fuese una tarea que debía recordarse una y otra vez. A Kirby le cuesta mantenerse fuera de su vista.

En la tienda, se encuentra a la señora Au de pie en el pasillo del té y el café mirando, sin ver, una caja de té de jazmín que sostiene en la mano, como si la caja pudiera darle respuestas.

—Perdone —le dice Kirby, tocándole el brazo.

La mujer se vuelve hacia ella sin verla apenas. Su rostro, surcado de profundas arrugas, es la pura imagen de la tristeza. Kirby se queda paralizada, no puede evitarlo.

—¡Nada de periodistas! —exclama la mujer, que vuelve a la vida y sacude la cabeza con frenesí—. ¡Nada de periodistas!

—Por favor, escúcheme. No soy periodista, técnicamente. Alguien intentó matarme.

La mujer parece aterrada.

—¿Está aquí? Hay que llamar a la policía.

—No, espere —responde Kirby, perdiendo el control de la situación—. Creo que a su hija la mató un asesino en serie que me atacó a mí hace unos años. Pero necesito saber cómo la apuñalaron. ¿El asesino intentó destriparla? ¿Dejó algo al lado del cuerpo? ¿Algo que estuviera fuera de lugar, que usted sepa que no era suyo?

—¿Está usted bien, señora? —pregunta un cajero que ha salido de detrás del mostrador. Le ha pasado a la señora Au un brazo sobre los hombros para protegerla, porque la mujer está colorada y tiembla entre sollozos.

Kirby de repente se da cuenta de que ha estado gritando.

—¡Estás enferma! —grita la señora Au a Kirby—. ¿Que si el hombre que hizo esto se dejó algo en el cuerpo? ¡Sí! Mi corazón. Me lo arrancó del pecho. ¡Mi única hija! ¿Lo entiendes?

—Lo siento, lo siento mucho.

«Mierda, mierda, mierda, ¿cómo he podido hacerlo tan mal?».

—Sal de aquí ahora mismo —le advierte el cajero—. Pero ¿a ti qué te pasa?

Si todavía tuviera un contestador automático, a lo mejor habría logrado evitarlo. El caso es que llega al *Sun-Times* a la mañana siguiente y se encuentra a Dan esperándola en el vestíbulo. La agarra por el codo y la lleva afuera casi en volandas.

—Pausa para fumar.

—Tú no fumas.

—Por una vez en tu vida, no discutas. Vamos a dar un paseo, los cigarrillos son opcionales.

—Vale, vale.

Tira del brazo para sacudirse a Dan de encima mientras él la lleva fuera del edificio y bajan hasta la acera. Los bloques se reflejan los unos en los otros. Es una ciudad infinita atrapada en el cristal.

—Oye —dice Kirby—, ¿tú habías oído hablar del acoso inmobiliario? ¿Agentes inmobiliarios cabrones que alojan a una familia negra en un barrio de blancos y después meten el miedo en el cuerpo a los demás residentes con la idea de que el barrio se irá a la mierda, de modo que ellos venden las casas por debajo de su precio, y los agentes se llevan una buena comisión?

—Ahora no, Kirby.

El aire que les llega desde el agua viene frío y se les mete en los huesos hasta la médula. Un barco de mercancías se arrastra por el agua y la agita a su paso antes de deslizarse limpiamente bajo el puente.

Kirby se rinde ante su acusación silenciosa.

—¿Se ha chivado Chetty?

—¿De qué? ¿De tu acceso a recortes de prensa antiguos? Eso no es ilegal. En cambio, acosar a la madre de una víctima de asesinato...

—Mierda.

—Han llamado los polis, no están contentos. Harrison se ha puesto apocalíptico. ¿En qué estabas pensando?

—¿No querrás decir apopléjico?

—Sé muy bien lo que quiero decir. Apocalíptico. Que te va a caer una puta lluvia de fuego encima, vamos.

—No es nada nuevo. Llevo haciéndolo todo el año, Dan, incluso localicé al exnovio de Julia Madrigal. Que era horrible en un sentido muy triste.

—Bendito sea Dios, dame paciencia —se lamenta Dan—. No me lo pones fácil —añade mientras se frota la cabeza.

—No hagas eso, te vas a quedar calvo —le suelta Kirby.

—Tienes que calmarte.

—¿En serio? ¿Es eso lo que quieres decirme en realidad?

—O, al menos, tienes que ser razonable. ¿Es que no ves que cuando te comportas así pareces una loca?

—No.

—Vale, haz lo que quieras. Harrison te está esperando en la sala de juntas.

Un inspector, un redactor de la sección local y un periodista de deportes entran en una habitación. Y ya está, no hay chiste, solo una movida del copón para ella solita.

El inspector Amato lleva puesto el uniforme completo, con chaleco antibalas incluido, para que Kirby entienda lo serio que es el asunto. Tiene cicatrices de acné

en las mejillas, como si se hubiese lijado la cara, lo que le confiere un aspecto de hombre curtido, como un vaquero. «Un toque de chico duro te da clase», piensa Kirby. Pero las mejillas hinchadas y las bolsas bajo los ojos le dicen que no está durmiendo mucho. Ella lo entiende perfectamente. Se pasa la mayor parte del sermón mirándole las manos para mantener la cabeza baja y parecer más arrepentida.

La alianza del poli es de oro, está arañada y se le clava en el dedo, lo que significa que la lleva desde hace mucho tiempo. Le queda un rastro de tinta negra en el dorso de la mano, los restos de un número de teléfono o de una matrícula que ha tenido que apuntar a toda prisa. Eso hace que a Kirby le guste más. El discurso —no se le exige responder, apenas asentir con la cabeza de vez en cuando— es como los que ya le ha oído a Andy Diggs, cuando el inspector todavía respondía a sus llamadas y no se la endilgaba a un agente primerizo para que le cogiera el mensaje.

«No es apropiado», dice el inspector Amato. Ha hablado con el inspector Diggs, que está trabajando en el caso de Kirby. Sí, todavía. Lo ha puesto al corriente. Nadie es más consciente que ellos de lo mucho que está sufriendo. Ellos tienen que tratar con cosas así continuamente. Quieren pillar a los malos, hacer lo que sea por encontrarlos, pero hay un procedimiento.

Ella está tergiversando las pruebas con sus especulaciones y con su forma de mezclar a los testigos. Sí, a la víctima la apuñalaron y le rajaron varias veces el abdomen y la zona pélvica. Los casos tienen eso en común. Pero no se dejó ningún objeto cerca del cadáver. El modus operandi era completamente distinto al del ataque de Kirby. No había ligaduras, ni indicios de que fuese un asalto planificado. Y sentía ser tan sincero, pero el ataque parecía el de un aficionado en comparación con lo que le pasó a ella. Era incluso descuidado, como de un asesino que acabara de empezar a matar. Era un horrible crimen de oportunidad. No descartan a un imitador. Y justo por eso la policía no ha abierto la boca sobre el caso, porque no quieren alertar a nadie, y Kirby debe agradecerle que esté allí de manera extraoficial y que no vaya a quedar constancia de la visita.

Es un apuñalamiento, pero hay muchos apuñalamientos. Debe confiar en que la policía hará su trabajo. Y lo harán. Que, por favor, confíe en él.

Entonces, Harrison se disculpa durante diez minutos mientras el inspector se mueve, nervioso, porque está claro que quiere salir de allí una vez ha soltado el discurso. Harrison explica que ella no es una empleada oficial y que, por supuesto, el *Sun-Times* siempre ha apoyado el trabajo de la policía de Chicago, y que si hay algo que ellos puedan hacer, ahí tiene su tarjeta, que lo llame en cualquier momento.

El poli se va y aprieta el hombro de Kirby al salir mientras añade:

—Lo cogeremos.

Pero a ella no le parece reconfortante, teniendo en cuenta que todavía no lo han hecho.

Harrison la mira, expectante, esperando a que diga algo. Y después lo suelta todo.

—¿En qué coño estabas pensando?

—Tienes razón, debería haberme preparado mejor. Quería llegar hasta ella mientras todavía lo tuviera fresco, no esperaba que fuera algo tan... crudo... —Se le encoge el estómago. Se pregunta si Rachel había tenido el mismo aspecto.

—No es momento de que me repliques —exclama Harrison como una fiera—. Has desprestigiado a este periódico, has puesto en peligro nuestra relación con la policía y es posible que hayas perjudicado un caso de asesinato. Además has molestado a una anciana desconsolada que no necesita saber de tu mierda y has incumplido tus obligaciones.

—No estaba escribiendo sobre eso.

—No me importa. Tú cubres deportes. No puedes ir por ahí entrevistando a las familias de víctimas de asesinato, porque para eso tenemos periodistas de homicidios de verdad, con experiencia y sensibles. No te salgas ni medio centímetro de tu sección, ¿me entiendes?

—Publicaste el artículo que hice sobre Naked Raygun.

—¿Qué?

—La banda punk.

—¿Intentas volverme loco? —pregunta Harrison con incredulidad. Dan cierra los ojos y pone cara de sufrimiento.

—Sería una buena historia —insiste ella sin dar muestra alguna de arrepentimiento.

—¿El qué?

—Asesinatos no resueltos y sus consecuencias. Con un toque personal trágico. Carne de Pulitzer.

—¿Siempre es así de imposible? —pregunta Harrison a Dan, pero Kirby se percata de que le da vueltas a la idea. Sin embargo, Dan no pica.

—Olvídalo —interviene—. Ni de coña.

—Es interesante —dice Harrison—. Tendría que escribirlo con un periodista experimentado. Puede que Emma, o Richie.

—No lo va a hacer —insiste Dan en tono duro.

—Oye, no hables por mí.

—Eres mi becaria.

—¿Qué coño te pasa, Dan? —pregunta Kirby, casi a voces.

—A esto me refiero, Matt. Está fatal. ¿Quieres un escándalo en serio? Titular del *Tribune*: «Periodista novata pierde la cabeza. Redactor jefe de local responsable de crisis nerviosa. Madre de víctima de asesinato hospitalizada por la conmoción. Comunidad coreano-americana indignada. Los casos de homicidio de Chicago

retroceden veinte años».

—Vale, vale, ya lo pillo —responde Harrison, agitando la mano como quien espanta una mosca.

—¡No le hagas caso! ¿Por qué le haces caso? ¿De verdad te vas a tragar toda esa mierda? Ni siquiera es plausible. Venga, Dan.

Kirby intenta obligarlo a mirarla por pura fuerza de voluntad. Si la mira a los ojos pondrá al descubierto su farol, pero Dan mira directamente a Harrison antes de dar el golpe de gracia.

—Es emocionalmente inestable. Ni siquiera va a clase. He hablado con su profesora.

—¿Que has hecho qué?

—Quería que la profesora te escribiera una carta de recomendación —responde Dan, ahora sí, mirándola a los ojos—. Para intentar conseguirte un trabajo de verdad aquí. Resulta que no has ido a clase ni has entregado ningún trabajo en todo el semestre.

—Que te jodan, Dan.

—Ya basta —dice Harrison usando el mismo tono con el que dicta los titulares—. Kirby, tienes instinto para las buenas historias, pero Velasquez está en lo cierto, estás demasiado metida en esta. A pesar de todo, no voy a ponerte de patitas en la calle.

—¡No puedes despedirme! Trabajo gratis.

—Pero sí que vas a tomarte un descanso, un tiempo muerto. Vuelve a clase. Lo digo en serio. Medita un poco. Ve a ver a un loquero, si es lo que te hace falta. Lo que no vas a hacer es intentar escribir una historia sobre asesinatos ni molestar a las familias, ni pisar de nuevo este edificio hasta que yo lo diga.

—Podría cruzar la calle y pedir trabajo, o llevar la historia a *The Reader*.

—Bien dicho. Los llamaré para que sepan que no deben tratar contigo.

—Estás siendo injusto.

—Sí, claro, bienvenida al mundo de los curritos. No quiero verte aquí hasta que te hayas calmado, ¿me entiendes?

—Sí, señor, señor —responde Kirby, que ni siquiera intenta reprimir su rencor. Se levanta para irse.

—Eh, niña, ¿quieres tomar un café? —se atreve a proponer Dan—. ¿Quieres que hablemos? Estoy de tu lado.

En un oscuro momento de rabia, Kirby piensa que lo justo es que Dan se sienta mal. Debería sentirse como la mierda caliente y untada en el parabrisas del coche de una ex infiel.

—No contigo —responde, y se larga hecha una furia.

# HARPER

20 de agosto de 1932

Harper recoge a Etta en el hospital después de su turno y la lleva de nuevo a la Casa. Siempre le tapa los ojos y siempre toma una ruta distinta. Después, la acompaña a la calle en la que tiene alquilada una habitación. Ha cambiado de compañera porque Molly se marchó después del incidente de los espaguetis, según le cuenta Etta.

Harper desahoga su ansiedad con ella. La lubricidad entre gruñidos que se convierte en caliente alivio ahuyenta todo lo demás. Cuando se mueve dentro de ella no tiene que pensar en que leyó mal el mapa y que Catherine ya no tenía luz. La mató deprisa, sin placer ni ritual; le metió la navaja entre las costillas hasta llegar al corazón. No se llevó nada ni dejó nada atrás.

Volver a buscar a su versión más joven en el parque, bajo los fuegos artificiales que florecían en el cielo nocturno, y quitarle el pasador del conejito había sido un acto mecánico. La pequeña Catherine sí que tenía luz. ¿Debería haberle advertido de que perdería su don? «Es culpa mía», piensa. No debería haber intentado darle la vuelta a la caza.

Follan en el salón porque no le permite a Etta subir la escalera. Cuando necesita orinar, le dice que lo haga en el fregadero de la cocina, y ella se levanta el vestido y se agacha allí; fuma y charla mientras vacía la vejiga. Le habla de sus pacientes, de un minero de Adirondacks que tose flemas mezcladas con hollín y sangre, del parto de un feto muerto y de una amputación de ese mismo día: un niño que se había caído en una rejilla rota de la calle y se le había quedado la pierna atrapada.

—Muy triste —dice, pero sonrío al decirlo.

No deja de parlotear. Habla para que él no tenga que hacerlo. Se inclina y se levanta la falda sin que él se lo pida.

—Llévame a alguna parte, cariño —le pide mientras él se la guarda, al cabo de un rato—. ¿Por qué no lo haces? Me dejas con las ganas —añade, deslizando la mano por los vaqueros de Harper, un irritante recordatorio de que se lo debe.

—¿Adónde te gustaría ir?

—A algún lugar emocionante. Tú eliges. Donde tú quieras.

Al final resulta demasiado tentador. Para los dos.

Con ella hace salidas breves. No como cuando salieron la primera vez. Estas duran media hora o veinte minutos, lo que significa que deben quedarse cerca. La lleva a ver la autopista, y ella apoya la barbilla en su hombro y esconde la cara ante el rugido del tráfico, o aplaude y salta sobre los talones con una calculada expresión de felicidad femenina al ver cómo giran las lavadoras de la lavandería. La evidente farsa

de su reacción es un placer que ambos comparten. Ella juega a ser la clase de mujer que Harper necesita, pero él sabe que Etta tiene el corazón podrido.

«A lo mejor es posible», piensa él. Quizá con Catherine llegó el final. Tal vez ninguna de las chicas vuelva a ser luminosa y él quedaría así libre. Sin embargo, la habitación sigue vibrando cuando sube. Y la puñetera enfermera no deja de incordiarlo. Restriega los pechos desnudos, sacados del uniforme, contra el brazo de Harper cuando él se remanga la camisa, y le pregunta con su vocecita de niña pequeña:

—¿Es difícil hacerlo? ¿Es que arriba tienes un panel de control, como en las calderas?

—Solo funciona conmigo.

—Entonces, da igual que me lo cuentes.

—Necesitas la llave y la voluntad de mover el tiempo hacia donde debe estar.

—¿Puedo intentarlo? —insiste ella.

—No es para ti.

—¿Como la habitación de arriba?

—No deberías seguir haciendo preguntas.

Se despierta en el suelo de la cocina. Tiene la cara apoyada en el frío linóleo y unos hombrecillos con martillos le golpean detrás de los ojos. Se sienta, mareado, y se limpia la saliva de la mejilla con el dorso de la mano. Lo último que recuerda es que Etta le preparó un trago del mismo alcohol potente que se tomaron la primera vez que salieron juntos, aunque este dejaba un regusto amargo.

Por supuesto, ella tiene acceso a somníferos. Se maldice por ser tan idiota.

Etta da un respingo cuando él entra en la habitación, pero es un sobresalto momentáneo.

La maleta está abierta sobre el colchón, donde él la puso después de darse cuenta de que faltaban cosas. El dinero está ordenado en montoncitos.

—Es precioso —dice ella—. Mira esto, ¿te lo puedes creer? —pregunta, y cruza el cuarto para besarlo.

—¿Por qué has subido? Te dije que no lo hicieras —responde él, y de una bofetada la tira al suelo.

Ella, todavía en el suelo y con las piernas dobladas bajo su cuerpo, se sujeta la mejilla con ambas manos. Esboza una sonrisa, aunque, por primera vez, parece dudar.

—Cariño —dice para tranquilizarlo—. Sé que estás molesto. No pasa nada. Tenía que verlo y tú no me lo querías enseñar, pero ya lo he visto y puedo ayudarte. ¿Tú y yo? Dominaremos el mundo.

—No.

—Deberíamos casarnos. Me necesitas. Conmigo eres mejor.

—No —repite Harper, aunque es cierto. Le mete los dedos en el pelo.

Se pasa un buen rato golpeándole la cabeza contra la estructura metálica de la cama hasta que consigue abrirle el cráneo, como si estuviera atrapado para siempre en ese momento.

No ve al joven drogata vagabundo de ojos saltones que se ha colado de nuevo en la casa, en pleno subidón de su último chute y con la esperanza de otro mejor, y que observa aterrado desde el pasillo. No oye a Mal dar media vuelta y bajar volando por la escalera, porque siente pena por sí mismo y ha empezado a sollozar entre lágrimas y mocos que le caen por la cara.

—Me has obligado a hacerlo. Me has obligado. Puta zorra.

# ALICE

1 de diciembre de 1951

—¿Alice Templeton? —pregunta, no muy seguro.

—¿Sí? —responde ella al volverse.

Es el momento que ella lleva esperando toda la vida. Lo ha revivido en su cabeza, ha rebobinado para reproducirlo una y otra vez.

«Él entra en la fábrica de chocolate y todas las máquinas se detienen en seco con empatía mecánica, mientras el resto de las chicas levantan la mirada para verlo acercarse a ella y tumbarla sobre sus brazos. Antes de apretar los labios contra los suyos y robarle el aliento, le dice: “Te dije que volvería a por ti”.

»O se apoya de lado en el mostrador de cosmética mientras ella aplica carmín a una dama de la alta sociedad que se gastará en un pintalabios más dinero del que ella gana en una semana y dice: “Perdone, señorita, he estado buscando por todas partes al amor de mi vida. ¿Me ayuda?”. Y después le ofrece una mano, y ella pasa por encima del mostrador y deja atrás a la señora que la mira con el ceño fruncido. Él la coge en volandas y le da vueltas hasta que la deja en el suelo, la mira con deleite, y los dos salen corriendo de los grandes almacenes, de la mano, entre risas, y el guarda de seguridad dirá: “Pero, Alice, todavía no se ha acabado tu turno”. Y ella se quitará la chapita dorada con su nombre, la lanzará a sus pies y responderá: “Charlie, ¡dimito!”.

»O él entrará en la sala de las secretarias y exclamará: “¡Necesito una chica!”. Y será ella.

»O la tomará de las manos y la salvará de restregar los suelos del restaurante de rodillas, como Cenicienta —no importa que en realidad usara una mopa—, y dirá con una ternura increíble: “Ya no tienes por qué seguir haciendo eso”».

No esperaba que fuese a verla mientras iba camino del trabajo. Quiere llorar de alivio, pero también de frustración, porque en ese momento no puede estar menos glamurosa. Un pañuelo le cubre el pelo para ocultar que está sucio y lacio, se le han helado los pies dentro de las botas, tiene las manos cuarteadas y las uñas mordidas, apenas lleva maquillaje porque tener un trabajo en el que hablas por teléfono todo el día significa que la gente solo te juzga por tu voz. «Departamento de Ventas del catálogo de Navidad de Sears, ¿qué desea encargar?».

Una vez, un granjero la llamó para encargarse de un tacómetro nuevo para su John Deere y acabó proponiéndole matrimonio. «No me importaría despertar con esa voz

al oído», aseguró, y le suplicó que quedara con él cuando volviera a la ciudad, pero ella se lo quitó de encima tomándose a risa. «No soy para tanto», respondió.

Alice ha tenido en el pasado malas experiencias con hombres que esperaban que fuera más y menos de lo que es. También ha habido otros buenos pero, normalmente, cuando ya saben de antemano qué es lo que hay, suelen tratarse solo de breves encuentros apasionados. Ella quiere «un amor de domingo», como dice la canción, *A Sunday Kind of Love*. Uno que dure más que los besos con sabor a ginebra del sábado por la noche. Su relación más larga fue de diez meses, y él no dejaba de romperle el corazón y volver a empezar. Alice quiere más. Lo quiere todo. Ha estado ahorrando para ir a San Francisco, donde dicen que las cosas son más sencillas para las mujeres como ella.

—¿Dónde has estado? —le pregunta sin poder contenerse.

Odia la irritación que le asoma en la voz, pero lleva más de diez años esperando, sin rendirse y regañándose por basar sus sueños en un hombre que la besó una única vez en una feria antes de desaparecer.

Él sonríe con remordimiento.

—Tenía que hacer algunas cosas que ahora ya no parecen tan importantes — responde. Después la coge del brazo y la lleva en dirección contraria, hacia el lago—. Ven conmigo.

—¿Adónde vamos?

—A una fiesta.

—No estoy vestida para ir a una fiesta —se queja ella al detenerse—. ¡Estoy hecha un espantajo!

—Es una reunión privada, estaremos solo nosotros dos. Y estás maravillosa.

—Tú también —responde ella, ruborizada, y le permite que la conduzca hacia Michigan.

Alice sabe con absoluta certeza que a él no le importará. Lo notó en su forma de mirarla hace ya tantos años y lo sigue notando en sus ojos, iluminados por el deseo y la aceptación.

# HARPER

1 de diciembre de 1951

Entran como si nada en el vestíbulo del Congress y pasan junto a la escalera mecánica, que no funciona y sigue cubierta como un cadáver bajo su mortaja. Nadie repara en ellos. El hotel está en obras y Harper supone que los soldados han dejado su huella en las habitaciones durante la guerra. Tanto beber, fumar y putañear...

Sobre las puertas doradas de los ascensores, adornadas con guirnaldas de hiedra y grifos, el disco giratorio se ilumina con los números de las plantas, en una cuenta atrás hacia ellos. Son los minutos que le quedan a la chica. Harper se agarra la parte delantera de los pantalones para ocultar su excitación. Nunca había sido tan descarado. Mete la mano en el bolsillo y toca el disco de plástico blanco del paquete de píldoras de Julia Madrigal. No hay forma de deshacerlo, todo es como debe ser, como él decide que debe ser.

Salen en la tercera planta, empuja las pesadas puertas dobles y las abre lo justo para guiarla hasta la Sala Dorada. Busca el interruptor de la luz. No ha cambiado ni un solo mueble desde la última vez que estuvo allí, bebiendo limonada con Etta, la semana anterior, hace veinte años, aunque las mesas y las sillas ahora están apiladas y las gruesas cortinas de las galerías están cerradas. Los arcos renacentistas con figuras desnudas entre el follaje tallado intentan tocarse de un extremo al otro de la sala. Romanticismo clásico, supone Harper, aunque a él le parecen almas torturadas que intentan alcanzar un consuelo que se les niega, perdidas sin la música.

—¿Qué es esto? —pregunta Alice con voz ahogada.

—La sala de fiestas. Una de ellas.

—Es preciosa, pero no hay nadie.

—No quiero compartirme —responde él, dándole la vuelta para acallar la duda en su voz.

Harper empieza a tararear una canción que ha oído, aunque todavía no se ha compuesto, y a bailar con ella por la sala. No es un vals, pero se le parece. Ha aprendido los pasos igual que lo aprende todo, observando a los demás para poder fabricar su personaje.

—¿Me has traído aquí para seducirme? —pregunta Alice.

—¿Me dejarías?

—¡No! —exclama ella, aunque él se da cuenta de que quiere decir «sí».

Alice aparta la mirada, nerviosa, para después levantar la vista y observarlo de soslayo. Tiene las mejillas todavía rosas por el frío. Eso lo enfada y lo desconcierta, ya que quizá sí que desea seducirla. Etta ha conseguido que se sienta despreciable.

—Tengo algo para ti —dice Harper mientras intenta superar ese sentimiento. Se saca del bolsillo la cajita de terciopelo de la joyería y la abre para revelar la pulsera de dijes, que lanza sombríos reflejos de luz. Era suya desde el principio. Había sido un error dársela a Etta.

—Gracias —responde ella, algo sorprendida.

—Póntela —le ordena excesivamente agresivo.

La agarra demasiado fuerte por la muñeca, se da cuenta por la mueca que hace Alice, y algo dentro de ella cambia. De pronto es consciente de que está en un salón de baile vacío con un desconocido al que vio hace una década.

—Creo que no la quiero —responde la chica con cuidado—. Ha sido muy agradable volver a verte... Dios mío, ni siquiera sé tu nombre.

—Harper, Harper Curtis, pero eso da igual. Tengo que enseñarte una cosa, Alice.

—No, de verdad...

Alice consigue soltarse, y cuando Harper se abalanza sobre ella, empuja una de las pilas de sillas amontonadas delante de él. Mientras Harper intenta abrirse paso entre el enredo de muebles, ella corre hacia la puerta lateral.

Él la persigue, empuja la puerta y sale a un oscuro pasillo de mantenimiento lleno de cables que cuelgan del andamio de tuberías instalado en lo alto. Abre la navaja.

—Alice —la llama con una voz amistosa y alegre—. Vuelve, cariño. —Camina despacio, con actitud poco amenazadora, con la mano medio oculta detrás de la espalda—. Lo siento, querida, no quería asustarte.

Dobla la esquina. Hay un colchón guateado con una mancha verdosa apoyado en la pared. Si fuera lista, se habría escondido detrás y habría esperado a que él pasara.

—He sido demasiado impulsivo, lo sé. Llevo mucho tiempo esperándote.

Más adelante hay un cuarto de almacén, por la puerta entreabierta se ven más sillas apiladas. Podría estar escondida allí, agachada, asomándose entre las patas.

—¿Recuerdas lo que te dije? Eres luminosa, cariño. Podría verte en la oscuridad.

Y en cierto modo, es verdad; es la luz lo que la delata... más exactamente, la sombra que proyecta en la escalera que sube al tejado.

—Si no te ha gustado la pulsera, solo tenías que decirlo.

Hace un amago de torcer a la derecha, como si pensara alejarse y seguir adentrándose en las entrañas del edificio, pero después sale corriendo hacia la desvencijada escalera de madera, sube los escalones de tres en tres y llega hasta donde se esconde Alice.

La luz de neón es cruda y poco favorecedora, hace que parezca aún más asustada. La ataca con la navaja, pero solo le acierta en la manga de la chaqueta, donde le deja un largo rasguño. Ella grita de terror y escapa corriendo escaleras arriba, alejándose de la ruidosa caldera de grifos de cobre y de las manchas de hollín de las paredes.

Tira de la pesada puerta del tejado y sale a la cegadora luz del día. Él va un

segundo por detrás, lo justo para que ella tenga tiempo de cerrar la puerta. Con el golpe le pilla la mano izquierda. Harper chilla y la aparta.

—¡Zorra!

Sale rápidamente a la luz del sol con los ojos entornados y la mano herida metida bajo la axila. El portazo solo se la ha magullado, no la tiene rota pero le duele como la madre que la parió. Ya no se molesta en ocultar la navaja.

Ve a Alice de pie junto al saliente de la pared, al borde de una fila de rejillas de ventilación redondas cuyas aspas giran perezosamente. Aprieta un ladrillo con la mano.

—Ven aquí —le dice Harper, moviendo la navaja.

—No.

—¿Quieres hacerlo más difícil, cariño? ¿Quieres una muerte mala?

Ella le tira el ladrillo, que rebota por el alquitrán inclinado a kilómetro y medio de su objetivo.

—De acuerdo, de acuerdo; no te haré daño —insiste Harper—. Es un juego. Ven aquí, por favor —dice, y extiende las manos mientras esboza su sonrisa más candorosa—. Te quiero.

—Ojalá fuera cierto —responde Alice esbozando a su vez una sonrisa radiante.

Después se da media vuelta y salta desde el borde del tejado. Él se queda tan sorprendido que ni siquiera grita.

Abajo, las palomas levantan el vuelo. Después solo quedan él y el tejado vacío. Una mujer grita en la calle una y otra vez, como una sirena.

No tendría que haber sido así. Saca la caja de anticonceptivos del bolsillo y se queda mirando el círculo de píldoras de colores marcadas con los días de la semana como si fuera una señal que pudiera interpretar. Pero no le dice nada. No es más que un objeto gris y muerto.

Lo aprieta tan fuerte que el plástico cruje. Después, asqueado, lo lanza sobre Alice. La cajita cae haciendo piruetas, como el juguete de un niño.

## KIRBY

12 de junio de 1993

La temperatura es insoportable, es incluso peor que en el sótano, donde los cachivaches de Rachel parecen absorber el calor y esparcirlo a su alrededor con asfixiante nostalgia. Un día, su madre morirá y Kirby será la que tenga que ordenar toda esa mierda, así que cuantas más cosas pueda tirar ahora, mejor.

Ha empezado a sacar cajas al jardín para poder examinarlas, a pesar de que no es demasiado bueno para su espalda subirlas por la desvencijada escalera de madera, pero es mejor que quedarse allí encerrada, rodeada de columnas de porquería que amenazan con desplomarse sobre ella. A esto dedica su vida últimamente, a repasar cajas de restos. Aunque sospecha que estas serán todavía más dolorosas, por evocadoras, que las que contienen los archivos llenos de las vidas rotas que documentó el difunto inspector Michael Williams.

Rachel sale al jardín y se sienta con las piernas cruzadas a su lado. Viste unos vaqueros y una camiseta negra, como una camarera; y el pelo se lo ha recogido hacia atrás en una desordenada coleta. Lleva los largos pies descalzos, con las uñas pintadas de un brillante color rojo, tan oscuro que es casi negro. Como todo el mundo en estos tiempos, ha empezado a teñirse el pelo ella misma, así que el castaño, más rojizo de lo habitual, tiene mechones grises.

—Por favor, cuánta porquería. Mejor sería que le prendiéramos fuego —dice Rachel mientras se saca el papel de fumar del bolsillo.

—No me tientes —responde Kirby, aunque le sale con más veneno de lo que pretendía. Rachel no se da cuenta—. Si fuésemos listas, pondríamos todo esto en una mesa y lo venderíamos.

—Me gustaría que no rebuscaras entre esas cosas —comenta Rachel, suspirando—. Es mucho más fácil enfrentarse a ellas cuando están guardadas. —Arranca el extremo de un cigarrillo, llena la mitad del papel de marihuana y la otra mitad de tabaco.

—¿Te estás oyendo hablar, mamá?

—No te hagas la psicóloga, no te pega. —Rachel enciende el porro y se lo pasa a Kirby con expresión ausente—. Ah, perdona, se me había olvidado.

—No pasa nada —responde ella, y le da una calada.

Lo mantiene dentro de los pulmones hasta que el interior de la cabeza se le vuelve dulce y se le llena de estática, como cuando se sintoniza ruido blanco en la tele —siempre que el ruido blanco resulte ser señales codificadas de la CIA transmitidas a través de melaza—. Nunca ha disfrutado de la tolerancia de su madre a la maría.

Normalmente la pone paranoica y excesivamente analítica. Sin embargo, tampoco se ha colocado nunca con su madre, así que a lo mejor ha estado haciéndolo mal todos estos años y se ha perdido algún conocimiento secreto que se pasa de madres a hijas y en el que ella tendría que haberse iniciado hace tiempo, como la técnica para hacer trenzas de raíz o para conseguir despertar la curiosidad de los chicos.

—¿Todavía te tienen prohibida la entrada en el periódico?

—Sigo a prueba. Tengo que recopilar en una lista los premios del deporte universitario, pero se supone que no puedo pisar la redacción hasta que haya cumplido con todo lo que me piden para las clases.

—Están cuidando de ti. A mí me parece precioso.

—Me tratan como si fuera una cría, joder.

Rachel saca de una caja un puñado de viejas piezas de juegos de mesa y decoraciones para el árbol de Navidad. Hay relucientes puntos de colores de plástico del Ludo esparcidos por el césped.

—Qué cosas. Nunca te montamos un Bat Mitzvah. ¿Te gustaría que organizáramos uno?

—No, mamá; es demasiado tarde para eso —responde Kirby mientras arranca la cinta adhesiva de otra caja; a pesar de que ha perdido el pegamento con los años, hace un ruido terrible.

Cuentos de Little Golden Books y del Doctor Seuss. *El tesoro de los cowboys de Dean, Donde viven los monstruos, Cuentos en verso para niños perversos.*

—Te los he estado guardando para cuando tengas hijos.

—No es muy probable.

—Nunca se sabe. A ti no te busqué. De pequeña le escribías cartas a tu padre, ¿te acuerdas?

—¿Qué?

Kirby lucha contra el zumbido de su cabeza. Su infancia es escurridiza y la memoria hay que conservarla. De ahí toda la parafernalia que coleccionas para mantener a raya el olvido.

—Las tiré, por supuesto.

—¿Por qué lo hiciste?

—No seas ridícula, ¿adónde las iba a enviar? Es como si le escribieras a Santa Claus.

—Durante mucho tiempo creí que el tal «Suárez» era mi padre. Ya sabes, Peter Collier. Lo localicé.

—Lo sé, me lo contó. Venga, no pongas esa cara de sorpresa; seguimos en contacto. Me dijo que fuiste a verlo cuando tenías dieciséis años y que lo impresionaste una barbaridad. Le exigiste una prueba de paternidad e insististe en que pagara tu manutención.

En realidad, Kirby recuerda que tenía quince años. Supuso quién era él después de recomponer un artículo de una revista que su madre había hecho pedazos con mucha pasión. La encontró en la papelería de Rachel el día después de que su madre hubo terminado la juerga épica de llantos y destrozo de vajilla que le duró tres días.

Peter Collier, genio creativo de una importante agencia de Chicago —según el adulador articulito—, responsable durante las últimas tres décadas de campañas publicitarias innovadoras, amante esposo de una mujer que sufría una trágica esclerosis múltiple y, aunque el artículo no lo mencionara, eminente hijo de puta con el que había estado obsesionada durante gran parte de su infancia.

Llamó a su secretaria con la voz más grave y profesional que pudo impostar, y concertó una cita en el restaurante más pijo que se le ocurrió con el pretexto de querer tratar sobre «un nuevo negocio con una cuenta que podía resultar muy lucrativa» (vocabulario que había robado del artículo).

Al principio se quedó perplejo al ver que una adolescente se sentaba a la mesa, luego se enfadó y después le pareció graciosa su lista de exigencias: que volviera a ver a Rachel porque era desgraciada sin él, que empezara a pagar su manutención y que reconociera por escrito en la misma revista que había engendrado a una hija fuera del matrimonio. Kirby le informó de que, al margen del citado reconocimiento, ella no se cambiaría el apellido porque se había acostumbrado a Mazrachi y le pegaba. Él la invitó a comer y le explicó que conoció a Rachel cuando Kirby ya tenía cinco años, pero que le gustaba su estilo, así que, si alguna vez necesitaba algo... Ella respondió con una frase hiriente, algo en plan Mae West, sobre lo poco que las mujeres necesitaban a los hombres, y se fue con la última palabra y con el orgullo intacto, o eso pensaba ella.

—¿Quién te crees que ayudó a pagar tus gastos médicos?

—Me cago en la puta.

—¿Por qué te lo tomas como algo personal?

—Porque te usó, mamá. Durante casi diez años.

—Las relaciones entre adultos son complicadas. Y nosotros sacamos lo que necesitábamos el uno del otro, pasión.

—Dios mío, no quiero escucharlo.

—Una red de seguridad. Una especie de consuelo. Podemos llegar a sentirnos muy solos. Duró lo que tenía que durar, y fue bonito mientras lo hizo; pero todo se acaba. La vida, el amor, todo esto... —dice mientras pasea la mano sobre las cajas—. También la tristeza, aunque es más difícil dejarla ir que la felicidad.

—Ay, mamá...

Kirby apoya la cabeza en el regazo de su madre. Es por la hierba. Jamás haría algo así en otras circunstancias.

—No pasa nada —dice Rachel, que parece sorprendida, aunque no le disgusta. Le

acaricia el pelo—. Estos rizos salvajes... No sabía qué hacer con ellos. No los heredaste de mí.

—¿Quién era él?

—Oh, no lo sé. Hay un par de opciones. Estaba en un kibutz en el valle de Jule. Criaban peces en estanques. Pero también pudo haber sido después, en Tel Aviv. O en las carreteras de Grecia. Las fechas me bailan un poco.

—Ay, mamá.

—Estoy siendo sincera. Sería mejor que te dedicaras a eso, ¿sabes?

—¿A qué?

—A intentar encontrar a tu padre en vez de al hombre que... te hizo daño.

—Nunca me ofreciste esa posibilidad.

—Podría darte los nombres. Cinco, como mucho. Cuatro o cinco. Algunos son solo nombres de pila, pero es probable que en el kibutz tengan registros, y si era uno de ellos lo encontrarás. También podrías hacer una peregrinación, ir a Israel, a Grecia y a Irán.

—¿Fuiste a Irán?

—No, pero puede ser fascinante. Tengo fotografías por aquí, en alguna parte. ¿Te gustaría verlas?

—Pues la verdad es que sí.

—En alguna parte...

Rachel se aparta a Kirby del regazo y rebusca entre las cajas hasta que encuentra un álbum de fotos forrado con un plástico rojo imitación cuero. Lo abre y aparece la imagen de una joven sacudiéndose el pelo, vestida con un bañador blanco, riéndose y frunciendo el ceño para protegerse del sol que parte en diagonal su cuerpo y el muelle de hormigón al que se está subiendo. El cielo es de un color azul celeste desvaído.

—Esto fue en el puerto de Corfú.

—Pareces enfadada.

—No quería que Amzi me sacara más fotos. Llevaba todo el día haciéndolo y me estaba volviendo loca. Así que, por supuesto, esta es la que dejó que me quedara.

—¿Es uno de ellos?

—No —responde Rachel tras pensárselo—, ese día ya tenía náuseas. Creía que era por el ouzo.

—Genial, mamá.

—No lo sabía. Tú ya debías de estar ahí dentro, pero era un secreto que desconocía.

Sigue pasando hojas. Las fotografías no parecen estar en orden, ya que pasa por las embarazosas fotos punk del baile de graduación de Kirby para llegar a la de un bebé desnudo que está de pie en una piscina hinchable, con una manguera de jardín en la mano, mirando a cámara con picardía. Rachel está sentada en una tumbona de

loneta a rayas junto a la piscina, con el pelo cortado casi a lo chico, fumando un cigarrillo detrás de unas gafas de sol extragrandes de carey. La glamurosa dolencia de los barrios residenciales.

—Mira qué mona estabas —comenta Rachel—. Siempre fuiste una niña muy dulce, aunque también muy traviesa. Se te ve en la cara. La verdad es que no sabía qué hacer contigo.

—Se nota.

—No seas cruel —dice Rachel, pero sin molestarse.

Kirby le quita el álbum de las manos y empieza a repasarlo. El problema de las fotos es que sustituyen a los recuerdos reales. Si capturas el momento, eso es lo único que quedará de él.

—Dios mío, mira mi pelo.

—Yo no te dije que te lo afeitaras. Estuvieron a punto de expulsarte de la escuela.

—¿Qué es esto?

Lo pregunta con más énfasis del que pretendía mostrar, pero la conmoción es terrible. El pavor la ahoga.

—¿Hummm? —Rachel le quita la fotografía. Está montada en una tarjeta amarilla y está escrita con una alegre tipografía redondeada: «¡Saludos desde la Gran América! 1976»—. Es ese parque temático. Estabas llorando porque te asustaba subir a la montaña rusa. Me fastidiaba que no pudiéramos salir de viaje sin que te mareases.

—No, digo que qué tengo en la mano.

Rachel examina la imagen de la niña llorando en un parque temático.

—No lo sé, cielo, ¿un caballo de plástico?

—¿De dónde lo sacaste?

—La verdad es que no recuerdo la génesis de todos tus juguetes.

—Por favor, piensa, Rachel.

—Lo encontraste en alguna parte. Te pasaste un siglo llevándolo de un lado a otro hasta que te enamoraste de otra cosa. Siempre has sido así de voluble. Había una muñeca con pelo intercambiable, rubio y castaño. ¿Melody? ¿Tiffany? Algo así. Tenía unos trajes preciosos.

—¿Dónde está ahora?

—Si no está en una de estas cajas, supongo que lo tiraríamos. No lo guardo todo. ¿Qué haces?

Kirby va como loca de una caja a otra y vuelca el contenido de cada una de ellas en la descuidada hierba.

—Ahora estás siendo egoísta —comenta Rachel tranquilamente—. Va a ser mucho menos divertido limpiar eso después.

Hay tubos de cartón de carteles, un horroroso conjunto de té con flores marrones

y naranjas que pertenecía a la abuela de Kirby, la de Denver, con la que intentó vivir cuando tenía catorce años; un alto narguile de cobre con la punta de la boquilla rota, incienso desmenuzado que huele a imperios en decadencia, una armónica abollada de color plateado, viejos pinceles y rotuladores secos, gatos bailarines en miniatura que Rachel había pintado en trozos de azulejo y que se vendieron bien durante un tiempo en la tienda de artesanía local. También encuentra jaulas de pájaros indonesias, un trozo grabado de colmillo de elefante, o puede que de jabalí africano —de verdadero marfil, en cualquier caso—, un Buda de jade, una bandeja de imprenta Letraset, y puede que una tonelada de pesados libros de arte y diseño con puntos de libro hechos con trocitos de papel, bisutería enmarañada, un nido de ave tejedora y varios atrap sueños que fabricaron entre las dos durante todo un verano, cuando Kirby tenía diez años. Algunos niños montan puestos de limonada, Kirby intentó vender telarañas falsas con cristalitos colgando. Y se pregunta por qué saldría tan diferente a los demás.

—¿Dónde están mis juguetes, mamá?

—Los iba a regalar.

—Pero seguro que no llegaste a hacerlo —responde Kirby mientras se sacude la hierba que se le ha pegado a las rodillas.

Después vuelve a la casa y baja al sótano con la fotografía aún en la mano.

Al final encuentra el contenedor de plástico descolorido metido dentro del congelador roto que Rachel usa para almacenaje. Está debajo de una bolsa de basura llena con los sombreros con los que Kirby solía disfrazarse, medio aplastados por una rueda de madera que seguro que tendría algún valor para un coleccionista de antigüedades.

Rachel se sienta en lo alto de la escalera, apoya la barbilla en las rodillas y la observa.

—Sigues siendo un secreto para mí.

—Cállate, mamá.

Kirby levanta la tapa del recipiente, que es como una tartera gigante. Dentro están todos sus juguetes, un bebé que en realidad no quería, pero que tenía todo el mundo en el colegio; barbies y sus baratas primas genéricas con todo tipo de carreras: desde mujer de negocios con maletín rosa hasta sirena, ninguna tenía zapatos y, además, a la mitad le faltaba alguna extremidad. La muñeca del pelo intercambiable estaba desnuda. También encuentra un robot que se convertía en OVNI, una orca en un camión articulado con el logo de Sea World, una muñeca de madera con trenzas tejidas a mano de lana roja, la princesa Leia con su mono de esquiar blanco y Evil Lyn con su piel dorada. Nunca hubo demasiadas niñas con las que jugar.

Y allí, bajo una torre de Lego a medio construir dirigida por valientes indios de plomo fundido, también de su abuela, hay un poni de plástico. Tiene el pelo naranja

apelmazado, cubierto de algo seco y pegajoso, puede que zumo, pero los ojos son tan tristes como los recordaba, y la sonrisa, melancólica y boba, y también las mariposas en el culo.

—Dios —dice Kirby con voz ahogada.

—Ahí está, ya lo tienes —responde Rachel, que se agita impaciente sobre los escalones—. Y ahora ¿qué?

—Me lo dio él.

—No debería haberte dejado fumar. No estás acostumbrada.

—¡Escúchame! —le grita Kirby—. Me lo dio él. El cabrón que intentó matarme.

—¡No sé de qué me hablas! —chilla Rachel a su vez, desconcertada y alterada.

—¿Cuántos años tenía en esta foto?

—¿Siete? ¿Ocho?

Kirby comprueba la fecha de la tarjeta: 1976. Tenía nueve. Pero era más pequeña cuando él se lo dio.

—Tus matemáticas son de pena, mamá.

No puede creerse que no haya pensado en ello durante todos estos años.

Le da la vuelta al muñeco. Hay sellos bajo cada uno de los cascos, en mayúsculas: FABRICADO EN HONG KONG. PAT. PENDIENTE. HASBRO 1982.

Todo se vuelve frío. La estática de la hierba sube de volumen y le zumba en la cabeza. Se sienta en la escalera, un peldaño por debajo de Rachel. Coge la mano de su madre y se la lleva a la cara. Las venas se le marcan como afluentes azules entre las finas arrugas y las primeras manchas de la edad. Kirby piensa en que su madre se está haciendo vieja, y esa certeza, por algún motivo, es aún más insoportable que la visión del poni de plástico.

—Tengo miedo, mamá.

—Todos tenemos miedo —responde Rachel. Le abraza la cabeza contra el pecho y le acaricia la espalda mientras todo el cuerpo de Kirby se estremece—. Shh, no pasa nada, cielo; no pasa nada. Ese es el gran secreto, ¿no lo sabías? Todo el mundo tiene miedo. Siempre.

# HARPER

28 de marzo de 1987

Primero Catherine y después Alice. Rompió las reglas. No debería haberle dado la pulsera a Etta. Está perdiendo el control, como el eje de un camión que se resbala del gato.

Solo le queda un nombre. No sabe qué pasará después, pero tiene que hacerlo bien, como se supone que debe hacerlo. Tiene que enmendar la situación, alinear las constelaciones y confiar en la Casa. Tiene que dejar de resistirse.

No intenta forzarla cuando abre la puerta, permite que se abra al momento adecuado: 1987. Se deja conducir a una escuela de primaria, en la que se mezcla con los padres y los maestros que se mueven entre los expositores del vestíbulo presididos por una pancarta escrita a mano que reza: «¡Bienvenidos a nuestra Feria de Ciencias!». Pasa por delante de un volcán de papel maché, de unos alambres con cierres de resorte sobre una tabla de madera que encienden una bombilla al unirlos, de unos carteles que ilustran hasta dónde puede saltar una pulga y la aerodinámica de los aviones a reacción.

Se para en seco, atraído por un mapa de estrellas, son constelaciones auténticas. El niño que está detrás de la mesa empieza a leer una tarjeta con entonación monótona:

—Las estrellas están hechas de bolas de gas ardiente. Están muy lejos y, a veces, cuando la luz nos llega, la estrella ya está muerta y nosotros no lo sabemos todavía. También tengo un telescopio...

—Cállate —le dice.

El niño parece a punto de echarse a llorar. Lo mira con el labio tembloroso y después sale corriendo y se mete entre la gente. Harper apenas se da cuenta de la reacción del pequeño, está recorriendo con el dedo las líneas dibujadas entre las estrellas, hipnotizado. La Osa Mayor. *Ursa Major*. La Osa Menor. Orión, con su cinturón y su espada. Sin embargo, es fácil convertirlos en otra cosa conectando los puntos de una manera distinta. Y ¿quién dice que de verdad se trate de un oso o de un guerrero? A él no se lo parecen, lo tiene claro. Hay patrones porque procuramos encontrarlos. No es más que un intento desesperado de encontrar un orden, porque no somos capaces de enfrentarnos al terror de que todo sea aleatorio. Esta revelación lo destroza. Es como si perdiera pie, como si todo el puto mundo trastabillara.

Una maestra joven que lleva la rubia melena recogida en una coleta le tira con delicadeza del brazo.

—¿Está usted bien? —le pregunta en tono amable, con una voz pensada para

dirigirse a los niños.

—No... —empieza a decir Harper.

—¿No encuentra el proyecto de su hijo?

El chico regordete está al lado de la profesora, sorbiéndose los mocos, agarrado a su falda. Harper se aferra a la realidad de ese gesto, a la forma en que se restriega la nariz en la manga de la camisa dejando una mancha de mocos en la tela oscura.

—Mysha Pathan —dice como si saliera de un sueño.

—¿Es usted su...?

—Tío —responde, regresando al parentesco que siempre le ha funcionado tan bien.

—Ah —comenta la maestra, desconcertada—. Creía que no tenía familia en Estados Unidos. —Lo examina durante un instante, perpleja—. Es una alumna muy prometedora. Encontrará su proyecto cerca del escenario, junto a las puertas —añade, solícita.

—Gracias —responde Harper, y consigue apartarse del mapa de las estrellas, que no es más que un fetiche inútil.

Mysha es una niña de piel morena y metal en la boca, como si fuera una vía de ferrocarril en miniatura. Su ortodoncia no se diferencia mucho de los alambres que sujetaron la mandíbula de Harper durante un tiempo. La niña, que se balancea ligeramente sobre los talones, aunque no parece darse cuenta, está delante de un escritorio en el que descansa una hilera de plantas carnosas en tiestos. Detrás de su cabeza hay un cartel con números y colores que no significan nada para Harper, aunque los examina con atención.

—¡Hola! ¿Puedo hablarle de mi proyecto? —pregunta Mysha con chispeante entusiasmo.

—Me llamo Harper —responde él.

—¡Vale! —dice ella alegremente. Como aquello no forma parte de su guion, se queda algo desconcertada—. Yo soy Mysha y este es mi proyecto. Hum... Como puede ver, he plantado cactus en, hum, diferentes tipos de tierra con distintos grados de acidez.

—Este está muerto.

—Sí. He aprendido que algunas condiciones de la tierra son muy malas para los cactus, como puede ver en los resultados que he marcado en esta gráfica.

—Lo veo.

—El eje vertical representa la cantidad de acidez del terreno y el horizontal...

—Hazme un favor, Mysha.

—Hum.

—Volveré. Ahora mismo. En cuanto pueda. Pero a ti no te lo parecerá. Tienes que hacer algo por mí mientras esté fuera. Es muy importante, no pierdas tu luz.

—¡Vale!

De vuelta, en la Casa, siente que todos los objetos le arden dentro de la cabeza. Todavía es capaz de seguir las trayectorias, pero, por primera vez, ve que el mapa no lleva a ninguna parte. Se pliega sobre sí mismo formando un círculo del que no puede escapar. Lo único que puede hacer es rendirse a él.

# HARPER

12 de junio de 1993

Cuando sale de nuevo lo hace a las primeras horas de la noche del 12 de junio de 1993, fecha que ve en la ventana de la oficina de Correos. Solo han pasado tres días desde el asesinato de Catherine. Está llevándolo al límite. Ya sabe dónde encontrar a Mysha Pathan, está escrito claramente en el último objeto: Milkwood Pharmaceuticals.

La empresa está al otro lado de la ciudad, en lo más profundo del West Side. Es un edificio largo, achaparrado y gris. Se sienta junto a la ventana en una pizzería Dominos del centro comercial del otro lado de la calle y come tiras de queso mientras observa y espera. Ve que el aparcamiento está casi vacío, quizá porque es la noche del sábado, que el vigilante de seguridad está aburrido y no deja de salir a fumar, y que después tira con precaución la colilla a una de las papeleras de tapa abatible amarilla del lateral del edificio, y también ve que utiliza la etiqueta que lleva colgada del cuello para volver a entrar.

Podría esperar hasta que saliera. Caer sobre ella en su casa o por el camino. Podría entrar en su coche. Sabe cuál es porque es el único que queda, uno azul pequeño aparcado justo al lado de la entrada. Podría ocultarse en el asiento de atrás. Pero se siente más inquieto que nunca. El dolor de cabeza se le mete por el cráneo y le baja por la columna vertebral. Tiene que ser ahora.

A las once de la noche, cuando cierra la pizzería, rodea el edificio en un lento paseo cronometrado para coincidir con la pausa del cigarrillo del vigilante.

—¿Tiene hora? —le pregunta acercándose a él de prisa mientras abre la navaja. Por suerte, el frufú de la americana oculta el chasquido. La velocidad de Harper alarma al vigilante, pero la pregunta es tan inocua, tan ordinaria, que automáticamente se mira la muñeca, momento que aprovecha Harper para clavarle la navaja en el cuello y rajárselo de lado a lado, cortando músculos, tendones y arterias. Enseguida le da la vuelta para que el chorro de sangre salpique las papeleras y no a él. Le da una patada detrás de las rodillas para que caiga hacia delante, entre las papeleras, que Harper empuja para ocultar el cadáver de la vista de cualquiera que pase por allí. Tarda menos de un minuto en hacerlo todo. El vigilante todavía gorgotea un poco cuando Harper se acerca a las puertas de cristal para pasar la tarjeta de acceso.

Sube por la escalera y pasa por delante de varias hileras de puertas cerradas hasta llegar al Laboratorio Seis, que está abierto, esperándolo. Dentro solo hay una luz encima de un banco de trabajo. Se la encuentra de espaldas a él, cantando muy mal,

en voz alta y medio bailando al son de la música metálica que sale de unos auriculares ocultos bajo el pañuelo que lleva atado a la cabeza: *All That She Wants*. Está pulverizando hojas y transfiriendo con delicadeza trocitos de la papilla con una especie de jeringa de plástico a unos tubos cónicos llenos de líquido dorado.

Es la primera vez que no comprende la situación.

—¿Qué haces? —pregunta lo bastante alto como para que lo oiga por encima de la música.

Ella da un brinco y se quita los auriculares con un gesto torpe.

—Dios mío, qué vergüenza. ¿Cuánto tiempo llevas mirando? Madre mía, vaya. Creía que era la única que quedaba en el edificio. Hum, ¿quién eres?

—El nuevo vigilante.

—Ah. No llevas uniforme.

—No tenían de mi talla.

—Ya —responde ella, asintiendo con la cabeza para sí—. Bueno, pues estoy intentando hacer crecer una variedad de tabaco resistente a las sequías, basada en la proteína de una flor de Namibia que es capaz de resucitarse. Pegué el gen y llevo un mes dejando crecer el tabaco, así que ahora compruebo si la proteína que busco está ahí —explica mientras lleva los tubos cónicos a una máquina gris y plana del tamaño de un maletín y abre la tapa para introducirlos en la bandeja—. Lo meto en el espectrómetro para que lo analice... —Pulsa los controles y la máquina empieza a zumbar—. Y si la proteína se ha expresado con éxito, el sustrato se volverá azul. —Sonríe, encantada—. ¿Lo he explicado bien? Porque la próxima semana vendrá un grupo de niños de décimo y... Oh —dice. Ha visto la navaja—. No es un vigilante.

—No, y tú eres la última. Tengo que terminarlo, ¿lo entiendes?

Ella intenta moverse para poner un banco entre los dos y examina la sala en busca de algo que lanzarle, pero él ya le ha cortado el paso. Ahora es más eficiente, hace lo que tiene que hacer. Le da un puñetazo en la cara para derribarla, le ata las muñecas con los cables de los auriculares porque se ha dejado los alambres en la Casa y le mete el pañuelo en la boca para ahogar sus gritos, aunque no hay nadie que pueda oírla.

Tarda un buen rato en morir porque Harper intenta esmerarse más para compensar el poco placer que le reporta la acción. Le desenrolla los intestinos y los coloca formando una espiral a su alrededor. Le extrae los órganos y los dispone en el escritorio en el que trabajaba, bajo el flexo. Le mete hojas de tabaco en las heridas abiertas, de modo que parezca que las plantas le crecen en el cuerpo. Le pone la chapa de Pigasus en la bata de laboratorio. Espera que con eso baste.

Se lava en el baño de señoras, remoja la americana y mete la camisa empapada de sangre en la papelería para productos de higiene femenina. Se pone una bata de laboratorio encima de la americana ensangrentada y sale del edificio con la etiqueta

identificativa del vigilante girada, para que no se vea bien.

Cuando llega a la recepción son las cuatro de la mañana y hay un vigilante distinto detrás del mostrador. Parece molesto y está hablando por la radio.

—Te he dicho que ya he mirado en el baño de caballeros. No sé dónde...

—Hola, buenas noches —lo saluda Harper alegremente al pasar junto a él.

—Buenas noches, señor —responde el vigilante, distraído, que solo se fija en la bata y en la identificación cuando levanta la mano para saludarlo automáticamente.

La incertidumbre llega un segundo después, porque es muy tarde y ¿cómo es que no reconoce al tipo? ¿Dónde coño está Jackson? La incertidumbre se convertirá en culpa demoledora cuando se encuentre en la comisaría, revisando la grabación de la cámara de seguridad de la entrada de los laboratorios, después del descubrimiento del cadáver de la joven bióloga, y se dé cuenta de que ha dejado que el asesino se escape delante de sus narices.

Arriba, en el laboratorio, el azul brota y florece en el líquido dorado de los tubos cónicos.

## DAN

13 de junio de 1993

Dan tarda un segundo en localizar su pelo de loca. Cuesta no verlo, a pesar del alboroto de la zona de llegadas. Se plantea muy seriamente la posibilidad de regresar al avión, pero ya es demasiado tarde, ella lo ha visto y levanta ligeramente la mano, casi como si le preguntara algo.

—Sí, vale, te veo; ya voy —gruñe Dan para sí mientras señala la cinta transportadora y con gestos le indica que va a recoger el equipaje.

Ella asiente con energía y va a su encuentro abriéndose paso entre las hordas de gente: una mujer cuyo chador le hace pensar en un palanquín particular con las cortinas cerradas, una familia agobiada que lucha por no separarse, una cantidad deprimente de viajeros obesos... Nunca ha comprendido a la gente que opina que los aeropuertos son glamurosos. Los que lo piensan no han tenido que hacer nunca la ruta entre Minneapolis y St. Paul. Ir en autobús es mucho menos tedioso y hay mejores vistas. El único milagro que sucede durante los vuelos es que el aburrimiento y la frustración no empujan a más pasajeros a estrangularse los unos a los otros.

Kirby se materializa junto a su codo.

—Hola. Te he estado llamando.

—Estaba en el avión.

—Sí, en el hotel me dijeron que ya habías salido. Lo siento. Tengo que hablar contigo y no puedo esperar.

—La paciencia nunca ha sido tu punto fuerte.

—Esto es serio, Dan.

Él deja escapar un profundo suspiro y observa una docena de maletas que no son suyas pasar por la cinta.

—¿Es sobre la artista drogata de hace un par de días? Porque fue un asunto feo, pero no es tu hombre. Los polis ya han empapelado a su camello, un tipo encantador llamado Huxtable o algo así.

—Huxley Snyder. Sin historial de violencia.

Por fin sale su maleta de la cortina de plástico y cae de la rampa a la cinta. La recoge y empuja a Kirby hacia la salida del El.

—El historial tiene que empezar en algún momento, ¿no?

—Hablé con el padre de la chica. Me dijo que alguien los había estado llamando para preguntar por Catherine.

—Claro. A mi casa llaman continuamente preguntando por mí. La mayoría, agentes de seguros.

Dan empieza a buscar fichas para el transporte público en su cartera, pero Kirby ya ha metido las suficientes para los dos en la ranura de la máquina.

—Dijo que el que llamó era un tipo siniestro.

—Los agentes de seguros son bastante siniestros —responde Dan, que no piensa alentarla.

Hay un tren esperando en el andén, y como está lleno Dan deja que Kirby se quede con el asiento libre y él se apoya en la barra mientras suena el timbre del cierre de las puertas. Odia tocar esas barras. Hay más gérmenes en los pasamanos que en los asientos de los retretes.

—Y la apuñalaron, Dan. No en las tripas, pero...

—¿Te has matriculado ya para el próximo semestre?

—¿Qué?

—Porque sé que no me puedes estar hablando otra vez de esta mierda. Prácticamente tienes una orden de alejamiento.

—Joder, Dan. No he venido aquí a hablar de Catherine Galloway Peck, aunque hay similitudes y...

—No quiero oírlo.

—Vale —responde ella con frialdad—. La razón por la que he venido a verte al aeropuerto es esto.

Kirby se coloca sobre el regazo la mochila maltrecha, negra y anónima que usa. Abre la cremallera y saca la chaqueta de Dan.

—Eh, la he estado buscando.

—Esto no es lo que quería enseñarte.

Desdobla la chaqueta como si fuera una especie de mortaja sagrada empapada en sangre. Dan espera la prueba del segundo advenimiento, por lo menos. El rostro de Cristo impreso en una mancha de sudor. Sin embargo, lo que sale es un juguete, un caballo de plástico magullado.

—¿Y esto?

—Él me lo dio cuando era pequeña. Tenía seis años. ¿Cómo iba a reconocerlo el día que me atacó? Ni siquiera recordaba el poni hasta que vi una fotografía —explica, pero vacila un momento y añade—: Mierda, no sé cómo decir esto.

—No puede ser peor que lo que ya me has contado. Todas esas teorías demenciales, quiero decir.

No puede ser peor que el momento en que se volvió hacia él en el *Sun-Times* y lo atravesó con una mirada tan preñada de resentimiento por la traición que lo destrozó y le dejó un dolor residual que todavía colea cuando piensa en ella. Y piensa en ella todo el tiempo.

—Esta teoría es la peor de todas, pero tienes que escucharme.

—Lo estoy deseando.

Ella se lo cuenta todo: su poni imposible, que se relaciona con la tarjeta de béisbol imposible de aquella mujer de la Segunda Guerra Mundial, que, de algún modo, está relacionado con el encendedor y con un casete que Julia jamás habría escuchado. Él intenta ocultar su creciente desaliento.

—Es muy interesante —responde alegremente.

—No hagas eso.

—¿Qué estoy haciendo?

—Tenerme lástima.

—Hay una explicación razonable para todo eso.

—A la mierda lo razonable.

—Mira, este es el plan. He pasado seis horas y media en aeropuertos y aviones; estoy cansado y apesto, pero, por ti, y te aseguro que eres la única persona en el mundo por la que lo haría, estoy dispuesto a olvidarme de ir a casa para disfrutar del sencillo y muy necesario placer de ducharme. Vamos a ir derechitos a la oficina y voy a llamar a la empresa de juguetes para aclararlo.

—¿Crees que no lo he hecho ya?

—Sí, pero no estabas haciendo las preguntas correctas —responde, paciente—. Como, por ejemplo, si había un prototipo. ¿Podía haber un comercial que tuviera acceso a ellos en 1974? ¿Es posible que los números 1982 se refieran a una edición limitada o a un número de fabricación en vez de a una fecha?

Ella guarda silencio durante un buen rato y se mira los pies. Lleva unas botazas enormes con los cordones medio desatados.

—Es una locura, ¿eh? Dios.

—Completamente comprensible. Es una serie de coincidencias muy extraña. Es normal que quieras buscarle sentido, y seguramente hayas dado con algo importante al encontrar el poni. Si resulta que había un comercial con un prototipo, eso podría conducirnos directamente hasta él. ¿Vale? Lo has hecho bien. No te preocupes.

—Tú eres el que se está preocupando —responde ella con una sonrisita tensa que no le llega a los ojos.

—Lo aclararemos.

Y, hasta que llegan al *Sun-Times*, lo piensa de verdad.

# HARPER

13 de junio de 1993

Harper está sentado al fondo del Valois, bajo el mural de la iglesia blanca y el lago azul, con un montoncito de tortitas y beicon crujiente delante. Observa a los transeúntes por la ventana mientras espera a que el negro de hombros encorvados termine con el periódico. Bebe cautelosos tragos de café porque todavía está demasiado caliente y se pregunta si la razón por la que solo se le permite avanzar en el tiempo hasta este día es porque no podrá volver a la maldita Casa nunca más. Está asombrosamente tranquilo. Ya se ha alejado de todo antes, en realidad demasiadas veces para llevar la cuenta. También podría ser un vagabundo en esta época, a pesar de las multitudes, la furia y el ruido. Desearía haberse llevado más dinero, pero siempre hay formas y medios de conseguirlo, sobre todo con una navaja encima.

El anciano por fin se prepara para salir, y Harper coge otro sobrecito de azúcar y el periódico. Es demasiado pronto para que informen sobre Mysha, pero a lo mejor sale algo de Catherine, y es ese impulso por saciar su curiosidad lo que le deja claro que no ha terminado. Podría quedarse en 1993 pero, al final, encontraría otras constelaciones. O crearía unas nuevas.

Enseguida ve su nombre porque da la casualidad de que el *Sun-Times* está doblado por las páginas de deportes. Ni siquiera es un artículo de verdad, sino una lista de los premios al atleta del año de los institutos de Chicago.

Lo lee con atención dos veces, y repite los nombres impresos como si así pudiera desentrañar el misterio de la flagrante obscenidad del primero que aparece arriba: «Por Kirby Mazrachi».

Comprueba la fecha: es el periódico de hoy. Se levanta despacio de la mesa. Le tiemblan las manos.

—¿Ha terminado con eso, amigo? —le pregunta un tío que lleva barba para ocultar la grasa que le rodea el cuello.

—No —responde Harper de malos modos.

—Vale, relájese, hombre. Solo quería mirar los titulares. Cuando acabe.

Harper cruza pausadamente la cafetería para llegar al teléfono público que hay junto a los servicios. La guía cuelga de una cadena mugrienta. Solo hay una Mazrachi en la guía: R. Oak Park. Supone que debe de ser la madre. La puta guarra que le mintió al decirle que Kirby estaba muerta. Arranca la hoja de la guía.

Al dirigirse a la puerta ve que el gordo ha cogido el periódico de todos modos. La furia lo supera. Se acerca en un par de zancadas, agarra al hombre por la barba y le estrella la frente contra la mesa. La cabeza rebota hacia atrás, de nuevo hacia sus

manos, y el hombre se agarra la nariz, que está chorreando sangre. Empieza a gemir, incrédulo. El quejido es demasiado agudo para un hombre tan corpulento. Toda la cafetería guarda silencio y se queda mirando cómo Harper sale por la puerta giratoria.

El chef del bigote (gris, grandes entradas) está saliendo de detrás de la barra mientras chilla:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!

Pero Harper ya va camino de la dirección que aparece en la página de la guía que lleva hecha una bola en la mano.

# RACHEL

13 de junio de 1993

Los fragmentos de cristal de la ventana rota se ven mates sobre la alfombra, justo detrás de la puerta principal. Alguien ha rajado con despreocupada hostilidad los lienzos, montados, no enmarcados, colgados en una de las paredes del pasillo, alguien que arañaba la pared con una navaja mientras avanzaba.

En la cocina, las réplicas de las bailarinas de Degas y de las chicas isleñas de Gauguin, pintadas en extraña yuxtaposición en las puertas de los armarios, miran con indiferencia las cajas volcadas y el contenido desparramado por el suelo.

El álbum de fotos está abierto sobre la encimera. Han sacado fotografías para romperlas en pedazos y dejarlas caer en las baldosas, como confeti. A una mujer con un traje de baño blanco que mira el sol con los ojos entornados le han rajado la cara.

En el salón, la elegante mesa redonda de los setenta está tirada patas arriba, parece una tortuga del revés. Las fruslerías, los libros de arte y las revistas que había encima están tirados por el suelo. Una dama de bronce con una campana oculta bajo la falda está tumbada de lado junto a un pájaro de porcelana decapitado; donde debería estar la cabeza hay una irregular herida de cerámica blanca. La cabeza del pájaro mira sin ver una columna editorial sobre moda protagonizada por jóvenes angulosas vestidas con ropa fea.

Han destrozado el sofá con largos y violentos navajazos que dejan al descubierto las suaves entrañas sintéticas y el hueso de la estructura.

Arriba, la puerta del dormitorio está entreabierta. Sobre la mesa de dibujo, la tinta negra derramada empapa el papel y borra la ilustración de un patito curioso muy serio que interroga al esqueleto de un mapache muerto dentro de la barriga de un oso. Algunas de las palabras escritas a mano todavía resultan legibles:

Qué mal, qué pena más grande,  
aunque soy feliz por lo que viví antes.

Un adorno de cristal de colores se balancea despacio delante del sol que entra por la ventana y proyecta demenciales círculos de luz por la habitación arrasada.

Los vecinos no acudieron para investigar a qué se debía el ruido.

## KIRBY

13 de junio de 1993

—Ah, hola —saluda Chet levantando la vista de *The Maxx*, en cuya portada se ve a un enorme tío morado con máscara amarilla—. He encontrado algo muy, muy guay que encaja con lo de tu misteriosa tarjeta de béisbol. —Deja a un lado el cómic y saca la impresión de una microficha de 1951—. Esto provocó un buen escándalo. Una transexual saltó del tejado del Congress Hotel y nadie supo que lo era hasta que le hicieron la autopsia. Pero lo que nos interesa es lo que llevaba en la mano.

Señala la fotografía de la mano muerta de una mujer, estirada bajo el abrigo que alguien le ha puesto encima. Hay un borroso disco de plástico junto a ella.

—¿No es igualito que un paquete de píldoras anticonceptivas de hoy en día?

—O puede que no sea más que un bonito espejito de mano con unas cuentas de adorno —responde Dan sin hacerle caso. Lo que le faltaba era que Anwar animase a Kirby en su locura—. Ahora, haz algo útil y búscame información sobre Hasbro, sobre cuándo lanzaron la gama de ponis y sobre las patentes de juguetes en general.

—Vaya, alguien se ha levantado del futón con el pie izquierdo.

—Me he levantado con el pie izquierdo en una zona horaria distinta —gruñe Dan.

—Por favor, Chet —interviene Kirby—. De 1974 en adelante. Es muy importante.

—Vale, vale. Empezaré con sus anuncios y tiraré de ahí. Y, ah, por cierto, Kirby, acabas de perderte a un pirado de primera clase que preguntaba por ti.

—¿Por mí?

—Muy intenso, el tío. Pero no me trajo galletas. La próxima vez, ¿podrías pedirle que me trajera galletas? No me gusta aguantar ese grado de demencia a no ser que haya alguna compensación rica en calorías.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunta Dan, levantando la cabeza.

—No lo sé. Era un loco genérico, pero iba bien vestido. Americana oscura y vaqueros. Tirando a delgado. Tenía los ojos de color azul intenso. Quería que le hablara del artículo del mejor atleta de instituto. Cojeaba.

—Mierda —dice Dan, aunque todavía intenta procesarlo.

Kirby es más rápida. Al fin y al cabo, lleva cuatro años esperándolo.

—¿Cuándo se fue? —pregunta tan pálida que aún se le ven más las pecas.

—¿Qué os pasa a los dos?

—Joder, Chet, ¿cuándo se fue?

—Hace cinco minutos.

—Espera, Kirby —dice Dan, intentando, sin éxito, cogerla por el brazo. La chica

ya ha salido corriendo por la puerta—. ¡Mierda!

—Eh, cuánto drama, ¿qué pasa? —pregunta Chet.

—Llama a los polis, Anwar. Pregunta por Andy Diggs o, joder, ¿cómo se llamaba...? Amato. El tío encargado del asesinato de la coreana.

—Y ¿qué les digo?

—¡Cualquier cosa que los traiga aquí!

Kirby sale volando escaleras abajo y pasa la puerta. Debe elegir una dirección, así que corre por North Wabash y se detiene en medio del puente examinando la multitud en su busca.

Hoy el río es de un verde azulado casi mediterráneo, justo el mismo color del techo del barco para turistas de proa afilada que pasa por debajo de Kirby. Una voz metálica comenta por un megáfono que están pasando cerca de los famosos edificios en forma de mazorcas gemelas de Marina City.

Hay un montón de turistas paseando por la orilla del río, se les identifica tanto por los sombreros de ala ancha y por los pantalones cortos como por las cámaras que llevan colgadas del cuello. Un oficinista con la chaqueta del traje arremangada está sentado en la viga roja, junto a la barandilla, comiéndose un bocadillo y agitando los pies a modo de advertencia para la curiosa gaviota que se le acerca poco a poco. La gente cruza la calle en apretados grupos al ritmo de los pitidos del semáforo en verde y pierden cohesión en cuanto salen del paso de peatones. Eso hace que cueste localizar a uno entre la manada. Pasea la vista de una persona a otra, clasificándolas de una en una por raza, género y constitución. «Tío negro. Mujer. Mujer. Tío gordo. Hombre con auriculares. Tío de pelo largo. Tío con traje. Tío con camiseta granate. Otro traje. Debe de ser la hora de comer. Chaqueta de cuero marrón. Camisa negra. Mono azul. Rayas verdes. Camiseta negra. Camiseta negra. Silla de ruedas. Traje. Ninguno de ellos es él. Se ha ido».

—¡Jodeer! —grita al cielo, asustando al tío del bocadillo.

La gaviota alza el vuelo y chilla para reprenderla.

El autobús 124 pasa por delante de ella y le tapa la visión. Siente que se le reinicia el cerebro. Un segundo después, lo ve. El movimiento irregular de una gorra de béisbol que se balancea ligeramente, como si el hombre cojeara. Echa a correr de nuevo. No oye a Dan llamándola.

Un taxi crema y blanco da un volantazo para evitarla cuando Kirby cruza como un rayo, y sin mirar, la calle Wacker. El conductor para en seco en medio del cruce, con la mano todavía en el claxon, y baja la ventanilla para gritarle. A ambos lados se inicia un concierto de ansiosas bocinas.

—¿Estás loca? Casi te atropella —la regaña una mujer de pantalones brillantes que la ha agarrado por el brazo para sacarla de la calzada.

—¡Suelta! —grita Kirby, empujándola.

Se abre paso a través de la muchedumbre que llena las calles a la hora de comer. Intentando no perderlo de vista se mete entre una pareja con un carrito de bebé y llega hasta una zona en sombra, bajo las vías elevadas. La opresiva oscuridad a pleno día la desconcierta. Los ojos tardan un momento en ajustarse al cambio y, en esa fracción de segundo, lo pierde.

Busca a su alrededor, desesperada, catalogando y descartando mentalmente a todo el mundo. Entonces le llama la atención el descarado cartel rojo de un McDonald's. Mira hacia arriba, hacia la escalera suspendida que lleva a la estación de Lake Street, al otro lado. Solo logra verle los vaqueros antes de que desaparezca, pero su cojera se hace más pronunciada cuando sube la escalera.

—¡Eh! —grita, pero su voz se pierde en el tráfico.

Arriba está llegando un tren. Sube corriendo por la escalera mientras busca en el bolsillo las fichas para el transporte. Al final salta por encima del torno de seguridad, sube corriendo el tramo de escaleras hasta el andén y se mete entre las puertas del vagón, que ya se cierran, sin fijarse siquiera en qué línea está.

Le cuesta respirar. Se mira las botas, demasiado asustada para levantar la cabeza, por si él está allí. «Venga —se dice, enfadada consigo misma—. Venga, joder». Levanta la cabeza en actitud desafiante y barre el vagón con la mirada. Los otros pasajeros están muy ocupados procurando no hacerle caso, incluso los que estaban mirando hacia afuera cuando se metió a la fuerza por las puertas medio cerradas. Un niño con una camiseta de deporte de camuflaje azul la mira con la superioridad moral de un niño. «Mini GI Joe azul», piensa Kirby, a punto de reírse de alivio o de la conmoción.

«No está aquí». A lo mejor se ha equivocado. O está en otro tren, en dirección contraria. El corazón le da una vuelta de campana. Avanza por el traqueteante vagón camino de las puertas que lo conectan con el siguiente, procurando agarrarse para no caerse cuando el tren toma las curvas a toda velocidad. El plexiglás está arañado, ni siquiera tiene grafiti, sino líneas que se cruzan en la superficie, grabadas con distintas navajas suizas u hojas de cuchillos X-Acto a lo largo de cientos de viajes.

Se asoma con precaución al vagón contiguo y se aparta de inmediato: él está junto a la puerta, agarrado a la barra de arriba, con la gorra bien calada. Sin embargo, Kirby reconoce su constitución, los hombros caídos, el ángulo de la mandíbula y el perfil irregular que no la mira a ella, sino a los tejados que pasan volando por las ventanillas.

Kirby se agacha con el cerebro acelerado. Mete la mano en la mochila y se pone la chaqueta de Dan para cambiar de aspecto. Se coloca sobre el pelo el pañuelo que lleva al cuello, como una abuela rusa. No es un gran disfraz, pero es lo único que tiene. Mantiene la cabeza hacia un lado, lo bastante como para tenerlo en su campo

de visión periférica y saber cuándo se baja del vagón.

## DAN

13 de junio de 1993

Dan la pierde de vista en algún punto de la calle Randolph. Dominado por el pánico, logra atravesar el tráfico provocando otra ronda de bocinazos enfurecidos, pero no puede seguirle el ritmo. Se apoya en una de las papeleras verdes, sobrevivientes del antiguo Chicago, como también lo son las farolas con sus bombillas de lámparas de gas que parecen condones inflados. Jadea. El flato le desgarran las costillas y se siente como si el puto Dolph Lundgren le hubiese metido una patada giratoria en el pecho. Un tren le pasa por encima de la cabeza y la vibración casi le suelta los empastes.

Si Kirby ha estado aquí, ya no está.

Siguiendo una corazonada, se dirige a la avenida Michigan apretándose el costado y respirando entrecortadamente. Lamentable. Está enfermo de pánico y rabia. Piensa en Kirby. Se la imagina muerta en un callejón perdido detrás de una pila de basura. Seguramente ha pasado junto a ella. Nunca atraparán al culpable. Lo que esta ciudad necesita es cámaras en todas las esquinas, como en las gasolineras.

Por favor, Dios, se pondrá en forma, comerá verduras, irá a misa, se confesará y visitará la tumba de su madre. Nada de cigarrillos furtivos. Pero que Kirby esté bien. En realidad, no es mucho pedir, ¿no?

Cuando llega al *Sun-Times* los polis todavía no han aparecido. Chetty está en pleno ataque de rencor, intentando explicarle a Harrison lo que pasa. Richie aparece, pálido y asustado, para decirles que esa mañana han asesinado a otra chica. Se la han encontrado apuñalada en un laboratorio farmacéutico del West Side. Parece el mismo modus operandi. Peor. Los detalles son aún más horribles. Y una mujer que iba a las reuniones de ayuda de la drogadicta muerta ha declarado que un hombre cojo había preguntado por ella.

Dan se da cuenta de que nadie sabe bien cómo asumirlo. Que, a lo mejor, Kirby ha estado en lo cierto respecto a aquel puto tipo desde el principio. No puede creerse que el pendejo haya tenido cojones para entrar en el periódico y preguntar por ella.

Se acerca a la tienda de electrónica que hay calle abajo y compra un busca. Es rosa porque era el que estaba en el escaparate, listo para que se lo llevara. Vuelve con Chet, le da el número e instrucciones estrictas de que lo avise si averiguan algo. Especialmente si es sobre Kirby. Procura calmar la preocupación. Siempre que esté ocupado, no la sentirá.

Va a por su coche y a recoger algo de su casa. Después conduce hasta Wicker Park y fuerza la entrada del piso de Kirby.

Está todavía más desordenado que antes. Todo su armario parece haber migrado

al salón y haberse repartido por los muebles. Aparta la mirada de unas bragas rojas que están vueltas del revés sobre una silla.

Constata que la chica ha estado jugando a ser una buena detective. El contenido de las cajas de pruebas está repartido por todas partes. Hay un mapa de la ciudad pegado con Blu-Tack al armario de la limpieza. Todos los asesinatos de mujeres por apuñalamiento de los últimos veinte años están marcados con puntos rojos.

Hay un montón de puntos.

Abre la carpeta que encuentra sobre la chapucera mesa de caballete. Está llena de transcripciones a máquina cuidadosamente numeradas, fechadas y unidas con clips a los artículos originales. Familiares de las víctimas de asesinato. Decenas de personas a las que ha localizado y entrevistado. Ella le explicó que llevaba haciéndolo todo el año. Ya te digo.

Se deja caer con pesadez en el taburete pintado mientras repasa los testimonios.

No «la perdí». Puedo perder las llaves de casa. A ella me la quitaron.

Todos los días pienso en cómo reaccionaré cuando lo capturen. La reacción cambia, ¿sabes? A veces pienso que me gustaría torturarlo hasta que muriera. Otras veces creo que lo perdonaría, porque eso sería peor.

Me robaron mi inversión para el futuro. ¿Te suena raro?

En las películas hacen que parezca algo sexy.

Es lo más horrible que pueden decirte, pero, en cierto modo, también fue un alivio. Porque si solo tienes un hijo, sabes que nunca volverás a recibir esa llamada.

# HARPER

13 de junio de 1993

Una furia negra ahoga el cerebro de Harper. Debería haber matado al chico indio del periódico. Tendría que haberlo arrastrado hasta una ventana y tirarlo a la calle. Se hizo el tímido con el chico, le siguió la corriente, como si fuera un idiota de mirada vacía del Manteno State Hospital, de esos que siempre tienen la barbilla cubierta de su propia saliva y mierda en los pantalones.

Había tenido que emplear hasta la última pizca de su fuerza de voluntad para hacerle preguntas razonables, en vez de: «¿Cómo coño sigue viva y dónde está la muy puta?». Lo que le dijo es que, si Kirby estaba en la oficina, le gustaría hablar con ella sobre los premios. Estaba muy interesado en los premios. «¿Podría hablar con ella, por favor? ¿Está aquí?».

Presionó demasiado, vio que el chico pasaba del desprecio salpicado de aburrimiento a una precaución recelosa.

—Llamaré a seguridad para que la busquen —dijo, y Harper lo entendió perfectamente.

—No es necesario. Dile que he venido a verla, ¿de acuerdo? Que volveré.

Enseguida se da cuenta de que ha sido un error decirle eso. Tanto, que compra una gorra de béisbol de los White Sox en la calle y se tapa la cara con la visera porque sospecha que el maldito chico llamará a la policía. Va directo al tren. Necesita volver a la Casa y meditar sobre cómo resolver la situación.

Costará más encontrarla si la asusta, pero no puede reprimir su rabia. Quiere que ella lo sepa, quiere que huya, que se esconda. La sacará del agujero en el que se meta como antes hacía con los conejos, la sacará del agujero a rastras por el cogote mientras ella se sacude y grita, y después le cortará el cuello.

Mientras observa la ciudad que pasa por la ventanilla del vagón, se toca con el dorso de la mano a través de los pantalones, pero su consternación es tal que se siente apabullado. Está pudiendo con él y todo se le escapa entre las manos. Es por ella. Debería haberla matado un día que fuera sin el perro. Había otras oportunidades.

Se siente muy solo. Necesita clavarle la navaja en la cara a alguien para aliviar la presión que se le acumula detrás de los ojos. Tiene que volver a la Casa y arreglarlo. Volverá para buscarla e intentar enmendar los errores. Las estrellas deben alinearse de nuevo.

No ve a Kirby. Ni siquiera cuando se baja del tren.

## KIRBY

13 de junio de 1993

Debería dejar de seguirlo y llamar a la policía. Algo se lo está diciendo desde lo más profundo de la base del cráneo. Lo ha encontrado. Sabe dónde está. Pero ¿y si...? La idea la angustia. ¿Y si es una trampa? Todo indica que la casa está en ruinas y abandonada, como muchas otras de esa manzana. Podría haber entrado en ella porque sabe que Kirby lo sigue. Lo cierto es que no pasa demasiado desapercibida en este barrio, lo que significa que a lo mejor él la espera dentro.

Se le han entumecido las manos. «Llama a los polis, idiota, pásales a ellos el marrón. Has visto dos cabinas públicas de camino aquí. Sí —añade su mente—, y las dos estaban destrozadas, con el cristal roto y los auriculares arrancados». Se mete las manos bajo las axilas, abatida y temblorosa. Permanece de pie bajo un árbol, porque Englewood, a diferencia del West Side, sigue teniendo muchos. Está bastante segura de que él no la está mirando, porque ella no ve las ventanas rotas de la segunda planta. Sin embargo, ignora si está asomado a alguna grieta de las tablas de contrachapado que tapan las ventanas de abajo o, joder, si está sentado en los escalones de la entrada, esperándola.

La pura y terrible verdad es que, si se marcha, lo perderá.

«Mierda, mierda, mierda, mierda».

—¿Vas a entrar? —pregunta alguien junto a su hombro.

—¡Dios! —exclama ella, sobresaltada.

Los ojos del sin techo son algo saltones, lo que lo hace parecer inocente o muy interesado. A su sonrisa le faltan la mitad de los dientes y lleva una camiseta desgastada de Kris Kros y un gorro de lana rojo, a pesar del calor.

—Yo de ti no entraría. Yo ni siquiera sabía seguro quién era, pero seguí vigilándolo. Sale a horas extrañas, vestido raro. He estado dentro. No lo parece desde fuera, pero todo está muy elegante. ¿Quieres verlo? Necesitas una entrada. —Entonces saca un trozo de papel arrugado, y Kirby tarda un largo segundo en darse cuenta de que es dinero—. Te lo vendo por cien pavos. Si no, no funciona. No lo verás.

—Te daré veinte si me enseñas por dónde puedo entrar —responde ella, aliviada al darse cuenta de que está loco.

—No, no, espera —dice el vagabundo, cambiando de idea—. Yo he estado dentro y no me gustó nada. Ese sitio está maldito. Embrujado. Es cosa del diablo. No deberías entrar. Me das veinte por el buen consejo y no entras, ¿vale?

—Tengo que entrar.

Que Dios la ayude.

Todo lo que lleva en la cartera asciende a un total de diecisiete dólares y monedas sueltas. El sintecho no está muy impresionado pero, a pesar de todo, la lleva hasta la parte de atrás de la casa y la ayuda a encaramarse a la escalera de madera que sube en zigzag por la fachada.

—Da igual, no vas a ver una mierda. No llevas la entrada. Supongo que estarás bien. No digas que no te lo dije.

—Por favor, no hagas ruido.

Utiliza la chaqueta de Dan para pasar por encima del alambre de espino que enrollaron en la base de la escalera precisamente para evitar que alguien se colara. «Lo siento, Dan —piensa al ver que el alambre le rasga la manga—. De todos modos, necesitas ropa nueva».

La pintura de las tablas está desconchada. La escalera está podrida y se queja bajo su peso con cada uno de los cautelosos pasos que la llevan hasta la ventana de la planta de abajo, que la espera abierta como un agujero en una cabeza. Hay cristales rotos por todo el borde. Los fragmentos están sucios y salpicados de lluvia.

—¿Rompiste tú la ventana? —le susurra al loco de abajo.

—No deberías preguntarme nada —responde él, enfurruñado—. Es cosa tuya si quieres entrar.

Mierda. La casa está a oscuras, pero a través de la ventana abierta ve que está hecha una pena. Los yonquis se han quedado a gusto, han arrancado las tablas del suelo, además de las tuberías, y las paredes están reventadas y peladas hasta los huesos. A través de la puerta que hay al otro lado distingue la porcelana desnuda de un retrete roto. Han arrancado el asiento y el lavabo está tirado y rajado en el suelo. Es absurdo que el asesino se esconda allí para esperarla. Vacila en el borde de la ventana.

—¿Puedes llamar a la policía? —susurra.

—No, señora.

—Por si me mata.

Lo dice con más impasibilidad de la que le gustaría.

—Ya hay gente muerta ahí dentro —susurra Mal a modo de respuesta.

—Por favor, dales la dirección.

—¡Vale, vale! —dice mientras golpea el aire. Espantando promesas—. Pero no pienso quedarme por aquí.

—Claro —responde Kirby en voz baja.

No vuelve la vista atrás, coloca la chaqueta de Dan sobre el alféizar, encima de los cristales rotos. Nota un bulto en el bolsillo y se da cuenta de que es su poni. Entra en la casa.

# KIRBY Y HARPER

22 de noviembre de 1931

El tiempo cura todas las heridas, y las heridas acaban por hacer costra. Las costuras se sueldan.

En cuanto cruza el marco de la ventana, está en otra parte. Cree que se está volviendo loca.

A lo mejor ha estado muriéndose todo este tiempo y lo que ha vivido no es más que un megaviaje alucinógeno, el último hurra de su cerebro mientras ella se desangra en el refugio de aves y su perro sigue atado a un árbol estrangulándose con un alambre.

Se abre paso a través de los pesados pliegues de unas cortinas que antes no estaban allí y entra en un salón anticuado, aunque nuevo. La chimenea está encendida. Hay una licorera con whisky en la mesita auxiliar, que está frente a un sillón de terciopelo.

El hombre al que ha seguido ya no está. Harper se ha ido al 9 de septiembre de 1980 para observar a la niña Kirby desde el aparcamiento de una gasolinera mientras bebe Coca-Cola, porque necesita aferrarse a algo para reprimir el impulso de cruzar la calle, agarrar a la niña por el cuello con la fuerza suficiente como para levantarla en el aire, y apuñalarla una y otra vez allí mismo, delante de la tienda de donuts.

En la casa, Kirby sube la escalera y llega a un dormitorio decorado con objetos robados a chicas muertas, que todavía no están muertas, que mueren eternamente o que están marcadas para morir. Titilan, enfocándose y desenfocándose. Hay tres que le pertenecen a ella: un poni de plástico, un encendedor negro y plateado y una pelota de tenis que consigue que le duelan las cicatrices y que le dé vueltas la cabeza.

Abajo, una llave gira en la cerradura. Está aterrada y no sabe adónde ir. Tira de la ventana, pero no cede. Se mete en el armario y se agacha allí dentro, intentando no pensar. Intentando no gritar.

—*Co za wkurwiaja, ce gówno!*

Un ingeniero polaco, borracho de éxito y de alcohol, trastea por la cocina. Tiene la llave en el bolsillo de la americana, aunque no por mucho tiempo. La puerta se abre detrás de él y Harper entra, cojeando con su muleta, procedente del 23 de marzo de 1989. Lleva una pelota de tenis mordisqueada en el bolsillo y la sangre de Kirby, todavía húmeda, en los vaqueros.

Tarda un buen rato en matar a Bartek a palos, mientras Kirby sigue oculta en el armario del dormitorio, tapándose la boca. Cuando empiezan los chillidos, no puede evitarlo y gime contra la palma de su mano.

El hombre sube los escalones de uno en uno, martilleando el suelo con la muleta, arrastrando la pierna. Toc, toc. Da igual que esto ya haya ocurrido antes en su pasado, porque ahora se ha doblado sobre el presente de ella, como si fuera origami.

Harper llega al umbral del cuarto y Kirby se muerde la lengua tan fuerte que sangra. La boca seca le sabe a cobre. Él pasa por delante sin verla.

Kirby se echa un poco hacia delante, intentando oír algo. Hay un oso loco en el armario, con ella; se da cuenta de que es su propia respiración, está hiperventilando. Debe quedarse quieta, debe controlarse.

Se oye el tintineo inconfundible de la porcelana del asiento de un retrete al levantarse. El chapoteo de la orina. Un grifo abierto cuando se lava las manos. El hombre deja escapar una palabrota en voz baja. Un frufú. El fuerte ruido metálico de una hebilla de un cinturón al golpear las baldosas. Un grifo de la ducha que se abre. Las anillas de las cortinas al cerrarse.

«Es el momento, tu única oportunidad», piensa Kirby. Debería entrar en el baño, coger la muleta y aplastarle el cráneo con ella. O dejarlo inconsciente, atarlo y llamar a los polis. Sin embargo, sabe que si Harper no consigue arrebatarse la muleta, no parará hasta que el asesino no vuelva a levantarse.

Las conexiones entre el cerebro de Kirby y su cuerpo se han quedado petrificadas. La mano no se mueve para abrir la puerta del armario. «Muévete», se urge a sí misma.

El agua se corta. Ha perdido su oportunidad. Va a salir del cuarto de baño y se dirigirá al armario a por ropa limpia. A lo mejor puede abalanzarse sobre él, empujarlo y salir corriendo. Las baldosas estarán mojadas. Puede que lo consiga.

El siseo de la ducha regresa de nuevo, las tuberías le juegan una mala pasada. O el asesino está jugando con ella. Ahora, tiene que irse ahora. Empuja la puerta del armario con el pie y sale gateando.

Tiene que llevarse algo, alguna prueba. Coge el encendedor del estante. Es exactamente el mismo, aunque no sabe cómo es eso posible.

Llega al pasillo. La puerta del baño está abierta. De debajo del chorro de agua le llega una melodía silbada, es dulce y alegre. Si Kirby pudiera respirar, estaría lloriqueando.

Pasa junto a la puerta con la espalda pegada al papel pintado de la pared. La mano le duele de lo fuerte que aprieta el encendedor, pero no es consciente de ese dolor. Se obliga a dar otro paso. Uno más. No es muy distinto de la otra vez. Y otro paso. Se fuerza a no mirar al hombre cuyos sesos desparramados salpican el suelo que ve al pie de la escalera.

El agua se corta cuando está a medio camino, así que sale corriendo hacia la puerta principal. Intenta pasar por encima del cadáver del polaco, pero va demasiado deprisa para tener cuidado y le pisa el brazo. La sensación es horrible, la carne está

demasiado blanda bajo sus botas. «Nopiensesnopiensesnopienses».

Alarga la mano para abrir el pestillo.

Se abre.

## DAN

13 de junio de 1993

—Aquí dentro —dice el propietario del Finmark Deli mientras acompaña a Dan al despacho de atrás—. Estaba histérica cuando la encontré.

A través del cristal de la puerta, Dan ve a Kirby sentada en una silla con ruedas de cuero falso y respaldo alto, junto a un escritorio de contrachapado, bajo un calendario ilustrado con cuadros en el que se ve un Monet. O un Manet. Dan nunca ha sabido diferenciar sus obras. Esta falsa imagen de buen gusto intelectual se ve malograda por el póster que adorna la pared de enfrente en el que se ve a una chica sentada en una Ducati que se está aplastando las tetas entre los dedos. Kirby parece pálida y permanece encorvada, como si intentara encogerse. Tiene el puño apretado sobre el regazo. Habla en voz baja por teléfono.

—Me alegro de que estés bien, mamá. No, por favor, no vengas. En serio.

—¿Cree que saldrá en las noticias de la noche? —le pregunta a Dan el tío de la tienda.

—¿Qué?

—Porque si sale, debería afeitarme. Por si quieren entrevistarme.

—¿Le importa? —dice Dan, que está dispuesto a tumbarlo si no se calla.

—En absoluto, es mi deber como ciudadano.

—Quiere decir que si le importa dejarnos solos, por favor —interviene Kirby, que está colgando el teléfono.

—Ah, vale. Bueno, es mi despacho... —protesta.

—Y le agradecemos mucho que nos permita usarlo para hablar en privado —insiste Dan mientras lo saca por la puerta casi a empujones.

—¿Sabes que he tenido que suplicarle que me dejara llamar por teléfono? —pregunta Kirby, y esta vez se le rompe la voz.

—Dios, estaba muy preocupado —dice él, y le da un beso en la cabeza, sonriendo de alivio.

—Y yo —dice ella, sonriendo, aunque no es una sonrisa de verdad.

—Los polis están allí.

—Lo sé —responde ella, asintiendo bruscamente con la cabeza—. Acabo de hablar con mi madre. El muy cabrón ha entrado en su casa.

—Dios.

—Lo ha destrozado todo.

—¿Buscaba algo?

—A mí. Pero yo estaba contigo. Y Rachel estaba visitando a un viejo novio. Ni

siquiera se enteró de lo que había pasado hasta que llegó a su casa y se lo encontró todo hecho polvo. Quiere venir corriendo. Quiere saber si lo han cogido ya.

—Como todos. Tu madre te quiere.

—No puedo enfrentarme a ella ahora...

—Sabes que tendrás que identificarlo, ¿no? En la comisaría. ¿Podrás hacerlo?

Ella asiente de nuevo. Tiene los rizos lacios y oscuros por el sudor.

—Bien por ti —bromea Dan, y le aparta el pelo de la nuca—. Deberías dedicarte a perseguir asesinos más a menudo. Nunca te había visto el pelo tan manejable.

—No se acabará ahí. Habrá un juicio.

—Claro, tendrás que estar allí cuando llegue el momento, pero podemos evitar el circo mediático. Puedes hacer una declaración oficial y después nos largamos de la ciudad. ¿Has estado en California?

—Sí.

—Es verdad, se me había olvidado.

—Merece la pena olvidarlo.

—Dios, qué preocupado estaba.

—Ya lo has dicho.

Esta vez, la sonrisa de Kirby es real, cansada, pero real. Dan no puede evitarlo, no puede resistirse y la besa. Todo en ella, todo lo que es ella lo atrae. Los labios de Kirby son tan suaves, cálidos y receptivos que apenas logra soportarlo.

Ella le devuelve el beso.

—Estooo —dice el dueño de la tienda.

Kirby se lleva el dorso de la mano a la boca y aparta la mirada.

—¡Por Dios! —chilla Dan—. ¿No sabe llamar?

—Estooo, el inspector quiere decirles algo —responde el hombre, que los mira nervioso, primero a una y después al otro, intentando averiguar cómo convertir aquello en un comentario adecuado para la tele—. Estaré, eeh... bueno, fuera.

Kirby se pellizca la piel entre las clavículas y con aire distraído se frota la cicatriz con el borde del pulgar.

—Dan.

La forma en que dice su nombre lo trastorna.

—No lo digas, no tienes que hacerlo. Por favor, no lo hagas.

—Ahora mismo no puedo, ¿sabes?

—Sí, lo sé, y lo siento. Es que... Joder —exclama Dan. Ni siquiera es capaz de formar una frase en condiciones. Precisamente en el momento más estúpido.

—Sí, te entiendo —dice ella, sin mirarlo—. ¡Eh! Me alegro de que estés aquí.

Le da un puñetazo en el brazo. Es una forma de rechazarlo, y la ligereza y la irrevocabilidad del gesto lo dejan roto por dentro.

Alguien llama a la puerta y, un milisegundo después, el inspector Amato la abre.

—Señorita Mazrachi, señor...

—Velasquez.

Dan se apoya en la pared con los brazos cruzados para dejar claro que no se va a ninguna parte.

—¿Lo han cogido? ¿Dónde está? —pregunta Kirby mientras mira con miedo la pantalla en blanco y negro conectada a la cámara de vigilancia de la tienda.

El inspector Amato se sienta en el borde del escritorio. Con demasiada familiaridad, en opinión de Dan, como si no se la tomara en serio. Se aclara la garganta.

—Menudo susto que el tipo se presentara en el periódico sin más.

—¿Y la casa?

El hombre parece incómodo.

—Escuche, ha sido una situación muy estresante. Seguirlo fue valiente y estúpido a la vez.

—¿Qué me está diciendo?

—Es normal que se haya confundido, no conoce el barrio.

—¿No lo ha encontrado? —pregunta Kirby, levantándose, pálida de furia—. Le di la dirección, ¿también quiere que se lo envuelva para regalo y se lo ponga bajo el puto árbol de Navidad?

—Tranquícese, señorita.

—¡Estoy muy tranquila! —grita Kirby.

—Vale, calma. Estamos en el mismo equipo, ¿de acuerdo? —dice Dan.

—No logramos encontrar al yonqui con el que hablé. Todavía tengo a mis chicos preguntando por el barrio.

—¿Y la casa?

—¿Qué quiere que le diga? Está abandonada, hecha una ruina. Han arrancado las tuberías, le han quitado los cables de cobre, han reventado las tablas del suelo... Han robado las cosas de valor y el resto lo han destrozado por pura diversión. Allí no hay nadie, sin duda. Pero puede que los chavales hayan estado por allí para fumar o enrollarse. Encontramos un colchón arriba.

—Así que de verdad han entrado —dice Kirby en tono de desafío categórico.

—Claro que sí. ¿Qué intenta decir?

—Y ¿no era más que una ruina?

—Señorita, venga, sé que se lo está tomando mal. No es culpa suya que se confundiera. Ha sido muy traumático. Incluso teniendo un buen día, nadie suele ser un buen testigo, así que si encima ve al tío que intentó matarla...

—Y que ha vuelto para rematarme.

—Entonces ¿ahora qué? —pregunta Dan.

—Vamos puerta por puerta. Tenemos la descripción. Con suerte, encontraremos al

yonqui y él nos dirigirá a la casa.

—A la casa correcta —lo corrige ella, decepcionada—. Y ¿después?

—Tenemos una orden de busca y captura en todas las comisarías. Lo encontraremos y lo detendremos. Tiene que permitirnos hacer nuestro trabajo.

—Porque hasta ahora lo han hecho estupendamente.

—¿Me puede echar una mano? —le pide Amato a Dan.

—Kirby...

—Ya lo pillo —responde ella, cortándolo, enfadada.

—¿Tiene algún sitio en el que pasar la noche? Puedo asignarle a un agente.

—Puede quedarse en mi casa —se ofrece Dan, aunque se ruboriza cuando Amato arquea las cejas—. Tengo un sofá cama. Yo dormiré en él. Obviamente.

—¿Lo han cogido ya? ¿Dónde está? —exige saber Rachel, que entra en la habitación diminuta convertida en una tormenta de nervios y pachuli.

—¡Mamá! Te dije que no vinieras.

—Voy a sacarle los ojos. ¿Todavía hay pena de muerte en Chicago? Yo misma le daré al puto interruptor.

Se hace la bravucona feroz, pero Dan se da cuenta de que está a punto de hundirse. Ojos de loca, manos temblorosas. Y que esté aquí hace que Kirby también se tense más.

—Siéntese, señorita Mazrachi —le ofrece, acercándole una silla.

—Veo que los buitres ya han llegado —le suelta ella—. Vamos, Kirby, te llevo a casa.

—¡Rachel!

El inspector aprieta los labios ante la idea de enfrentarse a otra mujer loca.

—Señora, no es aconsejable que vuelva a su casa. No sabemos si el sospechoso querrá ir de nuevo. Esta noche deberían dormir en un hotel. Y buscar ayuda experta. Ha sido algo muy traumático para las dos. El condado de Cook tiene a una persona en urgencias, las veinticuatro horas. O aquí, llamen a este número. Es un amigo que trabaja con muchas víctimas de crímenes.

—Y ¿qué pasa con el cabrón que hizo esto? —pregunta Kirby, furiosa.

—Deje que nosotros nos ocupemos de eso. Usted cuide de su madre, no siga intentando resolverlo sola —le pide el detective, que frunce el ceño, aunque con más comprensión que enfado—. Bien, le enviaré a un dibujante para hacer un retrato robot y le enseñarán algunas fotos. Después irá a ver al terapeuta, se registrará en un hotel y se tomará algo que la ayude a dormir. Y no va a volver a pensar más en esto hasta mañana, ¿lo entiende?

—Sí, señor —responde Kirby sin una pizca de sinceridad.

—Buena chica —dice Amato, cansado y sin creérselo.

—¡Capullo santurrón! —exclama Rachel mientras se deja caer en la silla vacía—. ¿Quién coño se cree que es? Ni siquiera sabe hacer su trabajo.

—Mamá, no puedes estar aquí, me pones nerviosa.

—¡Yo también estoy nerviosa!

—Pero tú no tienes que hablar con coherencia delante de la policía. Esto es muy importante y tengo que hacerlo bien. Te lo suplico. Te llamaré cuando acabe.

—Yo cuidaré de ella, señorita Mazrachi —dice Dan.

—¿Tú? —se burla Rachel.

—Mamá, por favor.

—El Day's Inn es pasable —interviene Dan—. Me alojé allí durante mi divorcio. Está limpio y tiene un precio razonable. Seguro que uno de los agentes se ofrecerá a acompañarla hasta el centro.

—De acuerdo, vale —responde Rachel, desinflándose—. Pero ¿irás directa al hotel después?

—Claro, Rachel —dice Kirby mientras la saca de la habitación—. Por favor, no te preocupes, te veré después.

La atmósfera de la habitación cambia en cuanto sale Rachel. Dan casi nota la bajada de la temperatura. Hay una intensidad distinta, aunque la concentración sigue siendo terrible. Dan sabe lo que va a pasar.

—No —se adelanta.

—¿Me vas a detener? —pregunta Kirby. Nunca la había visto tan fría.

—Sé razonable, está oscureciendo. Y no llevas linterna ni pistola.

—¿Ah, sí?

—Y yo tengo ambas cosas en mi coche.

Kirby se ríe, aliviada, y abre los puños por primera vez desde que salió de la casa. Lleva en la mano un encendedor negro y plateado. Un Ronson Princess De-Light con diseño *art déco*.

—¿Una reproducción?

Ella sacude la cabeza.

—No será de la sala de pruebas...

Ella niega con la cabeza de nuevo.

—Es el mismo. No sé cómo explicarlo.

—Y no se lo has enseñado a los polis.

—¿De qué iba a servir? Ni siquiera yo me creo a mí misma. Es una puta locura, Dan. El interior de la casa no está destrozado. Es otra cosa. Me da mucho miedo que entremos y que tú no lo veas como yo lo he visto.

Dan pone una mano sobre las suyas, alrededor del encendedor.

—Yo te creo, niña.

## KIRBY Y DAN

13 de junio de 1993

En el coche está tensa, no deja de jugar con el encendedor. Lo abre, lo cierra, lo abre, lo cierra, lo abre, lo cierra, clic, clic, clic. Dan no la culpa, la presión es insoportable. Clic. Están siendo catapultados hacia algo que podría evitarse, hacia un accidente de coche a cámara lenta. Y no se trata del típico rasponazo. Esto es como un choque en cadena de diez coches en medio de la autopista con helicópteros, camiones de bomberos y gente llorando en la cuneta por la conmoción. Clic, clic, clic.

—¿Puedes parar? ¿O, al menos, poner un cigarrillo en el extremo que quema? No me vendría mal uno —dice Dan.

Intenta no sentirse culpable por Rachel. Por estar poniendo a su hija en peligro.

—¿Tienes uno? —pregunta ella, ansiosa.

—Mira en la guantera.

Levanta la tapa y el compartimento le vomita en el regazo un montón de porquería: bolígrafos variados, condimentos de Al's Beef, un vaso de refresco aplastado... Kirby hace una pelota con el paquete vacío de Marlboro Lights.

—No, lo siento.

—Mierda.

—¿Sabes que en las versiones *light* hay tantas sustancias cancerígenas como en las normales? —pregunta Kirby.

—Nunca se me ocurrió que al final sería el cáncer lo que me mataría.

—¿Dónde tienes la pistola?

—Bajo mi asiento.

—¿Cómo sabes que no te vas a volar el tobillo en un bache?

—No la suelo llevar ahí.

—Supongo que son circunstancias especiales.

—¿Estás nerviosa?

—Estoy histérica. Tengo mucho miedo, Dan. Pero se acabó. Llevo esperando toda la vida. No tengo elección.

—¿Ahora vamos a hablar del libre albedrío?

—Tengo que volver allí, es lo que hay. Sobre todo si la poli no va a hacerlo.

—Te darás cuenta de que no es «tengo», sino «tenemos», amiga. Me estás arrastrando contigo.

—«Arrastrar» es una palabra demasiado fuerte.

—Y también «justicieros».

—¿Quieres ser mi Robin? Te quedarían bien las mallas amarillas.

—Frena un momento. Yo soy Batman, sin duda. Lo que te convierte a ti en Robin.

—Siempre me ha gustado más el Joker.

—Eso es porque te identificas con él. Los dos tenéis un pelo horrible.

—¿Dan? —dice ella mientras observa por la ventanilla el crepúsculo que se arrastra sobre los solares vacíos, sobre las casas abandonadas y sobre las pocilgas que se caen en pedazos. Cuando abre de nuevo el encendedor, la llama hace que el rostro se le refleje en la ventanilla del coche.

—¿Sí, niña? —pregunta él con cariño.

—Tú eres Robin.

Kirby lo lleva por un callejón demasiado aislado incluso para esa zona, y Dan, de repente, compadece profundamente al inspector Amato.

—Para ahí —dice Kirby.

Dan apaga el motor y deja que el coche se detenga detrás de una valla de madera que se inclina como un borracho.

—¿Esa? —pregunta, asomándose a la hilera de casas con ventanas tapiadas y rodeadas de malas hierbas que alcanzan alturas de jungla y están repletas de flores de basura.

Es evidente que hace tiempo que no pasa nadie por allí, y menos para establecer en una de esas casas una guarida oculta y diseñada con opulencia de antaño. Intenta que no se le note el recelo.

—Vamos —dice Kirby mientras abre la puerta y sale del coche.

—Espera un segundo.

Dan se agacha junto a la puerta abierta del conductor, fingiendo atarse los cordones del zapato, y mete la mano bajo el asiento para sacar el revólver. Es un Dan Wesson. El nombre le hizo gracia en su momento. Beatriz lo odiaba. Igual que odiaba la idea de que de verdad lo necesitaran.

Al enderezarse, lo ciega un rayo de sol que se refleja en la ventana de atrás. Definitivamente, el día se acaba.

—¿No podríamos haber hecho esto a las once de la mañana de un día soleado?

—Vamos —insiste Kirby abriéndose paso entre la mala hierba para llegar hasta la desvencijada Z que forman los escalones de madera que recorren la parte posterior de la casa.

Dan se pega la pistola a la cadera para que no la vea cualquiera que pase por allí. Aunque no le vendría mal que pasara alguien por allí. Tanta tranquilidad es inquietante.

Kirby se quita la chaqueta de Dan y la deja caer sobre el alambre de espino que bloquea la escalera.

—Permíteme —dice Dan.

Pisa con el talón la chaqueta, empujándola sobre los afilados rollos de alambre, y le ofrece la mano para ayudarla a subir. Después, él pasa detrás de ella y, en cuanto libera la presión, el alambre salta como un resorte y rasga la tela.

—Da igual, la compré de rebajas. Elegí la primera que pillé.

Se da cuenta de que habla por los codos. Nunca se ha considerado una persona habladora. Nunca se le habría ocurrido que acabaría entrando en casas abandonadas.

Están en el porche de atrás. La mierda que se ve a través de la ventana no presagia nada bueno, la penumbra proyecta sombras verdes y desperdicios por todas partes. Es como si hubiesen pelado las paredes y las hubiesen esparcido por el suelo como confeti.

Kirby pone un pie en el alféizar.

—No te pongas nervioso.

Después, se mete dentro y desaparece. Literalmente. Ahora está en el marco de la ventana, ahora no está.

—¡Kirby!

Se lanza por la ventana y se corta la mano con un fragmento de la ventana rota que, milagrosamente, permanece en su sitio.

—¡Me cago en la puta!

Ella aparece de nuevo y lo sujeta por el brazo, y Dan entra en la casa dando tumbos. Todo cambia.

Pasmado, se queda donde está, plantado en el comedor. La incredulidad que siente bastaría para provocar una conmoción cerebral. Kirby conoce la sensación.

—Vamos —susurra.

—No dejas de repetir eso —responde Dan, pero nota la voz pastosa y lejana.

Parpadea con fuerza. Las gotas gordas de sangre que le caen de la palma de la mano salpican el suelo. No se da ni cuenta. La chimenea despide un brillo naranja irregular sobre los tablones del oscuro pasillo. En el vestíbulo no hay ni rastro del hombre muerto por encima del que Kirby había tenido que pasar para escapar.

—Reponte, Dan. Te necesito.

—¿Qué es esto? —pregunta él en voz baja.

—No lo sé. Pero sé que es real.

No es cierto, se ha pasado todo el camino dudando de sí misma, pensando que a lo mejor tenían razón los demás y que ella no era más que una chiflada con alucinaciones y que lo que de verdad necesitaba era una dosis de antipsicóticos y una cama de hospital desde la que ver los jardines a través de unos barrotes. Ha sido un tremendo alivio comprobar que él también lo ve.

—Y sé que estás sangrando —añade—. Deberías darme la pistola.

—Ni de coña, eres inestable —responde él, en broma, aunque no la mira. Pasa la mano por el papel pintado de la pared para verificar que es real—. ¿Dijiste que estaba arriba?

—Estaba. Hace tres horas. Espera, Dan.

—¿Qué? —pregunta él, volviéndose al pie de la escalera.

—No puedo subir otra vez —responde ella, vacilante.

—Vale —dice él, y añade con más decisión—: Vale.

Dan entra en el salón, y a Kirby se le contraen las costillas. «Dios mío, como esté ahí, sentado en el sillón, esperando...». Pero Dan regresa con un pesado atizador negro que ha cogido de la chimenea. Le pasa la pistola.

—Quédate aquí. Si entra por la puerta, dispárale.

—Mejor nos vamos —dice ella, como si eso todavía fuera una opción.

Él la obliga a coger el revólver, que pesa más de lo que ella había imaginado. Le tiemblan mucho las manos.

—Cubre todas las entradas y utiliza las dos manos. No tiene seguro. Tú apunta y dispara. Pero no me dispaes a mí, ¿vale?

—Sí —responde con voz temblorosa.

Dan sube la escalera enarbolando el atizador, como si fuese un bate de béisbol. Kirby aprieta los omóplatos contra la pared. «Es como jugar al billar, hay que dejar escapar el aire antes de apuntar y disparar. No hay problema», piensa en un instante de odio.

La llave se mueve en la cerradura.

Kirby aprieta el gatillo en cuanto la puerta se abre.

Harper se agacha cuando el disparo roza el marco de la puerta y astilla la madera (atraviesa 1980 y se mete por la ventana de la casa de enfrente para acabar incrustándose en la pared, al lado de una imagen de la Virgen María).

Harper ni se inmuta con el tiro.

—Cariño —le dice a Kirby—, te estaba buscando. Y aquí estás —añade mientras empieza a sacar la navaja.

Ella mira el revólver apenas un milisegundo para ver si necesita recargar o colocar la recámara en su sitio. Seis balas. Quedan cinco. Dan ya ha recorrido media habitación cuando ella vuelve a levantar la vista. Justo en su línea de tiro.

—¡Quita de en medio!

Dan deja caer el atizador con todas sus fuerzas, pero Harper, más avezado en la lucha, lo intercepta con el antebrazo. Aun así, le rompe el hueso. Harper aúlla de dolor y clava la navaja en el pecho de Dan, que deja escapar un chorro de brillante líquido rojo. El impulso hace que ambos hombres caigan contra la puerta, que solo tiene puesto el pestillo, no está cerrada con llave. Los dos caen juntos en otro tiempo, destrozando las tablas clavadas en la puerta, que se cierra detrás de ellos.

—¡Dan!

Son solo unos metros, pero le parecen eternos. A lo mejor lo son. Cuando abre la puerta se encuentra en la noche de verano de la que venía y no hay ni rastro de ellos.

# DAN

3 de diciembre de 1929

Se abrazan el uno al otro como amantes y ruedan escalones abajo por el porche delantero hasta caer a la fría oscuridad de las primeras horas de la mañana. La nieve es toda una sorpresa. Dan se golpea tan fuerte contra el suelo que se queda sin aliento. Levanta la rodilla para apartar al psicópata y se aleja a cuatro patas por la calle, como un perro, intentando poner distancia entre ellos.

Es una locura, vuelve a estar en otra parte. Donde antes había un solar vacío, ahora ha aparecido un almacén de ladrillo. Se le ocurre llamar a la puerta para pedir ayuda, pero está cerrada con una cadena y un cerrojo. Las ventanas de las casas están tapadas con tablas, pero la pintura es más nueva. Nada tiene sentido. Está rodando por la nieve, sangrando, cuando hace media hora era junio.

La camisa de Dan está mojada y deja que el frío le cale. El brazo le chorrea sangre que le cae entre los dedos y forma flores rosas de fractales cristalinos en la nieve. Ni siquiera es capaz de distinguir de dónde sale, si es de las costillas o del corte de la mano, ya que está entumecido y le arde todo. El asesino se levanta con la ayuda del pasamanos sin soltar la navaja. Dan ya está más que harto de la puta navaja.

—Ríndete, amigo —dice el hombre, que se acerca cojeando por la nieve.

El tipo tiene su navaja, mientras que Dan no tiene una mierda. Permanece agachado con los dedos metidos en la nieve.

—¿Quieres ponértelo más difícil? —pregunta el tipo, que tiene una dicción extraña, casi anticuada.

—No vas a volver a hacerle daño —dice Dan.

De cerca, se da cuenta de que el cabrón se ha roto el labio en la caída. Cuando sonrío, enseña unos dientes ensangrentados.

—Hay que cerrar el círculo.

—No sé de qué coño hablas, tío —responde Dan, levantándose—, pero me estás cabreando.

Apoya el peso en el pie derecho obviando el dolor que se le extiende por el costado. Sujeta una bola de nieve compacta entre tres dedos, como si fuera una bola rápida de cuatro costuras. Levanta la rodilla, gira los brazos como un molinete pivotando sobre la cadera, y baja con la pierna delantera para que la bola de nieve salga despedida de la muñeca en el punto óptimo del arco, deslizándose, no de golpe.

—¡Vete *pa'l* carajo, *hijo'e* puta! —le grita.

La bola, la improvisada pelota, el lanzamiento perfecto, a la altura de Mad Dog

Maddux en persona, sale zumbando por la calle y se estrella contra la cara del psicópata.

El asesino trastabilla, sorprendido, y sacude la cabeza mientras se limpia la nieve. Eso le basta a Dan, que corre hacia él para caerle encima. Se prepara otra vez para darle un puñetazo en la nariz al muy cabrón. Apunta bajo con la esperanza de incrustarle el tabique en el cerebro. Sin embargo, si fuera tan fácil, esa sería una lesión de lo más habitual. El tío gira la mandíbula cuando el puño de Dan lo golpea, y el periodista nota que el pómulo cruje bajo sus nudillos. «Puñeta, eso duele».

Salta hacia atrás para esquivar el navajazo del otro y cae de espaldas como un cangrejo. Rueda mientras da una patada que acierta en algo sólido. No en la rodilla del asesino ni en sus pelotas, lo que habría resultado útil. Puede que haya sido el muslo.

El lunático sigue sonriendo a través de la sangre que le cae de la nariz. La hoja que lleva en la mano está resbaladiza. La idea hace que Dan se sienta mareado y muy, muy cansado. O quizá sea por la pérdida de sangre. No puede saber hasta qué punto la herida es grave, aunque supone que es bastante fea, a juzgar por lo roja que está la nieve. Dan se pone en pie de mala gana. No entiende por qué Kirby no sale de la casa y le pega un tiro al muy cabrón.

Se queda mirando la mano de la navaja. A lo mejor puede quitársela de una patada, como un maestro del kung-fu. ¿A quién pretende engañar? Toma una decisión. Se abalanza sobre él, le coge el brazo herido, lo aprieta y se lo retuerce intentando darle la vuelta y desequilibrarlo mientras le pega un puñetazo en el pecho con la otra mano.

El asesino, sorprendido, deja escapar un jadeo cuando se queda sin aire, da un paso atrás y arrastra a Dan con él, pero Harper es más fuerte y tiene más experiencia. Consigue mover la navaja hacia arriba y clavársela a Dan en el estómago, y sigue rajándolo, hacia las costillas, produciendo un sonido que parece una mezcla entre desgarrar de papel y de carne.

Dan se desploma de rodillas agarrándose el estómago. Después cae de lado. Nota el suelo helado bajo la cara. Hay una cantidad de sangre sorprendente en la nieve.

—Su muerte será peor —comenta el hombre, esbozando una sonrisa horrible.

Le da una patadita a Dan en las costillas con la punta del zapato. Dan gruñe y rueda para alejarse, la rotación lo deja boca arriba, con el estómago expuesto. Intenta protegerse la herida con las manos, aunque es un gesto inútil. Algo le pincha la espalda, en el bolsillo del abrigo. Es el maldito poni.

En ese momento, unos faros barren la calle. Es un coche cuadrado y antiguo que dobla la esquina. Los copos de nieve bailan en los rayos de luz. El coche frena al verlos. Dan sigue tirado, desangrándose, y el hombre de la navaja cojea de vuelta a la casa lo más rápido que puede, con el alba asomando por el horizonte.

—¡Ayuda! —le chilla Dan al coche. No ve la cara del conductor más allá del resplandor sulfúrico de los faros redondos, que son como anteojos. Lo único que distingue es la silueta de un hombre con sombrero—. ¡Deténgalo!

El coche se para en punto muerto frente a él. El calor del tubo de escape forma balbucientes cúmulos de dióxido de carbono con el frío. De repente, el motor ruge, los neumáticos ruedan y escupen trocitos de hielo y gravilla. El conductor da un volantazo para rodearlo. Por poco.

—¡Que te jodan! —intenta gritar Dan—. ¡Que te jodan, cabrón!

Pero más que un grito es un jadeo entrecortado. Echa la cabeza hacia atrás para intentar ver al asesino. Ya está en el porche, a punto de abrir la puerta. Le cuesta verlo bien, y no es solo por los copos de nieve.

La visión de Dan se vuelve oscura y borrosa por los bordes, como si tuviera cataratas, como si se estuviera cayendo a un pozo y viera que el iris de luz se aleja cada vez más.

## HARPER Y KIRBY

13 de junio de 1993

La puerta se abre y por ella entra Harper cubierto de sangre, sonriendo como un loco ansioso y con la navaja y la llave en la mano. Pero la sonrisa muere cuando ve lo que se dispone a hacer Kirby, que está en el centro de la habitación agitando el Ronson Princess De-Light y preparada para rociar con combustible un montículo hecho con un montón de objetos que ha reunido.

Ha arrancado las cortinas de la ventana y ha empapado algunos trozos, las ha echado encima del colchón del dormitorio de invitados de una de las habitaciones de arriba. Hay botellas tiradas con descuido debajo. Las del queroseno de la cocina, las de whisky. Ha volcado el sillón y lo ha rajado para que el relleno salga en grumos blancos. El gramófono está hecho pedazos. Relucientes astillas de madera, billetes de cien dólares y boletos de apuestas están metidos en el cuerno de latón dentado. Ha bajado todo lo que había en el dormitorio principal: las alas de mariposa, la tarjeta de béisbol, el poni, el casete con una maraña de cinta negra desenrollada que se ha enganchado en una pulsera de dijes, la tarjeta de identificación del laboratorio, una chapa de protesta, un pasador de conejito, una caja de píldoras anticonceptivas, una letra «Z» de imprenta. Una pelota de tenis mordida.

—¿Dónde está Dan? —pregunta Kirby. La luz de la chimenea que tiene detrás hace que le brille el pelo como si fuese a pronunciar una profecía.

—Muerto —responde Harper mientras la tormenta de nieve de diciembre de 1929 sigue viéndose a sus espaldas, tras la puerta abierta—. ¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —se burla ella—. No me diste nada en que entretenerme mientras te esperaba.

—¡No te atrevas! —grita Harper cuando enciende el mechero.

De él surge una firme llama dorada. Kirby suelta el mechero encima de la pila, que prende un segundo después. Un aceitoso humo negro surge arremolinado del papel, entre llamas naranjas.

Harper grita angustiado y se lanza a por ella con la navaja por delante, pero algo lo detiene en seco.

Se estrella contra el suelo y se le cae la llave porque Dan, de rodillas, le está sujetando las piernas con los brazos. Todavía está vivo, aunque la sangre forma charcos a su alrededor, negra y espesa. Tira de los pantalones de Harper para arrastrarlo hacia él y evitar que se abalance sobre Kirby. Harper le da patadas, frenético. Con el talón, sin querer, empuja la llave, que se desliza por el suelo ensangrentado y acaba junto a la jamba de la puerta, justo en el umbral de la Casa.

Por un golpe de suerte, una de las patadas consigue acertarle a Dan bajo la mandíbula. El periodista gruñe y suelta los vaqueros del asesino.

Ya libre, Harper se pone en pie como puede, todavía con la navaja en la mano, triunfante. La matará, apagará el fuego y después cortará en pedacitos a su amigo, muy despacio, por las molestias causadas.

Entonces mira a Kirby a los ojos, justo cuando ella levanta la pistola. Las llamas arden a su espalda. Kirby abre la boca para decir algo, pero se lo piensa mejor, deja escapar el aire y aprieta el gatillo.

# HARPER

13 de junio de 1993

La luz es cegadora. La fuerza lo estrella contra la pared.

Harper se toca el agujero de la camisa, en el que empieza a formarse una flor oscura. Al principio no siente nada, pero después llega el dolor, todos los nervios con los que se ha encontrado la bala en su trayectoria se encienden a la vez. Intenta reírse, pero el aliento le sale húmedo y sibilante, ya que los pulmones empiezan a llenarse de sangre.

—No puedes —dice.

—¿En serio?

Harper piensa que está preciosa: el gesto de sus labios, hacia atrás, le permite enseñar los dientes, tiene los ojos brillantes y el cabello, como un halo alrededor de la cabeza. Es luminosa.

Ella dispara de nuevo y parpadea sin querer con el ruido. Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Hasta que oye el clic de la recámara vacía. Él solo es vagamente consciente del impacto de las detonaciones en su cuerpo, como si se estuviera desprendiendo de él.

Entonces, ella le arroja la pistola, frustrada; cae de rodillas y oculta la cara entre las manos.

«Deberías haberme rematado, zorra estúpida», piensa Harper. Intenta acercarse a ella, pero el cuerpo no le responde.

La perspectiva de su visión está torcida, distorsionada en un ángulo obtuso. Toda la escena queda debajo de él, como si cayera hacia arriba y se alejara poco a poco.

Ve que a la chica le tiemblan los hombros, como tiemblan las llamas que escupen un oscuro humo químico y lamen el revoltijo formado por el sillón, las cortinas y los objetos.

Ve al hombretón tirado en el suelo de madera, tragando saliva con dificultad. Permanece con los ojos cerrados, sosteniéndose el estómago y el pecho, aunque la sangre le sigue manando entre los dedos.

Harper se ve a sí mismo apoyado contra la pared. ¿Cómo puede estar fuera de su cuerpo? Mira hacia abajo y lo ve todo, como si se estuviera sosteniendo en el techo, pero todavía sigue unido al trozo de carne de abajo que tiene su cara.

Harper ve que las piernas de Harper se quedan sin fuerzas y que su cuerpo empieza a deslizarse por la pared. La nuca va dejando oscuros manchurroneos de sangre y de cerebro en el papel pintado color crema.

Percibe que la conexión se pierde, hasta que se rompe de golpe.

Aúlla, incrédulo, intentando aferrarse a algo para volver a bajar, pero no tiene manos con las que agarrarse. Es una cosa muerta. No es más que carne en el suelo.

Se estira en busca de cualquier cosa que lo pueda retener.

Y encuentra la Casa.

Tablones en vez de huesos, paredes en vez de carne.

Puede volver atrás, empezar de nuevo y deshacer todo esto. Evitar el calor de las llamas, el humo asfixiante y la pura furia.

Más que una posesión, es una infección.

La Casa siempre fue suya.

Siempre fue él.

## KIRBY

13 de junio de 1993

Empieza a hacer demasiado calor. El humo se le mete entre los sollozos y le llega a los pulmones. Podría morir donde está, mantener los ojos cerrados y no volver a levantarse. Sería sencillo. La asfixia la mataría antes de que la alcanzaran las llamas. Solo tiene que respirar hondo. Solo eso.

Algo le da palmaditas en la mano con insistencia. Como un perro.

No quiere hacerlo, pero abre los ojos y ve a Dan apretándole la mano. Está de rodillas, inclinado hacia ella. Tiene los dedos ensangrentados.

—¿Una ayudita? —pregunta con voz ronca.

—Dios mío —responde ella, todavía temblorosa, llorando y tosiendo a la vez. Lo abraza, y él le responde con una mueca de dolor.

—Ay.

—Espera, necesito tu chaqueta.

Kirby lo ayuda a quitársela y se la ata a la cintura con todas sus fuerzas para contener la herida. La chaqueta empieza a empaparse incluso antes de que termine de anudarla. No quiere pensar en eso. Se arrastra bajo el brazo de Dan, empuja contra el suelo y se levanta. Pesa demasiado, no puede con él y las botas le resbalan en la sangre.

—Joder, cuidado —dice Dan. Está tan pálido que da miedo.

—Vale, así.

Encorva los hombros para cargar sobre la espalda con casi todo el peso, lo levanta y avanza arrastrando los pies. El fuego crepita detrás de ellos y salta, hambriento, por las paredes. El papel se pone negro y se retuerce, las volutas de humo suben hacia el techo.

Y, que Dios la ayude, todavía siente la presencia del asesino en la casa.

Medio a rastras, medio a tumbos, van hacia la salida. En precario equilibrio, Kirby cierra la puerta al hielo y a la nieve de fuera con la punta del pie.

—¿Qué haces?

—Intentar volver a casa —responde, ayudándolo a ponerse a cuatro patas—. Aguanta otro segundo, solo un segundo más.

—Me gustó besarte —dice Dan con la voz rota.

—No hables.

—No sé si soy tan fuerte como tú.

—Si quieres volver a besarme, cierra la puta boca y deja de desangrarte.

—Vale —jadea Dan, que esboza una sonrisa débil que después se hace más firme

—. Vale.

Kirby respira hondo y abre la puerta a una noche de verano llena de sirenas de policía y luces intermitentes.

## POSDATA: BARTEK

3 de diciembre de 1929

El ingeniero polaco detiene el coche dos manzanas más allá y se queda sentado, con el motor encendido, pensando en lo que acaba de ver, una escena con muy mala pinta, de eso no le cabe duda. No consigue descifrar qué ha ocurrido exactamente. Había un hombre tirado en medio de la calzada desangrándose en la nieve. Lo ha sorprendido tanto que ha estado a punto de atropellarlo. Ni siquiera iba concentrado en la conducción, transitaba por las calles siguiendo una ecuación que se sabía de memoria y que era igual a casa, así desde Cicero.

Está un poco borracho, lo reconoce. Muy borracho. Cuando empieza a perder, la ginebra está demasiado a mano. Y Louis no deja de llenarle el vaso durante toda la noche y parte de la madrugada, hasta mucho después de que hubo gastado la última moneda. Además, le da crédito. Lo bastante como para hundirse en el fango. Ahora le debe dos mil dólares a Cowen.

La desagradable verdad es que ha conseguido llevarse su coche por pura suerte. Vendrán a por él el domingo por la mañana, justo después de misa, si no encuentra la forma de reunir el dinero durante el fin de semana. Mejor el coche que él, aunque él será el siguiente. Diamond Lou Cowen no se anda con gilipolleces.

Apostar con mafiosos reconocidos, alternar con los amigos personales del señor Capone... ¿En qué estaba pensando? Ya tenía suficientes problemas como para, encima, involucrarse en un altercado sangriento a las cinco de la mañana.

Sin embargo, el asunto le inquieta. Le intriga la luz que salía de una casa en ruinas y se derramaba por la calle, y la improbable suntuosidad que había entrevisto a través de la puerta abierta. Se dice que debe volver y ayudar. O solo volver y echar un vistazo. Siempre puede llamar a la policía si se trata de algo serio.

Da media vuelta al coche para regresar a la casa.

La llave lo espera en el porche delantero, prácticamente en el umbral de la puerta cerrada, salpicada de nieve y de sangre.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que han ayudado a hacer de este libro lo que es.

Conté con un excelente equipo de investigadores que me buscaron información, libros descatalogados, vídeos, fotografías e historias personales de todo tipo, desde los grupos de abortos ilegales hasta las verdaderas bailarinas del radio, pasando por la evolución de la ciencia forense, las reseñas de los restaurantes de los años treinta y la historia de los juguetes de los ochenta. Mi entregada investigadora Zara Trafford, así como Adam Maxwell y Christopher Holtorf, de la empresa de investigación y diseño de juegos SkywardStar, me encontraron toda clase de cosas extrañas y asombrosas, en las que después profundizaron Liam Kruger, Louisa Betteridge y Matthew Brown, que siempre estaba disponible por eso de estar casado conmigo. Gracias.

En Chicago, Katherine y Kendaa Fitzpatrick fueron las mejores anfitrionas del mundo, aunque era un poco raro llevar a la hija de dos años de Katherine a jugar a la escena de un crimen en Montrose Beach. El marido de Kate, el doctor Geoff Lowrey, me ofreció asesoramiento médico y verificó algunos detalles, al igual que el cirujano otorrinolaringólogo Simon Gane. Si hay algún error espantoso, es solo mío.

Mi amigo de Twitter, Alan Nazerian (alias @gammacounter) me llevó en su coche, me acompañó a Wrigley Field y me presentó a unas personas maravillosas que me sirvieron de mucha ayuda, entre ellas Ava George Stewart, que me ofreció una información muy valiosa sobre derecho penal mientras comíamos la mejor comida china de la ciudad en Lao Hunan, y Claudia Mendelson, que me dio un curso de arquitectura básica mientras tomábamos café en Intelligentsia. Claudia me presentó a Ward Miller, que me habló de los edificios más asombrosos de la ciudad mientras cenábamos en Buona Terra (Chicago es una ciudad muy culinaria).

El experto en rutas fantasmales, joven historiador y escritor de novelas juveniles Adam Selzer me llevó a los lugares más espeluznantes de la ciudad, incluidos los pasillos traseros del Congress Hotel, y me habló de la fascinante historia de Chicago, sobre todo la de los años veinte y treinta, gran parte de la cual no pude incluir en el libro, y además me invitó a esa institución de Chicago que es Al's Beef.

El veterano inspector de la policía de Chicago, el comandante Joe O'Sullivan (alias @joethecop) me explicó los mecanismos internos del procedimiento policial de la comisaría de Niles, donde me enseñó unas cajas llenas de pruebas antiguas, con evocadoras fotografías incluidas (además de llevarme a tomar beicon y cócteles de *bourbon* en bares de mala muerte).

Jim deRogatis me dio información de primera mano sobre cómo era trabajar dentro del *Chicago Sun-Times*, me habló de los bibliotecarios del periódico, de la tinta en el aire, de los redactores, de las bromas y de las historias de los titulares. Me

he tomado algunas libertades al abordar esos temas. También me instruyó en profundidad sobre la escena musical de los noventa y me envió un ejemplar de su divertidísimo libro, el estupendo *Milk It: Collected Musings on the Alternative Music Explosion of the 90s*.

Quiero expresar mi agradecimiento al periodista deportivo Keith Jackson y a Jimmy Greenfield, del *Tribune*, que me contaron todos los detalles del periodismo deportivo, además de explicarme la filosofía del béisbol.

Ed Swanson, voluntario del Chicago History Museum, se ofreció a leer esta novela y a verificar con ojo de lince los datos históricos, todo lo relacionado con la cultura estadounidense y las rutas del metro de Chicago (el El o L, como lo llamaban antes). Todos los errores sobre este tema son míos, y algunos de ellos, como la verdadera fecha de publicación de *The Maxx* o la presencia de trabajadores afroamericanos en la Chicago Bridge And Iron Company de Seneca, son detallitos intencionados al servicio de la historia.

El artículo del periódico sobre el asesinato de Jeanette Klara le debe mucho a un artículo real sobre una verdadera bailarina del radio, «*In New York She Is Dancing To Her Death*» («En Nueva York, bailará hasta la muerte»), publicado el 25 de julio de 1935 en el *Milwaukee Journal*. Gracias al *Milwaukee Sentinel Journal* por permitirme reproducir algunas de las fantásticas frases del original.

Pablo Defendini, Margaret Armstrong y TJ Tallie me proporcionaron unas estupendas palabrotas puertorriqueñas, mientras que Tomek Suwalski y Ania Rokita me tradujeron y revisaron el diálogo en polaco, también cargado de obscenidades.

El doctor Kerry Gordon de la Universidad de Cape Town, experto en proteínas mutantes, me aconsejó sobre el tema de la investigación de Mysha Pathan.

Nell Taylor, de la Read/Write Library, me habló sobre la historia de las revistas independientes de Chicago, y que Daniel X. O'Neil repasó conmigo los locales de punk de los noventa y los de teatro alternativo y me envió a casa los *flyers* originales de la época. Gracias también a Harper Reed y a Adrian Holovaty por acompañarme al Green Mill para escuchar a la banda gitana de jazz Swing Gitan, que se inspira en los años treinta.

Helen Westcott me prestó todos sus libros de texto sobre criminología y materiales varios sobre asesinos en serie, y Dale Halvorsen me suministró todos los *podcasts* sobre crímenes reales que pudo encontrar. Mis compañeros de estudio, Adam Hill, Emma Cook, Jordan Metcalf, Jade Klara y Daniel Ting Chong me soportaron en general y me mantuvieron con los pies en la tierra gracias a los divertidos vídeos que sacaban de YouTube y a sus despiadadas bromas diarias. Y gracias a toda la empresa de animación Sea Monster por permitir que me escondiera allí para trabajar mientras reformaban nuestro edificio.

Gracias a mis amigos, familiares y desconocidos de Twitter que se ofrecieron a

ayudar con sugerencias útiles, traducciones, asesoramiento médico o recomendaciones sobre Chicago, y a cualquier otra persona a la que se me haya olvidado mencionar.

No voy a incluir la lista completa de bibliografía de mi investigación, pero entre las obras de referencia más útiles y entretenidas están: *Chicago Confidential*, de Jack Lait y Lee Mortimer, una guía asombrosa, sexy y divertida de los lugares y la gente más sórdida de la ciudad, publicado en 1950; el muy accesible *Chicago: A Biography*, de Dominic A. Pacyga; *Slumming: Sexual and Racial Encounters In American Nightlife 1885-1940*, de Chad Heap; *Girl Show: Into The Canvas World of Bump and Grind*, de A. W. Stencell; *Red Scare: Memories of the American Inquisition*, de Griffin Fariello; los recursos sobre Jane de la Chicago Women's Liberation Union's Herstory en la página web de la Universidad de Illinois, Chicago, incluidas las transcripciones de historias personales; *Doomsday Men*, de P. D. Smith, sobre la historia de la bomba atómica (y los extractos que Peter me envió por correo electrónico de su nuevo libro, *City: A Guidebook for the Urban Age*); *Perfect Victims*, de Bill James; *El que lucha contra monstruos*, de Robert K. Ressler y Tom Schachtman; *Gang Leader for A Day*, de Sudhir Venkatesh, *Nobody's Angel*, de Jack Clark; *The Wagon And Other Stories From The City*, de Martin Preib; la charla de Wilson Miner en Webstock 2012 sobre cómo los coches formaron el mundo de una manera tectónica; *Chicago Neighbourhoods and Suburbs*, de Ann Durkin Keating, así como *Desde mi cielo*, de Alice Sebold; *I Have Life: Alison's Journey*, tal como la contó a Marianne Thamm; y *Fruit of a Poisoned Tree*, de Antony Albeker, que me ofreció una información demoledora sobre el sufrimiento de las auténticas víctimas de la violencia y sus familias.

Los primeros lectores de esta obra, Sarah Lotz, Helen Moffett, Anne Perry, Jared Shurin, Alan Nazerian, Laurent Philibert-Caillat, Ed Swanson, Oliver Munson y el genio que me asesoró sobre la trama del viaje en el tiempo, Sam Wilson, realizaron sugerencias de valor incalculable para que la novela fuese mejor y más interesante.

El libro no habría salido al mundo sin mi superagente, Oli Munson, y todo el personal de Blake Friedmann y sus agentes internacionales. Sobre todo, doy la gracias a los editores y editoriales que creyeron en mí desde el principio, especialmente a John Schoenfelder, Josh Kendall, Julia Wisdom, Kate Elton, Shona Martyn, Anna Valdinger, Frederik de Jager, Fourie Botha, Michael Pietsch, Miriam Parker, Wes Miller y Emad Akhtar.

No habría sido capaz de escribirlo sin el apoyo y el amor de mi marido, Matthew, que hizo de padre soltero durante varias semanas seguidas con nuestra hija mientras yo viajaba para documentarme o me ponía en cuarentena detrás de mi escritorio para escribir y corregir. Gracias. Te quiero.